MIGUEL LAFFERTE

Monte Maravilla

LITERATURA RANDOM HOUSE

Índice

Cubierta
PRIMERA PARTE. Mate & Lancaster
SEGUNDA PARTE Colonia Dignidad
TERCERA PARTE. Mate & Lancaster
CUARTA PARTE. Pablo Alfaro
Créditos

¿Es que no regresa
ninguno de los que mueren?

HEMINGWAY

PRIMERA PARTE

Mate & Lancaster

1

Yo estaba allí cuando sucedió. Se suponía que el tipo estaba muerto. Estaba desaparecido desde 1976, figuraba en el Memorial de los Detenidos Desaparecidos del Cementerio General. Pero regresó. Regresó para encarar a sus asesinos. Yo estaba ahí cuando sucedió. En la oficina de abogados Mate & Lancaster.

Era viernes por la tarde y me encontraba sentado ante mi escritorio esperando a un cliente. César y los demás se habían marchado y el despacho común lucía vacío y silencioso. Tras la muerte de mi abuelo, me había mudado a su departamento; había acondicionado un poco el lugar, no mucho, había guardado sus herramientas de dibujo, pagaba las cuentas todos los meses. Los papeles de la propiedad no estaban regularizados y la segunda esposa de mi abuelo, dondequiera que estuviera, podía aparecer cualquier día y reclamar el departamento para sí. ¡Qué gran abogado era yo!

Estaba pensando en esto cuando sentí una corriente de aire. Había dejado la puerta abierta y por un momento me pareció que alguien acababa de cruzar el pasillo. Hubo ruido de pasos, las pisadas se hicieron más fuertes y Aldunate apareció en el umbral.

Aldunate era nuestro jefe. Aldunate era como todos los jefes o al menos como todos los que yo había conocido. El poder aísla, pero la obediencia constante también puede crear la ilusión de ser una persona comprendida e incluso razonable. Aldunate vivía entre estas dos formas de locura. Usaba suspensores con tirantes de colores según su estado de ánimo.

Nos miramos un instante, ambos sorprendidos por la presencia del otro. Su rostro se endureció.

—Alfaro, tome su libreta y sígame.

Seguí a Aldunate a través de los pasillos oscurecidos por el atardecer. Las mujeres de la limpieza nos dirigían miradas torvas. Eran casi las ocho. ¿Qué esperábamos para irnos? ¿Es que acaso estábamos

planeando algo? Yo empezaba a preguntarme lo mismo.

Junto a la sala de reuniones había un mesón vacío (la última recepcionista nos había dejado hacía mucho), un sofá, una mesita de centro cubierta de revistas jurídicas y dos sillones. Mientras esperabas a ser atendido podías entretenerte hojeando un ejemplar del *Boletín de Derecho Tributario*. Aldunate se detuvo.

Sentado en uno de los sillones, con expresión no particularmente divertida, estaba Odlanier Benavente.

Al vernos, se puso de pie.

Era alto, de unos setenta años, ojos grises y aspecto severo. Al nacer, su padre, el almirante Reinaldo Benavente, decidió darle su nombre. Pero por alguna razón, por hacer un chiste o dárselas de original (tal vez hubiera alguna apuesta de por medio), se lo puso al revés.

Odlanier.

A mí siempre me sonó a gotas para los oídos.

No esperaba volver a verlo sino hasta dentro de algunos meses. No hasta el fallo de los tribunales. Pero allí estaba, nuestro primer cliente, acusado en nuestro primer caso: el caso Mina Amarilla. Sin embargo, parecía distinto. Su rostro lucía una grasienta barba de tres días. Despojado de la corbata y con el primer botón sin abrochar, el cuello de la camisa se alzaba tieso y desencajado. Eché un vistazo en dirección a la mampara y el ascensor. Había venido solo.

—Por aquí —dijo Aldunate señalando la puerta de la sala de reuniones.

Nos repartimos alrededor de la mesa. Aldunate ocupó la cabecera, Benavente se sentó a un costado.

—Disculpe —dijo Benavente—, la semana pasada estuve en cama por un resfrío y aún no termino de recuperarme. ¿Podría bajar las persianas? Me molesta un poco la luz.

Aldunate me miró. Rodeé la sala tirando de los cordones y cerrando las persianas. Anochecía y la luz exterior era prácticamente inexistente. Me senté. Abrí mi libreta sobre la mesa y saqué mi lápiz. Los ojos de Benavente se clavaron en él.

—Alfaro va a tomar nota —dijo Aldunate—. Ahora cuénteme qué lo trae por aquí.

Benavente se acomodó en la silla con gesto desafiante (uno de sus hombros quedó más alto que el otro) y dijo:

—Vengo a informarme sobre los avances del caso.

Miré a Aldunate y luego a Benavente y otra vez al primero. Aldunate no mostró el menor gesto de turbación o sorpresa. Era un viejo lobo de la abogacía y durante su larga carrera había visto de todo.

—Señor Benavente, la verdad es que desde nuestra última entrevista, aquí en esta misma sala —juntó las manos con delicadeza —, no ha habido ningún avance. En presencia del señor Lancaster le hicimos saber que, en lo que respecta a esta etapa del proceso, nuestro trabajo se halla suspendido y solo nos resta esperar el fallo de los tribunales.

—Claro. El fallo —escupió Benavente. El hombro que estaba más arriba descendió, mientras el otro subía.

Aldunate continuó con voz tranquila.

—Una vez que tengamos el fallo en nuestras manos vamos a poder planificar el siguiente paso. Mientras eso no ocurra, lo único que nos queda es confiar en el trabajo realizado. Creo que elaboramos una defensa contundente y confío en que va a ser un fallo favorable, dentro de lo que cabe esperar.

Benavente escuchaba con el ceño fruncido y el rostro echado hacia atrás. Se llevó una mano a la boca y tosió.

—Disculpe, no le ofrecí café —dijo Aldunate.

—No quiero café.

Iba a pararme. Me quedé donde estaba.

Benavente volvió a acomodarse en la silla.

—Quiero hablar con Lancaster.

Estas cosas pasaban todo el tiempo, sobre todo en los viejos casos escritos. Los abogados terminaban su trabajo y los clientes se quedaban como huérfanos, empezaban a sentirse inseguros, a hacerse preguntas. Telefoneaban afirmando haber recordado algo importante, un detalle de última hora que quizá alteraría por completo el rumbo de los acontecimientos. ¿Era ya demasiado tarde para incluirlo en las declaraciones? Era la espera. Los debilitaba y enloquecía.

Aldunate respiró hondo. Luego, con paciencia, le explicó a Benavente las etapas del proceso judicial, tal y como ya lo había hecho en aquella lejana última reunión con Lancaster, en la que Benavente se había presentado en la oficina acompañado por su habitual dispositivo de seguridad. Yo también había estado en aquella reunión. Yo y mi libreta y mi lápiz.

Benavente miraba a Aldunate y de vez en cuando sus ojos se apartaban y se fijaban en mí. Bajé la vista y escribí:

ODLANIER REINALDO

No me gustaba la manera que tenía Benavente de mirarme, pero estaba atrapado. Me aseguré de que Aldunate no pudiera ver mi libreta y seguí trazando garabatos y figuras mientras fingía tomar nota, como él me había pedido.

—De todas formas, estoy disponible ante cualquier pregunta que tenga —concluyó Aldunate.

Benavente lo observó en silencio, los dedos de la mano derecha tamborileando sobre la mesa.

—No me gusta. No me gusta la forma en que está llevando el caso. Quiero hablar con Lancaster.

—El señor Lancaster se encuentra fuera de Santiago.

—¡Ah, fantástico!

—Señor Benavente —Aldunate se inclinó hacia delante—, insisto en que estoy enterado de los detalles del caso y voy a estar atento para informarle de cualquier novedad que se presente. Quiero que se sienta totalmente…

Benavente golpeó la mesa con el puño.

—Así que *usted* está enterado. *Usted* me va a informar de las novedades. Bueno, déjeme que le cuente *yo* una novedad. El fin de semana pasado un sujeto desconectó las alarmas de mi propiedad y entró en mi casa.

Y ahora paranoia.

Aldunate abrió la boca y noté una sonrisa de desconcierto que empezaba a dibujarse en su rostro, pero reaccionó.

—¿Robaron algo? ¿Hirieron a alguien?

—No, no robó nada —dijo Benavente con fastidio—. Era de noche y todos se habían ido. Claro, menos yo.

—¿Hizo la denuncia? Podemos asesorarlo. Alfaro está tomando nota de todos…

—¡Qué denuncia ni que ocho cuartos! —estalló Benavente.

Intentó continuar, pero solo logró farfullar un par de sílabas incomprensibles.

—Quiero hablar con Lancaster —dijo por fin.

La página que tenía ante mí se había llenado de garabatos y frenéticas tachaduras que rellenaban pequeños cuadrados y triángulos. Pasé a la siguiente.

—El tipo, este… animal… llevaba un abrigo negro… y tuvo la desfachatez de dirigirme la palabra.

—¿Lo amenazó? —preguntó Aldunate.

—¿Quiere saber lo que me dijo?

—Por favor.

—Me dijo: *Tú me detuviste*.

Una mano aterrizó sobre mi libreta arrugando y torciendo la página en la que garabateaba. El rostro de Aldunate parecía de piedra. Sin apartar la mirada de Benavente, retiró la mano.

—Usted sabe, todas esas personas… detuve a un montón, pero cumplía órdenes y nunca se probó… ¡No, señor! ¡Lo otro nunca se probó! Era una época extraña, había mucha confusión, pero… ¡No, señor! ¡Nunca se probó!

Benavente balbuceaba. Aldunate lo acalló con un gesto.

—¿Alfaro? —dijo.

—¿Sí, señor?

—Salga.

—Sí, señor.

La cabeza de Benavente se había hundido entre sus hombros atenazada por dos manos como garras. Me levanté evitando mirarlo, tomé mi lápiz y mi libreta y salí de la sala.

2

Era un viejo departamento en el primer piso de un edificio de cuatro, no del todo estrecho, aunque las habitaciones tenían una distribución un tanto extraña. Al parecer, habían pertenecido a dos departamentos separados que mi abuelo había unido derribando y levantando muros. Además de cocina, baño y un pequeño patio de baldosas, contaba con un dormitorio, un estudio y un diminuto cuarto al fondo del pasillo, donde había ido apilando las pertenencias de mi abuelo, después de tirar la mayor parte a la basura. El cuarto estaba adosado al edificio y el techo tenía goteras. Me había prometido a mí mismo repararlo antes de que llegara el invierno. Desde luego, lo olvidé y con la primera lluvia me vi subiendo al techo armado con una escoba para batallar contra los elementos desatados mientras buscaba el agujero por donde se colaba el agua (sin una idea clara sobre qué haría cuando lo encontrara). Y más tarde, derrotado y chorreante, registrando las gavetas de la cocina en busca de tiestos de plástico que luego distribuí en el suelo del viejo cuarto arrodillándome sobre el papel de diario mojado y calculando la ubicación a partir de las gotas que se formaban y pendían de los parches húmedos e hinchados del techo. Por suerte, el invierno había quedado atrás. Los grifos del baño tenían filtraciones, las cañerías estaban tapadas, la alfombra estaba sucia, la pintura de las paredes agrietada y desprendida, sobre todo en la cocina (y lo peor, lo primero que me había dicho mi madre: era una gruta intrincada y oscura, donde aún rondaban las cosas de mi abuelo). Pero en general estaba bastante bien, considerando que no tenía que pagar arriendo.

3

Comenzaba otra mañana con mucho sol y sin ningún cliente. Aldunate había salido temprano y yo estaba sentado en la recepción hojeando el último número de *Versos Universales*. El suplemento llegaba todas las semanas con el diario. No entendía gran cosa de poesía. Más que nada, me había fijado en la forma que los poemas adoptaban sobre la página. Unos eran bastante uniformes, con líneas de texto de

extensión similar; otros no. Algunos se ensanchaban, mientras que otros se iban angostando, angostando hacia el final, hasta terminar en una palabra o dos.

Un tipo salió del ascensor y se acercó a la mampara. Se quedó ahí parado. Cuando le hice un gesto con la mano, miró en otra dirección, dio media vuelta y regresó al ascensor. Pasó un rato y apareció una mujer. Leyó las letras estampadas en el cristal: «Mate & Lancaster Abogados». Las leyó detenidamente, como si pudieran entrañar algún enigma, luego giró y bajó por las escaleras.

Pasaba todo el tiempo. En ocasiones empujaban la puerta y aventuraban alguna pregunta a quien vieran cerca.

—Quiero cambiarme de nombre. ¿Podrían ayudarme?

—¿Es posible estafarse a uno mismo?

Las preguntas rara vez tenían algo que ver con el Derecho. De alguna forma, la gente esperaba que las leyes abarcaran más aspectos de la vida de los que de verdad abarcaban. Había llegado a la conclusión de que la mayoría de las personas consideraba el Derecho y a los abogados como cuestiones aparatosas, intrincadas, en cierto modo innecesarias; sin embargo, cuando se veían metidos en algún enredo legal, se extrañaban de que existiesen tan pocas leyes y reglamentos. Lo veía en sus ojos, una especie de súbito y fugaz desaliento. La última vaga esperanza perdida para siempre. ¿Acaso eran estos todos los artículos que había? ¿No encontraríamos más en otra parte?

A menos que trabajaras en una firma especializada, cada caso era nuevo y distinto; tenías que documentarte, familiarizarte con jergas técnicas desconocidas. En una ocasión nos tocó defender a una mujer que se había caído por una escalera en una transitada estación de metro. Se había roto una pierna. Otra media docena de personas había sufrido accidentes similares en la misma escalera. La administración había pegado un enorme autoadhesivo junto al último escalón: «NO CORRA, EVITE ACCIDENTES, OTRO TREN YA VIENE». Enviamos a un perito, un ingeniero jubilado, a revisar. Cuando subes o bajas una escalera, después de pisar el primer peldaño, el cerebro echa a andar una especie de piloto automático que te permite completar la

operación de forma casi inconsciente. El asunto es que el cerebro supone que todos los escalones tienen la misma altura. En estas circunstancias, cualquier desnivel o diferencia de altura entre los peldaños puede resultar fatal. El octogenario ingeniero fue hasta la estación, sacó de su maletín un metro plegable, se agachó y fue bajando con paso lento mientras medía cada peldaño. Resultó que el quinto escalón, de abajo hacia arriba, era nueve milímetros más bajo que los demás, diferencia que estaba cuatro milímetros por encima de la norma. Ganamos el caso y la mujer logró que la empresa le reembolsara los gastos médicos.

Pero había días así, mañanas así. Cuando los clientes escaseaban y no nos quedaba más que sentarnos ante nuestros escritorios o en el sofá de la recepción y languidecer.

Levanté los ojos de la revista y en ese momento lo vi salir del ascensor y acercarse. Bajo, mofletudo, pantalones de color claro, gran carpeta con papeles. Sonriente.

Un primerizo.

Parecía no estar enterado: alguien quería sacarle dinero y para evitarlo tendría que pagarle dinero a alguien más. Más exactamente, a nosotros.

Me puse de pie y abrí la puerta.

—Buenos días —dijo—, me llamo Manfredo Cifuentes.

De pronto, recordé el nombre. Había pasado el fin de semana metido en el departamento, haciendo arreglos y guardando las últimas cosas de mi abuelo, y me había olvidado de él. Era el tipo al que había estado esperando el viernes pasado (antes del episodio con Benavente, que de alguna forma también se había escurrido de mi memoria), el cliente que no se había presentado.

—Señor Cifuentes, soy Pablo Alfaro. —Nos estrechamos las manos —. Pase, por favor.

Pensé en conducirlo al despacho común, pero descarté la idea. Por alguna razón, me pareció que la visión de César, Boris y Drago podía ahuyentarlo. Consideré la oficina privada de César. Finalmente, lo guié hasta la sala de reuniones.

Nos sentamos y saqué mi libreta.

—Cuénteme —dije.

Se retorció las manos con nerviosismo.

—Se trata de esta tipa, esta… Eugenia. Me está demandando.

Asentí con gravedad. Luego apunté en mi libreta: MUJER.

—Dígame cómo empezó todo.

—Hace dos años mi padre falleció y mi hermano y yo decidimos usar la plata de la herencia para poner un negocio.

HERENCIA. NEGOCIO. Subrayé NEGOCIO.

—Mi hermano estuvo averiguando y al final decidimos invertir la plata en una empresa de limpieza de alfombras.

—Interesante —dije con el mismo tono de desfalleciente interés que utilizaba cuando un cliente decía que tenía una empresa de lámparas o de rodamientos… o que se había caído por una escalera del metro—. ¿Cómo les fue?

—¡Fantástico! Los primeros meses fueron fenomenales, tanto así que decidimos ampliarnos a otros rubros. Venta de alfombras, instalación de alfombras. Hablamos con una oficina de abogados…

ABOGADOS. Sapos, culebras, cruces invertidas.

—… y la abogada que nos atendió, una tipa muy desagradable, nos dijo que lo más recomendable era designar a un representante legal. Mi prima había entrado en la sociedad poco antes, así que la designamos a ella. Efectivamente, eso nos solucionó un montón de problemas. Nos ahorramos impuestos, renovamos los contratos de nuestras empleadas, crecimos una enormidad, ampliamos la planta de personal y contratamos a una contadora y a una segunda secretaria…

¿ACOSO? Reprimí el impulso de ilustrar el concepto con un par de dibujos alusivos (el primero de ellos: una mano).

—Adquirimos la representación exclusiva de una marca de alfombras de Malasia, ellos fabrican unas alfombras especiales con un químico antihongos. Nos va muy bien, sobre todo con las corredoras de propiedades. Trabajamos mucho con las corredoras, están siempre instalando y lavando y cambiando alfombras. ¿Le suena Neira & Feliú, la corredora de propiedades de la viuda Feliú?

—No.

—Trabajamos mucho con ellos.

Noté que miraba la alfombra.

—Señor Cifuentes.

—¿Sí?

—Por favor, vaya al grano.

—Ah, sí, sí. Bueno, el asunto es que hace un par de meses mi hermano se fue al extranjero y me cedió su parte de la sociedad. Mi prima quiso dividir la empresa, mi prima Eugenia, yo me opuse y entonces ella me demandó.

Cerré mi libreta y deposité el lápiz encima. El tipo me observaba acodado sobre el borde de la mesa, expectante. Estudié su rostro: el mentón, la frente sin arrugas, una oreja.

—Permítame —dije alzando un dedo—, solo para aclarar bien el asunto.

—Claro, adelante.

—Si le estoy entendiendo bien, señor Cifuentes…

—Dígame Manfredo.

—Si le estoy entendiendo, *Manfredo*… —dije espaciando las palabras—, usted está siendo demandado…

Sus codos fueron separándose sobre la mesa mientras sus hombros bajaban, bajaban a tirones.

—… por su propia representante legal.

—Exacto.

—Que es su prima.

Permaneció inmóvil y parpadeante. Sus labios se tensaron y estuvieron a punto de decir algo. Hasta que por fin lo dijo:

—Bueno, sí… ¿Es muy malo?

Le informé de nuestras tarifas y le dije que estudiaríamos el caso. Insistió en dejarme la carpeta. Cuando se hubo marchado, le eché un vistazo. Boletas, formularios de todas las clases y colores, también la fotografía de una mujer. La representante legal, supuse. En realidad, ser demandado por el propio representante legal no era del todo infrecuente, sobre todo si había utilizado el viejo pretexto de ahorrar impuestos para apropiarse de los derechos de los demás socios y convertirlos, legalmente hablando, en cadáveres ambulantes. También cabía la posibilidad de que todo el asunto no fuera más que un cuento.

Otra cosa que había aprendido durante mi breve pero intensa carrera era que a la gente sencillamente le gustaba inventar historias. Descubrí un cajón bajo la cubierta de la mesa. Viejos sobres con el membrete de la oficina y media docena de cajas de clips. Metí la carpeta y empujé la manilla. Los papeles se arrugaron y crujieron. Volví a empujar, triturando los papeles, hasta cerrar por completo el cajón. Me puse de pie, sacudiéndome las manos mientras miraba alrededor en busca de algún ojo indiscreto, y volví a mi languideciente puesto de guardia en el sofá.

En la oficina no entraba ni la brisa, pero el año judicial acababa de ser inaugurado y nos habíamos ganado nuestra cena de estímulo por cuenta de Aldunate. Él mismo nunca asistía, supongo que como parte del estímulo. Así que cuando el reloj marcó las siete, apagamos los computadores, tomamos nuestras cosas y salimos a la tarde leve.

Era una vieja casona en el centro, un restaurante de abogados llamado Doña Dominga. También lo frecuentaban médicos y uno que otro carabinero retirado. Una mierda de público, sí, pero la comida era buena, partiendo por el plato de la casa: pollo al coñac con papas fritas, caldo y ensalada chilena, acompañado de pan, mantequilla y dos botellas de vino, también conocido como Pollo Presidencial. Después de ingerir todo ese cerro de comida, sin contar los aperitivos y bajativos, cortesía de la casa, efectivamente podías llegar a sentirte como el presidente o al menos como el presidente de la Corte Suprema. Y por una vez en el año, gratis.

El lugar estaba abarrotado. Esperamos en la barra mientras limpiaban nuestra mesa. Las meseras, gruesas ancianas envueltas en delantales blancos, pasaban en todas direcciones llevando marmitas humeantes. Junto a nosotros, dos sujetos tomaban combinados.

—A este tipo ya lo tengo sentado en la pica —le decía uno al otro—, ahora lo que quiero es darle el último empujón para que la punta le salga por la cabeza.

Me volví hacia Boris y Drago.

—¿Y César? —pregunté.

—Ya debería estar aquí —dijo Boris, levantando la vista de su

teléfono.

Al cabo de un rato, un muchacho colombiano vestido con delantal agarró dos botellas de vino de las estanterías y nos dijo que lo siguiéramos. Cruzamos el aposento principal y entramos en uno de los salones secundarios. Ventiladores de pie dispuestos en distintos puntos intentaban barrer el espeso tufo a comida hacia algún otro lugar. Nos sentamos. El muchacho puso las copas boca arriba, descorchó una de las botellas y se alejó.

Boris untó mantequilla en un pedazo de pan.

—Leí en una revista que acaban de inaugurar uno de esos restaurantes en donde sirven la comida no en platos, sino sobre mujeres, mujeres desnudas. Son platos fríos, obviamente.

Boris tenía la boca roja y siempre húmeda de saliva y dentro de ella había una superabundancia de dientes. Al salir, los dientes se habían encontrado con que ya había otros dientes ocupando sus lugares, pero habían decidido salir de todas formas. Había dientes sobre dientes; debajo, dientes entre dientes, como rabanitos, como pequeños deditos marfileños.

—No tienen que lavar platos —dije.

—Exacto. La gente termina de comer y las mujeres se levantan y se van a la cocina, donde hay unas duchas, una especie de camarín, se meten en las duchas, se secan con una toalla y vuelven a acostarse en las mesas rodantes y los cocineros vuelven a cubrirlas con comida. Es un trabajo muy duro. Se enferman mucho.

—¿Por el frío?

Mordió el pedazo de pan y negó con la cabeza:

—Alergias cutáneas.

—¿Qué historia estás inventando ahora? —dijo César colgando su chaqueta en el respaldo de la silla de junto.

—¡Es verdad! ¡Era un documental muy serio! —dijo Boris, traicionado por los nervios.

Boris padecía de una ligera tendencia a la mitomanía. ¿Una conveniente deformación profesional? Era difícil saberlo, ya que todos nos habíamos conocido siendo ya abogados. Aunque quizá era eso lo que lo había conducido al oficio. Con el tiempo habíamos aprendido a

nunca confiar en nada que saliera de su boca salivosa e hiperdentada.

—¿Pidieron? —preguntó César.

—Sí —dije.

—Sí —dijo Boris.

Drago no dijo nada.

César se sentó, llenó su copa y nos miró con una sonrisa.

—Adivinen quién acaba de cruzar la puerta de la oficina y está hablando con Aldunate en estos mismos momentos —dijo interrumpiendo su sonrisa el tiempo justo para probar el vino.

—No sé —dije.

—No tengo idea —dijo Boris.

César pasó por alto a Drago.

—Javier Téllez.

Javier Téllez era el segundo inculpado en el caso Mina Amarilla. Recordé haberlo visto en la oficina en cierta ocasión, muy abrigado en su silla de ruedas, con una única mano visible sobre el reposabrazos y el dedo índice agarrotado en un rígido gancho artrítico que se sacudía espasmódicamente, como si telegrafiara un mensaje en un aparato invisible.

—Pensé que se estaba muriendo —dijo Boris.

—Y se está muriendo. Llegó en su silla de ruedas, con el hijo, el que se llama Augusto César, Marco Antonio o Napoleón. Aldunate los estaba esperando. Cuando me vio aparecer me pidió que me quedara y tomara nota, supongo que para que la oficina no se viera tan desierta y miserable o para no tener que quedarse solo con ellos.

—¿Y qué quería?

—Está loco. Quiero decir, el hijo, Augustito o como se llame (Téllez obviamente está loco, se dedicó a mirar el aire). Apenas nos sentamos en la sala de reuniones, se puso a gritar. Que su padre estaba anciano, que había sufrido mucho. A Aldunate no se le movía un músculo. En eso al viejo le dio un ataque, se puso a toser y a aletear con los brazos. Aldunate me hizo un gesto y fui a la cocina a buscar agua. Volví y Augustito seguía vociferando. Cuando le acerqué un vaso al viejo, me gritó: ¡No, *agua no!* Luego sacó del bolsillo unas fotografías. Empezó a lanzarlas sobre la mesa, una por una, como repartiendo naipes. ¡Mire!,

le decía a Aldunate, ¡mire!, y Aldunate le decía: Señor Téllez, ¡Señor Téllez!, e iba recogiendo las fotografías y juntándolas en un montoncito. El asunto es que, según Augustito, alguien entró en la casa del viejo mientras él estaba fuera del país, hace dos semanas, eludió los sensores de movimiento y rompió unos muebles o algo así. Y aquí la historia se pone buena…

César se inclinó sobre el mantel con un brillo de intriga en la mirada.

—Según Augustito, también rayaron las paredes. Escribieron un mensaje en el dormitorio del viejo. El mensaje decía: *Tú me trasladaste*.

Boris se puso pálido y sus orejas subieron y bajaron en un único y estremecido espasmo. César luchaba por seguir con la historia, a pesar de la risa y la excitación.

—Según Augustito, el viejo alcanzó a ver al intruso. ¡Un tipo con un abrigo negro! Augustito hizo la denuncia en la comisaría al llegar a Santiago, pero ya no quedaba ningún rastro. El viejo les había dicho a las empleadas que limpiaran todo.

Se produjo un breve silencio.

—¿Lo viste? —preguntó Boris.

—¿Qué cosa?

—El mensaje escrito en la pared.

—¡Obvio que no! Es decir…, no sé. Eran fotografías mal tomadas, absurdas. Respaldos de sillones, baldosas de cocina, esquinas del techo. No se veía mucho.

—Bueno, ¿lo viste o no?

—Pero si te estoy diciendo que ya habían limpiado…

César y Boris se pusieron a discutir. Llené mi copa, tomé un sorbo y dije:

—Aldunate te echó, ¿no?

César y Boris callaron y me miraron.

—Llegado cierto punto —continué—, Aldunate te echó de la sala de reuniones.

—¿Cómo supiste? —dijo César.

—El viernes pasado un antiguo amigo de Téllez estuvo en la oficina con un cuento parecido.

La sonrisa se había borrado del rostro de César.

—Benavente —dijo en un susurro atónito.

Nos quedamos en silencio empinando nuestras copas y aportando con nuestros alientos a la densa atmósfera del lugar. Los ojos de Boris se movían por el mantel, saltando de un objeto a otro (un tenedor, la panera, los envases de los condimentos), conectando hechos y luego retrocediendo, retrocediendo espantados. Yo había hecho lo mismo, aunque de forma más discreta, mientras escuchaba la historia de Téllez. César intentó distender el ambiente.

—¿Ves lo que hiciste? Ahora Boris va a tener pesadillas.

—¿Por qué yo? —se quejó Boris.

—Yo no voy a tener pesadillas, Alfaro no va a tener pesadillas…

—¿Y Drago? —preguntó Boris.

—No seas huevón. Drago no duerme.

Miramos a Drago, que nos observaba con rostro imperturbable, y empinamos nuestras copas en un silencioso brindis.

El Pollo Presidencial hizo su arribo. Las papas fritas, los tazones de caldo humeante. Pedimos otra botella de vino y arremetimos con cucharas y tenedores.

El salón había comenzado a vaciarse. La mesera retiró algunos platos y trajo los bajativos: licor de manzanilla servido en chatas copas redondeadas. Sobre la mesa, el pollo, las papas fritas, la mayor parte de la ensalada se habían ido. Nos reclinamos en nuestras sillas para sorbetear los últimos conchos de vino.

En la mesa de junto, dos sujetos corpulentos y de nuca rapada tomaban vino acodados sobre el mantel.

—No nos dejan usar pistola, ¿sabes por qué? Dicen que es un arma de ataque. Nos echan a la calle con un revólver Taurus; al menos podrían pasarnos un Colt. Claro, es como comparar un Audi con un Hyundai. Cuando voy a Argentina a cazar jabalíes llevo mi rifle nuevo. Es el mismo modelo de los *marines* gringos. ¡Tengo que usar munición con una camiseta especial para que la bala se quede dentro del animal y no salga por el otro lado!

—Tiene que ser el hijo —dijo César, vaciando su copa de un trago

—. El hijo de alguno de esos pobres tipos.

—¿Por qué? —le pregunté—.Podría ser cualquier persona.

—Podría ser una hija —dijo Boris.

—Si yo fuera hijo de alguno de ellos haría lo mismo —dijo César.

—Si fueras hijo de alguno de ellos y no el abogado de Benavente y Téllez.

—Cierto —dijo César con súbita ecuanimidad.

Boris agarró una botella y la inclinó sobre su copa. La botella estaba vacía. La dejó y agarró otra y luego otra. Fue alzando botellas y volviendo a posarlas sobre el mantel. Habíamos estado tomando bastante.

—Todo esto —volvió a arremeter César— suponiendo que haya sido una y la misma persona.

Escupió un resto de corcho y agregó:

—Y que no es un invento.

—Por favor —dije—. ¿Quién iba a inventar algo así?

—Téllez no necesita excusas para inventar cosas. Creo que todos hemos leído sus declaraciones, por no mencionar las de Benavente. Y no estoy hablando de simple perjurio, sino de desvarío puro y duro. ¿Qué tal si fue él mismo el que rompió los muebles y rayó las paredes?

Boris había logrado llenar la mitad de su copa con los restos de varias botellas. Pensé en probar el licor de manzanilla, pero un último destello de instinto de conservación me dijo que no lo hiciera.

—Pero imagínate que fuera el hijo —insistió César.

—Imagínate que es una organización —dijo Boris.

—Hostigando a dos viejos involucrados en un caso que no le importa un pepino a nadie.

—Parece que hay alguien a quien sí le importa.

—Exacto: a un familiar.

Probé el licor, que me supo a tónico para la tos. César estaba empezando a cabrearme.

—Así que ahora no es el hijo —dije con la boca aún crispada a causa del concentrado jarabe—. ¿Entonces quién es? ¿La abuelita?

César se volvió y me miró.

—¿Quieres apostar?

—Lo más probable es que nunca sepamos quién fue.

—Quizás. O quizás sí.

—A ver. Cuánto.

—Por favor. Estamos entre caballeros.

Por un segundo, no entendí a qué se refería y me limité a menear la cabeza con la frente pesada por el vino y los ojos entrecerrados.

—¿Entonces qué? —pregunté, temiendo estar ya demasiado borracho.

César extendió los brazos abarcando las fuentes desperdigadas sobre la mesa.

—Hecho —dije.

Al salir por la puerta, un sujeto le decía a otro:

—En la consulta identifico a los tipos solitarios apenas entran. Tienen muy mala piel, llena de granos y erupciones. A veces les pregunto si vienen con alguien, algunos dicen que sí. Luego invento una excusa y me asomo a la sala de espera. No vienen con nadie.

César y Boris tomaron un taxi. Me quedé con Drago en un incierto y mal iluminado paradero de buses. Drago no decía nada. Pero Drago nunca decía nada. Ahora solo se tambaleaba y me miraba con sus pequeños ojos grises de roedor. No estaba seguro de a qué había apostado o por qué. Pero una cosa sí sabía: el año judicial había comenzado.

4

Mate estaba de viaje en el extranjero, Lancaster se la pasaba en su parcela en las afueras de Santiago, así que Aldunate era el encargado de dirigir la oficina. Debía de tener unos setenta años y era sobrino de Lancaster en algún lejano grado. A veces, cuando los clientes escaseaban, inventaba casos y nos ponía a trabajar en ellos. No le gustaba que anduviéramos por ahí holgazaneando. Nos decía que acababa de recibir una llamada urgente, nos daba un par de pistas vagas y luego nos enviaba al archivo o al despacho común a consultar códigos y reglamentos. Nunca volvíamos a saber del caso.

Descendiente de una familia de larga tradición militar, en octubre de 1973 formó parte del equipo de abogados que se encargó de defender a los dieciséis oficiales de la Fuerza Aérea acusados de sedición. Las nuevas autoridades habían declarado estado de guerra interna y los tribunales militares estaban facultados para actuar de forma aún más sucinta que en tiempos de paz. Exequiel Montero, jefe del equipo de Aldunate, y los demás abogados dispusieron de dos días para preparar las defensas. Solo se les facilitó una copia de la acusación y tuvieron que turnarse día y noche para lograr hacerse una idea aproximada de los cargos que enfrentaban sus defendidos. Tres días más tarde, los oficiales fueron condenados a muerte, pena que, en un doble anticlímax, fue conmutada por cárcel y luego por exilio. Pasados algunos años, Aldunate fue invitado a participar en la fase germinal de la Constitución de 1980, como parte del grupo de consejeros técnicos del asesor jurídico de la Fuerza Aérea. Ninguna de sus observaciones fue considerada para las etapas posteriores (ni las del asesor jurídico de la Fuerza Aérea ni las de ningún asesor jurídico, ya que estamos) y el único fruto palpable de su trabajo en la redacción del documento fue una fotografía suya con el ex presidente Jorge Alessandri Rodríguez, que colgaba en una de las paredes de su oficina.

Crucé la recepción y enfilé el pasillo. A través de los cristales de su oficina vi a Aldunate sentado tras su escritorio, erigiendo y volviendo a dispersar desordenadas pilas de papeles. Tenía puestos los tirantes rojos. Aparte de algunos trámites pendientes, llevábamos dos semanas sin hacer casi nada. El recuerdo del prometedor inicio del año judicial, incluida la cena en Doña Dominga, se había desvanecido. Hasta César, que tomaba casos por su cuenta, se había pasado los últimos días rellenando los crucigramas del diario.

Aldunate se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Apuré el paso y me escurrí en el despacho común.

—¿Alguna novedad?

César, Boris y Drago me miraron desde sus escritorios.

—¿Nada? —dije con tono implorante.

—No —dijo César.

—No —dijo Boris.

Drago sacudió la cabeza.

—Aldunate está nervioso. Acabo de verlo en…

La puerta se abrió y Aldunate irrumpió en el despacho. Me senté y fingí leer un libro que estaba sobre mi escritorio. César y Boris hicieron lo propio. Aldunate se paseó por entre los escritorios hasta detenerse en medio de la oficina, la gruesa corbata colgando entre los tirantes como una cola de castor. Habló con tono examinador.

—Si un avión se estrella en la frontera entre Chile y Argentina, ¿dónde se entierra a los sobrevivientes?

—Depende de su nacionalidad —dijo César.

—Los restos pueden ser repatriados —dijo Boris.

Drago entornó los párpados y suspiró.

Aldunate nos observaba con los brazos en jarra. Fue girando la cabeza con movimiento regular mientras sus ojos se detenían en cada uno de nosotros. Cuando llegó mi turno, alzó el mentón.

—En ninguna parte —dije, como si recitara una lección tediosa y repetida—… porque son sobrevivientes.

César y Boris intercambiaron una mirada de espanto. Habían caído en la broma escolar más antigua de la historia, pero no era eso lo que les preocupaba ahora. La voz de Aldunate atronó desde lo alto.

—QUIERO UN ESTUDIO DE DERECHO COMPARADO. CÓDIGO DE AERONÁUTICA CIVIL Y MILITAR, TRANSPORTE DE CARGA Y PASAJEROS, EMERGENCIAS, CATÁSTROFES, CASOS ESPECIALES Y JURISPRUDENCIA —dijo.

Y él y su corbata dejaron la oficina.

César y Boris se derrumbaron sobre sus escritorios mascullando y resoplando. Drago asentía con la cabeza, despacio. De alguna forma, Drago siempre tenía razón. Era tranquilizante saber que, pasara lo que pasara, Drago siempre estaría allí, sentado a su escritorio, con los hombros bajos y los párpados fruncidos, sin que nada le importara un comino. También sabías que si algún día lo veías desviviéndose por algo, apasionándose, siquiera sonriendo, entonces todo estaría perdido. Por suerte, ese momento aún no había llegado. Drago se puso de pie, con silenciosa calma, caminó hasta la pared opuesta y su metro

cincuenta de estatura se enfrentó al mucho más alto estante de libros.

Pasé el resto del día empujando el carrito por los pasillos del archivo, abajo en el subterráneo, y al caer la tarde Aldunate me llamó a su oficina.

Al abrir la puerta, casi choco de frente con Drago, que avanzaba sosteniendo con ambas manos una retorcida pila de libros que le llegaba hasta el mentón. Me hice a un lado y lo dejé salir.

Aldunate ordenaba su estantería, en una de cuyas repisas vi un gran espacio vacío.

—Drago nos va a salvar el semestre y hasta puede que el año —dijo sacudiéndose el polvo de las manos.

—¿Hay un caso nuevo?

Fue a sentarse tras su escritorio.

—Podría ayudar —dije.

—No, no. Para usted tengo otra cosa —dijo—. Siéntese.

Y ahora resultaba que había trabajo para todos. Me senté.

—Usted dirá.

Aldunate se acomodó en su sillón de jefe y alzó la mirada hacia un ángulo del techo. Luego empezó a hablar.

—Han ocurrido, en el transcurso de las últimas semanas, una serie de incidentes… —se aclaró la garganta y tomó aire— NO RELACIONADOS DE FORMA ALGUNA CON EL CASO MINA AMARILLA…

Las palabras remecieron las paredes y me hicieron saltar en el asiento. Aldunate juntó las manos y entrelazó los dedos con aire circunspecto. Volvió a hablar con tono tranquilo.

—De hecho, no existe evidencia de que estos incidentes estén, digamos… —hizo una pausa— SIQUIERA RELACIONADOS ENTRE SÍ…

Pegué otro salto. Aldunate miraba hacia arriba y sus ojos exploraban el techo conforme buscaba las palabras e iba componiendo las frases, como si le dictara una carta a una secretaria sentada frente a una ruidosa máquina de escribir.

—Tenemos razones para suponer que alguien, un sujeto o varios…

—aferré los apoyabrazos— CONECTADOS O NO ENTRE SÍ… ha estado hostigando a nuestros clientes. Lo que quiero es que usted, Alfaro, SONDEE… estos incidentes. ¿Me sigue?

—Sondear, sí.

—Que SONDEE… estos incidentes con el fin de obtener información que, escuche bien, en un futuro CERCANO, LEJANO O HIPOTÉTICO… nos permita, EVENTUALMENTE… conformar un caso.

Se acomodó la corbata mientras me dirigía una mirada amena y la oficina pareció retornar a la calma.

—Entiendo, señor. No hay caso.

—No, no hay.

—Es un no-caso.

—Exacto.

—Un anti-caso.

—Claro, claro.

—Perfecto, señor.

Nos quedamos en silencio. Yo miraba el hueco en el estante de libros.

—Disculpe, señor, ¿y exactamente qué tengo que hacer?

Pensé que el vozarrón regresaría, pero la voz de Aldunate llegó confidencial y acariciante.

—Bueno, Alfaro, ingénieselas. Investigue, revise antecedentes…

—Ah. Todo eso.

—Pero recuerde que NO EXISTE INDICIO ALGUNO QUE NOS PERMITA AFIRMAR LA EXISTENCIA DE RELACIÓN, DE LA NATURALEZA QUE SEA, ENTRE ESTOS INCIDENTES NI CON EL CASO NI CON ESTA FIRMA NI TAMPOCO…

La oficina era un enorme cuerno infernal que vibraba y rugía con la voz de Aldunate. Mis oídos se cerraron. Aldunate movía los labios. Un momento después, el sonido regresó.

—… MIENTRAS NO SE PRUEBE LO CONTRARIO… ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Comience de inmediato. Y una última cosa…

—¿Mmm?

—Por nada del mundo se le vaya a ocurrir molestar a nuestros

clientes.

Asentí, me puse de pie y me dirigí hacia la puerta con los oídos todavía zumbándome. Mientras la cerraba, presa de un ligero vértigo, pude escuchar a mis espaldas:

—NINGUNA RELACIÓN… ¡NINGUNA!

Salí de la oficina y anduve por las calles del centro. Compré una lata de jugo de coco en un almacén de productos chinos y me paseé mirando las vitrinas. Me sentía confundido. Me detuve junto a un quiosco y leí los titulares. Todos hablaban de sucesos distintos. Pensé en ello un momento, sin llegar a ninguna conclusión, y seguí caminando.

Aldunate estaba jugando conmigo. Era otro de sus casos ficticios, de los que no tenían pies ni cabeza. Pero esta vez había ido demasiado lejos. Era demasiado elaborado. También podía ser algún tipo de castigo. ¿Un castigo por qué? ¿Por llegar tarde a la oficina? ¿Por utilizar la impresora con fines no estrictamente laborales (lo cierto era que había sido Boris quien me había pedido que imprimiera copias de aquel libro de recetas de cocina que había descargado y que, según él, necesitaba para un caso)? ¿Por mi falta de iniciativa? ¿Qué había sido del principio de proporcionalidad de las penas? Castigar la pasividad con la imposición de una tarea imprecisa, nebulosa, no era solo desproporcionado, sino también contraproducente, además de irónico: un cruel y burlesco castigo medieval sacado de un libro de curiosidades, de esos que los profesores usaban para impresionar a los estudiantes de primer año de Derecho. Y, por otro lado, de ser un asunto serio, ¿por qué no contratar a un investigador privado? Teníamos los números de un par de tipos, tipos duros capaces de encontrar a una persona a partir de unas pocas coordenadas, arrinconarla y decirle, con un par de metáforas floridas, que se dejara de joder. Todo el mundo lo sabía. Todo el mundo lo hacía. Los buenos y los malos. Los abogados.

De pronto me encontré recorriendo el barrio de Andrea. Su edificio estaba a solo un par de manzanas. Subí los escalones del portal y pulsé el timbre de su departamento.

—¿Sí?

—Hola, Andrea. Soy yo.

—¡Ah, hola! ¡Sube!

La puerta se abrió con un largo zumbido.

Andrea trabajaba como ejecutiva de cuentas de un banco. Atendía a los así llamados clientes preferenciales, en su mayoría empresarios retirados con abultadas cuentas bancarias y escasos conocimientos sobre tecnología (en su momento habían aprendido a usar un cajero automático, pero no mucho más que eso). Ellos no iban al banco; como decía el lema, el banco iba a ellos. Y en este caso el banco era Andrea. Solían reunirse en sus casas o, en caso de que aún pudieran desplazarse con facilidad, en cafés o restaurantes. A los viejos les gustaba respirar aire fresco, mezclarse con gente común y corriente, sentarse en alguna terraza soleada llena de mesas y platicar con relajo, sobre todo en compañía de una mujer joven.

Eran conversaciones joviales y distendidas, pero había un tema que tarde o temprano terminaba por aflorar.

—La semana pasada falleció mi hermano.

—¡Oh, lo siento tanto! —decía Andrea.

—No lo veía desde el funeral de mi mujer, el año pasado.

Andrea acababa de ducharse y estaba cocinando. Me senté en el sofá y saqué el paquete de gomitas que acababa de comprar en el almacén.

—Parece que soy un desempleado —dije echándome un puñado de gomitas a la boca.

—¿Te echaron? —preguntó Andrea desde la cocina.

—No. Me asignaron un no-caso.

Oí un par de golpes metálicos y luego un intenso chisporroteo: algo había sido arrojado al aceite hirviente.

—¿Y eso qué es? —preguntó Andrea.

—No estoy seguro.

—¿Tienes hambre?

Levanté el paquete y lo agité en el aire.

—Come algo —dijo.

Andrea puso la mesa y nos sentamos. Eran verduras salteadas

servidas en unos platos planos y enormes, que me recordaron las antenas parabólicas que habían instalado en el norte. Andrea tomó el tenedor y asaeteó un montón de pimentones, champiñones y apio. De pronto, me sentí débil y cansado.

—Adivina a quién me tocó atender hoy —dijo.

—¿Otro de esos viejos que están enamorados de ti?

—Sí, son *tan* tiernos… Pero no.

—No tengo idea —dije inspeccionando la pila de verduras.

—Julián Barrenechea.

La miré sin decir nada.

—¿No sabes quién es?

—No.

—¿No viste el reportaje que le hicieron en *Líderes?*

—¿Qué es eso?

—*Líderes*, la revista.

—Bah. No la conozco.

—Sale todas las semanas.

—No sabía que hubiera tantos líderes.

Estuve mirando mis verduras y finalmente decidí probarlas. No parecía que valiera el esfuerzo comérselas. De todas maneras, se estaba bien allí: las alfombras, las cortinas, todo desempolvado y bien iluminado. Además de la conversación con Andrea, que de alguna forma me resultaba relajante. Ahora me estaba contando de un tipo que le gustaba.

Cada vez que nos veíamos, Andrea tenía un amigo nuevo.

—Pablo, él es Álvaro.

—Te presento a Cristóbal.

—Pablo, Moisés; Moisés, Pablo.

Yo sonreía e intentaba mostrarme amable.

—Hola, Álvaro.

—Cristóbal, qué tal.

—Moisés, cómo va todo.

¡Moisés!

Ellos también eran amables conmigo, aunque en ocasiones, sobre todo al comienzo, me miraban con recelo. Supongo que me veían

como algún tipo de competencia. ¿Quién era yo? ¿Un antiguo novio transformado en amigo? ¿Alguna clase de tutor o guía espiritual? Alguna vez Andrea y yo habíamos tenido algo, pero de eso hacía mucho. Como fuera, la realidad no tardaba en imponerse. Andrea era exitosa, divertida, bonita, y ellos la tenían. Era su triunfo. Sin embargo, con el paso de las semanas empezaba a notar un brillo gris en sus ojos, una nota de desaliento. Pequeñas discusiones domésticas a propósito de pequeñas tareas domésticas (ir a buscar a Andrea a algún lugar, ayudarla a acarrear algún mueble recién comprado). Lo notaba en sus ojos cuando nos saludábamos.

Cautividad.

Y un par de semanas más tarde:

—Pablo, él es Jurgen.

Y allí estaba Jurgen, sonriente, erguido, brillante aun sin haber abierto la boca.

—Qué tal, Jurgen.

Tomamos unas copas de vino y luego me puse de pie para irme. Andrea apiló los platos.

—Gracias por la comida —dije—. Y por el vino.

—Podríamos hacer algo este fin de semana.

—Seguro.

—Quiero que conozcas a Esteban.

En la calle los faroles estaban encendidos. Había sido un largo día. Compré un paquete de seis cervezas y caminé rumbo a mi departamento.

5

Temprano por la mañana me presenté en la oficina bien peinado y afeitado. El piso parecía desierto. En la recepción, las revistas descansaban sobre la mesita en un ordenado abanico. Me asomé a la sala de reuniones, a la cocina. Fui hasta la oficina de Aldunate: vacía.

Me pareció escuchar un murmullo proveniente del despacho común. Me acerqué y abrí la puerta.

César, Boris y Drago trabajaban inclinados sobre sus escritorios. Parecían muy concentrados.

—Así que aquí estaban —dije.

Drago me miró, limitándose a comprobar mi presencia, y volvió a sus asuntos. Me paseé por entre los escritorios. César estudiaba un libro. Boris tecleaba en su computador. Cuando eché un vistazo a la pantalla, volvió la cabeza con gesto hostil, sin mirarme, como un perro que defiende su plato. Antes de apartarme, alcancé a leer un par de palabras que parecían jeroglíficos. Me refiero a que estaban escritas en otro alfabeto.

Una era algo así como «ÅLFJØRD».

—Parece que están ocupados —dije, dirigiéndome otra vez al silencio de la oficina.

—Aldunate nos dijo que trabajáramos con Drago en el asunto del barco —dijo César.

—¿Qué barco? —pregunté.

Se puso de pie y me alcanzó una hoja.

—Encalló en un islote rocoso más o menos a la altura de Talcahuano. Todavía no se hunde. El problema es que podría estar en aguas internacionales.

Recordé mi encuentro con Drago en la puerta de la oficina de Aldunate, y lo que había venido después (la boca de Aldunate articulando palabras sin sonido: «NINGUNA RELACIÓN CON EL CASO MINA AMARILLA…»). De alguna forma, había tenido la esperanza de que los eventos del día anterior no hubieran sido más que un sueño disparatado. Miré la hoja. Era una especie de parte marítimo escaneado de aspecto angustiosamente oficial (membrete, fecha, un par de firmas, un párrafo escueto que rehusé leer).

—¿No se dan cuenta? Aviones que se estrellan en la frontera con Argentina, barcos que naufragan en aguas internacionales. ¡Es otra de las bromas de Aldunate! —dije agitando la hoja en el aire.

—No —dijo César estirándose para arrebatármela—. Esto es real.

—Y muy serio —dijo Boris.

Drago se limitó a pasar una página y seguir leyendo.

Parado en el medio de la habitación, escuché el rumor de las teclas

y el papel.

—Oigan…

—¡Chssst! —me cortó Boris, llevándose un dedo a la boca.

Drago desenrolló un mapa sobre su escritorio y aplicó la lámpara sobre él.

—¿Al menos puedo ayudar en algo?

—Aldunate nos dijo que te dejáramos tranquilo, que tenías cosas que hacer —dijo César.

Me quedé junto a la puerta, esperando a que pasara algo. Tenía la sensación de que las cosas se habían trastocado y en algún instante mudo habían tomado una dirección insólita. Los tubos fluorescentes zumbaban. El reloj hacía tic-tac. Me metí las manos en los bolsillos, di media vuelta y salí por la puerta, preguntándome dónde y cómo se había jodido todo.

6

En la prehistoria (antes de todo esto, antes incluso de Mate & Lancaster), a finales de los dos mil, Castro y Luco se enzarzaron en una disputa terrible. El caso databa de 1974. En enero de ese año, una patrulla militar extrajo desde la cárcel de Curicó a dos ex funcionarios del gobierno de la Unidad Popular acusados de planificar un atentado terrorista. La patrulla estaba compuesta por dos reclutas, ambos de dieciocho años, y por Guillermo Ossa Carrera, conocido terrateniente de la zona y heredero de una familia de larga tradición militar. Subieron a los prisioneros a una camioneta Ford blanca, de propiedad de Ossa, y los trasladaron hasta un camino rural al norte de la ciudad. Allí, Ossa les ordenó a los reclutas dispararles. Ossa no llevaba galones sobre los hombros, ni tampoco botas. Ni siquiera llevaba uniforme, puesto que a diferencia de sus ilustres antepasados nunca había sido soldado. Dos meses atrás, el jefe de zona militar había renunciado a su cargo tras enterarse de algunos de los acontecimientos ligados a lo que posteriormente se conocería como la Caravana de la Muerte. En su reemplazo, se había designado al general Fermín Ossa Carrera —

hermano de Guillermo—, aunque este aún no había arribado a la zona para asumir el cargo. Esa noche, Ossa invocó la autoridad de sus uniformados ancestros —y la de su hermano Fermín—, amenazó a los reclutas a propósito de su inminente llegada y les ordenó hacer fuego. Según relataron ambos reclutas, él mismo efectuó varios disparos provisto de un viejo rifle inglés de propiedad familiar. Al día siguiente, los cadáveres de los ex funcionarios fueron hallados semienterrados en la ladera de un cerro.

Obstruido y silenciado, el caso durmió en los tribunales militares hasta la muerte de Ossa en 1994 y, varios años más tarde, pasó a la justicia ordinaria. Castro asumió la defensa de los reclutas y Luco la acusación. Ambas oficinas llevaban por lo menos una década enfrentándose en torno a casos similares, con un marcado saldo a favor de Luco. La oficina de Luco había adquirido fama de justiciera, de defensora de las víctimas. En cuanto a Castro, todo el mundo sabía que era una oficina vinculada a personajes de derecha. En el ambiente se rumoreaba que estaba al borde de la quiebra.

Así que allí estaban ambas oficinas, otra vez frente a frente, iluminadas por los focos justo en el centro del cuadrilátero.

Recuerdo uno de los últimos alegatos en los tribunales. Sentados tras el estrado, los magistrados parecían inmovilizados en un rígido letargo, la nuca firmemente pegada a los altos respaldos de los sillones. Dos de ellos parecían genuinos durmientes de párpados aplastados y labios entreabiertos. Los demás no tenían mucho mejor semblante; movían los ojos como moribundos que echan una última ojeada alrededor del lecho. Había algo muy triste en toda la escena. Te los imaginabas todas las mañanas poniéndose los calcetines, anudándose los cordones de los zapatos, parándose frente al espejo del baño para recortarse los pelos de la nariz con una tijerita floja. Los familiares de las víctimas estaban sentados en una grada en el lado derecho de la sala y los acusados, en el izquierdo. Junto a estos últimos, apiñados en varios escaños, estábamos los abogados de ambas firmas (y otros abogados y personas del ambiente que habían acudido ese día con la esperanza de presenciar al menos un capítulo de la gran conflagración).

Muchos de nosotros acabábamos de ser contratados o estábamos a prueba. Éramos aspirantes a tinterillos. O sea: nada. Menos que nada. Moco seco en un pañuelo de papel arrugado olvidado en el bolsillo de una chaqueta.

La corte entró en sesión y el relator empezó a leer el resumen del caso. Uno de los jueces durmientes alzó un párpado milenario y echó un vistazo a su alrededor. Su ojo, un crustáceo albino de las profundidades, se detuvo en el relator, que leía doblado sobre su escritorio en el centro de la sala, bañado por el polvoriento haz de luz que caía desde una claraboya, y volvió a cerrarse.

En eso, uno de los acusados se puso de pie. El relator le lanzó una mirada rápida e intentó seguir leyendo. El acusado no se movió. Solo se quedó ahí parado. El juez que acababa de abrir un ojo arrugó el rostro, como si un pensamiento desagradable perturbara sus grises sueños de magistrado. Los demás le dirigieron al acusado una mirada de total indiferencia, una mirada que no llegó a tocarlo. Cualquier cosa que escapara al lenguaje y a las formas del Derecho resultaba incomprensible para ellos. De seguro se trataba de un error involuntario, una confusión; alguien más le advertiría (o mejor: le informaría, le *notificaría*) que debía permanecer sentado durante la sesión.

Pero el acusado no se sentó. Dirigió a la sala una mirada desdeñosa y dijo, con voz llana y audible, saturada del mismo desdén:

—Claro. Ahora uno levanta una piedra y sale un muerto.

Un objeto se elevó y cruzó el aire de la sala. Un objeto blanco, pequeño y redondeado. Describió una parábola y vino a caer sobre las baldosas del suelo, justo frente a la galería donde nos encontrábamos sentados los aspirantes a tinterillos. Rebotó con un leve crujido y se quedó quieto.

Era un pedazo de papel arrugado y comprimido hasta formar un repollito blanco del tamaño de una nuez. Nos inclinamos sobre la baranda y examinamos aquel maltratado escrito, posiblemente legal.

Vino una segunda bolita de papel. Luego un lápiz. Entonces se desató la granizada.

Encendedores, cosméticos, botellas de plástico, lápices de todas las

formas y colores caían sobre nosotros y a nuestro alrededor, produciendo un repiqueteo agudo. También algunas monedas. Los familiares de las víctimas abucheaban y gritaban. Sonó un timbre y los guardias comenzaron a desalojar la sala. Los gritos de «¡A-SE-SINO, A-SE-SINO!» remecían las paredes mientras las monedas seguían cayendo sobre nosotros como viejas balas aplastadas. Nos apretujamos en el pasillo que conducía a la salida y me eché algunas al bolsillo. Una silla voló por los aires y fue a caer sobre el relator, que se había puesto de pie y se protegía la cabeza con la carpeta del caso. Por un segundo la silla pareció equilibrarse sobre su cabeza y luego silla, carpeta y relator se desplomaron en el suelo.

Afuera en el pasillo se formó un remolino de camisas y corbatas. Los abogados de ambas firmas se empujaban y apretaban unos contra otros como ratas de laboratorio. Nadie sabía con exactitud qué le había pasado al ex recluta, qué bicho le había picado. Alguien mencionó un hallazgo de osamentas humanas ocurrido durante la construcción de un túnel y aparecido hacía poco en los diarios; otra voz trajo a colación la dura vida que el recluta había tenido tras su breve paso por el Ejército (había estado en la cárcel) y sus problemas con el alcohol. Un guardia nos arreó a través de un estrecho corredor como si fuéramos una turba revoltosa (y no los delicados acusadores y feroces expertos en disculpas que en realidad éramos) y un segundo más tarde salíamos en tropel a la blanca luz del mediodía.

Pasó un mes. Llegó el día del fallo. Nueve carillas. Los reclutas eran inocentes. Castro había ganado.

Al día siguiente, Castro sorprendió a todo el mundo al anunciar la disolución de la oficina. Andrés Mate Castro, uno de los socios principales, aceptó la oferta que Luco le había hecho de forma confidencial meses antes y ambas firmas se fusionaron. Castro aportaría las influencias y Luco, Bernardo Luco Lancaster, las oficinas y los empleados. Castro aceptó la oferta con una sola condición. La nueva oficina, conocida a partir de ese momento como Mate & Lancaster, debería hacerse cargo de su cartera de clientes, que para entonces incluía solo dos nombres: Odlanier Benavente y Javier Téllez, ambos acusados en un mismo caso.

El caso Mina Amarilla.

7

Por lo visto, todo el mundo tenía cosas que hacer (aunque solo fuera perseguir barcos fantasmas), así que pensé que no estaría mal que yo también me pusiera a trabajar. Aldunate me había prohibido importunar a nuestros clientes, pero ¿cómo iba a lograr algún resultado si no podía establecer algún tipo de contacto con los involucrados? Con el tiempo había aprendido que más importante que la obediencia eran los resultados. Los casos se ganaban con resultados. ¿Tenía yo un caso? Era difícil saberlo. De todas formas, decidí que lo mejor sería empezar con algo fácil. Le haría una visita al tercer acusado en el caso Mina Amarilla: el aviador Emilio O'Ryan Krausse, muerto en 1999.

Era una tarde soleada en el Cementerio General. Las cuidadoras iban de un lado a otro barriendo los patios y lustrando las argollas de las tumbas. Me paseé por las calles interiores observando las ordenadas hileras. Ninguno de los que estaban ahí necesitaba ya abogados. ¿O sí los necesitaban? Me senté en la esquina de una cripta enorme y medité sobre ello mientras fumaba un cigarrillo.

De regreso en la entrada, me acerqué al mesón de informaciones. Un sujeto estaba sentado frente a un computador. Tenía cara de estar muy aburrido.

—Buenas tardes, estoy buscando a una persona.

—¿Viva o muerta? —dijo el sujeto, esbozando de pronto una sonrisa radiante.

Me fijé en su boca. Tenía labio leporino.

—Muerta —dije.

—¿Nombre?

—O'Ryan Krausse, Emilio Andrés.

—Déjeme consultar la guía telefónica —dijo señalando el computador con el dedo—. Esta es la guía telefónica del otro mundo.

Me distraje mirando las pinturas religiosas que adornaban el interior de las cúpulas de la entrada, mientras el tipo hacía lo suyo. En los bordes se podían leer inscripciones en latín. Recordé mis años como profesor ayudante de Derecho Romano.

Hæretitas damnosa.

—Aquí está —dijo el tipo señalando la pantalla—. Patio 112.

—Gracias —dije. Me dispuse a dar media vuelta.

—¡No, espere! Lo movieron.

Me quedé donde estaba, sorprendido y un poco asustado. El tipo pulsó una tecla y escrutó la pantalla.

—Reunión matrimonial. Hace poco. Ahora está en el 98.

Me miró y una nueva sonrisa, más astuta, se dibujó en su boca hendida.

—Es un buen patio —dijo—. Le queda más cerca.

Patio 98. Me paré en la entrada y lancé una mirada alrededor. Había un montón de gente enterrada allí. Bueno, tal vez en las zonas más económicas del cementerio hubiese todavía más (enterrada o suspendida en literas de mampostería apiladas unas sobre otras). Paseé la mirada por las tumbas más cercanas, ya sin muchas esperanzas.

Una mujer me observaba desde el otro extremo de la galería. Era una de las cuidadoras. De pronto, se puso en movimiento. Tomó sus baldes y sus trapos y sus escobillones, caminó hasta una tumba cercana y empezó a trabajar.

Me acerqué y me detuve detrás de la mujer.

Era la tumba de O'Ryan.

La mujer se afanaba sobre la losa. Era como una cama matrimonial y O'Ryan y su esposa estaban allí abajo. La cuidadora retiró las flores secas de una especie de copa de piedra (un grial opaco lavado por la lluvia) y las reemplazó por un ramo fresco. Los pétalos eran gruesos y oscuros, de un bermellón espeso. Luego sacó una escobilla y se puso a cepillar la losa. La cepillaba con mucha energía.

Entonces alzó el rostro acalorado y me miró.

—¡Bah! —dijo riendo—. ¡Lo confundí!

—¿Disculpe?

—Lo confundí con el caballero que viene siempre —dijo enderezándose—. Bueno, venía a la otra tumba y luego pasaba por acá para saludar a la señora.

Se secó la frente con la manga.

—Ahora último no ha venido —murmuró antes de volver a bajar la mirada.

Supuse que se referiría a algún familiar. La mujer metió la mano en uno de sus baldes y extrajo un trapo sucio y deshilachado que retorció con ambas manos. El agua se escurrió por entre sus dedos y de vuelta al balde.

—¿Familiar?

—No.

—¿Amigo de la familia?

—No exactamente.

Limpió una parte de la losa, ahora con más calma, remojó el trapo, lo estrujó. Luego siguió con la parte restante. No me pareció que mejorara mucho.

—¿Usted también limpiaba la antigua tumba del señor?

—Sí —dijo sin volverse—. Ahora mi hija está allá.

—¿Su hija está en la tumba? —pregunté un poco alarmado.

—No —dijo con fastidio—. Está a cargo del patio.

—Oh.

Señalé con el dedo una esquina donde aún quedaba algo de suciedad.

—¿Está muy lejos?

—Más o menos.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro —dijo incorporándose.

No sabía bien cómo ponerlo en palabras.

—¿Es común que la gente venga a molestar a los difuntos?

La mujer me miraba con los ojos muy abiertos.

—Quiero decir, que vengan a causar destrozos en las tumbas, a hacer rayados… Ese tipo de cosas.

Juntó las manos y contempló los nombres grabados en la piedra con

gesto piadoso.

—Yo creo que la única persona que pudo haber venido a molestar a la señora… era el señor. Como estaban tan lejos el uno del otro…

Los muertos penando a los muertos. Menudo enredo.

—Pero quién sabe… —dijo con una mirada pícara—. ¡Quizás ahora están peleando allá abajo!

Y la tímida risa de la mujer resonó en la galería.

La tumba estaba limpia y perfumada. Era como si O'Ryan y su esposa acabaran de morir y ser sepultados. Había leído la hoja de servicio de O'Ryan, el experimentado aviador de la Fuerza Aérea, con su abultado cómputo de horas de vuelo (aunque O'Ryan no se había limitado a volar). Ahora estaba bajo tierra… por segunda vez. La mujer guardó sus útiles de aseo y se volvió hacia mí.

—¿Ahora quiere que lo deje solo?

Miré la lápida. En la parte superior había un pequeño retrato de la esposa de O'Ryan. Era cejijunta y tenía cara de malas pulgas. La imaginé gritando y estrellando jarrones contra las paredes.

—¿Podría decirme cómo llegar al patio 112? —pregunté con voz melodiosa.

—Siga derecho por esta calle hasta una fuente de agua, doble a la izquierda y camine hasta el fondo.

—Muchas gracias.

Intercambiamos sonrisas corteses. La mujer seguía de pie frente a mí. De mala gana, me metí la mano en el bolsillo, extraje un par de monedas y se las alcancé pensando: tengo que empezar a llevar la cuenta de los gastos. Se alejó arrastrando sus baldes y escobillones.

Di con la antigua tumba de O'Ryan. Solo que ya no había tumba. Apenas un enorme agujero rodeado de obreros trabajando con palas y picotas. También una ruidosa excavadora. Iban a meter a uno o más tipos en aquella tierra tibia y fragante. Estaba oscureciendo. Había comenzado con mal pie. Di media vuelta y me encaminé hacia la salida.

8

Por la mañana me presenté en la oficina dispuesto a poner manos a la obra. Podría haber sido peor. Podría haber estado recorriendo los pasillos de los tribunales como un patinador acrobático cargado con un fardo de papeles, gritándome con las secretarias de algún juzgado perdido en la periferia, haciendo fila en una notaría a las nueve de la mañana junto con un montón de tipos dispuestos a tirarte café caliente en el cuello con tal de ganar un puesto. Salí del ascensor. La oficina de Aldunate estaba desierta. En el despacho común, César, Boris y Drago trabajaban en su barco fantasma o en lo que fuera que estuvieran trabajando. Sí, podría haber sido mucho peor. Dejé mis cosas en mi escritorio y fui a la cocina por café.

Al entrar, me topé con el tío de César, que estaba parado frente al horno microondas.

—Hola —dije.

—Hola —dijo él, sin apartar la mirada de la bandeja que giraba con movimiento lento y regular.

El tío de César no hablaba mucho. Era albañil y todos los días, a eso de las once de la mañana, aparecía en la oficina y se dirigía a la cocina para calentar su almuerzo. Solía llevar indumentaria de trabajo: jeans desgarrados y un suéter verde, holgado y casi hecho jirones; todo cubierto de polvo y manchas de pintura.

En una ocasión, una de las recepcionistas se asomó al despacho común y dijo:

—Hay un vagabundo en la cocina.

A todos nos caía bien el tío de César.

El microondas se apagó con una campanilla. El tío de César abrió la pequeña puerta y extrajo el envase de plástico con su almuerzo.

—Chao —dijo saliendo.

—Chao —fue todo lo que alcancé a decir.

De vuelta en el departamento después de un día completo escuchando el crujido de los papeles arrugados al expandirse en las papeleras y

enjuagándome la boca con cada sorbo de insípido café antes de tragarlo, otro día miserable y perdido, salí al patio y desenrollé la manguera. Hacía semanas que no regaba las plantas y la tierra de los maceteros, resquebrajados y desfondados en su mayoría, estaba gris y agrietada. Mientras regaba, me tropecé con uno de los tiestos de plástico que mi abuelo solía utilizar para dar de comer a sus gatos. En el momento de mudarme, la gata de mi abuelo, una gata blanca descendiente de una larga dinastía de gatas de pelaje blanco, acababa de parir tres gatitos. Pasó un mes y un día la gata se esfumó. Al cabo de una semana, empecé a pensar que tal vez le había pasado algo. El muro del fondo daba a una avenida ancha y muy transitada. Unos días más tarde, los gatitos, que ya se desplazaban por el patio, corrieron la misma suerte misteriosa.

Empujé el tiesto hasta un rincón con el zapato, puse una de las macetas rotas encima y mojé la tierra reseca, que, por primera vez después de lo que parecía mucho tiempo, se empapó.

En la cocina, saqué un huevo del refrigerador, lo metí en una olla con agua y puse la olla al fuego. Recordé la receta de mi abuelo, pronunciada por él tantas veces con su humor ambiguo y un poco gruñón.

Tres minutos: huevo pasado por agua.

Cinco minutos: huevo duro.

Quince minutos: puré de huevo, desparramado por toda la cocina.

Mientras esperaba a que el agua hirviera me senté en un piso alto, tomé el *dossier* del caso Mina Amarilla que había traído de la oficina y lo abrí por la primera página.

Era lo que llamaban un *dossier* extendido. La primera parte contenía resúmenes de los documentos de la acusación. Pasé las páginas con rapidez, deteniéndome aquí y allá en algún título o párrafo azaroso. Allí estaban los nombres de los seis detenidos, uno de ellos señalado con un asterisco. Los abogados querellantes habían considerado que debilitaba el caso y lo habían excluido. Y allí estaban también Benavente, Téllez y O'Ryan, o como los llamaba Boris, los tres chanchitos.

Eché un vistazo al huevo, que se cocía en calma.

Me salté los apartados dedicados a la defensa y llegué a los anexos. Cuadros estadísticos, listas de nombres y fechas. Largas columnas de dos, tres y cuatro páginas.

Alguien se había dado el trabajo de recopilar todos los documentos que mencionaban en alguna parte a Benavente, Téllez u O'Ryan. Declaraciones judiciales, testimonios, sitios web, libros de memorias, notas de prensa. Era información sin actualizar, perteneciente a la primera etapa del caso. De todas formas, era un trabajo titánico.

Dejé el *dossier* en el mesón.

El huevo daba saltitos en la olla. Lo saqué con una cuchara y lo pelé. El salero estaba casi vacío. Lo agité sobre el huevo y mordí la clara. Regresé al piso y al *dossier*.

Anoté algunos datos en mi libreta azul.

Benavente, el marino. Figuraba en 134 testimonios, ligado a la detención de 63 personas, 4 de ellas desaparecidas.

Téllez, el soldado postrado. 42 testimonios, 9 traslados. Se le vinculaba a la desaparición de 2 personas.

El aviador O'Ryan, cuya última morada había visitado el día anterior, aparecía en más de 200 testimonios, la mayoría de ellos relacionados con centros de tortura, 89 detenciones y más de 100 traslados.

Cerré el *dossier* y miré mis anotaciones. Todas esas cifras, claras y finitas, se veían maravillosas. El problema era que no había avanzado un milímetro. Pero ¿hacia dónde debía avanzar? Era un asunto complicado. Alguien había dicho: «Un centenar de muertos es una catástrofe; cinco millones de muertos es estadística». Pero nadie había dicho nada, brutal o no, sobre qué era un detenido desaparecido. O un millar.

Terminé el huevo y miré la olla, donde el agua borboteaba con un rumor submarino. Había olvidado apagar el fuego.

Se me ocurrió algo.

Primero, puse otro huevo en la olla. Tomé el *dossier* y estudié la lista de personas detenidas por Benavente, que a continuación comparé con los traslados realizados por Téllez. Eso era lo que aquel sujeto, el intruso del abrigo negro, le había dicho a Benavente: *Tú me detuviste*.

Subrayé los nombres que se repetían. Terminé con una página y pasé a la siguiente. Aparecieron más nombres. Subrayé, comparé, taché. Una hoja planeó hasta el suelo. La apoyé contra una gaveta, casi clavándola con el lápiz, y subrayé más nombres.

Mis dedos se humedecieron. El lápiz bajaba por las columnas escaneando nombres y apellidos; el huevo se sacudía como un poseso, apenas bañado por el agua de la olla. El aire de la cocina estaba caliente; yo estaba caliente. ¿Quién había dicho que no era capaz de trabajar duro? Por fin, comparé los nombres coincidentes con las personas desaparecidas vinculadas a O'Ryan. Los escribí en mi libreta.

Eran dos.

Uno de ellos figuraba como víctima en el caso Mina Amarilla. El otro no.

9

El sol de la última hora de la mañana iluminaba los barrios de la precordillera. Me detuve frente a la entrada principal de la propiedad y miré a través de la reja. Una discreta construcción de un piso, alargada, emplazada en la cima de un prado verde.

Toqué el timbre.

Habían pasado varias semanas desde el supuesto inicio de mis indagaciones. Largas mañanas en la oficina, largos almuerzos, tardes interminables. Ya lo veía venir. Aldunate me llamaría a su oficina y yo no tendría el más mínimo progreso que mostrarle. Aldunate me había advertido sobre no molestar a nuestros clientes. Pero Aldunate también me había dicho que me las ingeniara, y no iba a dejar que me pillara con las manos vacías.

Una voz femenina brotó del pequeño parlante adosado a la reja.

—Buenos días —dije—. Soy Pablo Alfaro, de la oficina de abogados Mate & Lancaster. ¿Se encontrará en casa el señor Téllez?

—Lo siento —dijo la voz—, pero él está fuera del país.

—No me diga. Necesitaba hablar con él sobre un asunto relativo a su padre.

Hice una pausa calculada.

—¿Estará *él* en casa?

Sabía por César que, después del incidente con el intruso del abrigo negro y de la escandalosa visita de Téllez a la oficina, Téllez hijo había regresado al extranjero, dejando otra vez al viejo bajo el cuidado de los empleados de la casa.

La voz titubeó.

—Eh…, sí. Pero… A ver, espere un momento.

Me apoyé contra la reja respirando el aire cálido del mediodía. La mañana había estado nublada. Encaramado en el techo, un sujeto barría las hojas secas con un escobillón. Un jardinero pasó frente a mí empujando una carretilla. Se detuvo secándose la frente con la manga y me miró, parado en la entrada con mi corbata y mi maletín: solo otro monigote en el eterno desfile de empleados de la familia.

La puerta de la casa se abrió, allá lejos, y una mujer asomó la cabeza. Le hice un gesto con la mano. Bajó la mirada y cruzó el jardín con paso rápido. Era una mujer corpulenta y llevaba un pequeño delantal amarillo que dejaba al descubierto dos poderosos y acalorados brazos. Se necesitaban brazos como esos para levantar y mover enfermos.

—Buenos días —dijo abriendo la reja—. ¿De dónde me dijo que venía?

—De la oficina de abogados Mate & Lancaster.

Asintió con aire ausente. No debía de estar muy enterada del asunto, pero… *abogados*. No podía ser nada bueno.

—¿Podría hablar con el señor un momento?

—Es que… Él no está como para recibir visitas.

—¿Está mal de salud?

—No es una cuestión física, no sé si me entiende. Él a veces… se confunde un poco.

—Entiendo, pero solo necesito hacerle un par de preguntas; algo muy breve.

La mujer apretó los labios.

—Mire, justo ahora iba a darle su almuerzo. Si veo que está de buen ánimo y quiere recibirlo, puede pasar. Pero que conste que no le

prometo nada.

—Le agradezco mucho.

Caminamos a través del jardín.

—Don Javier es una persona muy especial. Sigue siendo muy especial, a pesar de todo. A veces cree que todavía está en su oficina. Se enoja y grita: ¡Quién se llevó mi máquina

de escribir! Se sienta en la cama y empieza a pedir papel y lápiz. Me imagino que le gustaba mucho su trabajo.

El interior de la casa ofrecía un aspecto apagado y silencioso. Cruzamos el vestíbulo y el living. En la cocina, un tipo vestido de camisa y corbata miraba la televisión inclinado sobre un plato humeante. Me escabullí por el pasillo a toda prisa. Las habitaciones lucían ordenadas y limpias. De vez en cuando se divisaba alguno de los juguetes de «los niños», como les decían los empleados a los hijos de Téllez. Bicicletas estáticas, máquinas de ejercicios, viejos computadores, un teclado eléctrico montado sobre su caballete. Los niños habían estudiado, se habían convertido en profesionales o empresarios, se habían marchado al extranjero y se habían llevado a sus hijos con ellos.

Llegamos a una habitación de servicio donde se apilaban muebles de jardín y otros cachivaches. Sillas de plástico, quitasoles, una parrilla eléctrica. Era una ampliación de la construcción original y el techo era más bajo. Un ventanal permitía ver parte del jardín.

—Espere aquí —dijo la mujer y desapareció por un estrecho pasillo.

Escuché que descorría las cortinas en la habitación contigua. Sus pasos resonaron rápidos y decididos, amortiguados por la alfombra.

—Buenos días —dijo con voz cantarina—. Parece que el pajarito que me gusta está de nuevo en el jardín. ¿Lo ha escuchado hoy? Es ese que dice: *¿Has visto a mi tío Agustín?* Ponga atención, parece que ahora está en el limonero.

Se produjo un lapso de silencio. Un pájaro trinó en el jardín.

—¡Ahí está! ¿Lo escuchó? *¿Has visto a mi tío Agustín?*

Hubo un ruido metálico, una especie de gong apañado, y luego un tamborileo. El tamborileo cesó y la enfermera preguntó:

—¿Quiere hacer de lo otro?

Siguió parloteando y moviendo objetos en la habitación silenciosa.

Miré por el ventanal. Un tipo limpiaba el agua de la piscina con una larga caña de plástico. Parecía aburrido. Intenté pensar en las preguntas que le haría al viejo. Había pensado en rellenar con un poco de cháchara y tratar de sacar algo en limpio. De pronto, todo el asunto ya no me parecía tan buena idea.

La enfermera se acercó por el pasillo. Por la expresión de su rostro, supe que no iba a haber ninguna entrevista.

—Pero qué maleducada soy —dijo—. Podría haberle ofrecido una taza de té mientras esperaba. Ni siquiera le ofrecí quitarse el abrigo.

—No se preocupe —dije ajustándome las solapas. Era un abrigo negro que había pertenecido a mi abuelo. Ahora que lo pensaba, también lo había llevado encima el día de mi visita al cementerio.

—Mire, no creo que el señor pueda responder muchas preguntas; no es uno de sus días buenos… Pero no ha estado recibiendo muchas visitas y no le vendría mal que usted pasara y lo saludara. ¿Qué le parece?

Sonrió beatíficamente, antes de agregar:

—En el fondo usted es su abogado, ¿no?

Era una habitación pequeña con un ventanal que daba a un descuidado rincón de la propiedad. Eché un vistazo a las paredes. Dondequiera que hubiesen estado los mensajes, ya no quedaba el menor rastro de ellos. Téllez yacía sobre una cama alta y angosta, con el respaldo alzado, ligeramente reclinado hacia delante. Pensé en algo dejado en el refrigerador por mucho tiempo.

La mujer cruzó la habitación y se agachó junto a un montón de sábanas y colchas arrumadas sobre la alfombra. Téllez la siguió con la mirada, mientras balbuceaba algo. Le habían quitado la dentadura postiza para evitar que fuera a atragantarse con ella y los labios le estorbaban al hablar. Entonces volvió la mirada hacia mí. Sus ojos me examinaron de arriba abajo y noté en ellos un brillo secreto. Una

última reserva de astucia y desafío.

—Yo fé quién ef ufted —dijo apuntándome con el dedo.

Solo nos habíamos visto un par de veces. Evidentemente, me confundía con otra persona. Intenté mostrarme amable y sonreír. El viejo seguía apuntándome con el dedo.

—Ufted debería eftar muerto.

10

No recuerdo exactamente qué fue, tal vez hubiera tenido una mala noche o estuviese a punto de caer enfermo, el asunto es que desperté pensando en Aldunate. Quiero decir, con odio. Me había puesto a trabajar en aquel seudocaso y luego se había desentendido de mí. Metí la cabeza bajo el chorro caliente de la ducha esperando olvidar el asunto. Pero allí estaba. Casi podía ver su rostro sonriente mientras sus dedos recorrían los tirantes, rojos, verdes, azules, arriba y abajo, arriba y abajo. Si lo que pretendía era volverme loco, lo estaba logrando. Andaba todo el día somnoliento, me sentía enfermo, no tenía apetito y pasaba pésimas noches. Todas las mañanas me afeitaba, me duchaba y me peinaba, pero mi cerebro era una pecera llena de algodón. Así que esa mañana salí del ascensor, empujé la mampara (la que lucía el orgulloso rótulo de «Mate & Lancaster Abogados») y me planté en el sofá; me senté ahí, justo en el centro del sofá, crucé los brazos y alcé la mirada en dirección a su oficina.

Al cabo de un rato, la mampara se abrió y César y Drago cruzaron la recepción hacia el despacho común. Respondí a su saludo con un gesto vago. En su oficina, Aldunate se ponía de pie y abría la puerta. Se acercaba. Pensé que vendría hacia mí, pero en el último momento dobló por el pasillo y se desvió hacia la impresora. No me había visto.

Seguí vigilando.

Tenía los ojos clavados en la puerta de Aldunate. Era una puerta maciza, de madera oscura, pero mis ojos la atravesaban. Yo era un gran ojo que lo veía todo. La justicia era ciega pero yo no era la

justicia. Entonces la puerta se abrió y Aldunate volvió a salir. Lo vi venir hacia mí y lo supe: el momento había llegado. Me erguí sentado en el sofá. Cuando estuvo más cerca, nuestros ojos se encontraron. Le sostuve la mirada.

—Buenos días, Alfaro.

No dije nada. Él apartó la mirada distraídamente, empujó la mampara y salió.

Pasado el mediodía, almorcé atolondradamente y regresé a mi mullido puesto de protesta. La cordillera sabía que yo era un tipo pacífico, pero tenía mis límites. Iba a sentarme allí, en ese sillón, hasta que Aldunate reparara en mí y me dijera algo. Y entonces tendría que escucharme.

La tarde avanzó con lentitud. Tenía sueño. Los párpados me pesaban. Estaba claro que mi régimen de vida no era el ideal. Necesitaba comer más verduras. Cuando volví a mirar, Aldunate estaba apagando el computador y ordenando sus cosas. Lo vi ponerse la chaqueta. La puerta se abrió; se apagó la luz. Aquí estaba. Tenía que pasar junto a mí. Había sido una jornada completa sin tocar una tecla o manosear un código o reglamento, íntegramente desperdiciada a vista y paciencia de todo el mundo. No podía pasarlo por alto. Estaba a cinco metros de distancia; a tres. Cada vez más cerca. Enderecé la espalda. Aldunate alzó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. No aparté la mía. Sus ojos estaban allá arriba, encaramados sobre su pecho y su papada, en la cima de su cabeza, oscurecidos por las tupidas cejas; yo me mantenía todo lo erguido que podía, hundido como estaba en el viejo sofá. Era un duelo de miradas, una batalla de voluntades.

—Buenas tardes, Alfaro.

Empujó la mampara y salió.

Me quedé petrificado. No estaba seguro, pero me pareció que Aldunate me había *sonreído*.

Intenté pensar. Me dolía la cabeza. Necesitaba hacer más ejercicio, ajustar mis horarios. ¿Acababa de sufrir una alucinación? Pero de alguna forma esa sonrisa era esclarecedora. La extraña ocurrencia de

indagar en aquellos mensajes (borrados, desvanecidos, ausentes) con el fin de conformar un eventual caso. Quizá fuera un castigo, una broma o algún tipo de experimento… pero *era real*. Y lo peor de todo, él lo estaba disfrutando.

La imagen regresó a mí con toda claridad. Sus cejas alzándose, su nariz arrugándose de manera casi imperceptible en una especie de guiño entrañable, su paso reposado… y la sonrisa. La sonrisa en su boca como una burla final.

Me puse de pie, derrotado. El piso estaba vacío, ensombrecido y silencioso. Se me había dormido una pierna. Cojeé hasta el despacho común y empujé la puerta.

Alguien estaba sentado a oscuras en medio de la habitación. Podía ver su silueta negra fundida con la de la silla.

—¿Drago? ¿César?

La silla giró sobre el eje. Encendí el interruptor.

—¿Qué haces acá? —pregunté.

—Estaba uniendo las piezas —dijo Boris juntando las manos con aire meditabundo, los codos apoyados en los brazos de la silla.

A pesar de la hora, su rostro lucía sereno y despejado. Exploré la oficina, miré detrás de la puerta. No parecía haber nada fuera de lo normal.

—¿Qué piezas? ¿De qué estás hablando?

—Aldunate me habló del enfoque que le estás dando a tu caso —dijo.

—¿Ah sí?

—Pasó por aquí hace un rato, yo estaba trabajando en mi escritorio. Cerró un poco la puerta y me dijo que me acercara. Mira, me dijo, apuntando hacia afuera. Me asomé a la rendija y miré. No sabía qué tenía que mirar. ¿Ves a Alfaro?, me preguntó, ¿ves lo que está haciendo? Volví a mirar. Estabas sentado en la recepción. Sí, dije, está durmiendo. Me dijo: No, tienes que mirar con más atención. Alfaro ha estado ahí todo el día, y lo que está haciendo es fundamental. Yo miré otra vez. Te estabas cayendo un poco hacia un lado y de vez en cuando te despertabas y te enderezabas. Entonces me agarró de los

hombros, me miró, casi con lágrimas en los ojos, y me dijo: Boris, la mayoría de los abogados son personas cuya inteligencia está por debajo del promedio de la población, lo único que hacen es ir de código en código, tienen la cabeza llena de artículos e incisos, pero los artículos ya están impresos así que en realidad sus cabezas están vacías; todos ellos deshonran nuestra profesión. Me explicó que de vez en cuando había que sentarse y planificar el siguiente paso. Luego me abrazó, abrió la puerta y salió.

Observé a Boris impulsarse con los pies y rodar hasta su computador. Comenzó a teclear animadamente. Las letras iban desgranándose y llenando líneas en la pantalla. Como a través de un túnel, vi que no era más que un mugroso contrato de compraventa. Fue lo último que alcancé a distinguir, aturdido y cojo en el vano de la puerta, antes de empezar a hundirme.

11

A la mañana siguiente me presenté en el terminal de buses. Saqué la tarjeta de mi billetera, la ladeé y vi cómo relucía bajo los focos de las boleterías. La había encontrado encima de mi escritorio más o menos un mes atrás, una tarjeta de crédito verde con una larga hilera de dígitos en relieve. La había echado a un cajón pensando: ¿otra broma? Me paré frente a la ventanilla, deslicé la tarjeta por debajo del cristal y compré el pasaje. Solo tuve que adivinar la clave. Era el número de calle de la oficina. Lo usábamos como contraseña del wifi y para todo.

Miré hacia arriba y pensé: Aldunate que estás en los cielos, observando.

Anduve a lo largo del andén con mi bolso y el abrigo negro de mi abuelo. Era un abrigo largo, con correa y hebilla en la cintura.

CAUQUENES

Contemplé el letrero escrito en letras rojas y encajado en el parabrisas de la máquina. Aún estaba a tiempo de arrepentirme. Al cabo de un minuto, subí y ocupé mi asiento.

La población Libertad 2 de Cauquenes, antigua villa Stalingrado, hogar de Braulio Arenas, alias el Despertador Humano. Considerada punto estratégico por encontrarse junto a la carretera, en septiembre de 1973 fue rodeada por tropas de infantería y lanzacohetes.

Una noche, un bus militar ingresó en la población escoltado por dos tanquetas. Los vehículos se estacionaron en una cancha de tierra. Los soldados descendieron y un megáfono les ordenó a los vecinos salir de sus casas. Las mujeres y los niños fueron agrupados en un rincón de la cancha mientras los hombres semidesnudos eran obligados a tumbarse boca abajo sobre la tierra, formando una larga hilera.

Un sargento los contó caminando sobre sus espaldas mientras bromeaba.

—UNO, DOS, TRES, CUATRO… CUATRO… A VER, ME PARECE QUE PERDÍ LA CUENTA… ¡AH, SÍ! CUATRO, CINCO…

Entretanto, grupos de soldados allanaban las casas. Apilaron diversos objetos en el centro de la cancha, libros, discos, afiches, herramientas agrícolas, una guitarra, y les prendieron fuego. La pira contenía un centenar de banderines pertenecientes a la escuela a la que habían asistido la mayoría de los jóvenes de la villa. La Escuela Pública A-23 Mao Tse Tung (ahora simplemente A-2). Los soldados jugaron a empujar a los hombres hasta hacerlos rodar sobre las brasas de la hoguera, tras lo cual regresaron al bus, y este y las tanquetas se marcharon.

Los vecinos volvieron a sus casas, comprobaron el estado de los ancianos y los enfermos. Entonces se dirigieron a la casa de Braulio Arenas, trabajador de la construcción nacido y criado en la villa. La puerta había sido derribada. Salvo por la abuela de Braulio, postrada en su cama, la casa estaba vacía. Alguien dijo haberlo visto en un rincón de la cancha, siendo golpeado por un grupo de soldados.

Había desaparecido.

Una semana más tarde, un grupo de niños lo encontró vagando por un terreno baldío al otro lado de la carretera.

Solo llevaba una camisa blanca, cubierta de polvo, y lo acompañaba una jauría de perros callejeros.

Cuando los niños se le acercaron, Braulio alzó los brazos al cielo y

gritó:

—¡Los perros me siguen!

A pesar de algunos esporádicos arranques de furor en los que mascullaba órdenes y reprimendas, los años lo habían vuelto inofensivo. En sus días buenos se lo podía ver mendigando comida y dinero, ayudando a las mujeres a bajar de los microbuses o simplemente vagando por ahí. De vez en cuando se le unían un par de perros. Entonces alzaba la vista al cielo y exclamaba:

—¡Los perros me siguen!

Al parecer, se trataba de algún tipo de señal divina.

Braulio llevaba siempre consigo, colgado al cuello con un cordel, un gastado reloj de pulsera. Los vecinos lo ayudaban dándole un par de monedas a cambio de que los despertara por las mañanas. Era una especie de sereno esquizofrénico.

Con los primeros rayos de sol, se aseaba en los surtidores del parque, recorría las calles hasta detenerse frente a una casa y miraba su reloj. Entonces se doblaba por la cintura, ahuecaba las manos alrededor de la boca formando una bocina y le gritaba al suelo:

—¡SEÑORA CLARA, SON LAS OCHO! ¡LEVÁNTESE, SON LAS OCHO!

Le gritaba al pavimento, con los ojos cerrados por el esfuerzo. Era como si quisiera que lo escucharan en China.

—¡SEÑORA CLARA, DESPIERTE! ¡SON LAS OCHO! *¡NO QUIERO METERME EN PROBLEMAS!*

La señora Clara se asomaba al balcón, ya duchada, vestida y peinada, y le lanzaba una moneda, que Braulio recogía dando las gracias. Entonces verificaba la hora en el reloj que llevaba colgado al cuello y se apuraba para llegar puntual a su siguiente cita.

Llegué al lugar pasadas las tres de la tarde. Había sido día de feria y los tenderos desmontaban ya sus puestos. La casa estaba en una calleja cerca de los cerros. Me detuve frente a la puerta, extraje mi libreta y comprobé la dirección (la dirección asociada a uno de los nombres que había anotado en mi libreta durante un arrebato de acalorada lectura en la cocina del departamento, en una página que debería

haber olvidado o arrancado junto con todas las demás).

Me abrió una mujer de unos cincuenta años, morena y de lentes.

—Buenas tardes. Busco a Berta Domínguez.

—Soy yo —dijo la mujer.

—¿La hermana de Andrés Domínguez?

—Sí. Su hermana menor.

—Me llamo Pablo Alfaro y trabajo en la oficina de abogados Mate & Lancaster.

La seguí a través de un pasillo de baldosas flanqueado por maceteros con plantas, hasta el comedor. Las paredes estaban cubiertas de grabados artesanales, todos con riguroso fondo negro. Caballos galopando bajo la luz de la luna en solitaria estampida. Nos sentamos a la mesa y le expliqué que estábamos recopilando información acerca de un antiguo caso de desaparición forzada, reabierto recientemente. Un caso de la zona. Estábamos actualizando los antecedentes y su testimonio podía aportar datos valiosos. Mi voz sonaba extraña en el eco de la habitación.

—¿Y exactamente qué quiere saber? —preguntó la mujer.

Me sentía como un imbécil, habiendo leído sus declaraciones en el *dossier*, ahora sentado frente a ella fingiendo saber lo que hacía. ¿Qué quería saber? Era una buena pregunta. Pero no valía la pena preocuparse. De vuelta en Santiago, informaría de todo a Aldunate. Había estado allí, había hablado con la mujer. ¿Qué más se podía pedir?

De pronto, sentí que algo me rozaba la pierna. Espié bajo el mantel. Una cosa menuda, jadeante y de ojos saltones se alzó sobre las patas traseras y apoyó las delanteras en mis rodillas.

—Se llama Ringo —dijo la mujer.

—Hola, Ringo —dije.

El bicho jadeaba y tenía los ojos redondos y muy abiertos, fijos en algún lugar del vacío. Le acaricié la cabeza. No mostró la más mínima reacción. Creo que ni siquiera sabía dónde tenía la cabeza.

—Bueno, ¡fuera! —dijo la mujer. Y Ringo se fue.

Le pedí que me hablara de la desaparición de su hermano. La mujer se tanteó los bolsillos.

—¿Me avisa a las cinco? Tengo que tomarme mis remedios.

—Claro —dije mirando la hora en mi teléfono.

Se aclaró la garganta.

—Andrés fue detenido la noche del miércoles 12 de marzo de 1975. Estoy hablando de su segunda detención. Él ya había sido detenido dos años antes, estuvo un mes desaparecido. Cuando regresó, me contó que había estado en un regimiento en Talca y que unos muchachos lo habían metido en las letrinas y había pasado una noche hundido hasta el cuello en excrementos. Se refería a los soldados del regimiento.

Me dirigió una mirada perpleja.

—¿No va a tomar nota?

—Por supuesto —dije.

Torpemente, saqué mi libreta y mi lápiz.

—La patrulla que se lo llevó la segunda vez estaba al mando del capitán Néstor Bosch. Él me dijo que no me preocupara, que era un procedimiento de rutina. Ese es el problema, pensé yo. Cinco días después (el lunes 17, nublado) fui a la cárcel de Rancagua. El capitán Bosch me había dicho que lo llevarían ahí. No estaba por ninguna parte. Unos días más tarde, una vecina me dijo que Andrés había sido visto en una escuela en Curicó. Fui para allá. Había llevado ropa limpia, cigarros y útiles de aseo. Al final, le pasé todo eso a un soldado que estaba de guardia y él me dejó hablar con Andrés a través de una grieta en un muro. Fue la última vez que lo vi.

»Fui a Linares, a Talca, a Santiago. Decían que mi hermano estaba muerto. A veces entraba en un almacén y una vecina se me acercaba y me daba las condolencias. Luego vino el asunto de la lista. Me avisaron que mi hermano estaba en el Servicio Médico Legal, en Santiago. De la nada, habían publicado una lista con personas muertas y entre ellas estaba mi hermano. Fui con Gloria, una vecina de la villa que también estaba buscando a su hermano. Nos hicieron pasar a una habitación enorme, repleta de camillas cubiertas con sábanas blancas. Sobre cada camilla había un cuerpo con los pies asomando bajo las sábanas y una etiqueta atada al dedo gordo. Con Gloria habíamos acordado que yo la acompañaría a reconocer a su hermano y ella me

acompañaría a reconocer al mío. Un tipo de bata blanca tomó la etiqueta del pie y leyó el nombre. Luego descubrió el cuerpo y se puso a anotar algo en una de esas tablillas con papeles. Gloria y yo miramos el cuerpo. Le toqué el hombro al tipo. Oiga, le dije, este no es mi hermano. ¿Cuál es su nombre?, me preguntó. Berta Domínguez, le dije. ¿Y el de su hermano? Andrés Domínguez. Seguía escribiendo. Entonces es su hermano, dijo. Disculpe, le dije, pero esta persona es mujer. El tipo miró la camilla. Era una niña morena, de caderas anchas y pelo largo. El tipo se puso rojo. Le arrancó la etiqueta del pie de un tirón, dio media vuelta y caminó hasta una oficina. Unas tres camillas más allá estaba Amanda. Nos acabábamos de conocer en la calle mientras esperábamos. Amanda era de Santiago y estaba buscando a su padre. Alcé la voz y le pregunté: Amanda, ¿es tu papá? Ella levantó la mirada del cuerpo que tenía enfrente y meneó la cabeza. Tenía los labios pintados de rojo y estaba muy pálida. Ese día todas íbamos muy maquilladas, pensábamos que íbamos a enterrar a nuestros familiares. En eso, la puerta de la oficina se abrió y apareció otro tipo. Este no llevaba bata, solo traje y corbata. Empezó a cubrir los cuerpos. Una mujer se le acercó y le preguntó algo. Gloria, Amanda y yo salimos en silencio. En la calle nos pusimos a fumar y le volví a preguntar a Amanda si la persona que estaba en la camilla no era su padre. Era un caballero gordo, me dijo. Seguimos fumando en silencio. Luego Amanda se acercó más y dijo: Oigan, ¿qué eran esas marcas?, ¿qué eran esas heridas? Por esa época yo creo que ninguna de nosotras sabía reconocer heridas de bala, pero los moretones y las marcas de amarras sí los reconocimos. De vuelta en Cauquenes, hablé con otra mujer que también había viajado a Santiago, en su caso para reconocer a su marido. Me mostraron a un hombre anciano, con barba larga y uñas muy sucias, me dijo extrañada: creo que era un vagabundo.

»Siguieron corriendo rumores. Decían que Andrés estaba enterrado en una parroquia en Calera de Tango, en una fosa común en el cementerio de Talagante. Alguien llegó con el cuento de que las flores y velas que habían aparecido a un costado de la carretera se debían a tres personas a las que habían fusilado allí una noche y que una de

ellas era Andrés. Luego vino Lonquén. Andrés siempre decía que los funerales le parecían absurdos y caros y que cuando muriera quería que lo enterraran en un cerro, pero tampoco estaba allí.

»Pasaron los años y llegó el boom inmobiliario. Se construyeron líneas de metro, se ensancharon avenidas y carreteras y, fíjese usted, en muchos lugares se utilizaron franjas de terreno que habían pertenecido al Ejército. Fueron años de mucha actividad para nuestra organización, en Santiago y en otras zonas. Recuerdo una de las primeras vigilias, en La Cisterna. Estábamos todas, las de siempre, salvo unas pocas que ya habían fallecido, y también estaba el padre Dante. El padre Dante había estado con nosotras desde el principio y solía acompañarnos en este tipo de diligencias (a pesar de que a mucha gente no le gustaba el padre Dante, que en paz descanse, entre otras cosas porque tenía el pelo rizado y pelirrojo y cuando predicaba se acaloraba y se le formaban unos como cuernos…). Nos habían dicho que iban a tener los primeros resultados temprano. Pasó la noche y la mañana y los expertos seguían trabajando en el lugar de la excavación. Entonces el padre Dante olisqueó el aire, miró para todos lados y dijo: ¿Por qué no hacemos una misa? Abrió su maletín y se puso a revolver cosas, cada vez más preocupado. Le preguntamos si pasaba algo. Se me acabaron las hostias, dijo, y el vino sacramental. La noche anterior habíamos celebrado una misa en una parroquia cercana. Las hostias no eran el problema, porque junto con la comida habíamos llevado pan; el problema era el vino. Miramos a nuestro alrededor. Estábamos al borde de un camino de tierra y todo lo que había era polvo y piedras y cerros llenos de espinos. Le preguntamos si no podía hacer la misa sin el vino. Se limitó a mirar el horizonte, como si lo hubiéramos ofendido. De pronto, dio un paso al frente y empezó a alejarse. Bajó hacia una hondonada, tropezó con una piedra levantando una polvareda y siguió caminando. Lo observamos en silencio mientras su silueta se iba haciendo cada vez más pequeña. Alcanzó una cerca cubierta de matorrales y lo perdimos de vista. Esperamos junto a los soldados que habían enviado a resguardar los trabajos de excavación y entonces, después de media hora o algo así, lo vimos aparecer por el camino. Se había quitado la chaqueta y la

traía enrollada en la cabeza como un turbante. Venía sonriente y con la camisa mojada de transpiración y vimos que traía en la mano un racimo de unas uvas preciosas. Acabo de lavarlas, dijo, ¿quieren probar una? Probamos las uvas y luego el padre Dante las bendijo con un rápido movimiento, aunque quizás solo estaba espantando los mosquitos, y bendijo el pan y dijo: ¡Estamos listos! Pusimos unas sillas en hilera y otras al frente, formando un altar.

»El padre Dante abrió su Biblia, pasó las páginas para un lado y para el otro, como si no pudiera encontrar la parte que estaba buscando, y la cerró. Miró alrededor, hacia los cerros rocosos, y dijo: Jesús fue un ejecutado político. Nos miramos entre nosotras. En realidad, no era una idea nueva. Ya la habíamos visto en unos panfletos mimeografiados (un Vía Crucis hecho por unos seminaristas) y el mismo padre Dante la sacaba a relucir siempre que podía. Aparte de sus misas improvisadas y sus rizos pelirrojos, a veces le daba por meter de contrabando estas declaraciones un poco estrafalarias (ay, todavía me acuerdo de cuando nos enteramos de que había muerto en ese accidente tan horrible). *Jesús había sido un ejecutado político*. Quizás nos sentimos un poco incómodas por los soldados, que en su mayoría eran conscriptos jóvenes y probablemente no sabían mucho del tema, pero nada más.

»El padre Dante empezó a contarnos cómo, por allá por el año cero, Judea era una colonia romana, cómo el poder de Roma se basaba en el de los sacerdotes judíos sobre su pueblo, y cómo las ideas de Jesús venían a desafiar todo este sistema. Jesús les hablaba a los ladrones, a los pobres, a las prostitutas, a judíos y gentiles, y les prometía el Paraíso. Por eso había sufrido la persecución y la prisión política, había sido torturado y ese primer Viernes Santo se había convertido, como le gustaba decir al padre Dante, en un ejecutado político. Hasta ahí todo bien. Nosotras habíamos estado asintiendo y escuchando en silencio. El padre Dante seguía muy serio. Dio un rodeo para subrayar lo poderosas, lo peligrosas, lo revolucionarias que eran las ideas de Jesús, como si él mismo no quisiera seguir adelante, y luego dijo que teníamos que aceptar la posibilidad de que los romanos hubieran estado dispuestos a ir todavía más lejos para silenciarlas. ¿Cómo “más

lejos"? Paseó la mirada por las hileras de sillas, como desafiándonos a que alguna adivinara lo que él estaba insinuando, aunque estoy segura de que ninguna lo sabía ni lo sospechaba. Sobre su frente, un mechón rebelde se había rizado formando uno de los cuernos que le daban tan mala fama. Cuando dijo que Jesús había sido un detenido desaparecido, se oyó un trueno y todas nos persignamos. En realidad, era el petardeo de los motores de la caravana que regresaba desde el lugar de las excavaciones. Según las Escrituras, las autoridades romanas temían que los seguidores de Jesús robaran su cuerpo para proclamar que había resucitado, pero cabía la posibilidad de que en el último momento, ya al borde de la desesperación, hubieran decidido tomar medidas drásticas. ¿Cómo? Pues haciendo desaparecer el cuerpo de Jesús, para evitar peregrinaciones y muestras de devoción popular, que era lo que de verdad los asustaba, no cosas en las que de todas formas no creían, como milagros y resurrecciones. En otras palabras, para que sus ideas se desintegraran y desvanecieran como su cuerpo sin tumba.

»Nos habló de san Antonio Abad, protector de los amputados y los enterradores, que les ordenó a sus alumnos esconder su tumba, y de san Antonio de Padua, patrono de los enamorados y los objetos perdidos. El Antiguo Testamento y la literatura clásica estaban llenos de patriarcas y reyes asesinados, y de cadáveres abandonados u ocultados en señal de venganza, o simplemente desaparecidos (como el del mismo padre Dante, ahora que lo pienso, que nunca se encontró después de que su avión se desintegró en el mar). De repente, cambió de tono. Por supuesto, esto no invalidaba en lo más mínimo el milagro de la resurrección de Jesús. Donde fuera que estuviera, donde fuera que se lo hubiesen llevado y le hubieran hecho lo que le hubieran hecho, Jesús se había puesto de pie, se había sacudido el polvo y había regresado caminando a Jerusalén, donde los apóstoles lo vieron con sus propios ojos y comprobaron con sus propias manos su resurrección. Después de repasar estas historias y otras que seguramente estoy olvidando, el padre Dante saludó al juez y a los expertos forenses que acababan de unirse a la ceremonia, y dio por concluida su prédica.

»Cantamos un himno y luego nos formamos y recibimos la comunión con el pan y las uvas. Más tarde, nos reunimos con el juez. Nos dijo que nos tenía buenas y malas noticias. La buena era que habían encontrado restos de ropa en el lugar de la excavación. La mala era que los cuerpos ya no estaban ahí. Se los habían llevado.

La tarde avanzó. Hice algunas preguntas más, la mujer las contestó. Se había casado durante los ochenta. Había tenido dos hijos. Su marido había fallecido algunos años atrás. ¿Andrés había tenido hijos? No.

Cerré mi libreta y nos quedamos en silencio. La mujer miraba hacia la ventana.

—Disculpe, ¿qué hora es? —me preguntó.

Busqué mi teléfono.

De pronto, se escuchó un golpe en la puerta de calle. Ringo salió disparado hacia el pasillo y empezó a ladrar.

—Discúlpeme un segundo —dijo la mujer poniéndose de pie.

Entonces la voz atronó desde la calle.

—¡SEÑORA BERTA! ¡SEÑORA BERTA, SON LAS CINCO! *¡TIENE QUE TOMARSE SUS REMEDIOS!*

12

Era un pequeño pueblo ubicado en el camino a Talagante. Bajé del microbús a eso de las seis de la tarde y caminé por la calle principal, una breve y angosta vía flanqueada por imponentes construcciones de madera como ya no se veían en otros lugares. Antiguos almacenes de harina, semillas y herramientas agrícolas cerrados o convertidos en talleres mecánicos. La cordillera se alzaba chata y lejana, como si alguien la hubiera relegado al fondo de un cajón.

Hacia el final de la calle, un acribillado cartel indicaba el retorno a la autopista. Alguien lo había rayado alterando las letras. Se podía leer:

Saqué mi libreta y leí los nombres escritos con letra profunda y vigorosa. Taché el de Andrés Domínguez y contemplé el segundo y único restante. A diferencia del primero, pertenecía a una de las víctimas del caso Mina Amarilla. Había pensado que cuando le informara a Aldunate de mis actividades, si es que eso llegaba a ocurrir, sería más lógico haber visitado a las familias de ambos. Ahora bien, ¿por qué visitarlas para empezar? ¿Por un antojadizo cruce de información? Tenía que admitir que eran preguntas válidas. Pero entonces también tendría que haberme preguntado: ¿por qué ponerme a mí a investigar el asunto? ¿Por qué hacerles caso a Téllez y Benavente? ¿Por qué defenderlos? ¿Por qué acusarlos? ¿Por qué asesinar personas y hacerlas desaparecer? *Por qué, por qué…* Eran demasiados *por qué*.

Golpeé la puerta de madera con los nudillos.

Me abrió una mujer de unos sesenta años, delgada, vestida con un traje pantalón verde. Pensé en alguna clase de institución de beneficencia.

Le di la misma explicación que le había dado a Berta Domínguez, evitando mencionar el nombre de la oficina, y me hizo pasar. Sentados a la mesa del comedor, me contó algunas cosas. Se llamaba Rosa. Rosa Cisternas. Había sido esposa de Esteban Carranza, el segundo nombre en mi lista. Habían tenido un hijo. Más tarde, ella había vuelto a formar pareja.

Ya había escuchado hablar a otros familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos —casi todas mujeres, casi siempre mujeres—, y la persona que tenía frente a mí no era como ellos. No parecía del tipo acostumbrado a recibir a fotógrafos, documentalistas, escritores o estudiantes universitarios extraviados en busca de material para agregar a sus tesis de Periodismo o Literatura (desde luego, no se parecía en nada a Berta Domínguez, quien había resultado ser una activa integrante de las organizaciones de familiares de detenidos desaparecidos, llena de historias). No era de extrañar. Era un caso poco conocido.

Le pregunté por su hijo, el que había tenido con Esteban Carranza. Había muerto combatiendo un incendio forestal en Portugal diez años

atrás. Era bombero. Ella trabajaba recaudando fondos para la compañía de bomberos local.

La mujer hablaba con una sonrisa amable. Empecé a sentirme mal. ¿Acaso me había vuelto loco? Había actuado de forma irresponsable, yendo a meterme en las casas de esas personas, sin la menor seguridad sobre si eso serviría para algo. Sin contar, claro, las mentiras y calculadas omisiones a las que había tenido que recurrir. Miré mi libreta, las pequeñas hojas cuadriculadas habían ido llenándose de anotaciones.

Se hizo el silencio y el silencio se prolongó. La mujer se llevó una mano a la cara y se frotó los ojos.

—Disculpe, hoy tuve mucho trabajo y estoy un poco cansada.

Muy bien, pensé, hasta aquí llegó todo.

—No se preocupe —dije, en cierto modo agradecido. Me tranquilizaba saber que el viaje había resultado tan inocuo y olvidable como el del día anterior. En el fondo, la había sacado barata—. Muchas gracias por su tiempo.

Me había hecho ya a la idea de abandonar el asunto y regresar a mi vida de desempleado o lo que fuera que me esperara allá en Santiago, cuando la mujer volvió a hablar.

—¿Por qué no viene el miércoles? Los miércoles no trabajo. Podemos tomar mate, conversar con más calma y ver en qué le puedo ayudar. ¿Tiene tiempo los miércoles?

—¿Quiere decir todos los miércoles?

—Bueno —dijo, sonriendo con perplejidad—, los que necesite para su investigación.

No supe qué decir.

—Claro… —articulé con dificultad—. Muchas gracias.

Nos miramos y por un segundo pensé que ella había visto algo en mis ojos y yo había visto algo en los suyos, algo que no tuve tiempo de precisar, porque entonces se puso de pie y desapareció por el pasillo.

Cuando volvió, cargaba un monstruoso montón de papeles apilados en torres dispares y entremezclados como naipes mal barajados, asomando entre tapas de carpetas y bolsas de plástico desgarradas. Abrió los brazos y los papeles se derramaron sobre la mesa barriendo

la cubierta como una ola sobre la arena.

La avalancha de papeles avanzó hasta el borde del mantel y chocó contra mi abdomen. Un par de hojas se deslizaron hasta el suelo. Esbocé una sonrisa, una sonrisa sabia y dolida. ¿Cómo no lo había visto venir?

Con la mirada perdida entre los papeles, apoyé la frente en una mano y Rosa se puso a explicarme. Era una ferretería. Una ferretería y un par de propiedades más. Propiedades familiares. Nada del otro mundo, dos o tres terrenos agrícolas cerca del río, y la casa. Había un tío o tío abuelo que le había legado todo a su hijo, un tal tío Tito. Tío Tito era el padre o padrastro de alguien y al morir ese alguien…

Me fijé en un papel que se había quedado enganchado en mi codo. Era un diploma: «CAMPEÓN TORNEO DE VERANO TENIS DE MESA». En fin. Rosa quería hacer algo con la ferretería y los demás terrenos, venderlos o traspasarlos; los documentos de las propiedades no estaban regularizados.

Terminó su explicación y me miró con la misma sonrisa franca y natural.

—¿Qué le parece? Así ambos nos ayudamos.

El cazador cazado.

Rosa trajo un saco harinero y un rollo de cuerda y armé un paquete con los papeles. De pronto, la puerta de calle se abrió y luego se cerró. Se oyeron pasos en el vestíbulo. Rosa se movió hacia un costado y atisbó en dirección al pasillo.

—¿Nicolás? —preguntó alzando la voz.

Las pisadas se hicieron más fuertes y pesadas, luego se perdieron en las habitaciones. Una puerta se cerró.

—Nicolás, ven a saludar —volvió a llamar Rosa.

Se quedó quieta, el cuerpo inclinado hacia un lado, sondeando el silencio de la casa.

—Ya voy —dijo de pronto una voz masculina.

Una puerta se abrió. Las pisadas se acercaron por el pasillo. Eran lentas, espaciadas e iban acompañadas de un crujido de cuero. Entonces apareció en el umbral del comedor. Era un muchacho

delgado y pálido, bastante alto, de unos veinte años. Llevaba un abrigo negro, pantalones ajustados del mismo color y unas botas cubiertas de hebillas plateadas que le llegaban hasta las rodillas. Un mechón de pelo negro azuloso le tapaba los ojos y parte de la cara.

Se inclinó sobre Rosa y la besó en la mejilla. Luego me tendió la mano. Usaba un pesado anillo metálico en el dedo medio y tenía las uñas blancas, largas y puntiagudas.

—Él es Nicolás, mi hijo.

—Hola —dijo el muchacho desde detrás de su mechón de pelo.

—Y él es Pablo Alfaro. Es abogado.

—Abogado —repitió el muchacho con tono indiferente. Meneó ligeramente la cabeza y su mirada ciega pareció pasearse por el mantel, donde aún quedaban algunos papeles sueltos.

Rosa le acarició el brazo.

—Hay comida en la cocina.

El muchacho dio media vuelta y se dirigió a la cocina. Empujó la puerta batiente y vi una serie de figuras blancas estampadas en la espalda del abrigo. Eran letras. Tortuosas letras blancas bordadas a mano sobre la tela negra.

RULFO

La puerta osciló y se cerró. Rosa me miraba.

—Nicolás es un poco callado —dijo—, pero es un buen hijo. El único que me queda.

Rosa me había dicho que había vuelto a formar pareja. Nicolás debía de ser hijo de esa relación.

—Le gusta la literatura —dije.

—Le encanta —dijo Rosa sonriendo—. ¿Cómo supo?

—Por eso que tiene bordado en el abrigo. Juan Rulfo. Lo leí en el colegio.

—¡Ah! —dijo riendo—. No, no. Rulfo era el nombre del amigo imaginario que tenía cuando niño. Habló con él hasta los trece o catorce años. A Nicolás le gusta hacerse su propia ropa. Compra tela o ropa usada y la arregla a su gusto; maneja muy bien la máquina de coser. Y a veces borda ese nombre en las prendas. Supongo que le trae

buenos recuerdos.

Hubo ruido de platos y ollas en la cocina. La rendija luminosa bajo la puerta se eclipsó y volvió a iluminarse. Me despedí de Rosa, tomé mi atado de papeles y un minuto más tarde recorría las callejas ya oscurecidas, como perseguido por una maldición incomprensible, en busca del letrero acribillado que señalaba el retorno a la autopista.

13

Desde el descanso de la escalera exterior donde a veces salía a fumar, se podía ver el patio de concreto repleto de tuberías y respiraderos que los empleados de las distintas oficinas utilizaban para estacionar sus bicicletas. Junto a las escaleras que llevaban al piso superior había un cenicero de pie y un cartel que decía:

POR FAVOR NO APOYAR LOS PIES EN LA PARED

Siempre me había parecido un poco ofensivo, como si los que allí trabajábamos fuésemos animales o algo parecido. Lo fuéramos o no, una horrible franja de mugre y huellas de zapato se extendía a todo lo largo del muro.

La salida de emergencia se abrió y apareció César, pálido y demacrado bajo el sol matutino. Se estiró la camisa con las manos y se enderezó y respiró y por un instante pareció recobrar algo, recuperar algo indeterminado. Luego volvió a perderlo.

—¿Cómo va todo? —dijo acercándose.

Saqué mi cajetilla y le ofrecí un cigarrillo. Lo encendió y exhaló el humo.

—Constanza dice que este es el peor cigarro del día —dijo contemplando la brasa humeante.

Constanza era la novia de César. Tenía unas normas draconianas respecto a los ambientes libres de humo, entre otros temas.

—Yo le digo que los peores cigarros son los veinte o veinticinco que te fumas sin darte cuenta entre las cinco y las seis de la mañana después del cuarto o quinto combinado.

—Sí, hacen mal.

Meditamos dolorosamente sobre ello.

—Estuve toda la noche preparando unos documentos y ahora tengo una audiencia a las cuatro. —Paseó la mirada por el panorama resplandeciente de la mañana. Sus ojos se movieron turbios y viscosos, como renacuajos en el fondo de un charco seco—. ¿Y tú?

Hice un gesto vago con la mano que sostenía el cigarrillo, mientras pensaba en el montón de papeles que me había traído desde Talagante la noche anterior. Tuve una visión fugaz de mí mismo deshaciéndome del saco de papeles detrás de un árbol, arrojándolo a una acequia a un costado de la autopista entre accesos de risa (al fin había encontrado el letrero acribillado: «AUTOP SIA»), con la espalda encorvada como un simio deforme, sorprendido por un frenazo y los brillantes faros de un vehículo mientras ejecutaba una danza grotesca. El saco estaba sano y salvo en mi departamento.

—Bienes raíces —dije.

—Mira, qué bien —dijo César con genuino asombro—. A propósito, necesito que me des una mano con un cliente. ¿Tienes tiempo?

—¿Me vas a subcontratar?

—O te subcontrato a ti o salgo a la calle y subcontrato al primer tipo con corbata que se me cruce por delante. No es nada urgente, pero alguien tiene que empezar a hacerlo. Son unos contratos que hay que redactar. Obviamente, la plata es tuya.

—Subgracias.

—Te envío un correo. Ahora me voy a mi oficina a ver si puedo dormir un poco.

César aplastó el cigarrillo en el cenicero y se fue. Estaba a medio fumar. Apoyé la espalda contra la pared y miré hacia el patio lleno de tuberías y respiraderos, dispuesto a terminar el mío.

Di vueltas por el piso. Atravesé la recepción, quieta y silenciosa, y seguí paseando. De pronto, me sentía ligero, gimnástico, como no me pasaba hacía mucho. En la cocina encontré una manzana. Era roja y grande y tenía un aspecto luminoso, casi mágico, entronizada en la cima de la frutera. La lavé, le di una mascada y caminé hasta el

despacho común.

Boris y Drago trabajaban en sus respectivos escritorios. Boris estudiaba un libro.

—¿Qué se cuenta? —dije pasando junto a él.

Me dirigió una mirada lúgubre.

—Nada bueno —dijo. Pasó una página y se reclinó en la silla—. ¿Y tú en qué andas? Hace tiempo que no te veía.

Me encogí de hombros quitándole importancia al asunto:

—Bienes raíces, derecho corporativo…

—¡Quién lo diría! Y nosotros que pensamos que andabas por ahí haciendo nada.

Bufé con gesto ofendido.

—¿Y César? —preguntó Boris.

—Durmiendo en su oficina —dije.

—¡Mientras todos los demás trabajamos! —Meneó la cabeza—. Lo que es yo, estoy hasta la coronilla con esto del barco.

—¿Qué barco?

—El barco. El barco de los noruegos.

De pronto, recordé todo el asunto (el parte marítimo, el concentrado trabajo de César, Boris y Drago; «un barco naufragado en aguas internacionales»…). Había ocurrido el mismo día en que Aldunate me había encargado *mi* caso. Era como si hubiesen pasado mil años.

—¿No era que se había hundido? —pregunté.

—No solo no se ha hundido. *Aún hay tripulantes a bordo* —dijo Boris como si revelara una información inaudita.

—¿Y eso tiene alguna relevancia?

Me miró como si acabara de decir la mayor barbaridad en la historia del Derecho y la humanidad.

—Da la casualidad de que sí —dijo volviendo a su libro profusamente subrayado y marcado en todas las páginas con pequeños autoadhesivos de colores.

—Oh.

Decidí comerme mi manzana y no hacer más preguntas. De pronto, Boris cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—En rigor no son tripulantes —dijo juntando los dedos de ambas

manos con aire erudito—. Son polizones. Cuatro polizones africanos. Abordaron la nave en algún puerto europeo o asiático y al llegar a alta mar se presentaron ante el capitán. El capitán los puso bajo arresto y cuando el barco encalló se quedaron ahí.

—¿Que los encadenó o algo así?

—No, no. Solo les informó que serían entregados a las autoridades marítimas en el primer puerto que tocaran y los puso a limpiar la cubierta y ayudar en la cocina. ¿Dónde iban a ir estando en alta mar?

—Tiene sentido —dije mordiendo la manzana.

—Espera un momento —dijo súbitamente iluminado. Se volvió hacia Drago—: ¿Anotaste eso?

Drago le devolvió una mirada de reojo, asintiendo con gesto cansado. Fuera lo que fuera a lo que Boris se refería, evidentemente ya lo había considerado, cotejado y registrado. Volvió a las teclas.

—¿No puedes darnos una mano? —me preguntó Boris.

—Como te decía, soy un hombre ocupado.

—Ya, ya…

Boris paseó la mirada por los legajos que cubrían su escritorio.

—Es una locura —murmuró.

—Yo pensé que era uno de los cuentos de Aldunate.

—¡Nosotros también! Al principio nos dijo que una empresa naviera noruega sin representación en Chile había perdido contacto con uno de sus cargueros. Eso fue todo lo que nos dijo, que estaban preocupados por la carga y que no querían que el asunto se ventilara demasiado. Y entonces, hace un par de semanas, el barco apareció.

Boris miraba la manzana. Se relamió.

—¿Dame un poco?

Di una gran mascada final compuesta por varias mascadas encadenadas y deposité la manzana sobre una carta marítima que cubría una esquina completa del escritorio de Boris. No habría dado ni un billete de quinientos pesos por lo que Boris acababa de contarme. Aunque la carta marítima parecía de verdad.

—Te la regalo —dije, aunque con la boca llena de espumoso puré de manzana sonó: «De da degado».

Caminé hasta mi escritorio tragando los últimos restos y

chupándome los dedos, encendí el computador y me dejé caer en mi silla. En el ventanal, las calles encajonadas empezaban a recibir el sol del mediodía. ¿Estaría Aldunate en la oficina? Ni siquiera me había fijado. De alguna forma, su presencia había comenzado a perder peso y solidez. Puede que solo fuera la inspiración del momento (ah, estar de regreso en el despacho común, sentado ante mi computador susurrante, ¡podía conformarme con tan poco!), pero las cosas parecían haber adoptado un esquema que me era familiar, basado en dos principios fundamentales: *tenía cosas que hacer*; *las haría más tarde*. Me palpé el estómago. La manzana me había abierto el apetito. Apagué el computador, me puse de pie y salí en busca de un lugar donde almorzar.

14

El ascensor se detuvo en el subterráneo, en el frío e insonorizado corazón del edificio. Las puertas se abrieron. Caminé entre las repisas repletas de cajas de cartón hasta el fondo del pasillo. Allí vivía el monstruo. Era una especie de horno industrial con una cortina metálica y un panel de control que parecía salido de una película de ciencia ficción. A Aldunate no le gustaba que jugáramos con él. Pulsé el botón de encendido e introduje un código al azar. La máquina emitió un áspero y prolongado zumbido. Nada se movía aún. Lo que fuera que habitaba allí dentro, por ahora se limitaba a pensar. Entonces algo se puso en marcha. Hubo ruido de poleas y palancas, la cortina se abrió y una larga bandeja con decenas de carpetas alineadas una junto a la otra desfiló bajo la luz de los tubos fluorescentes, las pestañas de cada carpeta despuntando por encima de los bordes como dedos pidiendo la palabra. Toda esa potencia contenida, enlatada e inútil. Era una lástima que la máquina, un viejo sistema de almacenamiento automatizado, estuviera en desuso: solo contenía papeles viejos, en su mayoría pertenecientes a la época anterior a la creación de Mate & Lancaster. El verdadero archivo lo componían las cajas y archivadores amontonados en relativo desorden en las repisas

que se alineaban a mi espalda. Pulsé el botón de apagado.

Tomé el carro y lo empujé por el primer pasillo. Las ruedas estaban recién engrasadas y se deslizaban con suavidad sobre el piso de linóleo. Fui llenando la bandeja superior. En algunas repisas los archivadores estaban catalogados por orden alfabético mientras que en otras por año, así que tuve que pasearme por todo el puto supermercado.

Recorriendo los pasillos, me hice la misma pregunta que me había hecho cientos de veces. ¿Por qué no digitalizar todos los documentos y crear una base de datos accesible a través de los computadores? Pero era solo una quimera. Mejores hombres lo habían intentado y habían fracasado. A pesar de todos los esfuerzos por aligerar el papeleo y la burocracia legal, un expediente judicial aún podía matarte si te caía encima.

Pasé junto a la abertura del viejo montacargas que solía comunicar el archivo con el resto del edificio, taponada por amarillentos papeles arrojados desde los pisos superiores a través de los años, y seguí adelante.

Ocupando un tablón completo en la parte baja de una repisa, encontré el expediente del caso Mina Amarilla. Puse el freno del carro, me arremangué la camisa y extraje el primer tomo. Mil doscientas fojas. Lo deposité en el carro. Agarré el segundo y el tercero, dos mil setecientas fojas. El carro crujió y se sacudió y las ruedas chirriaron bajo el peso de los folios. Siguieron el cuarto, el quinto, el sexto tomo. Solté un gemido ahogado y el noveno reposó sobre la bandeja, comprimiéndose y dejando escapar un tufo de polvo y papel viejo, para luego volver a hincharse en una lenta y asmática inhalación. Contemplé mi obra: el carro desbordante de carpetas y archivadores (¡y no era ni la quinta parte del expediente!). Cualquiera hubiese pensado que me disponía a iniciar una ofensiva legal a gran escala.

Resignado, quité el freno y empujé el carro, que al segundo intento se dejó desplazar.

La mayoría de las personas (una mayoría afortunada) no sabía qué era o cómo se veía un expediente judicial. En cierto modo, la expresión «en bruto» no hacía justicia al tipo de información que

podía hallarse en cada uno de esos gruesos archivadores. Resultaba elocuente que los únicos símiles que había encontrado a lo largo de los años para comunicar la idea de un objeto al que a través del tiempo se van adhiriendo toda clase de restos y fragmentos (normalmente, a alguien situado a una distancia conveniente del mundo judicial, que abrigaba alguna fantasía romántica sobre la abogacía y el trabajo legal, alguien que necesitaba con urgencia ser despertado a la horrible realidad, digámoslo con todas sus letras: el tipo de persona que piensa que estudiar un expediente es más o menos como leer un libro, ¡una excitante novela de misterio policial!), estuvieran relacionados, de una u otra forma, con los desperdicios y la basura. No, un expediente no era como un libro; ni siquiera como uno malo. Un expediente era como un pegajoso chicle masticado, cubierto de tierra y pelos. O digamos, como una planta rodadora que en su largo camino ha atrapado todo tipo de ramitas, envoltorios y bolsas plásticas. O quizá… como un trozo desgarrado de red de pesca que flota a la deriva recogiendo restos de algas muertas, papeles con manchas dudosas y otros jirones de red desgarrada. El único orden que regía a un expediente, la única delgada cadenilla que lo unía todo como en una frágil guirnalda de papel era el orden de llegada de los documentos correspondientes a las diligencias efectuadas a lo largo del tiempo, es decir, más o menos el mismo orden que rige la entrada de una turba revoltosa y variopinta en un recinto estrecho y con una sola puerta. La versión completa y definitiva de un evento determinado, si la había, podía encontrarse repartida entre cientos de páginas separadas, ahogada entre la racha de papeles de cada momento. Eso sí, un expediente era un glotón y un tacaño: nada se perdía ni se eliminaba, todo se conservaba y convivía en su interior en una mansa indigestión.

Empujé el carro hasta el ascensor, presioné el botón y esperé. Sí, estudiaría el expediente del caso Mina Amarilla. Pero ¿por dónde empezar? Con sus interminables tomos y fojas, sus tres acusados, sus cinco víctimas y sus variados agujeros y vacíos, el expediente parecía un edificio en ruinas lleno de escaleras truncas que trepaban y descendían en todas direcciones comunicando pisos clausurados y en

algunos casos colapsados bajo su propio peso (pero, después de todo, quizá sí tenía por dónde empezar, pensé con sorna: *Tú me detuviste*). Por fortuna, todavía quedaban un par de días hasta mi próxima entrevista con Rosa. El miércoles anterior, en nuestro primer encuentro, mi mente se había quedado en blanco y me había visto obligado a improvisar, tartamudeando y repitiendo preguntas como un mal animador de televisión. Luego Rosa había aparecido con su saco de papeles. Sí, me había metido a mí mismo en un buen enredo y ahora tendría que hallar la forma de ganar algo de tiempo mientras dilucidaba cómo resolver el asunto de las propiedades de Rosa, si es que realmente pensaba resolverlo. Por el momento, necesitaba más preguntas. Una campanilla anunció la llegada del ascensor.

15

Odlanier Benavente nació en San Felipe el 6 de agosto de 1951, ingresó en la Escuela Naval en 1969 y en mayo de 1974 el Alto Mando le encomendó su primera misión de importancia: organizar un calendario de fiestas destinadas a estrechar los lazos entre la oficialidad de la Armada y la alta sociedad de Valparaíso y sus alrededores. Un grupo de cadetes fue puesto bajo su mando, y Benavente lo organizó todo. Remozó los salones del Club Naval de Valparaíso, telefoneó a la orquesta de la Armada, contrató servicios gastronómicos y enroló a una veintena de grumetes y cornetas que hicieron las veces de camareros y bármanes. A partir de ese 21 de Mayo, las fiestas se celebraron el tercer sábado de cada mes y los marinos pudieron por fin competir con los acaudalados muchachos del Club de Yates, con sus lanchas y sus paseos nocturnos por la bahía a los que las jovencitas de Viña del Mar y Quilpué se dejaban arrastrar. De hecho, fue a lo largo de estas veladas que Benavente conoció a quien más tarde se convertiría en su esposa.

Las fiestas le granjearon una enorme popularidad entre la alta sociedad porteña. Benavente era un gran conversador, sabía bastante de historia naval y durante su instrucción había realizado varias giras

alrededor del mundo a bordo de buques estadounidenses.

—Yo era igual que ustedes —solía decir sosteniendo una alargada copa de crepitante champán—. Pensaba que la diplomacia era cuestión de cócteles y tipos letrados, de titulares de diarios y comunicados oficiales. No comprendía el verdadero poder de una flota. No sabía lo que significa un buque de guerra entrando en un puerto extranjero. La sensación de diez mil toneladas de acero flotante artilladas hasta la torre sosteniendo tus pies mientras te adentras en la bahía. Las caras de los marineros en tierra, la expresión de la gente al resonar la bocina, la voz del radiocontrolador cuando contestaba a nuestro saludo. Puro miedo y amenaza. Yo era como ustedes, solo lo había leído en los libros de historia. Hasta que lo vi con mis propios ojos y lo sentí bajo mis propios pies, en Corea, en Japón, en el Mar Caribe. Así se hacía la diplomacia, con un buque de guerra adentrándose en la bahía, en silencio. Los tratados, las conversaciones bilaterales; todo eso venía después. Así se solucionaban los incidentes internacionales, así se establecían los equilibrios, así se hacía la paz. Y así se hacía la guerra.

Sin embargo, la mayoría de su éxito se lo debía a la rutina de la aceituna.

La primera parte de la cena transcurría en el llamado Salón de Fumadores. Era la habitación más alta y amplia del palacio, había en ella una plataforma que hacía las veces de escenario para la orquesta, una pista de baile con luces, una barra iluminada y dos hileras de ceniceros empotrados en pedestales de mármol. Una vez consumidos los aperitivos y entremeses, los invitados pasaban al comedor y ocupaban sus puestos alrededor de una larga mesa. Allí charlaban y contaban chistes a la espera de la cena.

Entonces Benavente daba comienzo a su número.

Disimuladamente, tomaba una aceituna y la dejaba sobre su plato. Si alguien reparaba en el hecho, se la echaba a la boca y seguía escuchando al orador de turno con gesto aburrido. La conversación continuaba. Benavente tomaba otra aceituna, la depositaba en su plato. La miraba un momento, con el mentón apoyado en una mano. A estas alturas, más de alguien seguía sus movimientos con la mirada.

Con ademán tranquilo y desenvuelto, tomaba su tenedor y asaeteaba la aceituna que, empujada por los dientes metálicos, se deslizaba y rodaba fuera del plato. Benavente se disculpaba y devolvía la aceituna al plato con fingido embarazo. Entonces volvía a pincharla. Los dientes del tenedor resbalaban sobre la piel curva y aceitosa, la aceituna saltaba y Benavente volvía a errar el tiro. La gente dejaba de prestar atención a la charla, empezaban las risas, y ya no había vuelta atrás.

Benavente pinchaba el mantel, ¡plac!, y la aceituna rodaba sobre la mesa y entre las copas; su rostro se encolerizaba y volvía a acometer con el tenedor, ¡plac!, la aceituna saltaba, giraba como un trompo endemoniado, rebotaba en el plato de algún vecino, por poco se colaba en el escote de una dama. Las jovencitas chillaban, los marinos reían, los cristales reían, dientes, labios, copas, cucharas brillantes y alargadas como gotas de plata líquida.

Ahora Benavente intentaba dar caza a la aceituna armado con un cuchillo y un tenedor, trataba de rebanarla, torpemente, medio encaramado sobre la mesa con una rodilla arriba del mantel y una mirada de loco. Los camareros servían la sopa. El cuchillo y el tenedor entrechocaban y se trababan con un chasquido metálico. La aceituna surcaba el aire… y caía en la sopa de alguien.

¡Blup!

Pero ya había varias aceitunas rodando por el mantel. Nadie sabía cuál era la que Benavente estaba persiguiendo. ¡Si tan solo pudiese atrapar una! Benavente se disculpaba, juntaba las manos, hacía reverencias y entonces volvía a la carga otra vez, ahora esgrimiendo una absurda cuchara, como si se tratara de una irrenunciable batalla personal. La rutina finalizaba cuando, después de media hora de perseguir la aceituna por toda la mesa, en medio de risas y aplausos, Benavente lograba capturarla, la lanzaba hacia arriba y, tras describir una pronunciada curva en el aire, el reluciente óvalo negro iba y caía limpiamente dentro de su boca.

Habían pasado dos años. La escuadra chilena se encontraba fondeada en el puerto de Valparaíso. Calentaba calderas a la espera de

participar en un ejercicio conjunto con la Marina de los Estados Unidos, cuando los radares detectaron la presencia de dos objetos flotantes no identificados a menos de dos kilómetros de la costa. Se verificaron una por una las posiciones de las naves involucradas en el ejercicio, incluido el sumergible que se utilizaría como señuelo, y se descartó que se tratara de cualquiera de ellas. Al parecer, eran dos submarinos. Uno de ellos, convencional; el otro, de mucho mayor tamaño, casi con toda probabilidad nuclear. Ambos habían ingresado en la bahía ocultos bajo la sombra de radar de un carguero de bandera noruega. Los destructores Cochrane, Serrano y Portales se desplegaron y realizaron las maniobras convencionales para comunicar a las naves desconocidas la orden de emerger. Los prismáticos otearon el horizonte. Ninguna nave afloró. Ante el silencio de la radio, se ordenó el ataque.

El lecho marino fue bombardeado con cargas de profundidad. Las detonaciones se oyeron en todo el puerto, en Viña del Mar e incluso en Quilpué. En los cerros de Valparaíso cientos de personas llenaron las calles, alertadas por los estallidos. Desde las empinadas avenidas divisaron los cúmulos de espuma que brotaban del océano como pilares acuáticos, seguidos de colosales estruendos que remecían los cristales de las ventanas y las paredes de las casas. Los diarios habían anunciado el ejercicio militar de ese día y cada explosión iba acompañada de gritos y aplausos.

Al cabo de tres horas, las maniobras se suspendieron. Se verificaron los instrumentos. Uno de los submarinos se había alejado con rumbo norte, en tanto que el otro había desaparecido. Se enviaron lanchas en busca de restos de naufragio, en dirección al muelle flotante y a la desembocadura del estero Marga-Marga, donde se habían divisado manchas de combustible. La búsqueda, camuflada como parte del ejercicio, se prolongó por otros dos días y llegado el tercero se dio por finalizada.

Una semana después del incidente, Odlanier Benavente, entonces agente del Servicio de Inteligencia Naval (SIN), fue citado en su oficina por el almirante Enrique Rojas Cea. Este le hizo entrega de una carpeta con el rótulo «Operación Tricolor» y de una credencial que lo

investía con el inédito título de «Comisionado de la Armada de Chile para Asuntos Especiales». De acuerdo con el almirante Rojas, el submarino desaparecido, presumiblemente un submarino nuclear soviético, había enfilado hacia el sur siguiendo la línea de la costa. La misión de Benavente consistiría en trasladarse hasta Valdivia, poner a la autoridad marítima local al tanto de los acontecimientos y recopilar información sobre posibles avistamientos de naves no identificadas en el litoral. Tras recordarle a Benavente que se trataba de una misión secreta, Rojas lo despachó.

La declaración de Benavente en torno al caso Mina Amarilla, recogida en uno de los tomos del expediente de la primera etapa del caso, y que comprendía el período entre 1974 y septiembre de 1976, desde sus primeras actividades en la Armada como organizador de eventos hasta su viaje al sur como agente del SIN, detallaba:

«La noche del 2 de setiembre de 1976 me encontraba en la ciudad de Valdivia, acompañado por los oficiales Emerson y Gutiérrez. Habíamos pasado el día en Corral, recorriendo en lancha la bahía y la desembocadura del río, y luego habíamos retornado a la ciudad, agotados por el trabajo infructuoso, para cenar a bordo de un catamarán. Tras la cena, ambos oficiales se retiraron a sus hogares y yo permanecí en el embarcadero fumando. Mi hotel estaba a solo un par de manzanas y era una agradable noche de luna. Había toque de queda y, salvo por las patrullas de marinos, el lugar se encontraba desierto. En eso, escuché un ruido extraño. Mi primera reacción fue pensar que se trataba de un movimiento telúrico, impresión que pronto se vio desmentida. Miré hacia el río, de donde parecía provenir la extraña vibración. En un comienzo, solo pude ver burbujas. Luego dos poderosos chorros de agua que rompieron la superficie. Eran potentes, como juegos acuáticos, y alcanzaban una altura considerable, llegando hasta la ribera e incluso hasta la calzada de avenida Prat. Desde donde me encontraba noté que no se trataba de agua limpia, sino que estaba mezclada con algún tipo de líquido hidráulico de tonalidad más oscura. Por supuesto, yo estaba petrificado. Entonces la espuma se abrió y afloró algo. Una enorme joroba blanca bajo la claridad lunar. O más bien, una nariz, redonda y

abultada, unida a un lomo largo y estrecho, y una aleta pavorosa. A continuación emergió la torreta. Calculé que tendría unos diez metros de altura. Hacia la popa, el casco exhibía huellas de detonaciones, negras siluetas de hollín estampadas, y una terrible cicatriz en el blindaje de la proa, que flotaba algo más hundida que el resto de la nave. Los chorros perdieron fuerza y cesaron y el submarino se quedó inmóvil, no sé por cuánto tiempo, con el agua chapoteando a su alrededor, y luego se sumergió con un burbujeo seguido de huecos crujidos de metal. Al fin, el río volvió a quedar en calma».

Por cierto que para los abogados querellantes del caso Mina Amarilla (y no solo para ellos) todo esto no era más que una sarta de mentiras. La operación Tricolor (denominación que con el tiempo se había homologado al caso Mina Amarilla, al punto de convertirse ambos en sinónimos) no había sido más que una fachada para el envío de uniformados al sur de Chile y su posterior implicación en tareas de inteligencia y represión política. Ni la carpeta ni la credencial se conservaban. La jerga utilizada por Benavente para describir la supuesta misión secreta estaba plagada de expresiones sacadas de viejos manuales de la Escuela de las Américas, a cuyos cursos Benavente había asistido en Fort Benning, Fort Gulick, Fort Shermann y Fort Bragg (*defensa hemisférica*, *enemigo extracontinental no europeo*, *frontera pacífico-atlántica*), todas ellas algo extemporáneas en 1976, transcurridos veinte años desde la puesta en marcha de la Alianza para el Progreso y diez desde el asesinato de Kennedy en Dallas (aunque una ofensiva con submarinos, y precisamente con submarinos, constituía una posibilidad de ataque soviético directo en territorio continental a la que el Departamento de Defensa estadounidense nunca había renunciado). El almirante Rojas había muerto en 1993. En los archivos de la Armada no existían registros individualizados de ningún oficial Emerson o Gutiérrez.

Según los abogados querellantes, durante los primeros días de septiembre de 1976, Benavente no había estado haciendo rutinas humorísticas en el Club Naval de Valparaíso ni tampoco siguiéndole la pista a un supuesto submarino soviético oculto en los ríos de Valdivia,

sino muy lejos de allí, en el Maule, deteniendo a cinco personas (*Tú me detuviste*) que posteriormente serían trasladadas hasta un oscuro cruce de caminos en la precordillera, cerca de una mina abandonada (la antigua mina Amarilla), para ser fusiladas.

La única evidencia que respaldaba, en alguna medida, la declaración de Benavente era la bitácora de la capitanía de puerto de Valdivia, que alrededor de la fecha señalada consignaba: «Coloración lechosa del río Valdivia y afluentes por remoción del lecho fluvial. Se descarta presencia de algas».

Los documentos de defensa de Benavente incluían, además de media docena de croquis de la nave presuntamente avistada, elaborados por él mismo, una lámina plegable con ilustraciones de los modelos de submarinos soviéticos de la clase Noviembre en servicio en 1976. En ella destacaba, entre los sumergibles más livianos, la esbelta silueta del submarino nuclear Nyrob, diseñado para la navegación de aguas polares, con su distintivo color gris tornasolado. El así llamado Colmillo Blanco de los polos.

16

Era miércoles por la mañana y estaba sentado ante mi escritorio mirando el teléfono y sopesando las posibilidades. Ya no me sentía tan tranquilo. Los acontecimientos se habían precipitado, como siempre, en la dirección menos esperada. Todo había empezado con los nombres que había anotado en mi libreta azul, y con las visitas que les había hecho a Berta Domínguez en Cauquenes y a Rosa (la viuda nominal de Esteban Carranza), camino de Talagante, para terminar con esta última ofreciéndome su ayuda a cambio de asesorarla en la regularización de unas propiedades familiares. Había estado tratando de no pensar mucho en el asunto, pero no podía echarme atrás; no sin delatarme. Todavía no regularizaba la situación de la propiedad donde yo mismo vivía y ahora resultaba que tendría que encargarme de otras. Como fuera, ahora, de la nada, Rosa me había invitado a un acto conmemorativo, un homenaje a los ejecutados políticos de la

zona sur de la región Metropolitana. Pero no había razón para alarmarse. Había decidido tomarme las cosas con calma y resolver un problema a la vez. El acto tendría lugar en las afueras de Santiago.

Las luces de la extensión telefónica titilaban verdes y perezosas. Alcé el auricular y marqué el número.

—¡Hola! —dijo la voz de Andrea—. Adivina dónde estoy. ¡En la nieve! Tuve que atender a un cliente que estaba esquiando y aquí estoy, con gorro y bufanda. ¡Está todo blanco!

—Me alegro. Oye, ¿tienes algo que hacer más tarde?

—No sé. Este viejo me dijo que tenía un almuerzo en Santiago. Vamos a bajar en helicóptero. ¿Por qué?

—Un cliente me invitó a un acto, una ceremonia. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿A qué hora?

—A las ocho y media.

—Sí, yo creo que llego.

—Una pregunta. ¿Está bueno tu auto?

—Claro. ¿Por qué iba a estar malo?

—No sé. Solo preguntaba.

—¿Paso por tu departamento a las ocho?

—Perfecto. Nos vemos a las ocho.

—Nos vemos.

Ya me sentía mucho mejor. De pronto me apetecía un café. En la cocina me encontré con el tío de César, que observaba atentamente el microondas.

—Hola —dijo él.

—Qué tal —dije yo.

Estaba cepillándome los dientes cuando sonó el timbre.

—Hola —dijo Andrea—. ¿Estás listo?

Le hice un gesto con la mano libre, indicándole que pasara, luego di media vuelta y me dirigí al baño. Cuando salí, Andrea seguía parada en el umbral de la puerta. Había asomado la cabeza al living y examinaba el lugar con mirada desconfiada. A Andrea no le gustaba el departamento. Era un poco supersticiosa.

Descolgué mi chaqueta del perchero.

—Ya te he dicho que mi abuelo no murió aquí. Murió en un hospital.

—Pero sufrió aquí —dijo convencida.

—La gente sufre en muchos lugares.

En la calle, rodeamos el automóvil estacionado, Andrea por el lado del conductor y yo por el del acompañante.

—¿No quieres manejar? —dijo alzando las llaves.

—No tengo licencia.

Era cierto. El documento había expirado hacía varios años y ya ni siquiera me molestaba en llevarlo conmigo. Nunca había tenido auto.

Me acomodé en la cabina oscura y fragante. Era un Peugeot descapotable, un suave capullo envuelto en un caparazón de reluciente negrura. Andrea encendió la luz interior y pude ver los asientos y el piso cubiertos de envoltorios de golosinas, todos rojos o rosados o lilas o anaranjados, los restos de sucesivos asaltos a estaciones de servicio perpetrados por Andrea armada con su tarjeta de crédito, que luego aparecían en su estado de cuenta mensual (un sobre abultado, mullido, casi esponjoso) como una larga lista con decenas de compras por cantidades ínfimas. Ocho o nueve páginas con los precios de caramelos, chocolates, galletas, chupetes, chicles y gomitas.

Andrea barrió con la mano un par de envoltorios aplastados que había sobre su asiento, se sentó y se puso a buscar el cinturón de seguridad.

Miré por encima de mi hombro. Mi cinturón bajaba paralelo al respaldo e iba a meterse debajo del asiento. Había oído de talleres mecánicos que realizaban este tipo de modificaciones. *Para que no estorbara*. Dejando a un lado el riesgo mortal y la plata de la infracción, era un arreglo impecable.

Nueve minutos más tarde habíamos dejado atrás los destellos de la autopista y estábamos en medio de las luces, más apagadas, de los barrios pobres.

Era una cancha de tierra rodeada de bloques de departamentos. Circulamos despacio bajo la luz de los faroles. Un grupo de muchachos

pintaba un mural y más allá estaba el escenario. Se había reunido una buena cantidad de gente, sobre todo mujeres. Andrea y yo nos apeamos y nos quedamos un poco apartados de la muchedumbre. Había ruido de motores y olor a diésel quemado y las luces del escenario parpadeaban al ritmo de los motores.

Andrea me empujó con el codo:

—¿Dónde está Rosa?

Le había hablado de Rosa en el Peugeot, describiéndola en términos someros como *una mujer a la que le prestaba asesoría legal*.

Las mujeres se distribuían en pequeños grupos. Paseé la mirada por los más cercanos. Luego me puse de puntillas y atisbé por encima de las cabezas.

—Ahí —dije señalando discretamente—. La de falda.

Andrea se inclinó hacia un costado mirando entre la gente. Rosa conversaba con otras mujeres.

—¿No vas a saludarla?

—Ahora está ocupada.

De pronto, Rosa se volvió y nuestras miradas se encontraron. Alzó una mano y la agitó en el aire a modo de saludo.

Andrea me dio un codazo en las costillas.

—¡Te vio! —masculló.

—Sí, ya sé.

Andrea sonrió y devolvió el saludo. Yo hice lo mismo.

—Deberías ir a saludarla.

—Todavía no. Hay mucha gente.

Andrea me dio un empujón. Avancé dando traspiés y alisándome las solapas de la chaqueta. Rosa se acercó. Nos saludamos y al instante siguiente su brazo se había enlazado al mío. Me guio hasta el grupo de mujeres.

—Él es Pablo Alfaro —dijo—. Es abogado.

Las mujeres sonreían y asentían con aprobación. Una de ellas, la que estaba a mi derecha, me puso una mano en la nuca, atrayéndome hacia abajo. Intenté resistirme, pero la mujer era demasiado fuerte. Me besó en la mejilla. La que estaba a su lado hizo lo mismo. Avancé a tropezones abrazando y besando señoras hasta completar el círculo y

regresar con Rosa.

—¿Le costó mucho llegar? —me preguntó.

—Para nada. Me trajo una amiga —dije señalando en dirección a Andrea.

Andrea se reía tapándose la boca con las manos.

—Parece simpática —dijo Rosa.

—¿Y Nicolás? —le pregunté.

De pronto, me descubrí mirando alrededor en busca del abrigo negro de Nicolás. Pensé que no sería mala idea tener una breve conversación con él, quizá preguntarle por ese amigo imaginario suyo (las fantasmagóricas letras blancas: «RULFO»), con el que, según me había dicho Rosa, había hablado hasta hacía un par de años. Pero ¿y si Rulfo seguía susurrándole ideas al oído?

—Tenía clases hasta tarde —dijo Rosa—. No sabía si iba a poder venir.

Intenté no parecer defraudado.

—¿Qué estudia?

—Ingeniería Electrónica.

Uno de los organizadores llamó a Rosa y esta se disculpó y desapareció entre la gente. Miré a mi alrededor, más relajado.

—Mi casa está justo al doblar la esquina —dijo de pronto una vocecilla.

Una anciana menuda y encorvada estaba de pie junto a mí. Me observaba a través de unos anteojos gruesos y opacos. Era una de las mujeres a las que acababa de saludar.

—Es una casa de ladrillo —continuó—, antigua. La heredé de mi madrecita que en paz descanse. Tiene un patio grande y un jardín con una virgencita.

Los lentes estaban cubiertos de suciedad vieja y pegada, o muy rayados, y solo en el centro parecían de verdad transparentes. Sus ojillos grises centellearon.

—El único problema es mi vecino. Es un joven muy rebelde y maleducado. Pone la música a todo volumen y se quedó con una franja de mi patio. Dice que cuando sus padres se mudaron fueron al municipio y pidieron los planos, pero yo también vi…

—Lo siento —la interrumpí—. No puedo ayudarla.

—¿No puede?

—No es mi especialidad.

—¿Y cuál es su especialidad?

—Derecho minero.

El acto comenzó con un número musical. Cuando volví a mirar, la anciana se había ido y su lugar había sido ocupado por Andrea.

—¿Quién era esa señora?

—Una anciana con problemas de límites de propiedad.

—¿Y no la ayudaste? Tenía como cien años.

—Puede ser. Pero yo soy más viejo.

La música cesó y un tipo se acercó al podio. Me incliné hacia Andrea.

—Creo que ya cumplí con todas mis obligaciones. Si quieres te invito un trago.

—¿Estás loco? —dijo Andrea—. Ya vine hasta acá. No me voy a ir en mitad del acto.

Hubo más música, un par de discursos. Entonces el maestro de ceremonias subió al podio y dijo:

—Antes de dar por concluido este hermoso acto, quisiera saludar a una persona muy querida y respetada por todos nosotros.

La gente empezó a aplaudir y vitorear. Una mujer de unos treinta y cinco años, baja y de lentes, se puso de pie y saludó tímidamente desde su puesto entre la concurrencia.

—¿Quién es? —me preguntó Andrea.

—No tengo idea.

La gente seguía aplaudiendo. Querían que la mujer subiera al escenario.

—Por favor, Macarena… —dijo el maestro de ceremonias.

Entonces la reconocí. Era Macarena Altamirano. Había trabajado en decenas de causas judiciales por atropellos a los derechos humanos ocurridos durante la dictadura, incluyendo casos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos de la zona. Basándose en el caso de Luis Alberto Corvalán Castillo (hijo del secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán), fallecido en Bulgaria en 1975, a

los veintisiete años, debido al daño cardíaco provocado por los choques eléctricos a los que había sido sometido dos años antes durante su cautiverio en Chile, se propuso recopilar información sobre situaciones similares. Hasta 2016 había reunido por lo menos treinta casos de personas que habían sufrido daños cardíacos médicamente comprobables a raíz de la tortura reiterada con choques eléctricos, de carácter permanente, y que habían fallecido producto de ellos luego de ser liberadas desde distintos centros de detención, a veces tras un intervalo de varios años.

—Dejo con ustedes a la abogada Macarena Altamirano —dijo el maestro de ceremonias.

—¡Mira! —cuchicheó Andrea—. ¡Como tú!

Macarena se acercó al podio, se acomodó los lentes y ajustó el atril del micrófono hasta ponerlo a su altura. Habló de los avances en los casos que seguían pendientes y de las condenas de aquellos que ya habían sido resueltos. Cuando terminó, hubo una ovación. A mi lado, Andrea aplaudía furiosamente.

Me despedí de Rosa (de ella y de tres o cuatro de sus amigas) y Andrea y yo nos metimos en el Peugeot. Los faros iluminaron la calle frente a nosotros.

—¡Mira! —mascullé.

—¿Qué pasa? —dijo Andrea, bajando la voz.

—Ahí, en la esquina. El muchacho de abrigo negro.

—¿Dónde?

—Es Nicolás. El hijo de Rosa.

—¡No lo veo, no lo veo!

Andrea se dobló hacia delante tratando de ver por el parabrisas. De pronto, su rostro se dilató. Fue como si se hubiera quedado sin aliento.

—Es… *hermoso* —dijo por fin.

En efecto, era Nicolás. Bajó a la calzada y cruzó la calle justo frente a nosotros. Se veía diferente. El pelo castaño, recogido en un moño, dejaba al descubierto un rostro desgarbado y macilento, oscurecido por una sombra de barba, y unos ojos de un azul pálido, fríos e indiferentes. Llevaba el abrigo desabotonado y había cambiado los

pantalones negros por jeans y las botas por unas gastadas zapatillas de lona.

—¿Tú crees? —dije limpiando el parabrisas con la mano.

—No lo digo en un sentido sexual —dijo Andrea—. Bueno, eso *también*, si no fuera porque es un *niño*…, pero…

Otra vez contuvo el aliento, embelesada.

—Es como un *ángel*…

—Lo que pasa es que no lo has visto con su disfraz del conde Drácula.

Nicolás se paró a hablar con un sujeto viejo y narigón enfundado en una deteriorada casaca de cuero. Andrea no le quitaba los ojos de encima.

—¿Qué me dirías si te dijera que quizás anda en algo malo? —dije, un poco sorprendido de mí mismo. De pronto, había recordado las palabras de Rosa: Nicolás estudiaba Ingeniería Electrónica.

Andrea se encogió de hombros, la mirada perdida en el parabrisas. Nicolás encendía un cigarrillo envolviendo la llama del encendedor con una mano.

—Te diría que es hermoso.

17

Entre los papeles que tomé prestados del archivo de la oficina, encontré un documento publicado por el Comité Pro Paz en 1975. Trataba sobre las detenciones ilegales y la desaparición de personas en las zonas de Santiago, Valparaíso, Rancagua y Talca. Tres páginas. Sin pensarlo dos veces habría cambiado todas las tesis de título emanadas de mi alta, ancha y extensa facultad por ese delgado documento. Claro, preciso. Y lo mejor de todo: anónimo.

También encontré otro documento interesante, a propósito de Esteban Carranza.

En octubre de 1975, el Gobierno chileno envió a las Naciones Unidas un informe sobre la situación de los derechos humanos en el país. El documento refutaba las acusaciones sobre presuntos casos de

tortura, detención ilegal, asesinato y desaparición de personas ocurridos desde septiembre de 1973.

Las acusaciones por la detención y desaparición de personas sumaban un total de 338 casos.

Un mes más tarde, el delegado chileno, Carlos Díaz, leyó un discurso ante el Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, basado en la investigación de nada menos que 768 casos de detenidos desaparecidos. Sin embargo, la investigación individualizaba a menos de un tercio y entregaba cifras solo respecto a 335.

Según Díaz, de las 335 personas desaparecidas, 63 estaban legalmente muertas. 119 se habían marchado al extranjero. Y 153 correspondían a personas ficticias:

153 casos
de personas que no tienen existencia real
se trata de identidades presuntas
combinaciones de nombres y apellidos
que no están en los registros
que no tienen familia
y sobre quienes en Chile nadie
ha preguntado responsablemente.

El discurso de Díaz concluía:

Para 1976
muchas de estas personas
habrán aparecido
se habrá demostrado
que muchas jamás existieron y que otras
están en libertad.

Carranza figuraba entre las que jamás habían existido.

18

Esteban Andrés Carranza Rivas nació en Cabildo el 14 de abril de 1954. Hijo menor de Esteban Carranza Iturra, comerciante farmacéutico, y Marta Rivas Montenegro, dueña de casa, creció en la casa de sus abuelos maternos, en Talagante, y a los catorce años

comenzó a trabajar como estafeta en la estación de ferrocarriles. A los dieciocho años tuvo una hija cuya madre emigró al norte junto con la recién nacida (de nombre Alma). Contrajo matrimonio con Rosa Cisternas Yáñez en junio de 1973.

Según la declaración de Rosa Cisternas, la noche del 14 de enero de 1974, Esteban Carranza no regresó de su trabajo. Alrededor de las once de la noche, una camioneta del Servicio Agrícola y Ganadero (SAG) se detuvo frente a su casa. Tres individuos preguntaron por su esposo y por un vecino. Cuando Rosa les dijo que su esposo no estaba en casa, procedieron a allanar el lugar. Dos de los individuos vestían «una especie de uniforme» y llevaban ametralladoras. Tras registrar la propiedad, incluyendo los campos de cultivo, el establo y los corrales de las aves, cruzaron las alambradas hacia a la propiedad vecina, donde detuvieron a Bartolomeo Mella Uribe.

El 20 de marzo se interpuso en la Corte de Apelaciones de San Miguel un *habeas corpus* en favor de Esteban Carranza. El 1 de abril se agregó una segunda declaración de Rosa Cisternas, más extensa y detallada. El 3 de abril se añadió la declaración de Anastasia Burgos Cofré, vecina de Rosa y esposa de Bartolomeo Mella, que respaldaba la versión de Rosa Cisternas acerca de la vestimenta de dos de los individuos que habían llegado hasta su hogar: «Uniformes de campaña sin insignias de ningún tipo». A fojas 3, la corte daba por interpuesto el recurso de amparo y le solicitaba información a la policía de Talagante.

A fojas 4, figuraba el informe telegráfico del intendente regional, general de brigada Rodrigo Lorca Urbina, señalando que «el ciudadano Esteban Carranza Rivas no registra detención antes ni después de la fecha señalada».

A fojas 5, el prefecto subrogante de Carabineros Emiliano Solar Huerta informaba que la persona aludida «no figura en el libro de guardia y control de detenidos de ninguna de las comisarías de la prefectura».

A fojas 6, el 3 de diciembre de 1974, la corte rechazaba el recurso de amparo: «No se encuentra detenido ni hay orden de detención pendiente. Por lo tanto, y en conformidad con los artículos dispuestos

306, 307 y 308 del Código de Procedimiento Penal, se rechaza el recurso de amparo interpuesto a fojas 1».

A fojas 7, se apelaba a la resolución. A fojas 8, la corte concedía la apelación, acogía el recurso y elevaba los antecedentes a la Corte Suprema. La Corte Suprema no ordenó diligencias y confirmó la sentencia anterior.

A fojas 10 y 11, se presentaba un recurso de reposición. A fojas 12, la Corte Suprema requería información al Ministerio del Interior. A fojas 13, el subsecretario del Interior, Enrique Torrealba Ramos, respondía:

«Informo a US que no se registran antecedentes en este Ministerio sobre la persona referida en el recurso de amparo».

Rechazado el recurso de amparo, los antecedentes del caso fueron enviados de vuelta al Juzgado del Crimen de Buin, según resolución de 22 de agosto de 1975, rol 17409. El juzgado no ordenó ninguna diligencia, puesto que el proceso por presunta desgracia no estaba alojado en Buin, sino en San Miguel.

Así terminaban las primeras quince páginas del expediente del caso por la desaparición de Esteban Carranza y empezaba el resto del primero de ocho tomos, todos los cuales conformaban, junto con los casos de las otras cuatro víctimas, el voluminoso expediente del caso Mina Amarilla.

19

Era viernes en la oficina de abogados Mate & Lancaster. Pasé la mañana hojeando el expediente y los papeles de Rosa. Hice algunas anotaciones en mi libreta azul. Era una libreta pequeña, de hojas

estrechas, y mi desordenada letra no tardaba en alcanzar los márgenes. Miradas por encima, mis notas se parecían a los poemas que nos llegaban todas las semanas en *Versos Universales*.

Entre los papeles de Rosa, encontré una fotografía de Esteban Carranza. En realidad, el producto de sucesivas copias de una vieja fotografía. Era la misma que figuraba en el expediente del caso Mina Amarilla. Había sido utilizada para identificar parte de los restos humanos hallados en una excavación minera en 1996. Los expertos habían empleado la antigua técnica de la superposición facial (los exámenes de ADN solo se introdujeron a partir de 2005). Se buscaba una fotografía del rostro de la persona y se superponía a una reconstrucción aproximada de los huesos faciales elaborada a partir de los restos, cuidando que las perspectivas de ambas imágenes fueran congruentes. A continuación, se rastreaban coincidencias en determinados marcadores anatómicos (la posición de los ojos respecto a la nariz o la altura de las orejas). Los análisis no habían arrojado resultados definitivos. Más tarde, las pruebas de ADN descartaron que fueran sus restos.

Sostuve la fotografía ante mí, contemplándola a la luz del ventanal. Era una imagen borrosa y Carranza apenas tenía rasgos. Al parecer, se trataba de una ampliación de una fotografía de menor tamaño. Era una toma en picado: Carranza miraba hacia arriba y la luz del sol o de alguna lámpara caía de lleno sobre su rostro. Su pelo era una mancha de tinta y la nariz, una especie de pluma negra. En realidad, era una pésima foto.

La dejé sobre el escritorio y miré la hora. Eran las cinco de la tarde.

Bajé en el ascensor, crucé la Alameda y me metí en calle San Diego. Las librerías de viejo empezaban a cerrar. Entré en una. Luego en otra.

Estuve un buen rato escarbando en los estantes y cajones polvorientos. Me topé varias veces con un libro titulado *Batracios de Chile*. Lo dejé a un lado y seguí escarbando, hasta que di con lo que buscaba. La colección *¿Dónde están?* publicada en 1979 por la Vicaría de la Solidaridad. Hojeé los tomos. El séptimo cubría los casos 321 a 512, entre diciembre de 1973 y agosto de 1975. Pasé las páginas hasta el anexo fotográfico.

Allí estaba, a pesar de las listas oficiales de la dictadura (burdamente copiadas, como todo el mundo sabía, de las listas de la Vicaría de la Solidaridad) y de los ramplones intentos por negar su existencia («personas ficticias», «combinaciones de nombres y apellidos que no están en los registros»). En la foto, algo inusual, Carranza aparecía de cuerpo entero. Aparentaba unos diecinueve años. Llevaba un traje oscuro con una flor en la solapa y caminaba en dirección a la cámara mirando hacia un costado con expresión seria. Me imaginé una ceremonia de graduación o algo parecido. De fondo, una hilera de muchachas vestidas con faldas y sentadas una junto a la otra mantenían la pierna derecha cruzada con firmeza sobre la izquierda.

Me volví hacia el viejo que atendía el local.

—Me llevo este —dije agitando el libro en el aire.

El viejo alzó la mirada de la revista que leía sentado en un piso alto.

—Tengo la colección completa.

—Otro día, quizás.

—Le puedo hacer un buen descuento.

—Gracias —dije intentando conservar el tono cortés—. Por ahora me llevo solo este.

De pronto, sonrió con malicia.

—Ah, ya entiendo —dijo señalando el libro con el dedo—. La persona que usted está buscando está ahí.

De regreso en la oficina, hice copias de las páginas del libro dedicadas a Carranza. También aproveché de fotocopiar algunos de los papeles de Rosa, entre ellos un poder notarial. Me había tomado una mañana completa redactarlo.

«Por la presente, yo, Rosa Aurelia Cisternas Yáñez, cédula de identidad…, autorizo a Pablo Andrés Alfaro Fontecilla, cédula de identidad…, para actuar como mi representante legal plenipotenciario para fines de…».

Se me daban bien los poderes notariales.

Estaba parado junto a la fotocopiadora cuando apareció Aldunate. Se acercó con una carpeta llena de papeles.

Aparté los míos y me hice a un lado, cediéndole la máquina.

—No se preocupe —dijo—. Puedo esperar.

Se quedó ahí parado, silbando y rebotando los talones en la alfombra.

Puse una nueva hoja sobre el cristal y apreté el botón. El haz luminoso recorrió el papel de un extremo al otro. Empujada por la copia saliente, una página se escurrió de la bandeja de salida y flotó hasta el suelo. Era un resumen de las medidas judiciales emprendidas tras la desaparición de Carranza, sacado del libro. Antes de que pudiera agacharme y recogerla, Aldunate se me adelantó. Me la alcanzó con una sonrisa.

—Gracias —dije.

—De nada —contestó.

Siguió silbando y meciéndose adelante y atrás sobre los talones.

Mientras aplastaba la siguiente hoja contra el cristal y apretaba el botón, me fijé en Aldunate. De vez en cuando paseaba la mirada por los documentos y copias desperdigados sobre la máquina, asintiendo con aire satisfecho, sin dejar de silbar. Las hojas exhibían membretes del Conservador de Bienes Raíces, de la Municipalidad de Talagante, de la Vicaría de la Solidaridad, de la oficina de abogados Mate & Lancaster, todos claramente impresos en las esquinas.

Pensé en decírselo.

—Es el caso que usted me encargó. ¿Se acuerda? El intruso del abrigo negro de Benavente y Téllez.

No dije nada. Supongo que temí que la respuesta fuera:

—¿De qué está hablando, Alfaro?

La mesa de dibujo de mi abuelo ocupaba una esquina completa del estudio, incluso con el tablero puesto en posición vertical. Era el único mueble en todo el departamento que había conservado su lugar de siempre. Había intentado moverla, arrastrándola y empujándola, tirando de ella hacia la puerta con las patas metálicas hincándose y formando burbujas en la alfombra despegada, solo para comprobar que era imposible, que no pasaba por la abertura, y devolverla, tras redoblar el esfuerzo, a su posición original, quieta y pesada en un

rincón de la habitación.

Con la ayuda de una vieja tijera de costura, recorté la fotografía de Carranza que había fotocopiado del libro, tomé una chincheta y clavé el recorte en la mesa de dibujo. Me alejé unos pasos.

Finalmente nos conocíamos.

20

Los días habían pasado y era miércoles otra vez. Miércoles de tomar el bus a Talagante y hablar con Rosa. Salvo que esta vez no me bajé en el cruce de la carretera, sino que permanecí a bordo de la máquina. Miré por la ventanilla y me dejé arrastrar hasta el final del trayecto.

Después del acto conmemorativo, había retomado la lectura del expediente (como siempre, los eventos tenían la apariencia de recortes de diario incongruentes, arrimados y superpuestos de mala manera) y por fin me había decidido a tener mi primer encuentro cara a cara con las propiedades. Mis entrevistas con Rosa continuarían, y si no quería estar nutriéndolas con lecturas de forma infinita, no me quedaba más que empezar a trabajar. Había estado haciendo preparativos durante los últimos días.

Pasé la mañana en la municipalidad, peleándome con los funcionarios para obtener copias de los documentos. Llevaba en mi maletín mis humildes y anticuadas copias de los papeles del saco, sin contar el impecable poder notarial. De la Oficina de Patentes, me enviaron al Departamento de Obras y desde allí al Archivo Judicial. Era como estar de vuelta en Santiago.

El edificio, pequeño y gris, estaba ubicado a un costado de la plaza. Un anciano de lentes y bigote se encontraba de pie detrás del mesón. Sostenía un cuchillo de plata y sobre el mesón había un expediente abierto y una bolsa que contenía un polvo blanco. Hundió la punta del cuchillo en la bolsa, sostuvo el cuchillo sobre el expediente y fue golpeándolo con el dedo índice mientras el polvo se derramaba sobre el papel. Pasó la página con sumo cuidado, alzándola apenas por una esquina con los dedos cerrados en una apretada pinza, y repitió la

operación.

Era óxido de zinc. Se utilizaba en archivos y bibliotecas para absorber la humedad y el mal olor del papel. El anciano dejó el cuchillo en la bolsa y me miró.

—¿En qué le puedo ayudar?

—Buenos días. Necesito consultar unos documentos.

—Tiene que llenar esto —dijo deslizando un formulario por el mesón.

—Cómo no.

Atraje el papel hacia mí.

—También voy a necesitar su carné de identidad.

Saqué mi billetera.

—Y por favor, deje su maletín aquí.

Tomé el lápiz y empecé a llenar el formulario.

—Tienen un montón de reglas, ¿ah?

El anciano suspiró y me dirigió una mirada de fastidio.

—Mire, no queremos que se sigan perdiendo expedientes.

Completé el formulario con los datos que me habían dado en la municipalidad. El anciano comprobó los casilleros uno por uno, luego tomó la hoja y dio media vuelta. Cuando se hubo perdido entre las estanterías, me incliné sobre el mesón y estiré el brazo hacia el estante más cercano. Alcancé un expediente, lo extraje cuidando de no hacer ruido y lo abrí. Un litigio sobre propiedades agrícolas. Al parecer, alguien había estado corriendo las alambradas, año tras año, sin que nadie se diera cuenta. Uno de los deportes nacionales. Oí que el anciano regresaba y devolví el expediente a su lugar.

Me pasó un montón de carpetas.

—Gracias —dije—, hace usted un muy buen trabajo.

Me senté a una gran mesa de madera, en medio de la sala fría y luminosa, y abrí la primera carpeta. Como me esperaba, las cosas no se veían nada de bien. Por lo que había averiguado en el municipio, regularizar los papeles de la ferretería no supondría mayores inconvenientes; de hecho, lo dejaría para el final. El problema era la casa. Rosa me había relatado cómo, en octubre de 1973, los soldados la habían allanado. Habían destrozado el techo a punta de culatazos

en busca de armas o de quién sabe qué. Se habían llevado libros y papeles, entre los que se encontraban los títulos de propiedad originales. Por alguna razón, los permisos de edificación se habían perdido y ahora la casa figuraba en los registros como sitio baldío.

Cerré la carpeta y me hundí en la silla sintiendo el mundo en mi contra. ¿Cómo se suponía que un abogado iba a hacer su trabajo en estas condiciones? Eché un vistazo al anciano, que se había agachado a un costado del mesón y sostenía el cuchillo en una mano, manteniéndolo paralelo al suelo. Se quitó los zapatos, revelando unos pies pequeños y temblorosos envueltos en unos calcetines arrugados y holgados en las puntas, y vertió polvo dentro. Luego volvió a calzárselos.

El piso de madera crujía. El viento se colaba por los resquicios de las latas dobladas y mal acopladas. La estufa solo albergaba un par de troncos consumidos, dos maderos húmedos y oscuros. Afuera seguía nublado. Las manos que asomaban de los puños del abrigo negro de mi abuelo y las yemas de los dedos, agrietadas y blancas de óxido de zinc, dijeron: abandona.

Bajé del bus en el empalme de la carretera y crucé hacia el pueblo por el paso elevado. Una columna de humo se alzaba a lo lejos, en dirección a los cerros. Me interné en las calles. Crucé la plaza y seguí caminando. El humo se veía cada vez más cerca. Al doblar la esquina, vi que el humo salía de la casa de Rosa.

Miré a mi alrededor, hacia la calle polvorienta y pacífica. Tres muchachas vestidas con uniformes escolares pasaron tomadas del brazo, hablando y riendo.

—¡Hola, pase, pase! —me saludó Rosa, apurada, tras abrir la puerta.

La seguí por el pasillo.

—¿Vio todo el humo? —le pregunté.

—Sí. Sergio estuvo trabajando.

Lo había olvidado. Rosa había vuelto a formar pareja. Había anotado toda clase de tonterías en mi libreta, pero no había anotado eso.

—¿Y qué hace?

—¿Ahora? Cuece ladrillos.

—Parece que se le están quemando —dije.

Rosa se volvió y me miró, muy seria:

—No se queman.

En el umbral del comedor, Rosa se detuvo y se dirigió a alguien sentado en el otro extremo de la habitación:

—Él es Pablo. El abogado.

Luego entró en la cocina.

Avancé unos pasos y me quedé de pie en la entrada del comedor. Sentado a la mesa, con los brazos cruzados y los codos apoyados sobre el mantel, estaba Esteban Carranza. Su rostro había envejecido y su cuerpo se había vuelto más tosco y nervudo, pero era el mismo muchacho que aparecía en la fotografía que había recortado y había clavado con una chincheta en la mesa de dibujo de mi abuelo.

Me acerqué y le tendí la mano.

—Se lo habrán dicho un montón de veces, pero…

—Soy la viva imagen de mi hermano Esteban —dijo al tiempo que estrechaba mi mano.

—¿Eran gemelos?

—No. Esteban era un año menor.

El parecido era increíble. Rosa también me había hablado del hermano mayor de Esteban. También lo había pasado por alto. Tres hurras por mí.

—Él es Sergio —dijo una voz a mi espalda.

Rosa estaba de pie en la puerta de la cocina. Se produjo una pausa extraña.

—¿Va a tomar mate? —me preguntó Rosa.

—Té está bien, gracias —dije.

Luego, volviéndose hacia Sergio:

—¿Por qué no le muestras los hornos mientras yo pongo la mesa?

Sergio era un tipo tranquilo y silencioso, de movimientos pausados. Salimos a la parte trasera de la propiedad, espantando a un montón de gallinas y patos, y me explicó cómo fabricaba los ladrillos. Extraía la arcilla de la ribera del río —a unos cincuenta metros de distancia— y, tras tamizarla, la vertía en unos moldes de madera rectangulares. Una

vez endurecida, sacaba los ladrillos y los amontonaba formando un horno que luego encendía por dentro. Entre los matorrales y los álamos, a unos veinte metros, se alzaban dos torres chatas y ennegrecidas, como viejas pirámides consumidas por el fuego. Cocidos los ladrillos, les quitaba el hollín con un cepillo metálico y los apilaba cruzados unos sobre otros, como piezas de dominó, dejando que el aire y la luz se colaran por entre los huecos. Me dejó probar a cepillar un ladrillo. El hollín estaba duro y pegado. Ni siquiera había terminado una cara. Empecé a darme por vencido.

—Supe que está buscando a una persona.

Sergio me miraba con rostro impasible.

—Sí —dije alzando el rostro y tratando de sonreír.

—Espero que la encuentre. O que al menos se haga justicia.

Se agachó y comenzó a reunir sus herramientas, una espátula de madera y una especie de cedazo.

—Guardo un muy buen recuerdo de Anselmo Correa, el primer abogado en ayudarnos con lo de mi hermano. Falleció hace poco. ¿Lo conoció?

—He oído hablar de él.

—Recuerdo la primera vez que fuimos a Santiago con mi madre, por el asunto del recurso de amparo. Correa lo llamaba de otra forma: *habios… habias…*

—*Habeas corpus*.

—Eso mismo. Usaba todas esas palabras raras. *Hocus pocus*, abracadabra, era como escuchar a un hechicero lanzando conjuros mágicos. Después de pasar por los tribunales fuimos a un café, allá en el centro de Santiago. Nos explicó en qué consistía el *habeas corpus*. Era un tipo muy detallista, muy concienzudo. Cuando terminó, mi madre lo quedó mirando y le dijo: ¿Y por qué le dicen *habeas corpus?* Correa le dijo que era latín y que quería decir *que tengas tu cuerpo*. A veces, al entrar en la cocina, la encontraba hablando sola mientras cocinaba o fregaba las ollas, repitiendo en voz baja, *que tengas tu cuerpo*, *que tengas tu cuerpo…*

Metió las herramientas en un balde con agua.

—Nunca llegó a ver el cuerpo de su hijo —dije.

—Así es —dijo Sergio apartando la mirada y dirigiéndola al suelo y luego a una de las pirámides, todavía humeante. Echó a andar y lo seguí.

De regreso en la casa, nos sentamos a la mesa. Rosa dijo que para variar un poco iba a tomar té. Sergio dijo que no quería ser el único tomando mate, así que él también iba a tomar té. Bueno, todos íbamos a tomar té.

—¿Nicolás no está? —dije reparando de pronto en el puesto vacío a mi derecha.

—No —dijo Rosa—. Hoy llega tarde.

Sergio no hablaba mucho. Estaba constantemente frotándose los ojos con las manos cubiertas de hollín y pestañeando y mirando a su alrededor, como si no acabara de creer nada de lo que veía y esto le causara cierta gracia.

Se llevó la taza a la boca y dijo:

—Los ingleses de América Latina. ¿Sabe por qué nos dicen los ingleses de América Latina?

—¿Por no haber juzgado a Pinochet?

Parpadeó y su sonrisa de incredulidad se hizo más ancha.

—No, no. Es algo más simple. El año pasado mi primo Enrique viajó a México. Se hospedó en la casa de un amigo. Una tarde mi primo le dijo a su amigo que le faltaban algunas cosas y que si lo acompañaba al supermercado. Estuvieron un buen rato dando vueltas por los pasillos, hasta que el amigo le preguntó a mi primo por qué daban tantas vueltas. Estoy buscando té, le contestó Enrique. El mexicano lo quedó mirando: ¡Té! ¡A quién se le ocurre tomar té!

Se llevó la taza a la boca.

—Los ingleses de América Latina.

Terminábamos la última taza cuando oímos un ruido proveniente de la parte trasera de la propiedad. Un fuerte aleteo seguido de un irregular coro de graznidos. Sergio se puso de pie de un salto, abrió la puerta trasera y salió. Rosa y yo miramos por el ventanal.

Un perro de pelaje oscuro se dejó ver entre los matorrales, cerca del río. El hambre y la intemperie lo habían azotado hasta darle un aspecto decrépito y salvaje. De pronto, Sergio dio dos pasos elásticos, recogió una piedra del suelo y la lanzó. Fue un movimiento fluido y lleno de energía, un tiro impresionante, considerando su edad. El vibrante punto gris describió una parábola rasante a través del cielo púrpura del atardecer, y fue a aterrizar muy cerca del blanco. El perro dio un salto emitiendo un gemido breve y agudo y se alejó torciendo la cabeza para mirarnos.

Sergio regresó a la mesa. Se dejó caer en la silla.

—Pobre Maleco —dijo Rosa después de lo que me pareció un largo silencio.

—¿Ese perro es suyo? —pregunté.

Sergio barrió las migas del mantel con el canto de la mano. Había estado observando sus manos mientras me mostraba los ladrillos. De pronto, adquirieron un aspecto amenazador.

—Está cebado —dijo con tono lúgubre y tranquilo.

—¿Cebado?

—A veces pasa. Hace una semana se comió una gallina. Una vez que prueban la carne viva, ya no hay vuelta. Dejan de comer cualquier otra cosa, se vuelven peligrosos y no queda más remedio que matarlos.

Miré por la ventana. El perro se alejaba al trote con la cabeza baja. Imaginé las toscas manos de Sergio rodeando el pescuezo del animal, como un Carranza (otro Esteban Carranza, eventual o hipotético) frío e implacable. ¿O acaso tendría una escopeta u otro tipo de arma de fuego? Bebimos de nuestras tazas sin hablar y luego Sergio se retiró al dormitorio en silencio y Rosa despejó la mesa y yo saqué mi libreta azul y la carpeta con los documentos que había recolectado en Talagante y nos sentamos bajo la lámpara del comedor mientras las sombras envolvían la casa.

Más tarde tendríamos nuestra entrevista semanal y el miércoles siguiente otra y luego otra. En Talagante las cosas no habían salido como yo esperaba, pero al menos había dado el primer paso. Por el momento, no me quedaba más que continuar con la lectura del expediente, a dondequiera que esta me llevara.

21

En agosto de 2000 el general en retiro Andrés Werth se presentó en los tribunales de justicia para prestar declaración voluntaria respecto a una veintena de casos de atropellos a los derechos humanos ocurridos entre 1973 y 1986 en Angol, Arauco, Talca, Constitución, Santiago, Calama, Arica y Antofagasta, por los crímenes de secuestro, tortura y asesinato.

Su declaración en torno al caso Mina Amarilla, contenida en el penúltimo tomo del expediente, señalaba:

«A finales de agosto de 1976, aproximadamente entre los días 23 de agosto y 1 de septiembre, visité la Escuela de Artillería de Linares. Recluidas en uno de los galpones destinados al almacenamiento de pertrechos, hallé a unas ocho personas, en muy mal estado de salud y sin ningún tipo de documento de identificación. Los guardias no supieron darme ninguna razón por la que estas personas tuvieran que estar allí y hube de recurrir a dos coroneles, uno venido de Santiago y el otro de Concepción, quienes se identificaron como agentes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y solo me dieron explicaciones confusas. Según ellos, se trataba de detenidos vinculados a actividades terroristas que habían sido trasladados desde la cárcel de Talca debido a la sobrepoblación del recinto. Cuando manifesté que esperaba que esto fuera totalmente cierto, puesto que comprobaría los hechos en la misma cárcel de Talca, y que volvería al regimiento para la siguiente inspección dentro de dos semanas, declararon con gran tranquilidad que para entonces los detenidos se habrían ido y el papeleo estaría en orden. Pregunté sus nombres a tres de los detenidos y los anoté en el reverso del formulario de inspección: Rómulo Fuica Salgado, Robinson Acevedo Neut y Antonio Chandía Chandía. Días más tarde, mientras me encontraba en Temuco, solicité a una persona de confianza verificar de forma confidencial los nombres de los efectivos del SIM que se encontraban a cargo de las personas detenidas en la Escuela de Artillería de Linares, sin que se hallaran registros de sus nombres en las nóminas de funcionarios activos del Ejército. En los días siguientes, sufrí una campaña de hostigamiento telefónico y el 12 de septiembre

recibí la carta proveniente de Santiago por la cual se me notificaba de mi traslado a la zona norte del país, adonde debía partir de inmediato. Hago esta declaración consciente de que, en lo concerniente a este proceso judicial, fui la primera persona en ver a las tres personas antedichas tras su detención y la última en verlas con vida».

La declaración de Werth era una pieza fundamental de la acusación. Para los abogados querellantes, situaba a tres de las cinco víctimas del caso Mina Amarilla en la Escuela de Artillería de Linares en los días inmediatamente posteriores a su detención por parte de Odlanier Benavente, desde donde, días después, habían sido trasladadas por Javier Téllez hasta el cruce del camino a Mina Amarilla (algo así había escrito el sujeto del abrigo negro en el dormitorio de Téllez: *Tú me trasladaste*), lugar donde finalmente habían sido fusiladas.

Pero Werth tenía sus propios problemas.

Andrés Werth Donoso nació en Talca en 1936, asistió a la escuela en la misma ciudad y completó su formación militar en el Regimiento de Caballería N.° 3 Húsares de Angol. A partir de 1971, se desempeñó como inspector de higiene del Ejército bajo la dirección del general Eugenio Quinteros, jefe de la Tercera Zona Militar con asiento en Talca, quien con posterioridad a septiembre de 1973 sería removido de su cargo debido a sus vínculos con el gobierno de la Unidad Popular.

En diciembre de 1974, Werth detuvo a Fernando Cornejo Silva, antiguo representante sindical de Correos, en Arauco. Tras un furtivo paso por una larga lista de comisarías de policía y otros centros de detención, Cornejo fue trasladado a la cárcel de Coronel por el mismo Werth. El 6 de noviembre de 1975, tras una visita de Werth al lugar, se perdió todo rastro de Cornejo. El alcaide de la cárcel, Gustavo Sierralta, notificó el hecho y la justicia militar inició una investigación interna. Tanto el general Ernesto Arriagada, superior directo de Werth, como su amigo, el capitán Feliciano Toro, testificaron a favor de su inocencia y conducta intachable y la investigación se cerró sin que se esclareciera el hecho. Un año más tarde, el Ejército respondió a la solicitud de traslado presentada por Werth meses antes y este fue destinado a una unidad militar fronteriza en el norte del país.

Por un tiempo, no se supo mucho más sobre la suerte de Cornejo Silva. Circularon rumores sobre un coronel de apellido Salusti, quien habría sacado a Cornejo Silva de la cárcel junto con otros dos detenidos y los habría fusilado cerca de Lota, para luego, con la ayuda de explosivos, sepultar sus restos en una mina abandonada. Otras versiones sostenían que Cornejo Silva podía haber sido trasladado a Tomé o al Regimiento Chacabuco, en Concepción, donde se había perdido su rastro.

Entretanto, la familia de Cornejo Silva y las organizaciones de defensa de los derechos humanos habían presentado sucesivos recursos de amparo. En abril de 1980, la Corte Suprema acogió el cuarto *habeas corpus* interpuesto en su favor.

El caso siguió estancado en la justicia militar y en 1984, a raíz de un nuevo requerimiento de los tribunales, se reactivó. El abogado Germán Zulueta asumió la defensa de Werth. Pero al solicitar una copia del expediente del caso, Zulueta se encontró con que este se había extraviado.

Diez años más tarde, en 1994, el caso pasó a la justicia ordinaria. Esta vez fue Ignacio Díaz quien asumió la defensa de Werth. El abogado declaró a través de la prensa: «Dadas las nuevas condiciones de legitimidad democrática del país, esperamos demostrar de forma fehaciente y definitiva la inocencia del señor Werth». Sin embargo, cuando Díaz se presentó en el juzgado de Coronel, se llevó una gran sorpresa. El nuevo expediente, abierto en junio de 1984, con parte de los documentos del original (aportados en su mayoría por la parte querellante) y otros más recientes, se había esfumado otra vez.

En el libro *Memorial del horror*, publicado en Francia en 1987, se calificaba a Werth de «esbirro de los chacales, silencioso y discreto mensajero de la muerte. Las personas a quienes detuvo, entre ellas el representante sindical Fernando Cornejo Silva y la profesora Ana María Cortés Salgado, desaparecieron para siempre. Como bien supieron algunos compatriotas, cruzar una mirada con él equivalía a probar un veneno insípido pero letal».

En 1995 el Alto Mando de las Fuerzas Armadas rehabilitó la vieja tradición anual de los Juegos de Guerra, un conjunto de actividades de

intercambio y ejercicios tácticos, suspendida desde 1971. En su calidad de instructor militar, Werth se desplazó hasta Concepción, donde se haría cargo de un ejercicio destinado a un batallón de reclutas. La tradición señalaba que los instructores no debían adelantar ningún detalle del ejercicio que llevarían a cabo y esa tarde ninguno de los reclutas, ni los instructores asistentes, se sorprendieron cuando Werth les informó que la actividad que realizarían sería un ejercicio de búsqueda y salvamento: una operación rastrillo. Les ordenó a los doscientos o trescientos reclutas, formados en nutridas filas, que se deshicieran de sus mochilas y de sus fusiles y de los arneses que sujetaban cuchillos, munición, cantimploras y otros implementos de combate; podían conservar sus cascos. El sol caía a plomo y se encontraban en un extenso terreno anexo al Regimiento Reforzado N.° 7 Chacabuco, el mismo adonde se rumoreaba que había sido trasladado el desaparecido Fernando Cornejo Silva diez años antes, rodeados de cerros y de suaves colinas cubiertas de hierba, alejados de los campos de tiro y de las llanuras polvorientas por las que los reclutas solían arrastrarse durante la instrucción convencional. Werth extrajo un mapa que estudió junto con los instructores auxiliares. La búsqueda se desarrollaría dentro del cuadrante señalado por una laguna rodeada de juncos, el camino por el que habían llegado y la línea de cerros que se alzaba hacia el oriente. Los reclutas debían buscar y reportar cualquier rastro humano, ropa, zapatos, osamentas, así como cualquier señal o alteración del terreno que pudiera hacer suponer un enterramiento. Distribuidas las instrucciones, uno de los instructores auxiliares tocó un silbato y el ejercicio se dio por iniciado.

Apostado en la cima de un promontorio y provisto de binoculares, Werth siguió con atención el desarrollo de la actividad. Los jóvenes reclutas desplegándose sobre las praderas, haciendo oscilar los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia abajo, como si vadearan un río e intentaran esclarecer la superficie para ver bajo el agua, creando senderos divergentes conforme avanzaban entre la hierba alta. En una planicie lejana, cincuenta o sesenta muchachos morenos y sudorosos caminaban tomados de las manos en el valle abierto, formando una

larga e irregular línea que barría lentamente el terreno, cincuenta o sesenta pequeñas cabezas encasquetadas girando a un lado y al otro bajo el sol del atardecer. A las seis de la tarde el silbato volvió a sonar y los reclutas se retiraron a las barracas.

Werth fue amonestado personalmente y por escrito. Los ejercicios de búsqueda y salvamento no estaban dentro de la lista de actividades prescritas para los Juegos de Guerra. El terreno que los reclutas habían registrado estaba fuera de los límites que el regimiento había destinado a la actividad anual (en rigor, estaba fuera de los límites del regimiento). Por último, el ejercicio de búsqueda y salvamento concreto desarrollado por Werth no se apegaba a los estándares de una operación de tales características (entre otras cosas, porque Werth no había colocado ningún señuelo o pista que los soldados pudieran seguir, salvo por algunos polvorientos envoltorios de golosinas arrastrados por el viento. ¿Qué podrían haber encontrado, si Werth no había puesto nada allí?).

En 2002, una nueva oleada de pruebas y testimonios reabrió el caso por la desaparición de Cornejo Silva. Patricio Werth, el hijo mayor del general, asumió la defensa de su padre. En agosto de ese año, Werth hijo anunció a la prensa que se proponía iniciar una nueva etapa en el proceso judicial, presentando una batería de pruebas y testimonios que exonerarían a su padre, ya retirado, de cualquier acusación. Así, dos meses más tarde, Werth padre entró en los tribunales escoltado por su hijo y defensor, para hacer entrega a la justicia de una bolsa de plástico trasparente que contenía lo que parecía ser una libreta vieja y ajada, con varios pedazos de papel insertados entre las páginas.

Se trataba de la cartilla de detención y de algunos documentos personales pertenecientes a Fernando Cornejo Silva, incluyendo su cédula de identidad y su licencia de conducir.

Sobre el origen de estos documentos, Werth padre declaró:

«Como he señalado en declaraciones anteriores, el día 6 de noviembre de 1975 me presenté en la cárcel de Coronel con el objeto de conducir a uno de los detenidos que allí se hallaban a prestar declaración en el Palacio de Justicia de Concepción. Encontrándome en este lugar y mientras llenaba los papeles necesarios para el traslado

que me proponía realizar esa mañana, me percaté de la ausencia de tres detenidos, entre ellos Fernando Cornejo Silva. El hecho me produjo preocupación, pues yo mismo había llevado a estos tres detenidos hasta ese lugar. Tras consultar con la guardia, me dirigí a la oficina del alcaide, señor Gustavo Sierralta, quien en mi presencia negó que los tres detenidos trasladados por mí hasta ese recinto hubieran efectivamente permanecido allí o siquiera arribado. Se produjo un fuerte altercado verbal. Sin embargo, el señor Sierralta no cedió en su posición y no tuve más alternativa que retirarme de su oficina sin obtener una respuesta satisfactoria. De regreso en la guardia, volví a preguntarles a los funcionarios sobre el paradero de los tres detenidos. Aunque en ese momento rehusaron decirme nada, más tarde uno de ellos me condujo hasta el patio y me confió, rogándome que no le dijera nada a nadie, que los tres detenidos se habían ido, se los habían llevado, y sin permitirme hacer más preguntas, regresó a su puesto en la guardia. Sorprendido, salí del lugar para, después de la hora de almuerzo, cuando se había producido el cambio de turno, volver a ingresar. En el sótano de la cárcel, donde se almacenaban los efectos personales de los internos, busqué las cajas correspondientes a los tres detenidos. En efecto, las cajas estaban vacías, habían sido vaciadas por completo, salvo por una libreta que se había deslizado bajo una de las pestañas de cartón que formaban el fondo del recipiente y que resultó ser la cartilla de detención de Fernando Cornejo Silva. Me guardé la libreta en un bolsillo, cuidando de que nadie me viera. Cuando, una semana más tarde, regresé a Coronel debido a otras diligencias, los rótulos con los nombres habían sido cambiados, las cajas estaban llenas y pertenecían a presos comunes. A partir de este hecho, y durante todo el año siguiente, durante el cual fui testigo de un sinnúmero de situaciones similares (la última de ellas vinculada al caso conocido como Mina Amarilla), fui víctima de una campaña de hostigamiento por parte de ciertos elementos del Ejército, que me afectó a mí y a mi familia, y que me llevó a solicitar mi traslado a otra unidad, lo que finalmente ocurrió en septiembre de 1976».

Presentadas las pruebas, la contraofensiva legal de Werth hijo se

centró en la obtención de nuevas declaraciones. El coronel Toro, amigo de Werth, había muerto en 1999 en un accidente automovilístico. Gustavo Sierralta, ex alcaide de la cárcel de Coronel, se encontraba viviendo fuera del país. El coronel Salusti, a quien en su momento se había vinculado con el asesinato y desaparición de Cornejo Silva, y que resultó ser sobrino de Sierralta, se negó a acudir a los tribunales. Por último, cuando Werth hijo le solicitó al general Arriagada, antiguo superior de Werth, que se presentara a declarar, este se excusó aduciendo motivos de salud.

Ocho meses más tarde, Andrés Werth Donoso, de cincuenta y nueve años, fue hallado culpable y condenado a diez años de prisión. En 2007 escribió desde su celda una *Carta abierta a los chilenos*, que concluía:

«Un año tiene trescientos sesenta y cinco días, más o menos. Dentro de poco cumpliremos doscientos años de vida independiente; yo llevo cinco encerrado aquí. Estoy consciente de que no me queda mucho tiempo de vida, ni dentro de esta celda ni fuera de ella. Pero en estos momentos no es mi vida lo que más me preocupa. Es mi honra, que para bien o para mal me sobrevivirá. He sido despojado de mi honor como soldado. He sido despojado de mi honor como persona, en parte por mis propios actos y omisiones y en parte por los actos y omisiones de otros. Sobre las personas con quienes comparto mi cautiverio, solo puedo decir que sus vidas, medidas en años o no, no valen el daño que causaron. En su infinita obstinación y soberbia, ignoran que han sido condenados a no pagar por sus crímenes. El Ejército de Chile me ha defraudado. La justicia chilena me ha defraudado. Por todo ello, no me queda más que apelar a la ciudadanía libre y soberana, sobre cuyos hombros recae, hoy como ayer, el porvenir de la Patria. Hago un llamado a todos los chilenos y chilenas a perseverar en la búsqueda del único testigo y prueba definitiva de mi inocencia. Se trata del ciudadano chileno Fernando Cornejo Silva, desaparecido desde el 6 de noviembre de 1975 y visto por última vez en la cárcel de Coronel alrededor de la misma fecha. Adjunto a esta carta un resumen de los pocos datos que poseemos sobre su desaparición y algunas de las escasas pistas que existen sobre su paradero. Cualquier información,

favor remitir…».

Seguía la dirección de la cárcel.

22

Había sido una larga mañana de trámites en juzgados alejados del centro y la hora de almuerzo me pilló en avenida Independencia, expulsado de una notaría que acababa de cerrar. Me sentía cansado y sediento. Pero los contratos de César estaban entregados; enviarían a alguien para recogerlos. Llevado por un impulso absurdo, había arrastrado el asunto por semanas, solo para terminar despachándolo de un tirón, en dos tardes de trabajo apenas intenso. El tránsito de buses estaba algo flojo y decidí acortar camino hasta la estación de metro más cercana atravesando el cementerio.

Crucé el portal y me adentré en las calles interiores.

Las tumbas se extendían silenciosas bajo la sombra de los árboles y recordé mis anteriores pesquisas en el lugar. No habían rendido los resultados esperados. En realidad, no habían rendido ninguna clase de resultado. Entonces no tenía ninguna pista y tampoco las tenía ahora. Pensé en mi encuentro con Aldunate en la fotocopiadora y en la forma en que se había comportado, como si se hubiera desentendido por completo del encargo que me había hecho, como si pensara que yo estaba trabajando en otra cosa (y aparentemente, lo estaba) o le bastara con verme haciendo algo, fuera lo que fuera. O como si se hubiera olvidado de todo. En el patio 98 me detuve un momento frente a la cripta de O'Ryan y su esposa. Estaba igual. Seguí caminando.

Al cabo de un rato, divisé una de las salidas. Al doblar en el último recodo, reparé en la losa del Memorial de los Detenidos Desaparecidos, que se alzaba a mi izquierda. Me detuve un momento, abarcándola con la mirada. Luego me aparté de la calle, crucé el terreno que descendía hasta la base de la muralla y me paré frente a ella.

Paseé la mirada por las columnas de nombres excavados en la

piedra.

Para mí, Carranza seguía en la Escuela de Artillería de Linares, donde, de acuerdo con el expediente, había sido dejado por Benavente tras su detención, según se desprendía de la declaración de Andrés Werth. Quizá ya había sido sacado de allí por Téllez (todavía no llegaba a esa parte), una noche no establecida, para ser trasladado hasta el cruce del camino a Mina Amarilla, donde, quizá, finalmente O'Ryan (cuya tumba acababa de visitar por segunda vez) había, tal vez… Pero, como he dicho, aún no había llegado a esa parte.

Alcé la mirada e intenté leer los nombres en la parte alta. El sol asomaba por encima de la losa y resultaba imposible distinguir nada. Descansé la vista en las sombras de los árboles cercanos y miré a mi alrededor. Un jardinero trabajaba en una franja de flores. Pensé en pedirle prestada una escalera de mano. La apoyaría contra la losa y así podría leer los nombres con toda tranquilidad. Parecía lo más obvio y natural. Aunque de mala gana, descarté la idea.

Miré otra vez hacia arriba y, haciéndome visera con ambas manos, volví a escrutar los nombres en lo alto. Una nube cubrió el sol y logré descifrar algunas letras. Recorrí las columnas de arriba abajo y otra vez desde arriba, siguiendo los apellidos ordenados alfabéticamente.

Hasta que di con él. Allí estaba, hundido en la piedra, gris y algo gastado.

Regresé al camino cerrándome la chaqueta alrededor del cuello. Empezaba a correr viento y la solitaria nube que había ocultado el sol por un momento oscurecía ahora el cielo convertida en un batallón completo. Di un último vistazo a la muralla, en cuya parte superior se podía leer, grabada en grandes caracteres a todo lo largo, la leyenda:

TODO MI AMOR ESTÁ AQUÍ Y SE HA QUEDADO
PEGADO A LAS ROCAS AL MAR A LAS MONTAÑAS

El nombre de Carranza aparecía en la cuarta columna de izquierda a derecha, justo debajo de «AQUÍ». Si quería saber qué había pasado con Carranza, tendría que volver al expediente. Aunque, para mi sorpresa, esta vez lo haría llevado sobre todo por mi propia curiosidad.

Emilio O'Ryan Krausse murió en 1999 a causa de un accidente doméstico.

Nació en Osorno en 1939, estudió en el Colegio Alemán de la misma ciudad y más tarde ingresó en la Escuela de Aviación en Santiago. Como agente de la DIFA, la Dirección de Inteligencia de la Fuerza Aérea, a partir de 1973 participó en la persecución de decenas de miembros de las Fuerzas Armadas vinculados al gobierno de la Unidad Popular. Según rumores, pilotó el helicóptero desde el cual Lautaro Córdoba Meneses, boina negra del Ejército, fue arrojado desde el aire en el sector de Rocas de Santo Domingo. Córdoba sobrevivió a la caída y fue rematado de tres tiros. Más tarde, integró la DINA, la Dirección de Inteligencia Nacional. Durante sus últimos años de vida desarrolló un miedo desproporcionado a los microbios y gérmenes, al estilo del multimillonario estadounidense Howard Hughes, con quien también compartía el gusto por los aviones.

La muerte de O'Ryan inauguró una segunda etapa en el proceso judicial del caso Mina Amarilla. Tras su fallecimiento, tanto Benavente como Téllez cambiaron sus versiones sobre los acontecimientos de los últimos días de agosto y primeros de septiembre de 1976, señalados por los abogados querellantes como el intervalo de tiempo en que se produjo la detención, traslado y asesinato de las cinco víctimas. Según una de las teorías de la acusación, la operación Tricolor había correspondido a una suerte de secuela de la Caravana de la Muerte del general Sergio Arellano Stark, concentrada en aquellas zonas en donde esta había resultado menos efectiva (principalmente Talca y sus alrededores). Cuatro de las cinco víctimas ya habían sido detenidas con anterioridad, entre septiembre de 1973 y enero de 1974, habían compartido celdas con futuras víctimas de la Caravana de la Muerte y habían sido dejadas en libertad. Otra de las teorías apuntaba a que la operación Tricolor había sido una temprana medida de resguardo ante la posible aparición de testimonios en torno a la comitiva de Arellano Stark, una forma de no dejar cabos sueltos.

De negar cualquier participación en operativos de detención o

traslado de personas en la zona y fecha señaladas, Benavente y Téllez pasaron a afirmar que «era posible» que hubieran participado en tales operaciones, aunque sin tener conocimiento del objetivo de las mismas (simples «cuestiones de rutina») y que lo que fuera que pudiese haberles ocurrido con posterioridad a los detenidos no era responsabilidad suya, si acaso lo era de O'Ryan, ahora convenientemente muerto. Lo cierto era que las detenciones realizadas por Benavente en la zona costera del Maule, en Cauquenes, Chanco y Pelluhue (a diferencia de su *Caza del Octubre Rojo* por los ríos de Valdivia) estaban documentadas. Esteban Carranza era la única de las cinco víctimas que no había sido detenida por segunda vez; desde su primera detención, realizada por el mismo Benavente en la oficina de ferrocarriles de Talagante alrededor del 14 de enero de 1974, se había perdido cualquier indicio sobre su paradero. Pero aquí ocurría algo curioso. Porque la noche del miércoles 1 de septiembre de 1976, Benavente pasó por Talagante y se presentó en la casa de Carranza con el fin de detenerlo (un error autoinculpatorio clave para la parte querellante). Rosa lo reconocería luego en la documentación correspondiente a la segunda etapa del proceso («la persona identificada fotográficamente como el uniformado que detuvo a mi marido en su lugar de trabajo en la oficina de los ferrocarriles en 1974, Odlanier Benavente»). Los tiempos de desplazamiento coincidían con el calendario de detenciones de las víctimas del caso Mina Amarilla elaborado por los abogados querellantes. Finalmente, la presencia de Téllez en la Escuela de Artillería de Linares alrededor de los días señalados como «calientes» (2, 3 y 4 de septiembre) también estaba documentada.

La información sobre la participación de O'Ryan en la fase final de la operación, el fusilamiento de las víctimas en el cruce del camino a Mina Amarilla y la posterior desaparición de los cuerpos, aunque existente, era la más escasa y vaga (y sin embargo, la última morada de O'Ryan no mostraba ninguna señal, ninguna acusación garabateada en la cripta; había visitado la tumba de O'Ryan, la tumba que el aviador compartía ahora con su esposa en el Cementerio General, y no había visto un *Tú me asesinaste* ni un *Tú me mataste*, ningún *Tú me*

fusilaste o *Tú me disparaste*. Pero ¿cuál era la manera exacta de describir la relación entre O'Ryan y las víctimas del caso Mina Amarilla? Era imposible saberlo… A menos que uno hubiese estado allí, en el cruce del camino a Mina Amarilla, la noche de los asesinatos. *Tú hiciste desaparecer mi cuerpo y, sin embargo*…).

El 20 de marzo de 1999, Emilio O'Ryan abrió el grifo del lavamanos en el baño de su casa y se untó las manos con jabón líquido, como hacía quince o veinte veces al día. O'Ryan tenía una vieja afeitadora eléctrica. Al parecer, no se percató de que el cordón estaba conectado a la toma de corriente que había junto al espejo. La afeitadora estaba desconectada, guardada en la gaveta de detrás del espejo, y el cable colgaba hasta deslizarse unos centímetros dentro del lavamanos. Era una casa antigua y las cañerías no funcionaban del todo bien. A veces se tapaban, a veces solo desaguaban a medias. El lavamanos fue llenándose de agua. O'Ryan se frotaba las manos enjabonadas cuando el agua alcanzó el extremo del cable.

De acuerdo con el informe médico, la causa de muerte fue un «paro cardiorrespiratorio por electrocución».

O'Ryan murió mientras se lavaba las manos.

24

Se me ocurrió mientras lavaba la loza.

Había pasado la tarde en mi departamento, metido en el estudio verificando algunos datos en los papeles de Rosa y haciendo una lista con los últimos trámites que me quedaban por realizar. Pasadas dos semanas desde mi primer encuentro con la burocracia local de Talagante, había hecho grandes progresos. Deambulando por Paine, había dado con una firma de abogados, una de esas viejas oficinas de abogados de pueblo como las que podían encontrarse en algunos lugares de veraneo, con grandes letras pintadas en la vitrina: «PROPIEDADES». Era la oficina donde habían sido inscritas las propiedades agrícolas de la familia de Rosa («un par de terrenos cerca del río»). Había hablado con el encargado y este había accedido a

hacerme copias de los documentos originales, que por suerte seguían en sus archivos, copias que podría recoger en mi próximo viaje.

Dejé el lápiz sobre el escritorio y me puse de pie. Desde la puerta de la cocina observé el cúmulo de tazas y platos sucios que copaban el fregadero. No tenía ganas de comer o tomar nada, pero pensé que una pausa de trabajo manual y una taza de café no me vendrían mal.

Además de limpiar la porquería, claro.

Puse manos a la obra. Herví un poco de agua, eché un chorro de detergente líquido en un tiesto, me puse los guantes, me arremangué la camisa y agarré la esponja y el primer plato.

Las cosas no estaban tan mal. Al menos, había logrado salir de la parálisis. Ahora me dedicaba a resolver los problemas legales de la viuda de un detenido desaparecido. ¿Qué tenía de malo? No era que las cosas estuvieran bien, pero habían vuelto al viejo mal, que no era tan malo como el nuevo. ¿Qué habría pensado John Grisham? ¿Qué habría dicho el viejo Silva desde su púlpito en la facultad? En realidad, no me importaba. En cuanto a la manera en que había llegado hasta Rosa, a través de una mentira sobre un caso reabierto, ya ni siquiera pensaba mucho en ello. Hacía tiempo que había dejado de interrogarla sobre la desaparición de su marido (más que nada, porque se me habían acabado las preguntas), para concentrarme en el asunto de las propiedades, que era lo que me ocupaba ahora. Había llegado a la conclusión de que entonces estaba loco y ahora ya no. En mi última sesión de lectura del expediente, Carranza había terminado de desaparecer, presuntamente a manos de O'Ryan, quien de todas formas estaba muerto. ¿Qué más había que saber o preguntar? La aguja del reloj había dado un giro completo y había vuelto al comienzo. Todo lo que tenía que hacer era terminar con el papeleo y podría decir adiós a los viajes a Talagante y a todo el enredo en el que me había metido.

Terminé con los platos y empecé con los vasos y tazas.

Muchas oficinas lo hacían por caridad, pero sobre todo por una cuestión de imagen. Dedicar un par de horas/hombre semanales a prestar asesoría legal gratuita. Desde luego, solía tratarse de problemas bastante pedestres, aunque no siempre fáciles de resolver.

Libertades condicionales, eliminación de antecedentes, litigios sobre límites de propiedad, cuestiones de herencia; muchos de ellos relacionados con desastres familiares, casi siempre muertes. Como esos mineros en el norte; esos tipos sí que sabían lo que era bueno. Un día cualquiera agarraban una garrafa y un par de cartuchos de dinamita y se perdían por los senderos cerro arriba. No solían encontrarse restos de ninguna clase, por lo que la muerte solo podía suponerse. Y entonces empezaba la pesadilla para los abogados, porque una parte de la familia decía que Pepito era un buen tipo, un tipo feliz, y que era imposible que él hubiera hecho algo así, y la otra parte decía que sí, que era un tipo callado, muy callado. Por debajo de todo, cubierto por un pesado velo, estaba el tema de los seguros, porque el seguro laboral no cubría *ese* tipo de muerte…

De pronto recordé algo que Andrea me había dicho una vez. Los vasos y las tazas debían lavarse primero, para evitar pasarles la grasa de los platos y las ollas. De hecho, en los restaurantes se lavaban de forma separada. Acababa de hacerlo todo al revés. Bueno, a la mierda.

También estaban esos campesinos del sur. Se iban a tomar solos o con amigos en largas maratones de una o dos semanas, a veces un mes, la familia no sabía qué pensar, hasta que pasado un tiempo los encontraban semidesnudos, metidos en una acequia y la causa de muerte no siempre se relacionaba con el alcohol, a veces alguien había metido las manos y entonces…

Algo se movió dentro de mi cabeza.

Corté el agua, me quité los guantes y volví al estudio. El saco de papeles descansaba en un rincón. Lo levanté y lo volteé sobre el escritorio. Papeles de distintos tamaños y colores resbalaron en todas direcciones formando una blanda y escamosa montaña. Formularios variados, programas de conciertos, tarjetas de Navidad. Escarbé con las manos descartando y haciendo a un lado papeles, hasta dar con lo que buscaba.

El certificado de matrimonio de Rosa.

Lo separé y lo puse a un costado, junto a los papeles que ya estaban en regla. Eran los papeles de la ferretería, a los que solo les faltaban unas firmas de notario aquí y allá para estar regularizados. Por eso,

tempranamente, los había dejado para el final. Los distribuí alrededor del certificado de matrimonio, formando un ordenado mosaico de piezas blancas, cubiertas de letras y números.

Todos databan de 1973. De hecho, de acuerdo con los sellos, todos habían sido tramitados el mismo día.

4 de junio de 1973.

Me metí los papeles bajo el brazo y marqué el número de César en mi teléfono mientras cruzaba el living y me dejaba caer en el sofá. Hubo un ruido como de algo frotándose contra el micrófono y luego escuché su voz.

—Alfaro, ¿qué cuentas?

—¿Estás ocupado?

La línea se quedó muda. De fondo se oía el parloteo de la televisión.

—¿César?

—Sí, dime.

Respiré y me aclaré la garganta.

—Mira, eh…, se trata de algo muy breve. Estaba estudiando unos papeles y encontré algo… No estoy muy seguro. No estoy muy habituado al tema y pensé quizás podías ayudarme. ¿Puedes hablar ahora?

Constanza debía de estar dormida o haber salido. De lo contrario, no me explicaba no haber escuchado ya su voz chillona preguntando: «¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Por qué llama tan tarde?». Una voz masculina dijo algo en la televisión. César soltó una carcajada.

—¿Aló?

—Adelante, sí. Te escucho —dijo César, aún agitado por la risa.

—Bien, el asunto es el siguiente. Son unos títulos de propiedad, tú sabes…, de unas propiedades. Inmuebles. Estoy haciendo el papeleo para regularizarlos. La dueña perdió a su marido en 1974. Más bien, en 1976. O sea, el marido falleció… Quiero decir, fue asesinado. En realidad desapareció, está desaparecido. ¿Me estás escuchando?

El parloteo de la televisión cesó de repente, hubo una pausa y luego un estallido de risas del público.

—Claro —dijo César.

—Bueno, eso es todo. Pensé que quizás podías decirme algo sobre lo

que pasó con las propiedades en este tipo de situaciones.

Hubo un largo silencio.

—¿César? ¿Aló?

—Sí, dime —le escuché decir.

—Bueno, dime qué opinas.

—Sobre qué.

—Sobre los papeles.

—Qué papeles.

—Mierda, lo que te acabo de decir.

César emitió un gruñido malhumorado, escuché que bajaba el volumen de la televisión.

—¿Dijiste que el marido desapareció en 1976?

—Sí.

—Hace tiempo.

—Depende de cómo se vea.

—¿Presuntamente asesinado?

—Así es.

César hizo una pausa.

—¿Por casualidad estamos hablando de un detenido desaparecido?

—Digamos que sí.

César suspiró contra el teléfono produciendo un borboteo como de nariz mocosa.

—Bueno, por lo que sé, hubo de todo. Desde denuncias por presunta desgracia hasta la omisión de cualquier medida legal, al menos durante los primeros años. En algunos casos, sobre todo en zonas aisladas, los recursos de amparo se presentaron hasta tres o cuatro años después de la detención. Sobre la situación legal y contractual de los detenidos, estamos hablando de un enredo tremendo. Pasado el tiempo, muchos familiares se negaron a actualizar o regularizar la situación legal de sus parientes desaparecidos, por distintas razones, supongo
que por respeto, como una forma de mantenerlos vivos, qué sé yo, por miedo a que eso pudiera ayudar a enterrar los casos o a posibles represalias y a veces por simple ignorancia o desinterés por ese ángulo del problema, sin contar con lo

complicado y cansador del asunto en sí. Súmale a todo eso los aprietos económicos derivados de la ausencia de un miembro de la familia y los constantes viajes a juzgados. Con los años, el asunto llegó a convertirse en un quebradero de cabeza para los abogados. Estamos hablando de bienes muebles e inmuebles, de contratos, de deudas y, en algunos casos, de hipotecas.

—Hmm —dije. No por nada César tenía su propio despacho, tomaba casos por su cuenta y había sido considerado como candidato para ser socio de la oficina. Era un tipo competente.

—Y el asunto no termina ahí —continuó—. Como sabrás, muchos de ellos siguen inscritos en los registros electorales. No hay nada que hacer; no están legalmente muertos. Incluso, hace un par de años, ocurrió que uno de ellos votó en una elección.

—Sufragio universal, ¿ah?

—Obviamente fue un error. Alguien anotó mal un número, pero de todas formas el voto quedó registrado bajo su nombre.

—¿Te imaginas saber por quién votó?

—Aunque no lo creas, se supo.

—¿En serio?

—Era una mesa antigua, casi todos los inscritos habían muerto y cuando terminó la votación solo había dos votos en la urna. Ambos en blanco. Técnicamente, votó en blanco.

—Bueno, no se le puede culpar. ¿Todo esto lo sabes por tu ex que era abogada de derechos humanos?

—Amelia. En gran parte, sí.

—¿Qué fue de ella?

—Terminó su magíster, se doctoró, se posdoctoró, escribió la constitución de Liberia o algo así. Ahora viaja por el mundo dictando conferencias pagadas por organismos internacionales.

—Fiuuu… —silbé—. Pensar que podrías estar dedicado a la teoría del Derecho.

—Creo que incluso estaría dispuesto a acompañarla a sus charlas, llevarle el maletín, tú sabes, para mantener las apariencias…

César calló. El murmullo de la televisión disminuyó aún más, hubo un chasquido y entonces se extinguió.

—¿Y por qué tanto interés en un tema tan raro?

De pronto, César habló muy cerca del teléfono.

—No me digas que estás trabajando en el caso de un detenido desaparecido.

—En realidad es una ferretería…

—Ya.

Escuchamos nuestras mutuas respiraciones.

—Oye, pero antes de que cuelgues, ¿se trata de eso? ¿Se trata de eso tu caso, tu caso misterioso? ¿Es sobre un detenido desaparecido?

—Gracias, César. Buenas noches.

Me puse de pie y regresé a la cocina. En el fregadero aún quedaban algunos vasos y un montón de tenedores y cucharas. No recordaba que Andrea hubiese dicho nada sobre los cubiertos, aunque supuse que, como los platos, también les pasarían la grasa a los vasos. Pero no tenía ganas de seguir lavando. De vuelta en el living, encendí la televisión y me senté en el sofá. Pillé el comienzo de *Zodiac*. Como en *JFK*, nunca encontraban al verdadero asesino. Subí el volumen. Eché un vistazo a los papeles de Rosa, que descansaban a mi lado. Jugué a revolverlos un poco.

25

A la mañana siguiente me encontraba sentado ante mi escritorio. Llevaba un rato observando mi extensión telefónica, las luces verdes y amarillas encendiéndose y apagándose. El aire acondicionado emitía un zumbido constante, una especie de nieve sonora. En su escritorio, Boris leía el diario.

—¿Mañana muy ocupada? —le pregunté a través de la habitación.

—Tengo que estar en los tribunales en diez minutos.

—¿En serio?

—No —dijo pasando una página y volviendo a extender el diario ante sí.

Volví al teléfono. Había estado preguntándome cuánto costaría una llamada telefónica a Talagante. Hasta donde sabía, no era una llamada

de larga distancia (las cuestiones jurisdiccionales no eran mi fuerte). Había hecho ya varias en el último par de meses. ¿Aparecerían en el detalle de la cuenta telefónica de la oficina?

—¿Y tú? —preguntó Boris.

—Tengo que hacer una llamada.

—Claro —dijo sin apartar el diario.

Quise aclararle que hablaba en serio, que no era algo que acabara de inventar, pero no tenía sentido. Alcé el auricular y marqué el número de Rosa. Cuando contestaron, giré sobre la silla volviéndome hacia el ventanal.

—Señora Rosa, buenos días. Le habla Pablo Alfaro.

—Hola, Pablo, ¿cómo está?

—Bien. Le tengo buenas noticias.

—¡Qué bueno! Cuénteme.

—He estado repasando los documentos y preparando los últimos trámites. Creo que va a tener sus papeles renovados muy pronto. —Por alguna razón, evité ser más preciso respecto a las fechas—. Me refiero a la casa y a los terrenos agrícolas. Sobre la ferretería…

—Fénix —dijo Rosa.

—¿Disculpe?

—Así se llama. Ferretería Fénix.

Cierto, pensé. Fénix. Como el pájaro de aquella historia, que renacía a pesar de haber sido consumido por el fuego. ¿O era que renacía *gracias* al fuego? A lo largo del trabajo en las propiedades me había encontrado con ese nombre decenas de veces, siempre de mala gana, como si, por alguna razón, me hubiera propuesto evitarlo.

—Correcto… ¿Le comenté que los documentos están bastante ordenados? —Era una forma de decir. Recordé los papeles que había alineado sobre mi escritorio la noche anterior, desplazándolos como si los hiciera calzar en casilleros invisibles, todos reunidos en torno al certificado de matrimonio de Rosa, todos con la misma fecha.

—Algo me dijo, sí.

—Va a ser un trámite rápido.

—Fantástico. Estoy muy agradecida por su trabajo.

—Según entiendo… —Me aclaré la garganta produciendo un sonido

más abrupto y fuerte de lo que esperaba— Esta ferretería…, la ferretería…

—Fénix.

—Sí, esa misma… Según entiendo pertenecía a su familia.

—A la de mi marido, Esteban.

—Él se la traspasó a usted.

—Claro —dijo Rosa.

Hizo una pausa.

—Bueno, él ya no estaba. Un abogado me ayudó.

—¿El traspaso ocurrió después de la detención de su marido?

—De Esteban, sí.

Algo andaba mal. Rosa debía de estar confundiendo las fechas. O las propiedades.

—Disculpe, cuando dice *abogado*, ¿se refiere a Anselmo Correa?

—No, no. El señor Correa ya había sido relegado al sur. El abogado del que le hablo apareció un día. Como usted. Dijo que trabajaba para el municipio.

Ahora definitivamente Rosa estaba confundiendo las fechas.

—Disculpe… ¿Exactamente de qué año estamos hablando?

—Déjeme pensar. Tiene que haber sido, no sé… 1985 o 1986.

Por un instante la ventana, los edificios, los transeúntes en la calle ondularon y cambiaron. Hubo una especie de turbulencia en la atmósfera de la oficina.

—Me dijo que lo habían enviado del municipio para ayudarme.

—Señora Rosa, los papeles de esta ferretería…, la ferretería…

—¿Sí?

—… la ferretería Fénix —dije de mala gana—. Tienen fecha de 1973.

—¿1973?

—4 de junio de 1973.

—El día de mi matrimonio.

Hubo una pausa.

—De ninguna manera —dijo Rosa—. No puede ser.

—¿Está segura?

—Claro. La ferretería empezó a funcionar recién en agosto. No

llevaba abierta ni dos semanas cuando llegaron a allanarla los militares. En junio de ese año yo creo que ni siquiera estaba terminada.

La línea se quedó muda. Luego la voz de Rosa regresó:

—¿Hay algún problema?

—No, no creo —dije—. Debe haber un error. La llamo cuando sepa algo más de los papeles.

Nos despedimos y colgué.

Giré sentado en la silla en el momento en que la puerta se abría y entraba César. Caminó hasta su escritorio y depositó su maletín encima mientras se aflojaba la corbata y resoplaba haciendo vibrar los labios como un caballo.

—¿Y tú? —dijo dirigiéndose a mí—. ¿Vas a contarnos de una vez de qué se trata tu caso misterioso?

—¿Caso misterioso? —dijo Boris asomando la cabeza por encima del diario—. No sabía que estabas tomando casos por tu cuenta.

Ambos me miraban.

—¿Te pasa algo? —preguntó César.

—Escucha esto —dije—. Alrededor de 1985 o 1986 un supuesto abogado, supuestamente funcionario municipal, visita a la esposa de un tipo detenido en 1974, asesinado en 1976 y desaparecido hasta la fecha. Le ayuda a regularizar un par de propiedades. Los documentos de las propiedades tienen fecha de 1973.

César me miraba con la boca fruncida, la mano aún cerrada sobre la manilla del maletín. Boris se había echado hacia delante arrugando y aplastando el diario hasta casi subirse sobre su escritorio.

Los ojos de César exploraron la alfombra a sus pies. Se apartó del escritorio y atravesó el despacho con paso enérgico. Se detuvo en un punto, como si siguiera las instrucciones de un mapa del tesoro, y cambió abruptamente de dirección. Al llegar al ventanal, se paró girando sobre los talones y dijo:

—¿Crees que de verdad pudo haber sido un funcionario municipal?

—¿Qué importancia tiene?

Regresó a su escritorio y se sentó. Giró lentamente sobre la silla, a un lado y a otro, deteniéndose y cambiando de dirección mientras

hablaba con tono abstraído.

—En 1981 el general Tomás Vera, asesor del ministro del Interior, propuso públicamente, a través de una carta enviada a un diario, la creación de una oficina encargada de prestar ayuda económica y legal a las familias de los detenidos desaparecidos. Por supuesto que en la carta los llamaba de otra forma. Hablaba de *desgracias*, de *situaciones lamentables*, etcétera, pero quedaba claro que se refería a ellos. Entre las medidas que proponía estaba una especie de fondo de pensiones y un programa de asesoría legal. Según Vera, el principal obstáculo para la reintegración de estas familias a la sociedad eran los problemas legales derivados de la ausencia de sus familiares. No podían vender sus propiedades, heredarlas, etcétera. La oposición a la dictadura y las organizaciones de defensa de los derechos humanos condenaron la iniciativa como una forma de enterrar los casos. En cuanto a la derecha, seguía empeñada en negar que las desapariciones tuvieran alguna relación con el régimen o que siquiera hubieran ocurrido. En el fondo, ambos bandos tenían razones para rechazar de plano la idea. Pero Vera no se rindió. Insistió en que se trataba de una medida necesaria. Escribió un borrador del proyecto, un presupuesto y una propuesta de planta de funcionarios. Dicen que la oficina funcionó por un año, quizás dos, de forma no oficial, aunque a nadie le consta que haya llegado a tomar ninguna medida concreta. La Junta Militar y el gabinete de gobierno empezaron a aislar a Vera, se rumoreó que la oficina estaba completamente infiltrada por la CNI, que la mayoría de los empleados eran agentes encubiertos cuya verdadera misión era mantener vigilado a Vera. En las Fuerzas Armadas siempre lo habían considerado un excéntrico, un bicho raro. En 1984 fue sacado de su cargo, creo que puso una tienda de artículos de pesca en el paseo Bulnes… —La voz de César perdió ímpetu; suspiró—. Obviamente, es una historia añeja, casi una leyenda, pero…

César torció la cabeza frunciendo la boca y parpadeando.

—¿Estás seguro de las fechas?

—O sea, no. Quiero decir, los papeles son de 1973, de eso estoy seguro.

—Pero un documento tramitado en 1986 no puede tener timbres de

trece años antes, ¿o sí? —dijo la destemplada voz de Boris desde la otra esquina de la oficina, rompiendo el silencio que se había apoderado del lugar.

César y yo lo miramos. Luego apartamos la vista y nos quedamos en nuestros escritorios, pensativos y un poco extraviados. Hojeando el expediente del caso Mina Amarilla, había notado de que el tiempo a veces se comportaba de maneras extrañas. El pasado adoptando nuevas formas con cada declaración, expandiéndose o contrayéndose ante tus ojos con cada nuevo testigo, en fojas agregadas a los tomos veinte o treinta años después de los eventos originales. Pero Boris tenía razón. La ley no era como la ciencia ficción ni la física teórica. No admitía los viajes en el tiempo ni la existencia de dimensiones suplementarias o universos paralelos. ¿Cómo castigar a un criminal venido del futuro cuyos delitos no estuvieran penados en el presente? ¿Qué sentido tenían cosas tan venerables como el régimen de sucesión en un universo multidimensional o de simultaneidad absoluta? Sí, eran especulaciones ociosas. Los viajes en el tiempo eran fantasía o meras hipótesis. Pero alguna de estas posibilidades tenía que contener por lo menos una parte de verdad. La capacidad de alterar el pasado, de manipular la realidad más allá o más acá de la Ley. Algo así tenía que existir. Porque eso era justo lo que había pasado con los papeles de Rosa.

26

Pedro Aguirre Cerda, San Bernardo, Maestranza, Nos, Buin, Linderos, Paine. Bajé del tren y dirigí mis pasos a Cabestrero Abogados. Era la oficina donde habían sido inscritas las propiedades agrícolas de Rosa y donde me esperaban mis copias de los documentos. En la notaría intercambié papeles con un muchacho que sudaba metido en una camisa celeste y me dirigí a la caja. Iba a pagar con un billete cuando la tarjeta de Aldunate me lanzó un destello verde desde uno de los compartimientos de mi billetera. Mientras la deslizaba por la ranura y digitaba la clave, leí el autoadhesivo pegado a un costado del aparato:

«Más cómoda que el efectivo».

Por una vez, estuve de acuerdo.

En la plaza de Talagante me senté a mirar a los niños que rodaban por el lugar montados en triciclos y en extravagantes vehículos a pedales para dos y tres pasajeros arrendados a un sujeto que atendía el negocio sentado en una banca. Muchachas de miembros alargados y morenos corrían en patines bajo la claridad del mediodía. Era una especie de carrera contra reloj. Terminada la competencia, se inclinaban hacia delante apoyando las manos en las rodillas y descansaban en esa posición mientras recuperaban el aliento. Pero como seguían subidas en los patines, continuaban deslizándose entre los árboles y alrededor de la plaza, empujadas por la inercia y extrañamente quietas, como veloces siluetas de cartón.

Miré la carpeta con papeles que tenía sobre el regazo. Golpeé suavemente la cubierta con los dedos, empezando a despedirme de ella. Pronto nos separaríamos para siempre.

Al llegar a la casa de Rosa me topé con Nicolás; iba saliendo, como la primera vez que lo vi, enlutado, crucificado y ambulante. Sostuvo la puerta mientras yo entraba. Cuando me volví, con la sola intención de darle las gracias, me encontré con el panorama de la calle vacía. Una corriente de aire se formó en el umbral y la puerta se cerró con un golpe.

Me quedé un momento en el pasillo, sobresaltado y confundido por la oscuridad. El aire estaba frío y ligero, desprovisto del usual aroma a leche caliente. Habían olvidado encender la estufa.

Avancé haciendo crujir el piso de tablas.

Las luces del comedor también estaban apagadas. La mesa lucía desierta, salvo por una cuchara de palo y una tetera apoyada sin más sobre el mantel. Rosa estaba sentada en el lado opuesto, de espalda al ventanal. Alzó la cabeza y sus ojos se fijaron en mí.

Entonces lo supe.

Ella *sabía*.

De alguna forma, Rosa lo había descubierto todo.

Probablemente había consultado algún directorio y hecho un par de llamadas. En realidad, habría bastado con una sencilla búsqueda en

internet. Recordé la fotografía que habían colgado tiempo atrás en el sitio web de la oficina, una fotografía grupal de los empleados de Mate & Lancaster, conmigo acorralado junto a César, el cuerpo torcido y los ojos entrecerrados, con el rostro sudoroso y deslumbrado por el flash y por la burda blancura de mi propia camisa. La imagen de un monstruo. Y debajo, la leyenda: «De izquierda a derecha: César Zapata, Pablo Alfaro…». Pensé en las preguntas que le había hecho a Rosa por teléfono, a propósito de la ferretería. Me había propuesto a mí mismo regularizar los títulos de propiedad para salir cuanto antes del enredo en el que me había metido. ¿Qué tenía que hacer preguntando por la fecha de inscripción de una ferretería? ¿A quién podía interesarle algo así? Sabía que los registros judiciales estaban plagados de errores y que, como en muchos otros casos, esto no supondría un obstáculo para los trámites. Pero no había podido guardarme mis preguntas, como un imbécil, había tenido que abrir la boca. Seguramente la había hecho sentir incómoda. O quizá Rosa había sospechado de mí desde mucho antes; de mí y del supuesto caso que estaba investigando, que no era más que una gran mentira. Como fuera, ahora lo había averiguado todo: Pablo Alfaro, empleado de Mate & Lancaster, nada menos que la oficina de abogados encargada de defender a Odlanier Benavente y Javier Téllez.

Mis ojos se dirigieron a las manos de la mujer y a los objetos que había sobre la mesa. La cuchara de palo. El frío metal de la tetera. Un reloj despertador en el que no me había fijado. Imaginé todo eso volando por el aire para estrellarse contra mi cráneo lleno códigos y reglamentos. Luego miré sus brazos. Dos brazos poderosos y firmes de desplumar patos y retorcer pescuezos de gallinas y sacarles la grasa a las ollas. Hice un cálculo rápido de la distancia que me separaba de la puerta. Debían de ser unos ocho metros, tal vez diez.

—Lo encontraron.

La voz de Rosa llegó hasta mí como a través de una cañería. Estiré el cuello hacia delante tratando de oír mejor.

—A Esteban. Lo encontraron —repitió la voz.

Creí murmurar algo. Un consternado «¿Disculpe?». Aunque puede que solo lo imaginara. Parpadeé con la mente en blanco. La

luminosidad gris del ventanal envolvía el rostro de Rosa, que volvió a hablar:

—Dígame. A Esteban. ¿Lo encontraron?

Capté el tono de pregunta, pero eso no me sirvió de nada. De pronto, todo se había vuelto absurdo. Abrí la boca con la intención de decir algo, pero mi garganta se había cerrado. Solo emitió un silbido ronco y breve. Tuve una imagen fugaz de mí mismo, de niño, vagando por una calle desconocida. Me había alejado de casa. Al cabo de un rato, había empezado a respirar con dificultad, a ahogarme, como si sufriera un ataque de asma. Ahora la historia se repetía. Otra vez era un niño extraviado, presa de la angustia. Mierda, no tendría la menor oportunidad. Rodaría por el suelo retorciéndome y boqueando. Quizá Rosa se decidiera a poner fin a mi sufrimiento. Tal vez me lo merecía.

—Dígame, ¿qué más quiere saber? ¿Qué más quiere que le diga?

La boca de Rosa tiritaba en la penumbra.

—¿Que Esteban estuvo aquí? ¿Es eso lo que quiere saber? ¿Que él nos visitó, en esta casa, a Sergio y a mí, en el 86?

Los segundos pasaron en silencio. El asma se había ido, me había olvidado de él. La tetera, la cuchara de palo, el despertador, todos ellos habían dejado de existir. Intentaba asimilar lo que acababa de oír.

—Señora Rosa —dije—, puede que él nos haya encontrado a nosotros.

La tarde daba paso al ocaso. Rosa había servido mate y estábamos sentados a la mesa en medio de la habitación sumida en la oscuridad. A finales de 1986, Esteban Carranza había estado allí, sentado a la misma mesa. Se había presentado en la puerta una noche, mientras Rosa y Sergio comían. Tenía una cicatriz enorme en el rostro, una especie de quemadura o corte de bordes irregulares. Comenzaba en la frente y bajaba por entre los ojos hasta alcanzar el labio superior. Pero estaba vivo. Increíblemente, estaba vivo. Sobre qué había sucedido y dónde había estado durante todo ese tiempo, se limitó a disculparse. No podía dar ninguna información al respecto. Lo vigilaban, lo perseguían. ¿Quién? ¿Quiénes? Rosa y Sergio intentaron averiguar

más. Después de varias preguntas, que Esteban evadió, Sergio le preguntó si acaso había estado fuera del país. Entonces Esteban se rio. Por primera vez, después de doce años, lo vieron sonreír. Era una sonrisa extraña, nueva en él. Amarga. Luego Esteban les preguntó por ellos. Le contaron que estaban juntos. Estuvieron un rato sentados a la mesa, los tres, en medio de un pesado silencio, y luego Esteban dijo que tenía que irse. Les dijo que no lo buscaran ni preguntaran por él y que no comentaran con nadie lo sucedido esa noche.

—Salvo por Sergio, nadie más sabe de esto —dijo la voz de Rosa—. Y espero que siga siendo así.

Nos quedamos sin decir nada.

—¿Ha hecho algo malo? —preguntó.

—No —dije—. No hasta el momento.

Antes de marcharme, abrí mi maletín y saqué la carpeta con los títulos de propiedad de Rosa, los de la ferretería, los terrenos agrícolas y la casa, al fin en regla, todos turgentes y frescos de tinta. La dejé sobre la mesa.

—Lo siento mucho —dije.

Di media vuelta y salí.

En mi departamento, cerré la puerta y me dirigí al estudio. La fotografía de Carranza seguía clavada en la mesa de dibujo. Encendí la lámpara de lupa fijada al tablero y la enfoqué sobre la imagen. Una pequeña sombra justo a un costado de la boca de Carranza atrajo mi atención. Podría haber sido una viruta, una salpicadura de tinta o una minúscula quemadura. La rasqué con la uña y miré más de cerca, para luego volver a alejarme. No era una mancha ni una mota de polvo, sino una ligera arruga en el rostro. Parte de la imagen original.

Carranza sonreía.

27

Entretanto, en Mate & Lancaster la vida seguía su curso. Una semana atrás, una camioneta se había detenido frente al edificio y dos

apremiados peonetas habían empezado a descargar junto al quiosco de la esquina decenas de fardos de carpetas amarrados con cordel, como en una disparatada avalancha de diarios atrasados, mientras César, Boris y yo observábamos absortos. El dueño de todas esas carpetas, un tal Benotti, había hablado con Aldunate para pedirle asesoría jurídica con sus clientes. Era socio de una empresa financiera. Sus clientes (cada una de las carpetas que seguían amontonándose a nuestros pies) habían pedido préstamos o créditos o renegociado deudas de sus pequeños negocios quebrados… y no habían pagado.

Excitado por toda esa actividad, Aldunate había salido del edificio frotándose las manos y pasándose los dedos por los tirantes amarillos.

—Bueno —dijo suspirando con cansancio después de echarles un vistazo a dos o tres carpetas. Nos observó con reticencia (César, Boris y yo parados junto al quiosco con las manos en los bolsillos) y luego alzó la cabeza para dirigir una mirada escrutadora a los edificios circundantes, como si de pronto el mundo se hubiera vuelto más grande e inhóspito—: Creo que vamos a necesitar un abogado para este trabajo.

Arriba, al salir del ascensor llenado por segunda vez con decenas de fardos deshojados, una de las torres de papel se derrumbó y tres o cuatro carpetas se deslizaron hasta la puerta abierta y cayeron por el hueco del ascensor.

Después de preguntarle a uno de los peonetas cuántas carpetas habían caído y pensarlo un momento, Aldunate chasqueó la lengua y dijo:

—Sigan con las demás.

Así que ahora todo, los pasillos, la recepción, el despacho común e incluso la oficina privada de César, estaba lleno de fardos de carpetas apilados unos sobre otros.

Aldunate nos había dicho que Osorio vendría a ayudarnos con las carpetas de nuestra nueva cartera de cobranzas. Estábamos rodeados de ellas, en las repisas, en los rincones, formando pilas en el suelo, conteniendo los papeles de cientos, tal vez miles de personas, a quienes embargaríamos sus refrigeradores, lavadoras, licuadoras y secadores de pelo (salvo por esas tres o cuatro carpetas afortunadas

que se habían perdido para siempre en el pozo del ascensor). Pero antes debíamos ordenarlas y para eso necesitábamos a Osorio. Osorio se ganaba la vida como empleado de una empresa de servicios informáticos y en sus ratos libres trabajaba de forma independiente instalando sistemas de códigos de barras. Traía los lectores luminosos con sus brillantes rayos rojos y sus cordones enroscados y elásticos, instalaba los programas necesarios en los computadores e imprimía los códigos de barras. Una vez que todo estuviese conectado y en su lugar, no tendríamos más que deslizar cualquiera de las carpetas bajo el haz de luz escarlata y la máquina nos diría a quién pertenecía. Como comprar maní en un supermercado.

Que yo supiera, había sido Osorio el inventor (o descubridor) del truco del Padre Nuestro. Como suele suceder con los grandes descubrimientos, no fue algo premeditado. Como mucha gente, Osorio buscaba excusas y ocasiones propicias para dormir en el trabajo. Cerraba la puerta de su oficina con pestillo, se escabullía hasta alguna bodega o rincón apartado, esperaba a que su jefe se ausentara, guardaba siempre en el primer cajón del escritorio una buena provisión de gotas para los ojos, etcétera. Pero llegó un día en que sencillamente se quedó dormido sobre su escritorio. Sin tomar ninguna precaución, apoyó los brazos sobre la cubierta, la cabeza sobre los brazos y se sumió en un profundo y reparador sueño de después de almuerzo. Pasó media hora o algo así y, en un estado de semiinconsciencia, oyó que alguien se acercaba por el pasillo y luego el pomo de la puerta siendo manipulado. Sucedió todo muy rápido, en uno o dos flexibles y escurridizos segundos soñados, y de pronto tuvo la súbita y lapidaria certeza de que la persona que estaba por entrar en su oficina, que entraría en cualquier momento, no era otro que su jefe.

Entonces ocurrió. Sin pensarlo. Sin moverse. Despegó los labios y dijo:

—Y líbranos del mal. Amén.

Abrió los ojos y levantó la cabeza.

De pie en el vano de la puerta, con una trémula mano sosteniendo la perilla, su jefe lo observaba con rostro desencajado.

—Disculpe —dijo retrocediendo y cerrando la puerta al tiempo que ejecutaba una especie de reverencia.

—No se preocupe —dijo Osorio secándose los ojos llorosos—. Ya estaba terminando.

—De todas formas, perdóneme. No quise interrumpirlo.

—No hay problema. No es la única vez en el día que lo hago.

El jefe salió retrocediendo y entornando la puerta que se cerró sin hacer ruido.

Osorio, el vividor, el mirón de faldas, el rey de la pausa del café, ¡rezando el Padre Nuestro en la oficina! Por supuesto, el jefe era un beato de cuidado. De seguro se retiró a su despacho para reflexionar sobre el ejemplo de piedad católica del que acababa de ser testigo. Puede que incluso elevara una plegaria silenciosa… por aquel hombre sencillo y creyente. Pasó una semana y Osorio fue ascendido.

Osorio conectó los lectores a los computadores, instaló los programas y nos explicó el resto del procedimiento. No teníamos más que pegar los códigos en las carpetas, pasarlas bajo el lector e ingresar la información de cada una. Boris y yo no estábamos en nuestro mejor momento, tal vez necesitáramos una intrépida y eficaz siesta, y lo interrumpíamos cada dos palabras con bromas e idioteces.

Entonces Osorio se marchó y Boris y yo nos quedamos en el despacho común mirándonos y mirando a nuestro alrededor, hacia las carpetas, carpetas, carpetas. El asunto ya no parecía tan moderno como antes, ni tan eficiente. Estábamos de vuelta en el empapelado mundo del Derecho. Mejores hombres que nosotros habrían de intentarlo y habrían de fracasar. Fui a la cocina y reaparecí en la puerta del despacho común empuñando un cuchillo descomunal, casi un machete, listo para abrir el primer fardo.

Debíamos de llevar una buena hora trasegando carpetas, doscientos o trescientos futuros ex dueños de automóviles, aspiradoras y cocinas. Boris tecleaba mientras yo iba leyendo. Era absurdo. Más que absurdo. En condiciones normales los abogados trabajábamos para nuestros clientes, se suponía que ellos eran nuestros jefes. Pero los clientes rara vez sabían con exactitud lo que querían, podían ser manipulados y

engañados. Ahora éramos esclavos de aquellas máquinas insignificantes, con sus cables grises y sus halos de barato color rubí.

Abrí una carpeta y leí en voz alta:

—Matías Alejandro Rosas Córdoba.

La idea de que todos esos nombres estuviesen quedando grabados en mi memoria me produjo un ligero vértigo. Me parecía que, de proponérmelo, podría haberlos recitado todos, todos los que habíamos procesado hasta el momento. El cansancio empezaba a nublar mi mente. O tal vez un día todos esos nombres regresarían a mi memoria, de sopetón. Mi cerebro colapsaría y entonces sería el fin.

—Matías Alejandro Rosas Córdoba —repitió Boris tecleando con indiferencia.

Pegué el código de barras y apliqué el lector. Sonó el *bip*. Tomé la siguiente carpeta y dejé que mis ojos se deslizaran por las letras. Esta vez no hubo vértigo, solo una pacífica oleada de apatía. Leí en voz alta:

—Julio Andrés Medina Sanhueza.

—Julio Andrés Medina Sanhueza —confirmó Boris mientras ingresaba el nombre en el computador. Luego me miró y dijo:

—¿Sabes qué? He estado pensando en tu caso.

—¿Ah sí?

—César me contó un poco.

—¿Y qué has pensado?

—Que está bien.

—¿Que está bien?

—Sí. Que está bien que busques a esa persona.

No sabía que estaba buscando a alguien. César debía de haberse quedado con una idea equivocada respecto a mis actividades. Recordé la broma del viejo de la tienda de libros usados: «La persona que usted está buscando está ahí».

—Quién sabe. Quizás lo encuentres —agregó Boris.

Me gustaba Boris. Siempre a favor del hombre de la calle.

Pensé en lo que Rosa me había dicho la noche anterior, y en lo que le había dicho yo. Sí, lo de «Puede que él nos haya encontrado a nosotros» había sido una exageración, un exabrupto. El que Carranza

hubiera estado en la casa de Rosa y Sergio en 1986 era una revelación, pero no significaba más que eso. Parecía ocioso preguntarse dónde había estado después. Había pasado demasiado tiempo —¿más de tres décadas?—. Pero ¿y *antes?*

—¿Tú crees? —le dije a Boris.

—Puede ser. Además, ¿qué es lo peor que podría pasar?

Lo pensé un momento.

—No sé. Supongo que nada. No encontrarlo.

—Exacto —dijo Boris.

Sonó el *bip* y leí el siguiente nombre.

—Bernardita Andrea Pérez Guzmán.

—¿Cómo dijiste?

—Bernardita Andrea Pérez…

Boris me arrebató la carpeta y hundió la nariz en los papeles. Luego me miró, lívido:

—¡Es mi tía Bernardita!

Convencí a Boris de que recurriéramos a César. En su despacho privado César y yo estuvimos leyendo el contenido de la carpeta y riéndonos a carcajadas mientras Boris intentaba quitárnosla, luego los tres salimos al pasillo y tras cerciorarnos de que no anduviese nadie, volvimos a meter todo en la carpeta, pulsamos el botón del ascensor y, cuando las puertas se abrieron revelando el luminoso habitáculo, la deslizamos por la ranura de la puerta y hacia la nada. En el último instante nos embargó una especie de recogimiento funerario, nos miramos como si esperáramos que alguien dijese unas palabras. Luego César soltó la carpeta y esta se fue por el hueco del ascensor aleteando inútilmente y desapareciendo para siempre en la recóndita oscuridad.

César volvió a su despacho privado y Boris se marchó. En el despacho común contemplé las carpetas, carpetas, carpetas. Apenas habíamos arañado la superficie de la mole de papel y cartón que se alzaba contra la pared de la oficina. Las risas y el descenso final de la tía de Boris me habían relajado. Pero allí estaba Carranza, aquel tipo sonriente cuya fotografía colgaba de la mesa de dibujo de mi abuelo. Por lo visto, César y Boris creían que yo estaba tras sus pasos. ¿Lo

estaba? El tipo había desaparecido en 1974, había vuelto a aparecer en 1976, en la Escuela de Artillería de Linares, y entonces había desaparecido de forma definitiva… Hasta 1986, cuando había reaparecido. Y entonces había vuelto a esfumarse.

Me paseé por la oficina en amplios círculos.

Buscar (o pretender encontrar) por cuenta propia a un detenido desaparecido era, por supuesto, una idea absurda. Aunque el hecho de que se tratara de Carranza y no de otro le daba al asunto un cariz diferente: después de todo, yo sabía algo sobre Carranza que nadie, salvo por Rosa y Sergio, sabía. En otras palabras, Carranza era especial. ¿De verdad lo era? En rigor, seguía siendo un detenido desaparecido. Había sido detenido y luego… había desaparecido. Conque con eso tendría que bastar. Había leído sobre casos de detenidos utilizados por los servicios de seguridad de la dictadura para reconocer lugares o a otras personas. Más tarde, algunos de ellos habían sido efectivamente asesinados y sus cuerpos hechos desaparecer. También estaba la historia de José Calderón Miranda, fusilado en Paine en 1973. Dado por muerto, había sido arrojado a las aguas del río Maipo junto con otros dos cuerpos. Escondido en el cerro Chena, había subsistido viviendo como un conejo, comiendo maqui y moras silvestres, aplicándose cataplasmas de hierbas en las heridas, durmiendo entre los arbustos achaparrados y alucinando por el hambre, de noche, bajo el cielo inmenso, completamente solo. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Semanas? ¿Meses? No lo recordaba. Puede que Carranza corriera una suerte similar, aunque los intervalos de tiempo me parecían un tanto prolongados. Como fuera, ¿qué había ocurrido después? Quizá no era un detenido desaparecido, sino un detenido *y* un desaparecido, en caso de que eso hiciera alguna diferencia. De acuerdo con el relato de Rosa, ante la pregunta de Sergio sobre si había estado fuera del país, Carranza se había reído, había sonreído con amargura, puede que con una sonrisa parecida a la que había descubierto en su fotografía la noche anterior. Quizá le pareciera un chiste cruel que su hermano mayor repitiera la idea, popularizada por la propaganda de la dictadura, de que los detenidos desaparecidos en realidad habían salido del país, sin avisarle a nadie, y estaban de

vacaciones en algún lugar del Caribe. O quizá había otra razón. Como fuera, Carranza había estado de viaje por una buena temporada, diez años para ser precisos. Pero ¿dónde? Empezaba a sentirme confundido.

—Busca en el sur —dijo de pronto una voz desconocida.

Asomado a un costado de su monitor, Drago me miraba con fastidio. No. Había otra cosa aparte de fastidio y tardé un poco en descifrar el significado cabal de su mirada.

Quería decir: «Sí, tarado, te hablo a ti».

Era una voz fibrosa, nasal. En un primer momento lo que más me llamó la atención fue que me tratase de *tú*. No era que esperara que Drago me tratase de *usted*. Era solo que no recordaba que se hubiese dirigido a mí de forma alguna.

—¿Entiendes lo que estoy diciendo? —dijo escrutando mi rostro con preocupación.

Solo entonces me di cuenta de que había estado pensando en voz alta mientras daba vueltas por la oficina. Para variar, había pasado por alto la presencia de Drago. También era cierto que durante los últimos meses me había acostumbrado a rondar las habitaciones del departamento hablando solo, mientras rumiaba detalles del expediente.

El sur. Miré por el ventanal, tratando de pensar. Luego miré a Drago. De alguna forma era el mismo Drago de siempre, solo que obsequiado con el don del habla. *Los alemanes del sur*. Asentí lentamente y luego más rápido.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo volviendo a su computador.

—¿Y por qué crees que pudo haber estado en *ese* lugar en particular? —pregunté.

Drago alzó la mirada del monitor, como si ello supusiese un esfuerzo arduo y absurdo, se rascó la barbilla encogiéndose de hombros y entornando los párpados.

—En realidad, no tengo idea. Pero podría ser el único lugar donde una persona detenida en los setenta pudo seguir viva diez años después.

Sabía a lo que se refería Drago. Drago se refería a Colonia Dignidad.

28

Había sido un año extraño. El anterior había terminado con un terremoto, el verano había comenzado con mucho calor y ahora, tempranamente, llegaban las lluvias. El cuarto de al fondo seguía teniendo goteras. Pero esta vez me había preparado. Había ideado un sistema de drenaje, una modesta obra de ingeniería casera. Un embudo fijado al techo con un clavo y unido a una manguera que colgaba hasta la parte baja de la ventana e iba a desembocar en el patio. Por suerte las demás filtraciones habían desaparecido y solo había tenido que encargarme de esa. Me había costado varias horas de trabajo, pero por fin veía los resultados. Estaba el inconveniente de mantener la ventana corredera entornada, pero ya no había ollas ni trapos ni páginas de diario desplegadas sobre la alfombra. Las noches de vigilar los tiestos y palanganas a la espera de que se desbordasen para achicar el agua lanzándola por la ventana como un energúmeno se habían acabado. Me obligué a apartar la mirada del retorcido armatoste que pendía en medio de la habitación húmeda y atestada, inusitado y perfecto, y volví al living.

Encendí la estufa, entré en el estudio y me senté ante el escritorio escuchando el lejano repiqueteo de la lluvia. Sobre la cubierta, junto a mi notebook y media docena de libros que había encontrado en las galerías Veneto, descansaba una pila de legajos del caso Mina Amarilla. Los miré por encima y luego los hice a un lado. Encendí un cigarrillo. Los papeles de Rosa se habían ido y ahora podía sentarme y estirar los pies. No eran tantos como me habían parecido en un principio, amontonados dentro de aquel saco demencial. Con los ángulos y bordes ajustados, apenas habían alcanzado para llenar una caja de cartón de tamaño mediano que había embalado y enviado de vuelta a Talagante. Me puse de pie y deambulé por las habitaciones.

Mis obligaciones con Rosa estaban finiquitadas. En cuanto a Aldunate, me había puesto a trabajar en la cartera de cobranzas junto con los demás. Había dicho que iba a necesitar un abogado para el trabajo y César, Boris, Drago y yo éramos lo más parecido que tenía. Por mi parte, había estado dándole vueltas a la sugerencia de Drago

sobre el sur y Colonia Dignidad, sin mucho convencimiento. ¿Qué tenía que ver yo con Colonia Dignidad? A estas alturas, ¿qué tenía que ver yo siquiera con Carranza? En la puerta del cuarto de al fondo, contemplé el parche de alfombra que se extendía bajo el embudo y la manguera floja, marcado por viejas manchas de humedad pero por lo demás seco. Suspiré pensando: mierda. El invierno aún no comenzaba y tendría que buscarme una nueva ocupación para las noches de lluvia…

Pero lo cierto era que ya había encontrado un pasatiempo nocturno, lloviera o no. Un pasatiempo que involucraba los libros usados que había comprado en las galerías Veneto, en calle Miguel Claro, mi notebook (con su lenta pero en general fiel conexión a internet) y la singular idea de Drago. No había creído necesario hacer anotaciones, salvo por algunas fechas y nombres de personas aislados (en su mayoría extranjeros y en particular germánicos), para lo cual me había valido de un gastado taco de notas que me había robado de la oficina y unas cuantas hojas sueltas.

Nombres, fechas, lugares. Era información discontinua, contradictoria, desbordante y sin embargo incompleta. Más que el ordenado parqué de una notaría, mis apuntes semejaban los tablones crudos y sin pulir que se tienden sobre un suelo anegado e inestable. Allí donde una pesquisa legal cualquiera habría sugerido las pulcras filas de libros que suelen verse en las oficinas de abogados (y que como todo el mundo sabe, muchas veces no son más que utilería), mis apuntes hacían pensar en los archivadores colmados que se amontonaban en el subterráneo de la oficina, que en cierto modo era donde había partido todo. Tenía la sensación de avanzar sobre un lago congelado, sobre placas de hielo quebradizo que empiezan a revelar brumosos abismos submarinos, o quizá una aldea sumergida, preservada por milagro, o rostros humanos apenas sumidos en el agua quieta, como un ordenado campo de medusas. Había pasado meses leyendo sobre una persona desaparecida y ahora me encontraba con un lugar completo que había permanecido borrado, cercado, hurtado al mundo durante décadas.

Un lugar secreto.

Ocurrió una noche clara y tranquila. Estaba sentado ante el escritorio, envuelto en un chaleco de lana, cuando se me cruzó aquel nombre, el nombre de aquel lugar. En realidad, ya me había topado con él, en algún libro o página web, aunque no habría podido precisar dónde. Era un nombre poco común, considerando las cosas que se decían sobre el lugar que designaba, cosas que incluían la posibilidad de que no se tratara de un lugar en absoluto. Dos palabras grandilocuentes, presididas por dos emes mayúsculas que parecían sugerir abruptas y elevadas cumbres, cuatro promontorios pertenecientes a una cadena montañosa formada también por relieves menores y valles en los que se erguían unos pocos álamos.

Monte Maravilla.

Busqué una hoja suelta, de las que había estado usando para escribir y que se confundían entre las pequeñas notas dispersas como entre recados telefónicos registrados y abandonados. Levanté un libro y bajé la pantalla del notebook para mirar detrás. Puede que solo fuera cierta euforia provocada por el cansancio y la hora, pero de pronto sentí el impulso de poner por escrito esas dos palabras: Monte Maravilla. Descarté un par de boletas de la estación de servicio de la esquina y un menú de comida china, y al alzar una hoja, rayada y garabateada con nombres y fechas por ambos lados, me quedé mirando mi libreta azul, que reposaba a un costado.

La tomé, la balanceé entre mis manos sintiendo un pinchazo de diversión sin sentido por el objeto en sí. La volteé como si esperara encontrar algo curioso en la parte posterior. Para cuando la abrí por el reverso, había vuelto a ser una simple libreta de notas. La apoyé en el escritorio, aplané la primera página con el canto de la mano que sostenía el lápiz, casi por puro automatismo, en el lugar donde nacía el papel, sintiendo la compacta acumulación de las páginas en blanco que tenía por delante. No sabía por dónde empezar ni menos cuál podría ser el punto de llegada, pero había encontrado el ritmo y la clave; por un instante, había creído oír la nota. Iba a tener que reorganizar las lecturas que había hecho hasta el momento, y reunir las anotaciones dispersas en una ruta que podía no ser un atajo y de hecho podía ser todo lo contrario. La punta del lápiz osciló sobre el

papel ensayando trazos y giros, hurgando el aire.

SEGUNDA PARTE

Colonia Dignidad
(apuntes de la libreta azul)

C. D.

Colonia Dignidad, el Triángulo de las Bermudas del Maule, el Área 51 del sur de Chile. En 1960 el predicador Hugo Baar, el ex oficial de la Luftwaffe Herman Schmidt y Paul Schäfer emprendieron una gira por Egipto, Israel y otros países de Medio Oriente. La iglesia cristiana que dirigían, asentada en Siegburg, Alemania, enfrentaba acusaciones por evasión tributaria, fraude, estafa y extracción y abuso de menores. Schäfer tenía un ojo de vidrio, que en ocasiones llevaba cubierto con un parche. Cuando niño se lo había vaciado con una tijera durante un arranque de furor. En su juventud había sido cuidador de ancianos, charlatán de feria y director de un orfanato. A sus treinta y nueve años no sabía sumar, leía poco y escribía con dificultad. De regreso en Alemania, convenció a sus adeptos de que se avecinaba una invasión soviética y marchó a Chile junto con unos doscientos de ellos. El dinero para el viaje se extrajo de los mismos feligreses, de pensiones de alimentos obtenidas a través de divorcios masivos y de la venta de la propiedad de la misión en Siegburg al Ejército alemán por alrededor de novecientos mil marcos. Con este dinero la misión compró una propiedad agrícola al sur de Parral y adquirió personalidad jurídica bajo el nombre de Sociedad Benefactora y Educacional Dignidad. Los colonos construyeron caminos, diques, canales de regadío, un hospital, una escuela, un molino y una extensa y elevada cerca. Era una comunidad casi por completo autosuficiente, sus habitantes estaban divididos en clanes según edad y sexo, y la vida diaria se organizaba de acuerdo con toques de silbato, como en un grupo de boy scouts. Tenían sus propias costumbres y ceremonias, y un idioma característico. Una forma de alemán que al cabo de unos años no se hablaría en ningún otro lugar del mundo.

Los habitantes de los alrededores acudían al hospital, llevaban su grano al molino, enviaban a sus hijos a la escuela. A las autoridades locales les gustaba lo ordenado del trabajo agrícola, la pulcra

apariencia de los campos de cultivo despojados de cualquier rastro de maleza, los setos de arbustos y cercas de madera cuidadosamente cortada y pintada de blanco. Y el *Kuchen*.

En 1966 se produjo la primera fuga exitosa desde el interior de la propiedad. No era la primera vez que un colono intentaba escapar. Desde su llegada a Chile niños y adultos habían intentado saltar los muros, algunos habían caminado hasta Parral, a unos diez kilómetros de distancia, solo para ser recapturados y devueltos a la colonia. Lothar Krueger había sido separado de sus padres y traído a Chile a los trece años. Después de dos intentos fallidos logró salir de la colonia, llegar hasta Talca y luego hasta Santiago. Allí narró cosas extraordinarias. Que los niños y niñas eran sometidos a abusos sexuales reiterados. Que los adultos trabajaban en jornadas extensísimas y bajo los efectos de fuertes medicamentos. Que a casi todos ellos, desde los operarios de maquinaria agrícola hasta las cocineras y enfermeras, les faltaban dedos o un trozo de oreja. Que las cartas que les escribía a sus padres no eran enviadas. Las que recibía en respuesta hablaban de cosas por completo ajenas a las que él había escrito en las suyas. Leerlas le había provocado una sensación de delirio e irrealidad. Que su amigo Friedrich Üll, de quince años, había sido sorprendido intentando escapar, había sido atacado por los perros que cuidaban el perímetro de la propiedad y luego golpeado hasta la muerte. Su cuerpo había sido enterrado en el cementerio de la colonia. Tanto el hospital como el cementerio, inaugurado en 1962, funcionaban sin ningún control por parte de las autoridades locales. Krueger fue condenado a tres años y un día de cárcel por el delito de injurias graves. Huyó del país antes de ser capturado y regresó a Alemania.

Entretanto, la colonia siguió ampliando sus posesiones y ámbitos de negocios. Desde Alemania recibía fardos de ropa de segunda mano, supuestamente destinada a labores de beneficencia, los que eran comercializados en Concepción y Santiago. Vendía productos agrícolas y ganaderos. Adquirió derechos de explotación minera en la zona de Nahuelbuta, en Toltén y Teodoro Schmidt, para la extracción de titanio, molibdeno, uranio, litio y oro. Más tarde abriría un

restaurante. Hacia 1980 sus posesiones llegarían a sumar más de 17.000 hectáreas.

El 9 de septiembre de 1973 cinco oficiales del Ejército brasileño viajaron a Chile en una misión de intercambio. Se hospedaron en Colonia Dignidad, y a partir de la semana siguiente instruyeron a los agentes de la naciente DINA en técnicas de interrogatorio y tortura. Las relaciones entre la colonia y los militares se habían iniciado algunos años antes, a través de miembros del SS, el Servicio Secreto del Frente Nacionalista Patria y Libertad. La propiedad contaba con un aeródromo y una antena de radio que permitía comunicaciones de largo alcance, y una larga franja fronteriza con Argentina con dieciocho pasos cordilleranos. Era un lugar aislado, remoto y con accesos controlados.

En 1977 se conocieron los primeros informes extraoficiales sobre la utilización de Colonia Dignidad como centro de detención, tortura, asesinato y desaparición de personas. Militantes del MIR, del Partido Comunista, del Partido Socialista y del MAPU habían sido enviados allí desde Santiago, Concepción, Temuco y otras ciudades. Habían sido sometidos a choques eléctricos y a métodos de tortura de diverso tipo, incluyendo la administración de fármacos y la hipnosis. Algunos de estos métodos eran empleados de forma rutinaria, a modo de castigo, contra los colonos rebeldes.

Con el correr de los años se tejieron alrededor de la colonia innumerables rumores y leyendas. Se decía que durante el gobierno de la Unidad Popular los colonos habían logrado mantener alejadas a las autoridades colgando de la cerca un enorme letrero de «ZONA MILITAR». Que después del conflicto con Argentina en 1978 la propiedad efectivamente había pasado a formar parte de una enorme zona militar no demarcada. Que había servido como refugio a criminales de guerra nazis. Pero Joseph Mengele murió en Brasil en 1979 mientras se daba un nostálgico baño en las aguas del Atlántico y Klaus Barbie fue expulsado de Bolivia en 1983 después de una larga vida dedicada al comercio de distintas mercancías, entre ellas armas y cocaína, y Eichmann llevaba una tranquila vejez en Argentina antes de ser secuestrado por agentes del Mossad para ser colgado desnudo en

Jerusalén. Walter Rauff vivió en Punta Arenas vendiendo máquinas de escribir y luego se trasladó a Santiago donde murió de causas naturales en 1984 y su cuerpo fue enterrado en el Cementerio General. Bormann fue visto en los alrededores del lago Ranco en 1966 y por un par de veranos se convirtió en la sensación del lugar, era como el monstruo del lago Ness, la gente acudía al lago con la esperanza de verlo, luego se demostró que nunca había abandonado la incendiada Berlín veintiún años antes.

Las relaciones con la DINA continuaron durante los setenta. Michael Townley y Eugenio Berríos trabajaron en la colonia en la elaboración de los gases tabún y sarín, y en el llamado proyecto ANDREA. Manuel Contreras solía visitar la colonia invitado por sus jerarcas. Juntos practicaban la caza nocturna de conejos y otros animales, montados en la caja de una camioneta provista de potentes focos y rodeados de veloces muchachos rubios que actuaban como perros de presa. Una noche Contreras le disparó a uno de los niños por accidente, destrozándole el cráneo. El cadáver fue ocultado a los demás colonos y enterrado en el cementerio de la colonia en una tumba sin nombre. Hacia finales de la década, numerosos centros de detención y tortura a lo largo y ancho del país fueron reubicados, rebautizados o clausurados. Colonia Dignidad siguió existiendo.

En 1985, el ciudadano estadounidense de origen judío Boris Weisfeler desapareció en los alrededores de la colonia mientras excursionaba en busca de lugares para practicar el montañismo y la escalada libre. Weisfeler hacía clases de Física y Matemáticas en la Universidad de Boston. El caso causó cierto revuelo. Vicente Jorquera, presidente de la Sociedad Nacional de Matemáticas, escribió una carta a las autoridades de gobierno solicitando medidas «urgentes y extraordinarias» para hallar al profesor desaparecido. Las patrullas de búsqueda solo encontraron su mochila y algunas prendas de ropa, abandonadas en la ribera del río Claro. La embajada de Estados Unidos comenzó a recibir llamadas de personas que decían tener antecedentes sobre el paradero de Weisfeler. De pronto todo el mundo tenía información sobre el asunto y quería ayudar. Los antecedentes eran contradictorios y, en algunos casos, completamente

descabellados. Weisfeler había sido abatido por error por una patrulla fronteriza. Weisfeler había sido capturado por un pelotón de guardia de Colonia Dignidad. Weisfeler se encontraba dentro de la colonia, en un campo de concentración junto con otros detenidos. Weisfeler era miembro del Mossad. Se sucedieron reuniones y entrevistas informales entre representantes de la embajada y los supuestos informantes. Eran todos militares activos vinculados a casos de atropellos a los derechos humanos. Querían ganarse un pasaje a Estados Unidos bajo la tutela del Programa de Protección de Testigos. Ya otros lo habían logrado. El arriero Andrés Camus, la última persona en ver a Weisfeler con vida, murió en un accidente automovilístico. El cabo de Carabineros que encontró sus pertenencias fue reubicado en un puesto desconocido. En 1986 el caso se cerró por falta de pruebas.

En 1991, el gobierno de Patricio Aylwin canceló la personalidad jurídica de la colonia. Durante décadas esta había administrado sus negocios y propiedades bajo el rótulo de sociedad benéfica, evadiendo impuestos y regulaciones. Sin embargo, el golpe no surtió el efecto esperado. Los abogados de la colonia habían previsto el traspaso de su gigantesco patrimonio a un conjunto de sociedades comerciales externas a través de una serie de atajos y triangulaciones legales, y bastó una semana para que todo quedara formalizado y en regla. Los negocios de explotación minera quedaron en manos de la Sociedad Minera Vientos del Sur, el restaurante y la venta de productos agrícolas y ganaderos pasaron a formar parte de la Sociedad Agrícola y Ganadera Río Claro, y las propiedades de la colonia se reunieron al alero de la Sociedad Inmobiliaria Cerro Florido.

En 1996, la policía realizó el primer allanamiento masivo a las propiedades de la colonia en Parral y Bulnes en busca de Paul Schäfer y sus colaboradores directos, acusados de sustracción de menores y abuso sexual reiterado. Dos años más tarde, durante un nuevo allanamiento, un grupo de mujeres miembros de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos que protestaban frente a la entrada principal de la colonia dijeron haber reconocido, entre los labriegos que trabajaban en los campos más allá de la cerca, a sus familiares perdidos décadas atrás. Animados por los colonos, los

habitantes de los alrededores habían organizado una contramanifestación a favor de la colonia. Los agentes de policía tardaron más de lo previsto en ingresar a la propiedad y la veracidad de la afirmación no pudo comprobarse.

El 10 de marzo de 2005 Paul Schäfer fue detenido en Argentina. Un año más tarde fue condenado a veinte años de prisión. Murió en abril de 2010 en el hospital de la Ex Penitenciaría de Santiago.

C. D. 2 (ARMAS QUÍMICAS Y BACTERIOLÓGICAS + DINA)

En 1975 Michael Townley y Eugenio Berríos sintetizaron un compuesto letal derivado del gas sarín cuyo único efecto verificable en el organismo humano era un fulminante ataque cardíaco. Su fabricación formaba parte del proyecto ANDREA, impulsado por el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y la DINA, el que también incluía la producción de otras armas químicas y bacteriológicas, como los gases tabún y mostaza, el ántrax y la bacteria botulínica, destinadas a ser usadas en caso de guerra con alguno de los países limítrofes. Durante las últimas décadas el continente se había llenado de regímenes autoritarios. Era el tiempo de los pequeños césares.

Townley y Berríos se habían conocido a principios de los setenta en el Frente Nacionalista Patria y Libertad. Berríos había estudiado Bioquímica en Concepción y Santiago (su tesis de grado versaba sobre las propiedades alcaloides de las hojas de boldo), donde comenzó sus experimentos con el gas tabún arrancando las páginas de viejos manuales de química extraídos de la biblioteca de la facultad. Vivía con su madre y, al igual que Townley, trabajaba en su domicilio. Más tarde, ambos trasladaron sus laboratorios a Colonia Dignidad.

Alrededor de esa época inició sus actividades el Departamento Exterior de la DINA, unidad encargada del combate de los grupos subversivos y los opositores a la Junta Militar avecindados en el extranjero, que más tarde daría paso a la operación Cóndor. La oficina contaba con agentes en América y Europa, en Estados Unidos, Costa Rica, Venezuela, Bolivia, Perú, Paraguay, Brasil, Argentina, Italia, Francia, Alemania, Bélgica y España, entre otros países. Townley y

Berríos también se involucraron en sus actividades.

En 1974 el general Carlos Prats y su esposa Sofía Cuthbert murieron en un atentado explosivo en Buenos Aires. El año siguiente, el asesinato de Bernardo Leighton en Roma falló por un pelo, y el de Carlos Altamirano en París no pasó de ser una idea. Pero en 1976 las cosas volvieron a ir bien, y Orlando Letelier y su secretaria Ronnie Moffit volaron despedazados por una bomba colocada en su automóvil por Michael Townley, en Washington. En su maleta, Townley llevaba, a modo de plan B, un frasco de perfume Chanel N.° 5 lleno de ambarino sarín líquido.

En Chile, el general Orlando Lutz había muerto en el Hospital Militar a causa de una infección de origen desconocido. Lutz era director del SIM y una semana antes de morir había recibido a Pinochet en Punta Arenas en calidad de jefe de Zona Militar. Mientras avanzaba hacia el avión detenido en el centro de la pista, en medio de la pompa de la orquesta y el viento y el sol polar, tropezó y cayó al suelo. Se levantó sonriendo y sacudiéndose el pantalón, bajo la mirada gris de Pinochet, y un par de horas después del cóctel empezó a sentirse enfermo. Trasladado a Santiago en el mismo avión, se sucedieron médicos y tratamientos. Le fueron administradas cantidades masivas de antibióticos, se le practicó una traqueotomía. Ya sin poder hablar, escribió en un pedazo de papel que le entregó a su hija: «Sáquenme de aquí», y al cabo de un par de días se arrancó todas las sondas del cuerpo y la ropa, y murió solo en su habitación.

El 30 de noviembre de 1976, el abogado y conservador de bienes raíces Renato León fue hallado muerto en su domicilio en Santiago. León estaba involucrado en las operaciones inmobiliarias de la DINA. Según el parte médico, la causa de muerte fue un repentino ataque cardíaco. El 29 de marzo del año siguiente, el cabo de Ejército Manuel Leyton corrió una suerte similar. Tiempo atrás había sido sorprendido conduciendo sin licencia. El vehículo resultó ser propiedad de un detenido desaparecido. Acababa de cumplir veinte años y no tenía antecedentes cardíacos.

En diciembre de 1981, tres militantes del MIR recluidos en la Galería N.° 2 de la Penitenciaría Pública sufrieron una repentina

intoxicación. Médicos vinculados a la Vicaría de la Solidaridad y la Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU) establecieron que en los tres casos se trataba de la toxina *clostridium botulinum*, eventualmente mortal. Tras arduas gestiones, lograron importar desde Italia y Argentina la antitoxina y administrársela a los enfermos. Sin embargo, dos reos comunes que habían compartido alimentos con los miristas se intoxicaron y murieron. El expediente médico sobre la muerte de los reos, alojado en el Tercer Juzgado del Crimen de Santiago, se quemó en un incendio.

En enero de 1982, el ex presidente y entonces líder de la oposición a la dictadura Eduardo Frei Montalva falleció en la clínica Santa María a causa de una infección estomacal tras haber sido sometido a una cirugía de rutina. Impedido de hablar debido a la traqueotomía que se le había practicado, le escribió a su hija en un pedazo de papel: «Sáquenme de aquí». De acuerdo con el parte médico, la causante de la infección fue la bacteria *proteus*.

A lo largo de los años, los peculiares métodos ideados y aplicados por Townley y Berríos habrían de cobrarse un número indeterminado de víctimas civiles y militares, tanto dentro como fuera del país, siempre acompañados, a veces en un discreto segundo plano, de sustancias de procedencia desconocida. Para las organizaciones de defensa de los derechos humanos, y para los pocos periodistas que empezaban a interesarse por estos sucesos, sin embargo, estas sustancias tenían una fuente precisa, aunque no del todo comprobable. Su rastro podía remontarse a instalaciones militares como el Complejo Químico-Industrial del Ejército en Lo Aguirre, y más atrás, en el origen, hasta la cordillera del Maule y los laboratorios secretos de Colonia Dignidad.

C. D. 3 (Centro de detención)

Fenciclidina, fenobarbital, valium, librium, luminal, pentotal, pentobarbital, meprobamato, haloperinol, amitriptilina, toradazina, hectohistamina, escopolamina. Decenas de fármacos, sedantes,

antipsicóticos, ansiolíticos, estimulantes y toda clase de recetas de suero de la verdad fueron administrados tanto a los detenidos como a los mismos habitantes de Colonia Dignidad. En algunos casos, se los usó como conejillos de indias.

Celso Norambuena, ciudadano uruguayo avecindado en Boston, recluido en Colonia Dignidad entre enero de 1975 y «una fecha difícil de precisar entre marzo y julio de 1977», escribió en su libro *Regreso al infierno*:

«Mi primer y casi único recuerdo de Colonia Dignidad es caminar en la oscuridad presa del terror. Durante mi primera noche en el enclave dos soldados me sacaron de mi celda, esposado y con los ojos vendados, me guiaron por un pasillo, me hicieron detenerme mientras manipulaban unas llaves y luego me dijeron que avanzara. Caí por una escalera, golpeándome la cabeza y las costillas en los peldaños de cemento, hasta quedar tendido en el suelo varios metros más abajo. Luego me devolvieron a mi celda. Era un método de amedrentamiento rutinario, una especie de iniciación. A lo largo del resto de mi permanencia en Colonia Dignidad, durante los cientos de traslados a pie entre mi celda y la sala de interrogatorio, esposado y con los ojos vendados, el terror instintivo de precipitarme escaleras abajo nunca me abandonó.

»Permanecíamos en celdas separadas, unidas por un pasillo, en una suerte de búnker, custodiados por soldados chilenos bajo el mando del coronel Jaime Córdoba. Las sesiones de interrogatorio y tortura eran dirigidas por Córdoba en compañía del médico Todtwald. Se me hace difícil recordar alguna sesión de interrogatorio concreta, salvo por un par de golpizas que, he sabido posteriormente, no tuvieron lugar en la colonia, sino en la casa que la DINA tenía en Parral. Estábamos bajo los efectos de drogas. Nos las daban en la comida y, antes de los interrogatorios o durante los mismos, a través de inyecciones. Tengo la impresión de que estas drogas tenían un doble efecto. Por un lado, nos hacían hablar hasta por los codos. Literalmente, cantábamos. Y por otro, distorsionaban por completo nuestra percepción del tiempo y nuestra capacidad para recordar lo sucedido. Durante mi primera semana, habían estado preguntándome una y otra vez por una

persona, un funcionario de la embajada uruguaya a quien yo conocía. Consideré seriamente la posibilidad de morir allí, y al cabo de un par de días me asomé a los barrotes de mi celda y le dije al soldado que estaba de guardia que deseaba hablar, que les diría todo lo que quisieran saber sobre este funcionario. El guardia sonrió y me dijo que ya habían averiguado todo lo necesario. Yo mismo se lo había contado durante mi primer interrogatorio.

»Sobre Córdoba, no puedo decir mucho. En cambio, guardo una impresión mucho más clara del doctor Todtwald. Tenía un montón de teorías descabelladas que solía exponer en voz alta ante los guardias chilenos e incluso ante los detenidos. En una ocasión lo sorprendí acuclillado junto a mi catre mientras dormía. Tenía un cronómetro en la mano y me dijo que trabajaba en un sistema para interrogar a los detenidos durante el sueño. En otra ocasión, entró en mi celda y se puso a hablar de una enfermedad que había padecido durante su infancia en Alemania, una insuficiencia de algún tipo que lo había tenido al borde de la muerte. Empezó a pasearse por la celda en un estado de gran excitación. Cuando lo interrumpí preguntándole por qué me narraba todo eso, se detuvo y me miró. Me dijo que el cerebro humano era tan poderoso que, de no actuar el mecanismo que hacía que olvidáramos las situaciones en las que habíamos padecido dolor, y el dolor mismo, un día cualquiera, en el momento menos esperado, este dolor podría regresar, idéntico al original, y lo que no nos había matado siendo real, podría hacerlo como producto de nuestra mente».

En su libro, Norambuena narró la suerte corrida por varios detenidos, todos desaparecidos hasta la fecha, antes de fallecer en Boston en 2013 tras padecer por largo tiempo los estragos del Alzheimer:

«Andrés Zenteno y yo estábamos en nuestras celdas, ambos a muy mal traer, la noche en que José Orellana no aguantó más y estalló durante una larga sesión de tortura con choques eléctricos dirigida por Córdoba. Nadie sabe bien cómo ocurrió. Algunos dicen que Orellana ya había perdido el juicio mucho antes. Pero yo tengo mi propia teoría. Creo que hurgando en su cuerpo tocaron la fibra equivocada. Esa noche escuchamos un grito, un grito terrible. No era un simple

grito de dolor, un alarido; esos los escuchábamos todos los días. Era una maldición, una amenaza, una explosión de pura cólera y desprecio. Durante todos estos años he intentado recordar qué fue lo que dijo, porque estoy casi seguro de que dijo algo. Pero es como en los sueños: ninguna de las palabras que acuden a mi mente le hace justicia a lo que escuché esa noche. Son pálidas y no tienen sentido. Días después, uno de los guardias nos dijo que Orellana había roto las correas que lo sujetaban al catre metálico electrificado, se había puesto de pie y le había arrebatado una cadenilla a Córdoba. Una cadenilla de plata con un crucifijo que el coronel llevaba colgada del cuello. Al día siguiente, cuando Zenteno y yo entramos en la sala para limpiar el lugar por órdenes de Córdoba, reparamos en el catre. Estaba torcido y doblado, como si un puño gigantesco se hubiera cerrado a su alrededor. Quisimos moverlo, pero una de las patas de metal se había fundido y estaba pegada a una cañería que corría a lo largo de la pared. Esa noche, la noche del grito, Córdoba se dio cuenta de que algo había salido mal. Interrumpieron el interrogatorio, arrastraron a Orellana por el pasillo y lo dejaron en la celda de castigo, una especie de gallinero que el hombre recorría de un lado a otro, desnudo, con los músculos como jirones de ropa tensos bajo la piel. Dejó de comer y al cabo de unos días murió. Zenteno, que también estaba allí esa noche, dice que entendió con toda claridad lo que gritó Orellana. Entre todos nosotros, entre todos los detenidos, Orellana era el que llevaba más tiempo allí. Había presenciado sesiones de tortura, había visto a sus amigos morir uno por uno, había padecido todos los tormentos físicos y psicológicos imaginables. Según Zenteno, Orellana le dijo a Córdoba que podían torturarlo a él y a los demás, que podían torturarnos y matarnos a todos, que podían seguir llevándonos a los cerros, a Monte Maravilla o como quisieran decirle. Pero que un día uno de nosotros regresaría. Zenteno dice que entonces, antes de ser reducido y sacado a rastras de la habitación, Orellana besó el crucifijo».

«Monte Maravilla» (?)

En su última entrevista concedida a medios nacionales antes de morir de cáncer cerebral en 2005, la secretaria general del Partido Comunista, Gladys Marín, se refirió al lugar ubicado dentro de Colonia Dignidad conocido como Monte Maravilla:

> Existe un gigantesco cementerio clandestino
> ubicado en las faldas del cerro Monte Maravilla
> un macizo de 2600 metros de altura
> que limita con Argentina.

En 1998, Marín había presentado la primera querella en contra de Pinochet por los crímenes de genocidio, asesinato y tortura. La lista de víctimas incluía a cinco dirigentes comunistas detenidos en mayo de 1976, entre ellos el ingeniero civil y miembro del Comité Central del partido Jorge Muñoz, esposo de Marín. De acuerdo con informes de cómplices y testigos, a los detenidos les fueron administradas sustancias químicas letales de fabricación desconocida, como cianuro, gas tabún y sarín, antes de arrojar sus cadáveres al mar, lo que condujo a Marín tras la huella de Colonia Dignidad.

Por su parte, Simón Ortega Soto, confinado en la Base Naval de Talcahuano entre 1973 y 1974, declaró:

«Los detenidos eran trasladados hasta la Escuela de Artillería de Linares y luego hasta la casa de calle Ignacio Carrera Pinto 262, en Parral, desde donde usualmente eran enviados a Colonia Dignidad. Monte Maravilla era la forma que tenían los soldados de referirse a este último destino, queriendo decir, como suponíamos nosotros, que ello significaba la muerte. Lo cierto es que ninguno de los detenidos que partieron hacia allá regresó a la Base Naval. Una vez que eran sacados de la base con rumbo a Monte Maravilla, sus pertenencias y documentos personales desaparecían. Fue lo que me ocurrió a mí cuando, después de haber sido trasladado a Parral, llegó la orden de que fuera devuelto a Talcahuano. Al volver a la base, mi celda estaba vacía. Los soldados solían decir que yo era el único que había regresado de Monte Maravilla. Con los años he llegado a pensar que los soldados no sabían en realidad a qué se referían con este nombre. Corrían innumerables rumores acerca de Monte Maravilla y Colonia Dignidad. En una ocasión escuché a uno de los soldados decirle a

otro:“Los alemanes encontraron la forma de borrar todas las huellas”».

Entrevistada por la televisión alemana en 1983, Helga Stein, fugada de Colonia Dignidad seis años antes, declaró:

«Monte Maravilla era un campo de trabajos forzados ubicado al pie del cerro del mismo nombre. Recuerdo la primera vez que fui a parar allí, debía tener catorce o quince años. Era una extensa llanura sin alambradas, flanqueada por dos cerros gemelos y cubierta de niebla. De pronto, divisé una silueta a un lado del camino. Era una mujer vestida de gris. Se acercó y me alcanzó un pañuelo. Me sangraba la nariz. Luego extrajo un puñado de una fruta desconocida, parecida a los higos. Yo estaba muy confundida. Se suponía que no debíamos acercarnos [*intraducible*]. Ella no parecía asombrada por mi presencia. Me dijo que de vez en cuando llegaban hasta allí visitantes como yo. Nos sentamos en el suelo, en medio de un bosquecillo de aromos jóvenes, y comimos los higos. Me dijo que le gustaban los aromos, luego me preguntó en qué estaba pensando. En suicidarme, le dije. Aquí eso es normal, dijo sonriendo. Son las pastillas. Provocan ideas suicidas. Se llevó un dedo a la sien y dio unos golpecitos. ¿Has intentado suicidarte?, me preguntó. Sí, le dije, varias veces. Pero no sé cómo hacerlo. No sé cómo funciona el cuerpo humano. En una ocasión nos habían mostrado unos cuerpos congelados [*intraducible*] fallecidos hacía tiempo. Fue la primera vez que vimos personas desnudas, de ambos sexos, pero no nos habían explicado nada. Le conté que mi hermano Tobías había saltado desde el techo del granero: no había muerto. Yo misma había tomado aceite de tractor y me había golpeado la cabeza con la pala. Solo me había causado un gran dolor. Me costaba entender que la vida humana fuera tan difícil de arrebatar. Hay formas, dijo ella. ¿Qué es esto?, le pregunté señalando alrededor. ¿Qué hacen aquí? Trabajamos, dijo apuntando con el dedo colina abajo, hacia la cortina de niebla. Cada cual tiene su oficio. No se me ocurrió qué podía producirse allí, en un lugar tan inhóspito. Nos quedamos en silencio, en medio del polen amarillo del florecimiento temprano de los aromos. Al cabo de un rato la mujer se puso de pie. La bruma empezaba a disiparse, develando la cúpula gris plata de una especie [*intraducible*]. Señaló una cabaña en la que no me había fijado.

Tú tienes que ir para allá, dijo. Antes de volverse y partir en dirección al silo, miró hacia arriba y dijo: Apúrate, parece que va a nevar».

El relato de Stein continuaba:

«Mi segunda y última visita a Monte Maravilla ocurrió tiempo después, en la época del deshielo. Junto con un grupo de mujeres habíamos sido enviadas [*intraducible*] estábamos en la barraca principal, cuando vimos a Ernstel aparecer por el camino. Debía tener unos treinta años, usaba una chaqueta con cuello de oveja, una gorra de cuero, y sobre ella, unas gafas de aviador que en ocasiones hacía descender sobre su cara como unos ojos de mosca. Solíamos verlo dando vueltas por la colonia, hablándole a la gente, con las orejeras de la gorra aleteando contra sus mejillas. Los adultos no le prestaban mucha atención, pero los niños le temíamos. Su padre era Wilhelm Sachs, uno de los jerarcas más antiguos de la colonia. Esa mañana venía acompañado por media docena de muchachos cargados con palas y picotas y vestidos con ropa de abrigo. Nos dijo que dejáramos lo que estábamos haciendo y lo acompañáramos. Haríamos una expedición a la montaña, jugaríamos un juego. El juego se llamaba la búsqueda del tesoro.

»Era una mañana fría y soleada y salimos a la nieve. Las mujeres nos habíamos echado encima lo que habíamos pillado, bufandas, guantes, pieles de oveja, aunque todas llevábamos faldas y el viento nos helaba las piernas. Dejamos atrás las cercas y una hora más tarde avanzábamos a través de regiones desconocidas. Baños sulfurosos y humeantes, ríos grises de aguas estancadas, grandes rocas separadas unas de otras sobre una planicie, como un cementerio de gigantes. Alcanzamos la ladera de una montaña. El aire estaba claro y permitía ver a una gran distancia. Era una montaña chata de pendiente suave, cubierta de piedras volcánicas del tamaño de una sandía pequeña. Más arriba se veían mantos de nieve y retazos de nubes que velaban la cima. Ernstel se subió a una roca y dijo: Los antiguos habitantes de estas tierras no dejaron grandes monumentos ni construcciones, pero están los montes y los volcanes, que son ruinas de la naturaleza, monumentos erigidos y abandonados por el mismo Dios.

»Marchábamos y entonábamos canciones. De nuevo me sangraba la

nariz, pero esta vez no por haber recibido algún golpe, sino por la altitud. La pendiente no parecía muy abrupta, pero creo que si alguno de nosotros hubiera tropezado podría haber estado ocho o diez minutos rodando montaña abajo antes de llegar al valle con todos los huesos rotos. Al cabo de un rato empezamos a rodear la montaña y al llegar a un promontorio divisamos un murallón de roca con una catarata, un velo blanco y vaporoso que parecía desintegrarse antes de tocar el suelo. Nuevamente, la limpieza del aire hacía que todo pareciera muy cercano. Caminamos por horas, enfrentando cada tanto las ráfagas de viento helado de la cara sur de la montaña, con las manos en los bolsillos de nuestros delantales de faena, mientras el murallón y la caída de agua se hacían cada vez más altos. A mitad de camino nos detuvimos para descansar y Ernstel dijo: El tesoro cayó del cielo y debería estar bajo esa catarata.

»Al pie de la catarata la nieve se había compactado formando una mole de hielo de unos diez metros de altura. Ernstel se ajustó las gafas sobre los ojos y dijo: ¡Adelante! La bruma que emanaba de la caída de agua nos empapó la ropa. Gotas diminutas revoloteaban en el aire. El murmullo del agua se transformó en un estallido agudo y constante que nos impedía escucharnos entre nosotros. La voz de Ernstel se elevó por encima del ruido de la cascada: El tesoro debe estar justo aquí, dijo señalando el bloque de hielo. ¡A cavar! Los muchachos empuñaron las palas y picotas. Las muchachas no teníamos herramientas, así que nos dedicamos a apartar los bloques de hielo y nieve desprendidos empujándolos y haciéndolos rodar sobre el suelo con las manos desnudas. Nuestros zapatos se volvieron pesados y ásperos por el agua, como si el cuero se hubiera transformado en goma. De pronto oímos un ruido subterráneo, un crujido estrangulado y jabonoso, y un enorme trozo de hielo se separó y cayó hacia un lado con un golpe sordo. Hubo gritos y cada cual se apartó como pudo. Uno de los muchachos había quedado atrapado. Era una roca blanca azulosa de unos tres metros de altura. Después de cavar y hacer palanca, logramos liberar al muchacho. Tenía una pierna rota. Cuando nos volvimos, Ernstel estaba de pie frente al hueco dejado por el trozo desprendido. Había una persona enterrada en la mole de hielo. Ernstel

se volvió y dijo: En el norte de Chile están las momias más antiguas del mundo, más antiguas que las de Egipto y Mesopotamia, y se han conservado intactas por siglos gracias a la sequedad de la arena del desierto. Luego apuntó al hombre que yacía de pie en la nieve endurecida: Esta es una momia de hielo. En efecto, era un hombre. Un hombre delgado. Su ropa estaba rígida y aplastada, pegada al cuerpo. Llevaba pantalones, camisa y una casaca, todo oscurecido y traspasado por la humedad. Una de sus piernas estaba doblada. Tenía el rostro cubierto de barba y la boca entreabierta. Sus párpados, clausurados y hundidos, cubrían los ojos que parecían vueltos hacia arriba y hacia adentro. Era como si cantara una nota larga y aguda, como un santo en una hornacina, parado sobre un pie, eternizado en un éxtasis frío. Ernstel nos explicó que ese hombre, esa momia de hielo, como la había llamado él, había sido arrojada desde el cielo para que nosotros la encontráramos, había estado perdida por largo tiempo y que ahora era nuestro deber sacarla de allí y darle una correcta sepultura, es decir, incinerarla y dispersar sus cenizas. Los muchachos sacaron al hombre del hielo, lo envolvieron en una lona y lo cargaron en una camilla improvisada junto con el muchacho herido. Fue la última vez que visité Monte Maravilla. Tiempo después, Ernstel dejó la colonia y más tarde nos llegó el rumor de que había muerto. En cuanto al hombre cuyo cuerpo rescatamos del hielo, no volvimos a saber de él».

El enclave (novela, fantasía)

El enclave, novela «inspirada en hechos reales» escrita por Nikos Beltan y publicada en 1990, narra la historia de Julian Nebcke, un periodista belga que visita Colonia Dignidad durante los años setenta. Todo comienza cuando Nebcke viaja a Chile con el pretexto de escribir un reportaje sobre Pablo Neruda. En realidad, huye de la aburrida vida que lleva en Hamburgo. A sus treinta y cinco años ha trabajado como corresponsal en Asia y Oceanía, ha publicado decenas de artículos en revistas alemanas y ha escrito dos libros sobre los procesos de independencia africanos. Es 1976 y desde su arribo siente que lo siguen. Pasa una semana en Santiago y otra en Valparaíso. Taxistas,

vendedores callejeros, transeúntes, todo el mundo se le acerca con la excusa de la hospitalidad. Confundido y sin rumbo, Nebcke acepta todas las invitaciones, se deja arrastrar a todas partes. Hotel tras hotel, pensión tras pensión, tiene la impresión de ser el único huésped. Niños morenos, menudos y sucios lo observan desde los rincones de todos los comedores y restaurantes, asomados desde pasillos y umbrales mal iluminados. Que él sepa, nadie tiene una idea clara de su paradero. Sin embargo, recibe periódicamente llamadas telefónicas. La mayoría de las veces se limitan a colgar. En ocasiones, una voz temblorosa le habla de la situación del país, de la pobreza, del desempleo, de los muertos. Una mañana, mientras pasea por los alrededores de Isla Negra, un taxi se detiene junto a él. El taxista lo saluda con aire amistoso. Desde su llegada a Chile, Nebcke ha estado tratando de emborracharse, la mayor parte de las veces sin resultados. Pero durante un par de almuerzos en restaurantes lo ha logrado. Ha invitado a beber al salón completo. Aparentemente ha hecho un montón de amigos que ahora se encuentra por todas partes. El taxista le ofrece un paseo por el balneario a bordo del taxi. Aunque de mala gana, Nebcke acepta. No tiene ganas de conversar, así que finge no entender bien el español y contesta a todas las preguntas y comentarios del taxista en un parco castellano cargado de acento alemán. Mientras bordean un acantilado, el taxista lo mira por el espejo retrovisor y dice algo. El ruido del viento entra por las ventanillas y se lleva sus palabras. Tentado por la curiosidad, Nebcke olvida su estratagema y habla en castellano. Le pregunta qué ha dicho. El taxista sonríe y dice:

—Que debería buscar en el sur.

—¿En el sur? ¿Por qué?

—Allí fue donde nació Neruda.

Por supuesto. Nebcke se siente como un idiota. Ni siquiera lo ha considerado como parte de su coartada para el viaje. Neruda nació en Parral, un pequeño pueblo del sur de Chile, todo el mundo lo sabe. Le pide al taxista que lo lleve de vuelta a la pensión, donde empaca para regresar a Santiago y dirigirse a la estación ferroviaria. Charlando con otro pasajero a bordo del tren, un agricultor de Curicó, consigue las

señas de una pensión en Parral y de la casa donde nació Neruda. Más tarde, cuando el agricultor ha abandonado el tren, echa un vistazo al pedazo de papel donde ha anotado ambas direcciones. Bromea consigo mismo pensando que no importa no haber anotado cuál dirección corresponde a qué lugar: solo un tonto las confundiría. Nebcke recorre tranquilamente las calles de Parral, reparando en las construcciones bajas y cubiertas de tejas musgosas. En la pensión lo recibe un hombre moreno y corpulento, de unos cuarenta años. El lugar es frío y húmedo. El hombre le muestra el comedor y los baños. Otra vez tiene la impresión de ser el único huésped. En el segundo piso hay una pequeña sala con un televisor y unos cuantos sillones. La estufa está apagada y junto a ella el cajón de la leña está vacío. O bien el hombre es un tacaño, o bien está tan bien alimentado que no nota el frío. Este pensamiento le hace sentir débil, acaso esté enfermo. El hombre le muestra la que será su habitación. Nebcke dirige una mirada angustiosa a las escasas mantas y frazadas que cubren la angosta cama. De pronto cree ver algo en los ojos del hombre, que a continuación se cubre el rostro con las manos y rompe en llanto. Nebcke no sabe cómo reaccionar. El amplio pecho del hombre se agita en roncos sollozos.

—Esta era su habitación —dice el hombre entre lágrimas. Y agrega —: La habitación de Hannah.

Sentados en la salita del segundo piso, el hombre le habla de Hannah, cuyo recuerdo lo ha invadido a propósito de la habitación y del acento de Nebcke. Hannah había participado en las revueltas del 68 y en las protestas contra la guerra de Vietnam en Berlín el año siguiente, y en 1970 había llegado a Chile entusiasmada por el triunfo de Allende. Había trabajado con organizaciones campesinas de la zona hasta 1974, dos años atrás, cuando había desaparecido. El hombre se pone de pie y abre un cajón de una cómoda cercana.

—Este es su diario —dice alcanzándole a Nebcke un cuaderno escolar verde doblado y muy gastado—. No tengo idea de qué dice.

Nebcke abre el cuaderno por la primera página, una abigarrada sucesión de líneas escritas en alemán.

—Fueron ellos —dice el hombre—, fueron los alemanes.

Incómodo y confundido, Nebcke le promete leer el diario y decirle qué hay en él. Más tarde, pasea por el pueblo. Compra un botellín de vino tinto de la zona, muy ácido, que guarda con cuidado en un bolsillo del abrigo. Tras buscar infructuosamente la casa donde nació Neruda, entra en una cantina. La dueña, una corpulenta anciana de ojos verdes, rocía el piso de tierra con un líquido turbio y descolorido que resulta ser vino mezclado con agua. Cuando Nebcke le pregunta por qué lo hace, la mujer le dice que es para atraer a los borrachos de la tarde. En su diario, Hannah habla de sus actividades con los campesinos de los alrededores. Algunas páginas exhiben bosquejos de diseños decorativos destinados a textiles u otro tipo de artesanía, toscos rostros femeninos en los que Nebcke cree descubrir una fusión de rasgos andinos, alpinos y germánicos. Los misteriosos personajes mencionados por el hombre de la pensión no tardan en hacer su aparición. *Los alemanes*. Hannah ha entrado en contacto con ellos. El texto está salpicado de siglas o abreviaciones que Nebcke es incapaz de desentrañar. *Chetnik*, *Pervaki*, *Treitsch*, *Hiwi*, *Kniebol*, *Stuba*, *Vollala*. A Nebcke le parecen guiños a su neerlandés materno. Con las últimas luces del crepúsculo, Nebcke regresa a la pensión con el diario de Hannah doblado y metido en el bolsillo del abrigo, junto al botellín. Introduce la llave en la cerradura. En este punto, la atmósfera de la novela se tambalea y cambia. La pensión ya no es la pensión. Los muebles han sido removidos o cambiados de lugar. Nebcke sube las escaleras haciendo crujir los peldaños de madera. En el segundo piso la sala donde hace solo un rato ha estado charlando con el lloroso administrador de la pensión está completamente despejada. Oye un murmullo proveniente de su habitación, se acerca y abre la puerta. La cama ha sido despojada de las mantas y el colchón, y el administrador yace sobre el metal desnudo del catre, con las manos y los pies amarrados a las esquinas de la estructura. Dos hombres ubicados a ambos lados de la cabecera manipulan cables que se ondulan en el suelo. Uno de ellos acciona un aparato dispuesto sobre el velador y el administrador se retuerce sobre la cama. Se suceden varias descargas. El administrador aguanta los choques eléctricos con una entrega repugnante, sollozando infantilmente y repitiendo:

—Esta era su habitación, la habitación de Hannah…

Nebcke está petrificado. Cuando intenta retroceder, uno de los hombres apostados junto a la cama advierte su presencia. Nebcke avanza a través de un largo corredor de piedra tachonado de débiles luces amarillas. Nebcke está sentado en medio de una habitación desnuda, salvo por una bombilla enrejada adosada al techo. Un sujeto sostiene frente a su rostro un pedazo de papel. En él se puede leer:

El sujeto dice:

—No todo es lo que parece—. Luego hace girar el pedazo de papel entre los dedos y Nebcke puede leer a contraluz:

Nebcke presencia sesiones de tortura, experimentos con drogas. Asiste a una ceremonia nocturna en un anfiteatro al aire libre. Hay antorchas y una gran fogata. Un coro de niños entona viejos himnos alemanes, hay estandartes y banderas con esvásticas. Toscas columnas de piedra labrada circundan el anfiteatro, adornadas con hojas de palmera y cabezas de alimañas recién cortadas, con los ojos aún brillantes y las fauces abiertas, como gárgolas primitivas. Media docena de corderos son sacrificados y comidos al amanecer. Nebcke visita pabellones industriales donde trabajan decenas de personas y por la noche es guiado hasta un recinto subterráneo. Alguien le informa:

—Estamos bajo la montaña.

Un estruendo mecánico se apodera de la atmósfera agobiante del lugar. Al ingresar en la ancha galería, Nebcke ve filas y filas de mesas metálicas. El estruendo cesa dando paso a un silencio poblado de sonidos mínimos, un murmullo que a Nebcke le trae reminiscencias: el sonido de una biblioteca o de la sala de redacción de un periódico. Algunas mesas están provistas de máquinas de escribir, sobre otras no hay más que cuadernos escolares y lápices. Parecen ser las mismas personas que ha visto por la mañana. Escriben sin parar, en medio del

repiqueteo de las máquinas y el susurro de los lápices arañando el papel.

—Durante el día los prisioneros trabajan en los pabellones y por las noches redactan sus memorias.

Según le explican, se trata de un método de rehabilitación, una suerte de lavado de cerebro. Los prisioneros deben escribir sus memorias hasta dar con el punto en que sus vidas se desviaron del camino correcto. Nebcke se palpa el bolsillo donde lleva el cuaderno de Hannah. Su acompañante asiente y dice:

—Así es.

Nebcke se transforma en un prisionero más. Pronto traba amistad con una mujer de pelo rubio, algo mayor que él, que resulta ser Hannah. Por alguna razón de algún modo vinculada con su ascendencia germánica, a ambos se les dispensa un trato especial. No deben trabajar tantas horas como los demás prisioneros y es como si ya supieran en qué punto de sus vidas desviaron el camino, puesto que tampoco tienen que escribir. A Nebcke esto le resulta deprimente. Hannah sabe cómo escapar del enclave, pero antes desea vengarse de sus captores. Mientras pasean por los alrededores de la entrada del búnker bajo la luz de la luna, Hannah le habla de las gigantescas dimensiones de la propiedad, de las torres de vigilancia que la rodean, de las patrullas con perros entrenados, del túnel que lleva a Parral y del aeródromo, ambos fuertemente custodiados. Impaciente, Nebcke le pregunta:

—Entonces, ¿hacia dónde?

—Hacia abajo —contesta Hannah—. A través de Monte Esplendor.

Las canteras, ubicadas en las faldas de los cerros, están conectadas a los túneles de una vieja mina de cal. A través de ellos podrán llegar al cerro Monte Esplendor, y luego a Argentina y a la libertad. Una tarde, terminada la jornada de trabajo, Hannah y Nebcke se fugan. La llegada a los túneles no presenta mayores inconvenientes, pero una vez que han emergido a la superficie, en medio de la nieve, el frío los cala. Desde un promontorio contemplan la llanura que se extiende a sus pies, cubierta de caminos y campos de cultivo, mientras se hunde en la penumbra. La mañana del cuarto día inician el descenso hacia el

lado argentino. En un momento Hannah se queda atrás; luego se desploma y rompe a llorar. Nebcke desanda el camino a tropezones y, al llegar junto a Hannah y ver la expresión de su rostro, tiene la certeza de lo que está por ocurrir. Hannah debe volver. Antes de ingresar al enclave estaba embarazada de seis meses. La criatura le fue extraída a través de una cesárea, pero piensa que pueden haberla conservado. ¿Por qué harían eso? Hannah tiene la sospecha de que uno de los jerarcas de la colonia es su padre. Nebcke intenta hacerla entrar en razón. Están exhaustos, congelados y hambrientos, y el regreso los matará a ambos. Hannah se seca las lágrimas y emprende el camino de vuelta montaña arriba. Nebcke la sigue durante lo que queda del día y, al cabo de varias horas escalando la abrupta pendiente, se deja caer en una roca, vencido. Se queda sentado, llorando y llamando a Hannah, mientras esta desaparece en el negro atardecer de Monte Esplendor.

Gonzalo Madrid
(testaferro, inmobiliaria «Cerro Florido»)

Gonzalo Madrid Douglas nació en Talca en 1939. Estudió Leyes en la Universidad de Chile (su tesis de grado se tituló *Carl Schmitt y los orígenes del Derecho marítimo*) y se doctoró en Economía en la Universidad de Chicago con la tesis *La economía de guerra total: un análisis histórico y macroeconómico*, que versaba sobre las políticas económicas alemanas entre los años 1933 y 1939 y a lo largo de la Segunda Guerra Mundial.

Durante los ochenta trabajó como asesor técnico del Ministerio del Interior y como agregado cultural de la embajada chilena en Paraguay. Posteriormente, durante la década del noventa, integró la Comisión de Verdad y Reconciliación, también conocida como Comisión Rettig, encargada de certificar los atropellos a los derechos humanos cometidos durante la dictadura. Madrid fue incluido como parte de la cuota necesaria para darle a este organismo una representatividad política amplia. Se hizo conocido por las preguntas que solía dirigir a testigos y víctimas durante las entrevistas llevadas a

cabo por la comisión:

—¿De qué color eran las baldosas de la entrada de Londres 38?

—No sé. Tenía los ojos vendados.

—Eran blancas y negras —decía Madrid con sequedad, anotando algo.

En 1991, el general en retiro Ricardo Arenas Dankers, acusado en el caso Caravana de la Muerte, entró en los tribunales portando una hoja de papel. El documento estaba firmado por Madrid y llevaba el llamativo título de «Certificado de inocencia». Más abajo, podía leerse algo así como: «A través del presente documento certifico que Ricardo Arenas Dankers no está vinculado con ningún caso de atropellos a los derechos humanos. Firma: Gonzalo Madrid Douglas, Comisión de Verdad y Reconciliación». Resultó que Madrid había estado redactando y enviando documentos de este tipo a varios militares. La Comisión de Verdad y Reconciliación no estaba facultada para emitir veredictos, por lo que estos certificados carecían de cualquier valor legal. Más tarde, se supo que Madrid tenía una relación amorosa con la hija del historiador Ricardo Koller, quien en su calidad de comisionado de la Comisión Rettig le había tomado declaración al general Arenas. Madrid fue amonestado confidencialmente y el incidente se dio por cerrado. Pero de vez en cuando, incluso décadas más tarde, al presentarse en los tribunales algún militar acusado de atropellos a los derechos humanos, los certificados de Madrid volvían a aparecer, enarbolados por alguna mano anciana. Entonces alguien debía pararse y explicarle a su portador que el dichoso certificado no servía para nada.

En 2008, el programa televisivo *Top Secret* reveló que Madrid, fallecido tres años antes, había actuado como testaferro, abogado y miembro de varias sociedades comerciales e inmobiliarias vinculadas a Colonia Dignidad, a través de la cuales la colonia había adquirido propiedades en todo el país, entre ellas, la Sociedad Inmobiliaria Cerro Florido.

Mathias Koller nació en Valparaíso el 13 de agosto de 1909, hijo de Herman Koller y Sidonia Holz, comerciantes oriundos de Hamburgo, y hermano menor de Richard Koller, quien, bajo el nombre de Ricardo Koller, llegaría a convertirse en un reconocido historiador nacional. Asistió al Colegio Alemán del puerto, donde se graduaría como contable y administrador. Un día, al regresar a casa después de la escuela, se encontró con su padre parado frente al espejo del vestíbulo, ajustándose el cuello y el sombrero gris del uniforme del Ejército alemán. Había estallado la Primera Guerra Mundial. Todos los varones alemanes mayores de edad debían presentarse en las oficinas del consulado. Herman padecía un severo caso de sonambulismo (solía salir de la casa por las noches y caminar manzanas completas, cerro arriba y cerro abajo) y no fue llamado a filas. Sin embargo, se le asignó una misión. Todos los domingos padre, madre y ambos pequeños subían al cerro Mirador provistos de cestas con comida y bebida. Allí extendían un mantel sobre la hierba y se sentaban a disfrutar de la espléndida vista de la bahía. Luego Herman sacaba una libreta de notas y unos prismáticos con los que barría el horizonte diciendo en voz alta los nombres y nacionalidades de los barcos recalados en el puerto, que el hijo menor anotaba en la libreta. Barcos daneses, estadounidenses, franceses, británicos, noruegos, alemanes, todos con sus respectivas banderas representadas por estandartes que el pequeño Koller dibujaba junto al nombre. Esta información era remitida al consulado alemán y desde allí a Alemania.

Tiempo después Richard se marchó a Santiago para seguir estudios universitarios y Mathias empezó a trabajar en la farmacia Koller, de propiedad de su padre. Se unió al Club Alemán de Andinismo, que lo llevó a recorrer los Andes chilenos (llevando siempre en la mochila un tarro de leche condensada para tomarla mezclada con nieve al alcanzar la cumbre), y luego a la Jungendbund, la liga juvenil del Partido Obrero Nacional Socialista de Adolf Hitler. Ya había participado en encuentros nacionales en Peñaflor y el lago Llanquihue, y en 1935 viajó a Alemania, donde se celebraría un encuentro internacional, como parte de la delegación chilena.

Paseando por las avenidas de Nuremberg, repletas de jóvenes de

todo el mundo, él y sus compañeros se encontraron con la delegación femenina (presidida por Martha Ehberhardt, quien se convertiría en esposa de Koller). Chile era el único país que había enviado una delegación femenina, la que, debido a esta circunstancia excepcional, había sido invitada a un almuerzo encabezado por el mismísimo canciller de Alemania. A pesar de la resistencia de las mujeres de la Bund Deutscher Mädel (Liga de Muchachas Alemanas) que acompañaban a la delegación femenina, Koller y sus compañeros lograron infiltrarse.

En un amplio comedor, los esperaban Hitler, Joseph Goebbels y el gris y macilento Rudolf Hess. Haciendo gala de sus conocimientos sobre historia militar, Hitler elogió las dotes de estratega de Lautaro, su arrojo y su preclara comprensión de las condiciones del terreno como factor determinante en la batalla.

—Hasta ahora —dijo— pocos han abordado este aspecto de la guerra con tanta astucia.

Los jóvenes no sabían casi nada sobre Lautaro y se limitaron a escuchar con respetuoso y embarazado silencio.

Por fin liberado de sus obligaciones escolares, Koller pudo dedicarse de lleno al negocio familiar. Su padre tenía varios asociados y colaboradores, todos alemanes o de origen alemán, como Günther Behring, sobrino del célebre bacteriólogo alemán Gustav Behring, y Adolf Fuchs. Fuchs había perdido un brazo peleando en China y tras la guerra se había hecho con las patentes de representación en el extranjero de varias compañías y productos alemanes cuyo valor había caído prácticamente a cero. Fármacos, tinturas, lentes ópticos, adhesivos, artículos de escritorio, materiales artísticos y otras mercancías. Tintas Pelikan, lápices Faber Castell, acuarelas Schmincke, papeles Max Krause y Suter, de Basilea, con su distintivo escudo: un ave fénix consumida por las llamas. Fuchs y Koller crearon una pequeña firma, Fuchs & Koller Importadora Oficial, y se establecieron en Santiago.

Los inicios de la compañía fueron humildes y erráticos. Koller compartía oficina con los representantes de varias firmas alemanas, la mayoría de ellas pertenecientes a la IG Farben, el gremio de industrias

químicas germanas. Era un oscuro piso en calle Compañía donde los escritorios metálicos se distribuían como piezas de un juego infantil lanzadas sobre la alfombra. Koller se había especializado en la venta de artículos ópticos de la marca alemana Hoch. Solía acompañar a los demás vendedores en sus viajes por el país, ofreciendo sus productos y regresando a toda prisa a Santiago para telegrafiar a Alemania y regatear los precios de venta, y volver a subir al tren con destino a Concepción o Valparaíso y cerrar el trato. En sus comunicaciones con Alemania, la sucursal chilena de Hoch utilizaba el mismo código cifrado que las firmas pertenecientes a la IG Farben: el IG3.

Comenzó la Segunda Guerra Mundial. En Múnich las instalaciones de Hoch pasaron a estar bajo el control del Ministerio de Armamentos. Las exportaciones se redujeron drásticamente y al cabo de un tiempo cesaron por completo. El Departamento de Telescopía producía prismas para miras y periscopios destinados a tanques y submarinos. Koller viajó a Alemania. A su regreso compró una propiedad en San Miguel, en el sector sur de Santiago, importó materias primas y piezas (en su mayoría abandonadas en puertos de países que habían roto relaciones con las Potencias del Eje o les habían declarado la guerra) e inició la producción y montaje de marcos y anteojos ópticos bajo el rótulo de Hoch Ópticas Alemanas. Fue la primera planta de Hoch fuera de Alemania. En ella se fabricaban casi todos los productos de la línea de anteojos ópticos de la firma. Anteojos sin marcos, *pincenez*, monóculos y marcos de acero niquelado, oro, cuerno, goma sólida, galatita y concha de tortuga. También lentes de sol.

El 22 de agosto de 1944 Chile rompió relaciones diplomáticas con Alemania. Koller fue detenido por el Departamento 50, la oficina de la Policía de Investigaciones encargada de perseguir el espionaje alemán, acusado de almacenar en las bodegas de Hoch en San Miguel un transformador eléctrico industrial considerado material de guerra. Koller había accedido a la petición de un funcionario de la embajada alemana y antiguo amigo del Club Alemán de Andinismo de guardar el transformador, sin saber que provenía de un buque alemán recalado en Valparaíso que la tripulación había desmantelado para evitar que fuera usado por las potencias enemigas, y que este funcionario

pensaba destinar a una radio clandestina en Colina, en las afueras de Santiago. Pasó cinco meses detenido, sometido a constantes interrogatorios dirigidos por un soldado estadounidense joven y acalorado, que se presentaba invariablemente en la sala comiendo alitas de pollo. Cuando fue puesto en libertad, Hoch Ópticas Alemanas había sido intervenida por el Estado y estaba en manos de un síndico. En agosto de 1945 la empresa fue declarada en quiebra y sus bienes y propiedades fueron rematados.

En su libro de memorias, *Recuerdos chilenos*, publicación corporativa de Hoch International, Koller describió esta época como un período de aventuras y extraños y pintorescos personajes. Arrieros sin nacionalidad ni idioma que se emborrachaban religiosamente todas las noches y religiosamente se levantaban al alba para conducir el ganado a través de los pasos cordilleranos. Intrépidos pilotos bolivianos que volaban avionetas cargadas con cocaína con destino a Europa, donde era utilizada con fines médicos. Los controles de la nave, los asientos, el tren de aterrizaje, todo estaba saturado del fino polvo blanco que era expelido al aire cuando el aparato despegaba o rebotaba sobre la pista al aterrizar. Tras varias temporadas en trabajos informales e itinerantes, Koller se instaló en una propiedad agrícola en San Felipe, la única que había conservado de los tiempos de Hoch Ópticas Alemanas, sembró viñedos y se dedicó a la venta de mosto para la fabricación de vino.

En su primer viaje a Alemania después de la guerra, visitó las instalaciones de Hoch en Múnich y la ciudad industrial de Ludwigshafen. Allí había sido fabricado el Zyklon B, el expurgante utilizado en las cámaras de gas. Ambos lugares habían sido destruidos por los bombardeos o habían sufrido graves daños. En Hamburgo recorrió la ciudad de sus padres. En el sector portuario las calles conservaban sus antiguos nombres, provenientes de las bodegas donde solían almacenarse las mercancías. La Calle del Café, la Calle del Caucho, la Calle del Carbón, la Calle del Azúcar. Al llegar a una esquina se encontró con un callejón sin nombre, más allá del cual se veían algunas luces. Preguntó a un anciano que pasaba por ahí.

—Es la calle de las putas —le dijo el anciano.

En la Grüneburgplatz de Frankfurt visitó las oficinas centrales de la IG Farben, un fastuoso edificio semicircular rodeado de parques y jardines. Después de la guerra había servido como base del comando de las fuerzas de ocupación estadounidenses. Sentado en una banca, escribió un poema inspirado por una escultura femenina de Georg Kolbe que adornaba el lugar:

> Está sentada en la orilla de un estanque
> soñando pensativa,
> mirando el agua.

Un día, estando en su casa en San Felipe, Koller recibió la visita de un desconocido. Era un anciano de pelo blanco que se dirigió a él en alemán. Se apellidaba Oster y quería hablarle de negocios. Sentados ambos en el despacho, el anciano abrió su maletín, un maletín de cuero abombado que a Koller le hizo pensar en un antiguo médico de pueblo, y extrajo un cartapacio con documentos. Eran copias de las patentes de representación de varias compañías alemanas, copias de carbón, entre las que se contaba la de Hoch. Con el tiempo, Koller se había hecho a la idea de que, como todo lo demás, la patente habría sido rematada y estaría en manos de algún especulador. Le preguntó a Oster de dónde la había sacado.

—La tiene la CORFO —dijo el anciano.

Se refería a la Corporación de Fomento de la Producción, creada en 1939 para sustentar a las primeras empresas estatales. El anciano continuó:

—Poca gente lo sabe, pero con cada día que pasa aumenta el riesgo de que la noticia se divulgue. Yo no tengo los contactos ni el dinero necesarios para comprarla, aunque el precio no debe ser muy alto. Pero usted, a través de algún intermediario, podría hacerlo.

Al día siguiente Koller inició las gestiones en Santiago. Llamó a su abogado, fue a la embajada alemana, reanudó sus contactos con la Cámara Chileno-Alemana de Comercio, donde aún tenía amigos. Efectivamente, la patente estaba en poder de la CORFO. Telefoneó a Múnich, y una semana más tarde adquirió, por un precio módico, los derechos de representación de Hoch en Chile. Entretanto, había

comenzado el auge de la industria nacional. Producir y vender dentro del país resultaba más barato que importar manufacturas extranjeras. Koller trajo maquinaria desde Europa, adquirió nuevas propiedades, y Hoch empezó, otra vez, a montar y producir artículos ópticos, primero en San Felipe y Santiago, y luego en Valparaíso y Antofagasta, bajo la denominación de Hoch Industrias Ópticas Nacionales.

Entre los veranos de 1964 y 1965, el modelo de lentes de sol Sole Mio, elaborado con materias primas nacionales, diseñado, fabricado y montado en Chile, vendió cien mil unidades en América Latina. En 1968 la planta de personal de la empresa llegaba a las mil seiscientas personas, incluyendo a operarios, vendedores, choferes y personal administrativo.

Fue alrededor de esta época que Koller tuvo su primer contacto con Colonia Dignidad.

En sus *Recuerdos chilenos* escribió:

«Mis padres nacieron en Hamburgo, yo lo hice en Valparaíso, y salvo por viejas historias que mi padre solía contar sobre sus antepasados del sur de Alemania, a quienes él detestaba, nunca conocí el estilo de vida campestre. Para mí, Chile siempre había sido un país de ciudades. Santiago, Concepción, Copiapó, Puerto Montt y el mismo puerto de Valparaíso habían sido mis puntos de referencia. Y fue aquí, en Chile, donde menos me lo habría esperado, que vine a reencontrarme con ese mundo que consideraba perdido, en una comunidad de colonos alemanes enclavada en la lluviosa cordillera del Maule. Estaban construyendo un hospital y necesitaban artefactos ópticos, entre otros artículos médicos. Importamos para ellos un par de máquinas para exámenes oculares, y Oster, quien ya los conocía, actuó como intermediario a cambio de una pequeña comisión. Una vez concretada la venta, yo y un grupo de representantes de Hoch fuimos invitados a visitar la colonia. Mi primera impresión fue de turbación. Ante mí se desplegaba un paisaje casi paradisíaco. Graneros, rebaños de animales, verdes y suaves colinas cruzadas aquí y allá por ondulantes cercas. Las extensas llanuras no bombardeadas de Alemania. Los colonos criaban animales y cultivaban la tierra al estilo de las granjas alemanas, dejando bosquecillos entre los campos

de cultivo para que los pájaros mantuvieran a raya a los insectos. Tenían una escuela a la que también asistían los niños de los alrededores, aunque la mayoría de las clases se dictaban en alemán. Allí conocí a Klaus Todtwald, el médico de la comunidad, un sujeto tosco y vociferante, y recordé el viejo odio de mi padre hacia sus antepasados bávaros. Después de ingerir un abundante almuerzo consistente en lechón asado, papas cocidas y *sauerkraut*, nos dirigimos a una glorieta donde los niños de la comunidad interpretaron a coro algunas piezas musicales acompañados por un piano. Eran niños alegres, casi todos rubios, salvo por los que habían sido acogidos por la comunidad (que actuaba como una suerte de orfanato), y me produjeron una impresión un tanto ridícula, envueltos en sus atuendos tiroleses, los mismos que vestíamos en nuestra época escolar cuando se celebraba alguna festividad. Cantaban hermosamente. Pero había en ellos algo estéril. Entonaban piadosos cánones, pero ninguno llegaría jamás a componer una pieza, por simple que fuera, o siquiera a entender lo que cantaban. Recuerdo a una niña de unos trece años que se me acercó sonriente. Cuando estiré la mano y le acaricié la cabeza, dio un salto y se alejó corriendo, riendo y lanzando unos graznidos nerviosos, como un animal solo a medias domesticado. La comunidad completa me produjo la misma impresión. Estaban hipnotizados y cegados por una comprensión en exceso rígida de la religión cristiana y por un odio y un temor un tanto exagerados a lo que llamaban indistintamente la *amenaza comunista*, la *amenaza roja*, la *amenaza amarilla*. Narraban todo tipo de historias acerca del avance soviético sobre Alemania, los bombardeos ingleses, el napalm inextinguible… Pero me dio la impresión de que se trataba, más que nada, de recuerdos trasplantados por viejos alemanes del Volga».

Mathias Koller (...)

El día del golpe militar la fábrica de San Miguel permaneció cerrada. En las instalaciones de Santiago solo se oyeron algunos disparos provenientes de las industrias cercanas. Una semana más tarde se reanudó la producción.

En 1985 Hoch fue invitada a participar en la FISA, la Feria Internacional de Santiago, que se realizaba todos los años en el parque Cerrillos. Para la ocasión se construyó un pabellón especial que reunía a las principales compañías alemanas con presencia en el país. Era el más grande de toda la feria y sobre la entrada pendía un gigantesco lienzo con el mensaje «ALEMANIA SALUDA EL MILAGRO ECONÓMICO CHILENO». Entre los automóviles, tractores y piezas de maquinaria industrial expuestos al público, destacaban las colmenas Langstroth sintéticas y las cámaras frigoríficas modulares construidas a partir de planchas de acero y poliestireno expandido, conocido en Chile como aislapol o plumavit. Hoch llevó un telescopio astronómico, idéntico a otro que le había vendido a Colonia Dignidad, y que luego fue donado a un observatorio universitario. Al pie de las cámaras frigoríficas, que habían sido montadas unas sobre otras formando un azaroso polígono multicolor que alcanzaba una altura de quince metros, había dos muchachas. Eran dos promotoras de ascendencia alemana. Ellas mismas tenían un aspecto industrial, envueltas sus piernas en brillantes medias de nailon y sus esbeltas figuras en ceñidos vestidos de un azul eléctrico y cubiertos sus párpados de un pigmento que les daba la dureza y el fulgor frío del cromo. Como ellas, el nailon, las fibras que formaban sus vestidos, los cosméticos y los fijadores que mantenían sus rubios peinados en su lugar, eran todos productos alemanes. Las muchachas tenían las manos tomadas al frente y balanceaban las caderas con aire ausente, siguiendo el ritmo de la música ambiental. Eran versiones electrónicas de piezas para piano de Beethoven. De pronto se produjo un tumulto en la entrada. Un grupo de mujeres intentaba ingresar al pabellón, mientras dos guardias les impedían el paso. En medio del forcejeo, los guardias se vieron sobrepasados y una de las mujeres extrajo un lienzo y empezó a desplegarlo. Estampados en la tela podían verse rostros pintados en claroscuro, fotografías de caras en blanco y negro que se descomponían en grandes manchas que formaban narices, anteojos, bigotes y porciones de pelo, y más abajo una leyenda. Uno de los guardias habló por radio. La música había subido de volumen. Los sintetizadores emulaban una sección de *pizzicato*. El lienzo cayó al

suelo, arrastrado y pisado por zapatos. Antes de ser reducida y sacada del lugar por la fuerza, otra de las mujeres se zafó de los guardias y gritó: «¡Alfonso Covarrubias Pozo!». Luego se la llevaron. Al día siguiente la prensa calló el hecho. Una semana más tarde la revista *Foco Informativo* publicó una escueta nota. En ella se consignaba que Alfonso Covarrubias Pozo había sido detenido por civiles sin identificación en octubre de 1976. Había sido trasladado a las instalaciones de la empresa alemana Kreistler, en la comuna de San Miguel, donde se había perdido su rastro. La publicación fue censurada por las autoridades y solo se alcanzaron a vender una veintena de ejemplares en quioscos de la periferia de Santiago.

Las relaciones con Colonia Dignidad prácticamente habían cesado. Las medidas de ajuste económico implementadas por el gobierno habían obligado a Hoch a una profunda reorganización interna. La producción había disminuido de manera ostensible y se limitaba de forma casi exclusiva a los anteojos. Los marcos y otras piezas eran importados y los cristales se fabricaban en laboratorios tecnificados que requerían de muy poco personal. En 1986, Hoch Chile, heredera de Hoch Industrias Ópticas Nacionales, pasó a formar parte de Hoch Asia and Pacific, con asiento en Sao Paulo, y luego de Hoch Optics International. Las memorias de Koller continuaban:

«Por esa época tuvo lugar una anécdota que ilustra a la perfección la naturaleza rústica a toda prueba, casi atávica, que ya había tenido la oportunidad de observar en los habitantes de Colonia Dignidad. Salvo que esta vez el escenario no fue el campo, sino la ciudad de Santiago. Ocurrió en 1986, algunos meses antes de la venta definitiva de Hoch. El doctor Todtwald se encontraba de paso en la capital y se había comprometido a entregarme unos comprobantes de las ventas efectuadas a la colonia que me debía. A eso de las seis de la tarde, cuando ya había perdido toda esperanza de que siguiera en Santiago, me telefoneó. Resultó que todavía no abordaba su avioneta. Agradecido por no tener que viajar al sur, le ofrecí ir hasta su oficina y retirar allí los papeles. Todtwald me había hablado de sus oficinas en Santiago, siempre quejándose de lo reducidas que eran; sin embargo, hasta ese momento no había tenido la oportunidad de conocerlas. Me

dio la dirección. Estaba en la avenida Libertador Bernardo O'Higgins, la Alameda. Tomé un taxi y recorrí la avenida en dirección a la plaza Baquedano, atento a la numeración. Al dejar atrás la Universidad Católica empecé a preocuparme. No había muchos edificios de oficinas a la vista. Quizás había anotado mal la dirección. Hice que el taxista se detuviera, me bajé y eché un vistazo alrededor. En la otra vereda se alzaba el edificio Diego Portales. Según los números de los edificios cercanos, yo debía estar justo frente a la oficina de Todtwald. En eso escuché que el taxista tocaba la bocina. Había bajado la ventanilla y señalaba con el brazo hacia el otro lado de la Alameda, donde tres grandes y lustrosos números dorados formaban la cifra que estaba buscando: Alameda 233. Era el edificio Diego Portales. Allí había funcionado la Junta de Gobierno mientras La Moneda era reconstruida tras el bombardeo y ahora estaban las oficinas del Ministerio del Interior. Confundido, le pagué al taxista, crucé la avenida y me acerqué a la puerta, custodiada por soldados armados y vestidos con uniforme de campaña. En el interior se respiraba una atmósfera de silenciosa actividad, como en un hormiguero. Soldados de distintas ramas de las Fuerzas Armadas iban de un lado para otro en mangas de camisa, las corbatas metidas bajo el segundo botón, llevando carpetas y tablillas con papeles. En el mesón de informaciones un muchacho de uniforme azul me dijo que esperara. Era absurdo. No podía imaginarme un ambiente más alejado del estilo de vida de los colonos. En eso sentí que me tomaban del brazo. Era Todtwald. Vestía un traje impecable, salvo que no llevaba zapatos, sino unas polvorientas sandalias de cuero que dejaban al descubierto unos dedos largos y protuberantes. Intercambió unas palabras con el muchacho de uniforme azul y entramos por una puerta lateral. Tras bajar varias escaleras llegamos a los sótanos. El lugar era un verdadero laberinto, con pasillos que por tramos se volvían estrechos como puertas. Era como recorrer la barriga de un buque o un submarino. Todtwald se quejaba en un susurro constante. De los chilenos, de lo desordenados que eran, de lo inepto del gobierno. Al llegar a un recodo se detuvo frente a una puerta de metal y extrajo un manojo de llaves. Mientras las manipulaba, me pareció escuchar un

ruido que venía del interior de la oficina. Era un rumor sordo y persistente, parecido al que puede oírse en una buhardilla cuyo techo ha sido invadido por las palomas. El pestillo retrocedió con un sonido hueco y húmedo. Todtwald abrió la puerta y encendió la luz. Los tubos fluorescentes parpadearon y tuve un atisbo de vida minúscula, de racimos de seres en incesante actividad. Cuando se hizo la luz, vi que la habitación estaba rodeada de jaulas que copaban las paredes hasta el techo, repletas de pequeños animales. Conejos, pollos, me pareció que también ratas. Todtwald caminó hasta un escritorio ubicado en el fondo de la habitación, cuyo tablero estaba cubierto de alpiste, y empezó a abrir y cerrar cajones como si nada. Yo me había quedado en el umbral de la puerta, convencido de que tenía que tratarse de una broma. Nuestra presencia había alertado a las alimañas que se agitaban apretadamente en sus jaulas y trepaban por los barrotes, asomando sus ojos rojos y anhelantes. Por un instante me pareció distinguir la silueta de un mono, un peludo mico enjaulado en un rincón con poca luz. Le pregunté a Todtwald por aquellos animales. Me dijo que los compraba en Santiago y los trasladaba al sur para crianza. Mencionó a Gustavo Eckart. Gustavo era sobrino de mi gran amigo Rudolf Eckart. Había trabajado en el Complejo Químico-Industrial del Ejército en Lo Aguirre y ahora, como capitán, se desempeñaba como director del Instituto Nacional de Salud. El mismo Gustavo me había hablado de cómo criaban animales con toda clase de taras congénitas con el fin de probar en ellos drogas y tratamientos farmacológicos. Aún dubitativo, le comenté esto a Todtwald, quien se limitó a desechar la idea con un movimiento de la mano. Salimos del edificio como habíamos entrado y nos separamos en la esquina. Guardé los documentos en mi maletín y observé a la alta y cómica figura de Todtwald perderse entre los transeúntes, cargando en una de sus manos una enorme jaula cubierta con un trapo».

TERCERA PARTE

Mate & Lancaster

1

Sobre todo, había estado pensando en los abogados. En las vidas que llevaban y en las trayectorias que trazaban sus carreras.

Podría haber estado haciendo clases en una universidad o instituto. Las mismas palabrejas huecas y gastadas que otros habían derramado sobre mí, yo las derramaría ahora sobre otros, más incautos y menos preparados, en cursos diurnos y vespertinos. También estaba la administración pública con sus grados y escalafones. Quizá hubiera decidido empezar desde abajo, en la primera línea del frente, y probar a ver cuánto podía aguantar entre los delgados muros —propensos a recibir patadas y empujones— de una oficina municipal. Puede que más tarde diera el gran salto. De pronto me vería trabajando en un ministerio. Con el tiempo, aprendería a reconocer todas las variedades de enchapado sintético: pino, haya, eucalipto, caoba. Tal vez roble. Las hordas que asolaban el municipio habrían quedado muy abajo y muy atrás, y solo me quedaría esperar hasta el siguiente cambio de gabinete; un nuevo ministro o subsecretario asumiría o dejaría el cargo, y si tenía un poco de suerte quizá lograría colarme en la fiesta de despedida.

Y claro, estaba el Poder Judicial. En realidad, no había mucho que decir sobre el Poder Judicial. Bastaba con preguntarles a los graduados de Leyes que, provistos de aguja e hilo y sin conocimientos sobre costura, se pinchaban los dedos zurciendo expedientes en los subterráneos de los juzgados.

Si me detenía a pensarlo, apenas podía recordar cómo habían sido las cosas antes del caso Mina Amarilla. Más bien, me parecían recuerdos prestados, adulterados o sacados de otros recuerdos o de historias ajenas que podría haber oído —o leído— en alguna parte, como otras tantas vidas paralelas sepultadas y perdidas para siempre. Había pasado del *dossier* al expediente, y del expediente a mi propio *dossier*: los desordenados hilos de acontecimientos reunidos en mi

libreta azul que se disparaban en todas direcciones. ¿Qué expediente habría sido capaz de contenerlos y a qué caso habría pertenecido? De madrugada o ya al alba, me levantaba del escritorio y caminaba hasta el fondo del pasillo, sintiéndome deslumbrado y muy tranquilo, como si acabara de presenciar una catástrofe espectacular, y comprobaba desde la puerta que el embudo y la manguera siguieran en su sitio.

Lo único que sabía era que tenía un caso entre manos. Un caso que no era un caso. Un tipo que había desaparecido y reaparecido unas cuantas veces a lo largo de un par de décadas, como un cometa, como una emisora de radio captada y perdida, y que ahora me sonreía desde la mesa de dibujo de mi abuelo muerto. Se suponía que podía haber pasado por Colonia Dignidad. Así que durante las últimas noches había estado leyendo sobre Colonia Dignidad… Sobre eso y sobre las armas químicas y bacteriológicas de la dictadura, los nexos entre la colonia y la DINA, el proyecto ANDREA, Eugenio Berríos y Michael Townley, Paul Schäfer y el médico Todtwald; pero también sobre personajes cuyos lazos con el asentamiento alemán eran menos evidentes y más o menos comprometedores según el caso, como el jurista Gonzalo Madrid, entrevistador oficial de torturados y administrador de las propiedades de la colonia, a través de sociedades fantasmas con nombres tan inocentes como Cerro Florido; y el empresario de origen alemán Mathias Koller, quien, dejando de lado el hecho de haber conocido personalmente a Hitler, así como sus circunstanciales relaciones comerciales con la colonia, parecía un tipo normal, e incluso más que eso: una interesante personalidad del siglo xx chileno. Había estado leyendo acerca de estas y otras cosas en libros, diarios viejos y dudosas páginas web, como piezas aisladas de un rompecabezas sin bordes. Entrevistas, testimonios, declaraciones judiciales, reportajes sensacionalistas, historias corporativas, hasta una novela. No existía ningún almanaque o enciclopedia sobre los crímenes de la dictadura, ni menos sobre Colonia Dignidad. A mi espalda, la mesa de dibujo se había llenado de recortes y páginas impresas.

Sentado en el estudio a alguna temprana hora de la mañana, había sobrevivido a otra noche lluviosa y el sol comenzaba a filtrarse por las

cortinas. Mi teléfono empezó a sonar.

—Alfaro Abogados —dije paseando la mirada por el escritorio sucio y desordenado—, ¿en qué le podemos ayudar?

—Buenos días —dijo una voz femenina—. ¿Hablo con Pablo Alfaro?

—Sí, con él.

—Buenos días, don Pablo. Le habla Eliana, de…

Mencionó el nombre de un banco.

—Hola, Eliana.

—Nos alegra comunicarle que ha sido seleccionado para acceder a nuestro nuevo plan Profesional Premium…

Eliana, dónde se había ido Eliana. Ahora solo había ese ominoso y solapado *nosotros*.

Le di las gracias y le dije, como ya había hecho decenas de veces en decenas de llamadas similares, que no quería ningún préstamo ni crédito.

—En ese caso, quizás le interese nuestro plan Profesional Normal, con múltiples beneficios y una tasa de interés…

Volví a agradecerle y le aseguré que, por suerte, nunca había pedido un préstamo ni un crédito, ni tenía intención de hacerlo.

—Justamente. Sus antecedentes bancarios son impecables.

—Y quiero que sigan así —dije y colgué.

Mierda, pensé. Alguien debería demandar a estos tipos. ¿Cómo era que tenían acceso a mis datos bancarios? Pero para eso se necesitaría un abogado. Mejor que siguieran llamando.

Me recliné en la silla torciendo la cabeza y miré la fotografía que colgaba en la mesa de dibujo.

Carranza se limitaba a sonreír desde su prado dorado del verano del setenta. Paseé la mirada por los libros y papeles que cubrían el escritorio —mi extraña biblioteca personal—, me puse de pie y abrí la ventana. La gente se apresuraba para llegar a sus trabajos. Respiré el aire de la mañana y miré la hora. Pronto yo haría lo mismo.

2

Aldunate me había encargado ir a buscar unos papeles y enviarlos por correo. Era un certificado o documento de algún tipo que un cliente en el norte necesitaba con urgencia. Ya iba entendiendo. Mientras no hubiera nada mejor para mí, estaría de recadero.

Después de varios días breves, seguidos de largas noches en el estudio, el brillo del sol tenía un tacto agradable esa mañana. Las calles parecían viejas y nuevas a la vez, como si las recorriera sin estar del todo presente. Recordé a Aldunate encargándome mi tarea del día. Había estado observándolo con atención, quizá en busca de algún guiño o señal secreta. Me había fijado en la forma en que la piel de su cuello, floja y mal afeitada, se metía en la camisa como una servilleta en un anillo. Boris me había felicitado por estar buscando a una persona. Además de mentiroso, Boris era una cotorra y tal vez le había comentado algo a Aldunate. Pero ¿era eso lo que estaba haciendo, buscando a una persona? Había empezado rastreando a un posible invasor de hogares, un intruso o un grupo de ellos, y había terminado encerrándome en el departamento para seguirle la pista a un tipo que podía o no haber pasado por Colonia Dignidad y, dentro de ella, por un remoto y nebuloso lugar dotado de un singular nombre de fantasía. Lo había repetido innumerables veces, murmurando al levantar la mirada de los papeles que cubrían el escritorio y hacia las paredes del estudio, embrujado por su sonido ingenuo y trivial: *Monte Maravilla*…

La primera parada era una notaría en el centro. El documento que tenía que recoger llevaba ahí un día. Ya debía de tener todos sus timbres y firmas. Pero de todas formas tendría que sacar un número y esperar para llevármelo. Como no podía ser de otra forma, cuando por fin llegó mi turno, el documento no estaba listo.

Me senté en la terraza de un café y esperé fumando y tomando sol. Recordé lo que Boris me había estado contando sobre los polizones del barco varado, el barco noruego en el que, para mi sorpresa, él y los demás seguían trabajando. Según Boris, las cosas estaban mal. Se acercaba un frente de mal tiempo. Pero eso no era todo. También se había perdido la comunicación por radio. En realidad, había sido culpa del radiocontrolador. El radiocontrolador había hablado con uno de los polizones africanos, un tipo especialmente vivaz

autoproclamado capitán de la nave, para preguntarle su nombre. El tipo le contó que había crecido en una aldea pequeña y muy pobre y que su madre lo llamaba Oba. Más tarde, a los nueve años, había empezado a trabajar en una fábrica de caucho. Allí el capataz lo llamaba Jim. Llamaba Jim a todos los obreros. A él le gustaba ese nombre, Jim, así que, si quería, el radiocontrolador podía llamarlo así. El radiocontrolador insistió en que tenía que ser un nombre completo, que lo necesitaba para el papeleo, etc., hasta que el polizón se cabreó y cortó la comunicación.

—No ha vuelto a comunicarse con tierra —dijo Boris.

—¿Por qué no le pusieron simplemente Jim Oba? —dije tras una pausa.

Boris me miró sorprendido:

—¡Eso mismo pensé yo!

Las últimas noticias indicaban que los polizones se habían refugiado en la biblioteca del barco. Sí, según Boris, la nave era un viejo barco de pasajeros adaptado como carguero, y tenía una biblioteca. Los polizones se habían encerrado a hojear viejas y carcomidas revistas francesas y a comer carne enlatada, mientras capeaban la tormenta.

Camino de la notaría, empecé a sentirme intranquilo. Las calles ya no me parecían tan novedosas y prometedoras. De pronto, me veía acosado por historias inauditas, casi cómicas. ¿Cómo era eso de transportar sarín líquido en frascos de perfume? ¿Qué eran esos cuentos sobre buscar cuerpos enterrados en la nieve? Pasé frente al GAM, el centro cultural Gabriela Mistral. Años atrás, el antiguo edificio Diego Portales se había quemado en un incendio, para más tarde ser transformado en un gigantesco centro cultural. Se suponía que durante los ochenta Paul Schäfer y el médico Todtwald habían tenido sus oficinas capitalinas allí. O al menos eso había leído, ya no recordaba exactamente dónde. Me detuve frente a la chillona vitrina de una tienda de ropa y más allá frente a una librería de apariencia sofisticada, ambas albergadas por el edificio. ¿Querían hacerme creer que en algún lugar de esos luminosos salones (o en el subterráneo de aquel búnker cultural, donde ahora había estudios de grabación y

salas de teatro) Paul Schäfer había tenido un escritorio con una radio a pilas o su tazón favorito guardado en un cajón?

Ya extrañaba mis libros y mis papeles. Al menos traía conmigo mi libreta azul.

Cuando llegué a la segunda estación, una oficina de correos cercana, eran las cinco de la tarde. Rellené los formularios y el empleado me devolvió el comprobante subrayando algunos datos con un lápiz. Le pregunté si estaba seguro de que el envío llegaría a tiempo. Era un asunto importante.

—No se preocupe —dijo a través de la ventanilla—. Le puse la etiqueta de servicio nocturno. Va a viajar toda la noche para llegar a destino a las ocho de la mañana. Quizás antes.

De vuelta en mi departamento, me metí bajo las sábanas y bajo un montón de ropa que había encima de la cama y me dormí.

En el sueño estaba oscuro y me movía. Era algún tipo de vehículo. Había un sujeto al volante. Podía ver parte de su rostro por entre los respaldos de los asientos delanteros, flotando en la oscuridad, iluminado por las luces del panel, de un verde fluorescente. Más allá estaba el parabrisas y un deshabitado panorama nocturno. Un camino o una carretera, los faros de otros vehículos despuntando sobre los cerros y acercándose cada vez más rápido. Luego, la serena oscuridad. No había más pasajeros. Era una especie de furgón de carga. De alguna forma el conductor no sabía que yo estaba ahí. O más exactamente, no sabía que yo *lo observaba*. Conducía a una velocidad elevada y constante y había en su rostro verde una fría determinación. Me acomodaba en el estrecho espacio que ocupaba y al hacerlo me daba cuenta de que no iba sentado en un asiento. Iba acurrucado entre el gélido metal de la parte trasera, en medio de las delgadas corrientes de aire que se filtraban por las junturas de la carrocería, sobre un montón de sobres y paquetes, todos con el logotipo de la empresa de correos estampado en alguna parte.

Abrí los ojos y me quedé quieto en la cama, mirando el techo sumido en la oscuridad. Eché un vistazo al reloj. Solo había dormido un par de horas. El furgón, el tipo al volante, yo siendo transportado

como un envío postal. Muy ingenioso.

Me levanté. En el baño tomé un sorbo de agua y me miré en el espejo, haciéndome a la idea de que no iba a poder dormir por el resto de la noche.

Encendí todas las luces. Hacía frío. Había olvidado comprar gas para la estufa. Abrí el clóset, saqué una frazada y me la eché encima. Luego fui a la cocina y encendí los fogones y el horno, que dejé abierto. Deambulé por las habitaciones envuelto en la frazada. En el estudio me detuve frente a la mesa de dibujo y contemplé la fotografía de Carranza. *Tú me trasladaste*, pensé. Seguí andando envuelto en la frazada.

Unas horas más tarde entraba en la oficina arrastrando los pies. Estuve un rato sentado en la recepción, observando a Aldunate teclear y hablar por teléfono en su despacho. Luego me puse de pie, crucé el pasillo y llamé a la puerta.

—¿Sí?

—Permiso —dije asomando medio cuerpo.

Aldunate estaba sentado tras su escritorio, muy erguido, con los codos apuntando hacia los costados formando dos perfectos ángulos rectos. Llevaba los tirantes azules.

—Dígame, Alfaro —dijo alzando la mirada de un manojo de papeles.

—Señor, despaché el paquete como me pidió.

—Gracias —dijo volviendo a bajar la vista.

Me quedé en el vano de la puerta.

—¿Llegó a destino? —pregunté.

—¿Cómo dice?

—¿Sabe si llegó a destino?

Aldunate me miró por encima de los cristales de los anteojos, ligeramente confundido.

—Sí, llegó a tiempo y se acogió a trámite.

Arrastró el ratón sobre el escritorio y repartió clics por la pantalla del computador.

—¿Alguna otra cosa, señor?

Volvió la mirada hacia mí con gesto distraído. Dudó un segundo.

—Recuerde archivar el comprobante del envío. Nunca se sabe.

—Sí, señor.

Con pesar, empecé a cerrar la puerta.

—Y Alfaro…

—¿Sí? —dije deteniendo el movimiento de la puerta, invadido por una fugaz esperanza.

—Ya puede volver a su trabajo —dijo Aldunate.

—Sí, señor…

La puerta se cerró y otra vez estaba tras Carranza.

3

Lo leí una mañana en el diario. El periodista y cazador de nazis alemán Stephan Morgenstern estaba de visita en Chile. Durante los años sesenta había adquirido fama mundial gracias a sus investigaciones sobre grandes empresas explotadoras de mano de obra ubicadas en África, Asia y América Latina, financiadas con capitales nazis. En septiembre de 1973 se encontraba en Chile preparando un libro sobre Colonia Dignidad. Fue declarado persona non grata y expulsado del país y el material que había reunido, confiscado y destruido. Se decía que durante décadas había escrito sus artículos periodísticos desde un búnker, debido al alto precio que su cabeza tenía entre los círculos del crimen organizado, trasladándose solo en raras ocasiones y siempre en compañía de un dispositivo de seguridad compuesto por ex guerrilleros nicaragüenses. A lo largo de los años había publicado numerosos artículos sobre el asentamiento alemán del Maule, todos bajo el seudónimo de Stephan Morgenstern (pocos conocían su nombre real), y más recientemente un libro: *Trenzas*, Strudel *y gas mostaza: la verdad sobre Colonia Dignidad*. Sí, yo era un alumno aplicado. Había leído el libro. Ahora su autor estaba en Chile. Pero no había venido solo. Según la nota del diario, lo acompañaba Klaus Hoppe, antiguo colono fugado del enclave en 1990 y uno de sus principales informantes. Ambos participarían en la presentación de la

edición castellana del libro de Hoppe, *Colonia Ignominia*, cuyo prólogo había escrito Morgenstern. La ceremonia se celebraría esa misma tarde en uno de los salones de la Biblioteca Nacional. Luego Hoppe y Morgenstern asistirían a una fiesta organizada por el senador Javier Torres, uno de los pocos amigos progresistas de la oficina, en su casa de Peñalolén.

Avenida Bustamante esquina Marín. Claudio me había dicho que nos reuniéramos allí. Durante la tarde había estado balanceándome en mi silla y meditando sobre los posibles cursos de acción. Desde luego, Hoppe no hablaba español, en la colonia estaba prohibido, y tras su fuga había emigrado directamente a Austria y después a Holanda. Por mi parte, no sabía una sola palabra de alemán, menos aún del alemán de la colonia, con todos sus códigos particulares (*intraducible*, *intraducible*). Conque había pensado en olvidarme del asunto. Pero entonces Andrea había telefoneado para contarme sobre un remate al que había asistido junto con uno de sus clientes, un remate de primeras ediciones y objetos pertenecientes a escritores chilenos, entre ellos una cesta de mimbre que Pablo de Rokha solía utilizar para vender charqui y sus poemas. Los clientes no iban al banco, sino que el banco iba a ellos y en este caso el banco también los acompañaba a esquiar y a toda clase de eventos sociales. ¿Por casualidad el banco hablaba alemán? No, claro que no. Pero resultaba que el hermano menor de Andrea, Claudio, sí lo hablaba. Cuando le pregunté si creía que su hermano estaría dispuesto a servir de intérprete en una fiesta, Andrea se limitó a decir:

—Yo creo que le va a encantar.

Eran casi las ocho. Los vehículos circulaban en ambas direcciones. Observé a los transeúntes, esperando a que alguno se me acercara.

Un furgón negro dobló la esquina y se detuvo frente a mí con un chirrido. Tenía vidrios polarizados y un resplandor violeta brotaba de la parte inferior e iluminaba el pavimento. Percibí las vibraciones de la música encapsulada puesta a todo volumen.

El cristal del acompañante bajó despacio. Había un tipo sentado al volante; un tipo cerca de los treinta, pálido, de pelo largo, lentes

oscuros y una gorra negra ajustada sobre la cabeza, envuelto en una nube de humo violeta. Claudio no me había dicho nada sobre qué aspecto tendría ni menos sobre un furgón negro. En realidad, no había estado muy comunicativo por teléfono. Más o menos lo único que sabía sobre él era lo que Andrea me había dicho antes de darme su número, ese críptico «Yo creo que le va a encantar».

Nos miramos un segundo, el tipo y yo. O yo lo miré a él, tratando de adivinar algo tras los lentes oscuros. Pensé: Bueno, qué mierda. Abrí la puerta y subí al furgón.

Circulamos en silencio. Salvo por la música, que era una especie de ópera electrificada. Eché un vistazo a la parte trasera. No había asientos. Solo un oscuro y alargado espacio vacío con una colchoneta y un par de mantas revueltas. Bueno, pensé, la próxima vez que un niño pequeño desaparezca por este sector, voy a saber quién lo hizo.

Al voltear la cabeza, mi nariz se topó con una botella.

—Gracias —dije alzando la voz por encima de la música.

Vodka muy helado, con alguna esencia de frutas. Claudio alargó la mano y bajó el volumen de la radio.

—Así que hablas alemán —dije devolviéndole la botella.

—Sí —dijo.

Noté una zona oscura bajo su ojo derecho. No podía ver el otro. Ojeras. O tal vez un ojo en tinta.

—¿Viajes? ¿Familia?

Que yo supiera, Andrea no tenía parientes germanos.

—Hice un curso —dijo secamente.

Paramos en un semáforo.

—Nada como leer *Mi lucha* en su idioma original, ¿ah?

No se rio ni dijo nada. Un tipo frío.

Enfilamos avenida Tobalaba pasándonos la botella y en algún punto empezamos a viajar de forma paralela a los cerros. Claudio había tomado algún atajo que yo desconocía y estábamos ya muy arriba, en algún lugar de La Reina, Peñalolén o quizá La Florida. Saqué el papel donde había anotado la dirección de Torres.

—Creo que la calle debería estar a la derecha.

—Conozco la dirección —dijo Claudio.

Lo miré.

—¿Conoces la dirección?

—Es la casa del senador Torres, ¿no?

—Bueno…, sí.

—La última vez que Morgenstern estuvo en Chile, Torres le organizó una despedida en el mismo lugar.

No recordaba haber mencionado a Morgenstern. Ni a Torres.

—¿*Conoces* a Stephan Morgenstern?

—Claro. Me he leído todos sus libros.

Me explicó que participaba en un foro de internet, un foro sobre armamento e historia militar. Por supuesto, había una sección dedicada a los criminales y simpatizantes nazis que habían huido a Latinoamérica después de la guerra. Por supuesto, se especulaba sobre las aventuras y desventuras de Bormann, Mengele, Eichmann. Por supuesto, se mencionaban nombres como Walter Rauff y Stephan Morgenstern. Sin embargo, el tema candente del momento era un conjunto de construcciones navieras (embarcaderos, muelles, astilleros) que los antiguos colonos alemanes habían dejado repartidas por los lagos y ríos del sur de Chile. Eran construcciones monumentales, formadas por piezas de madera ensambladas entre sí sin un solo clavo o tornillo, solo tarugos fabricados a partir de la misma madera dura y milenaria. En su mayoría databan de finales del siglo XIX y, aunque muchos de los ríos de la zona nunca habían llegado a ser navegables, formaban una especie de circuito. Décadas de obras públicas y remodelaciones (y varios terremotos y maremotos) habían pasado por su lado dejándolas intactas, más que nada debido a que resultaba imposible destruirlas. Muchos dueños de los terrenos donde se encontraban habían intentado acabar con ellas. Las piezas de madera encajaban unas con otras mediante un complejo sistema de pestañas cuya técnica se había perdido en el tiempo. Habían probado a socavar los pilotes y cimientos, pero estos parecían prolongarse bajo tierra de forma inacabable. Los más porfiados habían cavado hasta los cinco metros de profundidad, a través de una gruesa capa de lodo y grava, hasta un lecho de pedruscos volcánicos, para terminar claudicando. Alguien le había prendido fuego a una de ellas. Las

llamas se habían limitado a dañar la parte superior y solo de forma superficial. Los gruesos maderos de vetas nudosas y apretadas, humedecidos por casi un siglo de estar junto al agua, se consumían muy lento y terminaban por apagarse. Los miembros del foro organizaban excursiones y acampadas en los lugares donde se emplazaban las obras más importantes, en las cercanías de Osorno. Imaginé a Claudio conduciendo por la ribera de un lago sureño, esperando divisar algún tipo de ovni —un ovni acuático, quizá—, con su colchoneta y sus mantas amontonadas en la parte trasera del furgón.

Agarré el manubrio con una mano —la otra sostenía la botella— mientras Claudio me mostraba una foto en su teléfono. Parecía una especie de establo de troncos oscuros arrimado a la orilla del agua.

—Hace veinte años que un proyecto de ley para declararlos monumentos nacionales duerme en el Congreso. Parlamentarios de distintos partidos se turnan para reponerlo y rechazarlo, nadie sabe bien por qué.

Se quitó los lentes descubriendo unos ojos azules descoloridos y un tanto desorbitados que me miraron persuasivamente. Yo mismo no me sentía muy cuerdo que digamos, camino a entrevistar a un antiguo habitante de Colonia Dignidad. En el fondo, hacíamos una bonita pareja.

Nos abrió una mujer de unos sesenta años, vestida con una especie de túnica hindú verde y una cadenilla con la figura de un elefante orejón que le colgaba más o menos a la altura del ombligo.

—¡Pasen, pasen! —dijo con una sonrisa chispeante.

Por el tono en que lo dijo era como si la humanidad completa estuviese invitada a la fiesta. Y quizá lo estaba, ya que ni siquiera nos preguntó nuestros nombres. La puerta era una sencilla malla de alambre a un costado de un camino pedregoso. Los guardias armados y los ex guerrilleros nicaragüenses no debían de andar muy lejos. Cruzamos un patio de tierra apisonada flanqueado por algunos arbustos, hasta una casita de madera. Las pequeñas ventanas resplandecían en medio de la luz menguante. A medida que nos

acercábamos noté que la casita había sido sometida a toda clase de intervenciones arquitectónicas. Altillos, claraboyas, una suerte de plataforma en la parte superior. No tuve que adivinar: un balcón con sillas reclinables y un telescopio… *para observar las estrellas*.

La mujer señaló un pasadizo lateral formado por la vegetación y entró en la casa. Una vez en el patio trasero, Claudio y yo nos abrimos paso entre los invitados.

—¿Cuál es Morgenstern? Cuál?

—Tranquilo —dijo Claudio.

De alguna forma, había logrado contagiarme su ocultismo. Ahora yo también quería conocer los secretos, ser un iniciado. El patio estaba repleto. Justo en medio había una fogata enorme. Las llamas habían chamuscado las hojas de los árboles más próximos y se curvaban peligrosamente hacia las ramas. A nadie parecía importarle. Nos cruzamos con el senador Torres y le dirigí una mirada de desprecio, pero creo que no me reconoció. Claudio me tiró de la manga y señaló a una mujer de unos cincuenta años que estaba de pie junto a la mesa de las bebidas.

—Es la traductora —dijo.

—¿Qué traductora?

—Tradujo el último libro de Morgenstern del alemán.

Haberlo sabido, pensé. Me habría ahorrado al secuestrador de niños. Claudio me vio ir hacia allá.

—¿Quieres hablar con ella?

—No. Quiero un trago.

De pronto, Claudio me tomó del brazo.

—Mira.

Seguí su mirada hasta un grupo de mujeres que se arremolinaban en torno a un sujeto alto y corpulento. Allí estaba Stephan Morgenstern. Usaba una boina oscura, pequeños lentes redondos y una pipa de madera que brotaba de un bigote rubio, largo, desordenado y ralo. Una especie de aventurero de biblioteca. Hablaba con aire galante y cegatón y de vez en cuando se agarraba los pantalones y se los tiraba hacia arriba.

Claudio hurgó en el bolsillo de su casaca y extrajo un libro

semienrollado. Una gastada edición alemana del último libro de Morgenstern.

—Espérame aquí —dijo sin apartar la mirada del coro de mujeres—. Vuelvo en cinco minutos.

Giré alrededor de la mesa de las bebidas alzando botellas y devolviéndolas a su lugar. Pensé en seguir con el vodka. Mientras echaba hielo en un vaso, me fijé en la traductora. No parecía el tipo de persona acostumbrada a este tipo de fiestas, pero había en su rostro una sonrisa tranquila y formal. Se quedaría hasta una hora prudente y luego se iría. Sostenía un vaso vacío.

Señalé las botellas.

—¿Le sirvo algo?

—No, gracias. No bebo —dijo.

—¿Alguna razón en particular?

—Me mareo y me pongo a hablar tonterías.

—Me pasa lo mismo.

Vertí una generosa cantidad de vodka en mi vaso. Agarré el jugo de naranja.

—¿Jugo?

Asintió educadamente. Llené su vaso, luego completé el mío. Brindamos con una silenciosa reverencia y nos volvimos hacia la multitud.

De pronto, alguien me agarró del brazo y del codo y del cuello y se abalanzó sobre mí y me cayó encima. Era Claudio. Parecía muy borracho. La gorra y los anteojos habían volado. Le costaba respirar. La traductora me miró espantada.

—Mi intérprete —dije tratando de sonreír.

Agarré a Claudio y lo arrastré hasta un árbol cercano, un viejo y frondoso sauce. Lo senté en una banca.

El vodka o lo que fuera se le había subido a la cabeza muy rápido. Por un momento pensé que podía haberse metido algo más, pero descarté la idea. Si se había metido algo sin compartirlo, era una rata asquerosa.

Le di unas palmaditas en la mejilla, pasándome un poco de la raya para luego volver a hacerlo con suavidad. Claudio habló en algo que

sonaba a alemán.

—Claudio, no te entiendo.

Se apartó el pelo de la cara y siguió hablando en su alemán champurreado.

—¡CLAUDIO, HABLA EN ESPAÑOL!

Guardó un temeroso silencio y sus ojos enfocaron el aire que había entre nosotros, luego me miraron. Una gran sonrisa infantil se dibujó en su rostro.

—Stephan Morgenstern me dio su autógrafo.

—Fantástico, fantástico —dije sacudiéndole una mancha de tierra de la casaca.

—Hablé con Stephan Morgenstern…

La botella que habíamos vaciado en el furgón y el contacto directo con uno de sus ídolos se habían mezclado en su cabeza en un placentero acceso de devoción histérica.

Mi bisabuela decía que, antiguamente, la gente que sufría de dolor de cabeza o alguna molestia similar se sentaba bajo un sauce hasta que se sentía mejor. Más tarde se había descubierto que los sauces secretaban ácido acetilsalicílico, el principio activo de la aspirina. Pero ni todas las aspirinas de ese viejo sauce habrían bastado para recomponer al pobre Claudio.

Lo agarré de los hombros y lo miré a los ojos.

—Claudio, escucha. Necesito que estés sobrio. Necesito hablar con Hoppe, ¿entiendes?

Sus ojos vagaron, perdidos en las copas de los árboles.

Traje un jarro con agua de la mesa, llené un vaso y se lo pasé. Se lo tomó de un tirón. Volví a llenar el vaso. Esta vez tardó un poco más.

—¿Te sientes mejor?

Eructó cubriéndose la boca con el dorso de la mano.

—Sí.

Respiró hondo y sacudió la cabeza. Luego se inclinó hacia delante y desanudó una de sus zapatillas. Volvió a anudarla y repitió la operación con la otra.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a trotar una vuelta alrededor de la manzana.

—Me estás…

—Tengo que estar sobrio, ¿no?

Nos incorporamos al unísono. Claudio empezó a hacer ejercicios de elongación. Se dobló por la cintura y estiró los brazos hasta tocarse las puntas de los pies.

—¿De verdad crees que funcione?

—No te preocupes. Vuelvo en cinco minutos.

Observé a Claudio alejarse en dirección a la puerta de entrada con paso tambaleante. Ya era la segunda vez que le escuchaba decir «Vuelvo en cinco minutos». Lo imaginé subiendo al furgón, metiendo la llave en el contacto y acelerando calle abajo.

—¡Oye, Claudio! —le grité.

Se volvió. Hizo un gesto con ambas manos, como diciendo «Yo me encargo», dio media vuelta y terminó de perderse entre la gente.

Regresé a la mesa de las bebidas. La traductora se había ido. La tarde había dado paso a la noche. Me hice un trago fuerte y me senté en la banca abrazado por las ramas del sauce.

Al cabo de unos minutos vi a Claudio acercarse. Parecía sereno bajo la luz de los faroles de papel que colgaban por todo el patio. Traía puesta la gorra y los anteojos oscuros y había recuperado ese aspecto frío y peligroso, como un cuchillo guardado en un cajón. Me puse de pie.

—¿Dónde está?

—Allá —dije señalando en dirección al otro extremo del patio.

Allí estaba Klaus Hoppe, piernas largas, brazos largos, cuello largo y quebrado a la altura de la nuez, sentado a una de las mesas, encorvado mientras conversaba con una mujer. En un universo paralelo, Hoppe podría haber sido un chileno como cualquier otro. Aunque estaba algo por encima del promedio nacional en cuanto a estatura, tenía la piel morena y el pelo prácticamente negro. Había sido adoptado por los colonos luego de que su madre, una campesina del Maule, muriera durante el parto en el hospital de la colonia. Los colonos le habían puesto uno de los doscientos cuarenta y seis

nombres, y uno de los ciento noventa y dos apellidos presentes en la colonia, y con el paso de los años Klaus Hoppe había llegado a convertirse en todos los aspectos en un perfecto colono alemán, incluyendo una dentadura algo desordenada, formada por piezas alargadas y de un amarillo translúcido.

Como muchas víctimas de la represión que se habían ido del país, cada tres o cuatro años Hoppe visitaba Chile y se entrevistaba con media docena de personas a propósito de casos de atropellos a los derechos humanos, abogados o familiares de detenidos desaparecidos, ejecutados y prisioneros políticos relacionados con Colonia Dignidad, y cada tres o cuatro años se marchaba y luego regresaba y se marchaba y regresaba otra vez y las preguntas no parecían agotarse.

La mujer dijo algo y Hoppe nos obsequió a todos con una sonora carcajada germánica.

—¡HA HA HA HA HA!

Entonces la mujer se puso de pie y se alejó en dirección a la casa. Era el momento. Claudio se adelantó y se dirigió a Hoppe en alemán. Hoppe escuchaba con una sonrisa cortés. Me dio la impresión de que no tenía idea de lo que Claudio le estaba diciendo. Articuló un par de frases asintiendo con amabilidad, luego Claudio agregó algo más y Hoppe se cruzó de brazos y me miró.

—Dice que no tiene inconveniente en contestar algunas preguntas.

Junté las manos en señal de agradecimiento. Luego me volví hacia Claudio.

—Bueno, el tema es el siguiente… —Me llevé una mano a la sien. De pronto todo el asunto me parecía una soberana estupidez. Tragué un desesperado sorbo de vodka naranja, casi masticándolo, y continué —: En los testimonios de varios colonos aparecen unas palabras…

Hoppe me interrumpió.

—Pregunta si leíste su libro —tradujo Claudio.

Miré a Hoppe, luego a Claudio.

—Sí, dile que sí —dije atolondradamente. Luego, volviéndome hacia Hoppe—: SÍ, SÍ.

Asintió complacido. Intenté retomar el hilo.

—Son palabras del idioma particular de la colonia.No tienen

traducción al español ni al alemán,así que es imposible…

Hoppe volvió a interrumpirme.

—Pregunta si te gustó su libro —dijo Claudio.

Hoppe esperaba mi respuesta. Me dirigí directamente a él.

—SÍ. LIBRO BUENO. LIBRO BUENO —dije asintiendo con la cabeza.

Hoppe sonrió. Acto seguido alzó su vaso y lo vació de un trago. No estábamos avanzando mucho y el tiempo se agotaba.

—La cosa es que anoté algunas de estas palabras y me gustaría saber si sería posible… —Hoppe me observó sacar mi libreta azul y escarbar en las pequeñas y angostas páginas del reverso. Esbozaba su vampiresca y traviesa sonrisa de granjero alemán—. Voy a leer unas palabras y me gustaría que me dijera qué significan.

Claudio tradujo, Hoppe aprobó con un gesto y empecé a leer la lista de palabras. Leí como pude, sin saber cuál era la pronunciación correcta (en caso de que hubiera una pronunciación correcta). Hoppe contestaba y Claudio iba traduciendo de vuelta.

—Afortunado, suertudo. Un golpe de suerte.

—Zancadilla. También es una herramienta agrícola, una especie de azadón.

—Decepcionante. Una basura.

Hoppe parecía divertido por el hecho de que alguien le preguntara por todas esas viejas palabras, que de seguro no escuchaba desde hacía mucho. Entonces volví la página y leí la siguiente:

—*Pulono*.

Hoppe se enderezó en la silla. Me lanzó una mirada extraña. Exactamente la mirada de un niño que es sorprendido haciendo algo prohibido. Con voz grave y falta de aire, como a regañadientes, escupió dos palabras en su alemán masticado y sibilante:

—Los innombrables —tradujo Claudio.

—Pregúntale quiénes son los innombrables.

Claudio habló y tradujo:

—Los que no se pueden nombrar.

Le sostuve la mirada con aire hosco.

Claudio volvió a preguntar. Hoppe pronunció un par de frases, hizo una pausa, se rascó una oreja. Luego continuó. Esta vez las frases

fueron más largas. Pasó un minuto y Hoppe seguía hablando. Claudio asentía y de vez en cuando acotaba algo y Hoppe explicaba gesticulando con las manos. Entonces acabó.

Claudio miraba a Hoppe asintiendo con aire abstraído, como si calculara una cifra.

—¡No lo pulas tanto! —dije.

—No estoy seguro de si entendí todo, pero creo que es una historia que le contaron cuando niño, una historia que los adultos de la colonia les contaban a los niños. Según la historia, en ciertos lugares del asentamiento habitaban unas personas distintas, extrañas a los colonos. Estas personas estaban escondidas, vivían escondidas, pero a veces se dejaban ver. Llevaban capuchas negras sobre la cabeza y los adultos decían que se comunicaban en un lenguaje de gritos inarticulados. Los niños no debían acercárseles. Hoppe dice que en una o dos ocasiones creyó ver a un par de estas personas, pero era muy pequeño y no está seguro. De todas formas, al llegar a la adolescencia, a finales de los ochenta, ya no supo más de ellas. Un día bajó a un sótano abandonado repleto de piscinas o estanques y escuchó a alguien decir que allí era donde estos *Pulono*, estos innombrables, solían vivir.

Hoppe me miraba con rostro tranquilo. Asintió en silencio, como si dijera: «Así fue». Asentí a mi vez.

La erosionada página donde había anotado la lista de palabras crujió al cerrar mi libreta. Nos quedamos en silencio, Hoppe sentado, Claudio y yo de pie junto a la mesa. Los demás invitados seguían conversando y riendo a nuestro alrededor. Comenzaba a levantarse una ligera brisa nocturna.

De repente, Hoppe se inclinó hacia mí y empezó a hablar. Hablaba frenéticamente, haciendo girar los ojos y agitando las manos. Rellenó su vaso y siguió hablando. Claudio se dio cuenta de que Hoppe le estaba tomando la delantera y que pronto las ideas empezarían a escapársele, y comenzó a traducir de forma simultánea.

—Dice… dice que un día estaba con Schäfer en las duchas… no, en su dormitorio, después de haberse duchado, entonces… Entiendo. Schäfer se había ido y Hoppe estaba solo en el dormitorio de

Schäfer… Se puso a husmear en las cosas de Schäfer, en los cajones de una cómoda… Había un álbum de fotos, eran fotografías de… Ya… De Schäfer cuando niño… Un álbum fotográfico que la madre de Schäfer había hecho en Alemania, había pegado fotos y había anotado detalles sobre los progresos del niño, sus juguetes, sus primeros pasos, un perro que tenían, un *Dachshund* de nombre Tier… Una de las imágenes mostraba al pequeño Schäfer de pie y muy serio, con un parche negro cubriéndole un ojo, como un niño disfrazado de pirata, con la leyenda *Pauli*, que era como lo llamaba su madre. En otra fotografía, más antigua, el bebé Schäfer aparecía llorando en su cuna. A un lado, la madre había anotado las primeras palabras del niño, eran… balbuceos, palabras inventadas que Schäfer repetía según su estado de ánimo, una especie de vocabulario infantil… Una era *Polikale*… El pequeño Schäfer la decía cuando se reía, cuando algo se le antojaba agradable, alegre. La madre la había adornado con un arcoíris. Y estaba la otra palabra. Schäfer la decía cuando algo le desagradaba, cuando algo le parecía feo, maligno. Junto a ella, la madre había dibujado una nube gris. Esa palabra era *Pulono*.

La fiesta siguió, más o menos. Me caí y embarré los pantalones buscando a los guardaespaldas nicaragüenses entre los matorrales y Claudio se sentó junto a Hoppe para preguntarle cosas y publicarlas en su foro de internet y Stephan Morgenstern iba de un lado a otro discurseando y subiéndose los pantalones a tirones. Luego la mujer de la túnica verde apareció en medio del patio, se paró cerca de la fogata y empezó a hablar. Hablaba de los solsticios y los equinoccios y de una danza capaz de sanar distintas enfermedades. Entonces, en medio del círculo de gente que se había congregado a su alrededor, levantó los brazos e hizo una demostración. Giraba lentamente sonriendo y balanceando las manos mientras su mirada iba posándose en los rostros que la rodeaban. La danza tenía su propio compás; no calzaba con la música que sonaba de fondo. De pronto, al cruzar los pies para completar un giro, sus zapatillas de bailarina se enredaron en la túnica. Se tambaleó alzando los brazos, como una damisela que sufre un repentino desmayo, y habría dado con la túnica en el suelo si

Morgenstern no hubiera aparecido en el último momento, con la pipa colgando del bigote, para atraparla. Se contemplaron el uno al otro, muy cerca, con rostros congestionados, y el público estalló en aplausos. Cuando volví a mirar, Claudio y Hoppe seguían hablando. Estaban más juntos que antes. De hecho, una de las piernas de Claudio estaba sobre el regazo de Hoppe, que la acariciaba con una mano.

Los pájaros cantaban alborotados, los insectos y otras alimañas copulaban en las ramas de los árboles, la primavera se aproximaba. Después de todo, quizá quedara algo de amor en el mundo… incluso para esa casa perdida en los cerros de Peñalolén.

Le di un par de golpes cariñosos al furgón de Claudio a modo de despedida y bajé por el camino de tierra hasta una plaza enorme y desierta a esa hora de la mañana, con aire de vieja plaza de pueblo, y seguí andando cerro abajo, mientras pensaba en las palabras de Hoppe. Sería un largo viaje hasta el llano. Pero me había llevado una botella para el camino.

4

Llegó otro martes y en el fascículo semanal de *Versos Universales* era el turno de Dante Alighieri y la *Divina comedia*. Dante emprendía un viaje por el Infierno y el Purgatorio y hacia el Paraíso. Las almas de los muertos se le acercaban y le hablaban. A través de él, les transmitían a los vivos sus desdichadas historias a modo de lección o les pedían que rezaran por ellos o sencillamente les enviaban saludos. Pasé las páginas sentado en el sofá de la recepción mientras los muertos insistían con sus historias. Eran todos reyes, emperatrices, poetas, papas y grandes conquistadores. Dejé la revista en la mesita y me puse de pie.

El despacho privado de César era una austera oficina en la esquina del piso. Una desproporcionada mesa de reuniones ocupaba el centro y junto al ventanal había un escritorio con un sofá a un costado. En el otro rincón, más allá de un estante de libros, una puerta secundaria comunicaba directamente con las oficinas de Mate & Lancaster. Podías

entrar por ahí sin tener que cruzar la mampara y salir al pasillo. Entré por esa puerta cerrando tras de mí. Era un lugar agradable. Pero algo andaba mal. Había sido invadido. Las señales estaban por todas partes. Los practicantes habían estado allí, estudiando para sus certámenes o exámenes de grado o lo que fuera. Los libros cerrados apilados sobre la mesa, los autoadhesivos de colores pegados en las páginas formando coloridas escalinatas que subían y bajaban por las paredes de papel. El olor a colonia infantil.

Agarré un cojín y sacudí los papelitos de colores que cubrían el sofá, murmurando entre dientes mientras las notas autoadhesivas, profusamente escritas, salían despedidas en todas direcciones.

—Estos… mamones…

¡Paf!

—Memoriones…

¡Paf!

—… con sus compañeras y sus vestidos *cortos*… y sus *medias*…

Aporreé un poco más el sofá.

Uno de los papelitos no quería despegarse del respaldo. Dejé el cojín a un lado y lo arranqué de un tirón. Leí lo que decía:

LA ACCIÓN DE DESPOSEIMIENTO EN CONTRA DEL
USUFRUCTUARIO DEL INMUEBLE HIPOTECADO INTENTADA POR
EL ACREEDOR ADJUDICATARIO DE LA NUDA PROPIEDAD

Abrí la ventana y lo tiré a la calle. Respiré un poco más tranquilo.

Llevaba ya un par de semanas haciendo trabajitos por cuenta de César y el lugar se había convertido en una especie de refugio temporal. Quizá algún día César y yo tendríamos nuestra propia oficina: Alfaro y Zapata Abogados, en estricto orden alfabético. Sonaba bien. Sonaba como una firma poderosa que atendería todo tipo de casos, siempre con el más alto sentido de la justicia.

Alfa y omega.

Pero de momento mis compromisos con César habían terminado y estaba libre otra vez. Supuestamente yo trabajaba para Mate & Lancaster. Pero Mate seguía de gira por Tailandia o Indonesia o algún otro paraíso sexual y Lancaster debía de estar muy cómodo en su casa de campo en las afueras de Santiago y Aldunate había estado ausente

las últimas semanas, tal vez concibiendo algún nuevo caso situado en algún punto entre la realidad y la ficción. En el fondo, todos los casos comenzaban de la misma manera: con alguien que afirmaba que algo había sucedido de un modo y no de otro. Así que allí estaba yo, solo en aquella oficina imaginaria. Una oficina de abogados con un solo empleado encargado de un único caso.

Había seguido leyendo sobre Colonia Dignidad y sobre Monte Maravilla, preguntándome qué era lo que designaba ese nombre. Al parecer se trataba de un centro de detención secreto, ubicado en el interior de Colonia Dignidad, un campo de trabajos forzados, como sugería el testimonio de Helga Stein y como había insinuado el ex colono Hoppe (*Pulono*, los innombrables, *intraducible*, *intraducible*), y puede que de exterminio. De todos modos, era obvio que habría sido desmantelado hacía mucho. Según Gladys Marín, no era más que una fosa común, un osario clandestino arrimado a la ladera de un cerro. Gladys Marín había seguido el rastro de las sustancias utilizadas para terminar con la vida de su esposo desaparecido y ese rastro la había conducido a Colonia Dignidad y a Monte Maravilla. Tal vez remitiera a un paso cordillerano, una milagrosa y casi mítica vía de escape (como Monte Esplendor en la historia de *El enclave*, aunque, como me había preocupado de consignar en mis anotaciones, *El enclave* no era más que fantasía), o simplemente a un accidente geográfico, un promontorio o elevación del terreno (o un hito cualquiera: el meandro de un río o un cruce de caminos llamado así por los lugareños), aunque había estudiado los mapas de la zona sin encontrar nada con ese nombre.

A pesar de mis esfuerzos y mis exitosas averiguaciones en la fiesta del senador Torres, por las que todavía me felicitaba a mí mismo, había alcanzado un límite muy real: me había quedado sin material de lectura. Después de combinar las palabras en una sucesión infinita de ingeniosos términos, las búsquedas de internet habían empezado a arrojar los mismos resultados o resultados que no tenían nada que ver con el tema. Había releído el libro de Morgenstern, sin encontrar nada nuevo. Hasta Nikos Beltan, el autor de *El enclave*, había abandonado hacía tiempo la ficción «inspirada en hechos reales» para dedicarse de

plano a las novelas sobre pirámides antárticas y naves extraterrestres. Había terminado paseándome por los pasillos del subterráneo, deslizando los dedos por los costados de las cajas de cartón cerradas, como si esperara captar alguna información por osmosis.

Monte Maravilla aguardaba dentro de Colonia Dignidad, el más remoto y desconocido centro de detención de la dictadura, como una cripta dentro de una cripta, como un pozo en el fondo de un pozo.

Hallar información novedosa sobre un detenido desaparecido era, ya de por sí, una empresa improbable, pero yo me las había arreglado para encontrar una empresa aún menos probable: hallar información novedosa sobre Colonia Dignidad y, dentro de ella, sobre Monte Maravilla. Por supuesto, especular sobre Colonia Dignidad era *mucho* más interesante que especular sobre Carranza y hacerlo sobre Monte Maravilla era *muchísimo* mejor. Sobre la desaparición de Carranza se sabían algunas cosas; sobre Colonia Dignidad, unas pocas, muy dispersas. Pero sobre Monte Maravilla no se sabía casi nada.

¿Y si Carranza había estado allí? ¿Y si había visto o había pasado por ese punto o lugar o lo que fuera? ¿No podría él comunicarme, de alguna forma, a través de alguna frecuencia especial o mecanismo esotérico, qué era o cómo era Monte Maravilla? ¿No podría él conducirme hasta allí?

Por lo poco que sabía, probablemente hubiera sido un lugar espantoso, lleno de cadenas, sangre seca, cal y huesos pulverizados. Sin embargo, otra parte de mí no dejaba de evocar imágenes diferentes cuando pensaba en su nombre. Monte Maravilla aparecía como un prado verde y ondulado. Una colina cubierta de hierba, quizá ya despojada de nieve, fragante en medio de la primavera anunciada no hace mucho por los tempranos aromos florecidos. A ratos, Monte Maravilla podía ser, como su nombre lo sugería, un vibrante campo de girasoles mecidos por el viento. Monte Maravilla era el paño verde que Carranza atravesaba en la fotografía que colgaba en la mesa de dibujo, ese panorama, esa diminuta escenografía hurtada por la cámara, llena de luz, que envolvía a Carranza mientras iba liviano y sonriente, con la claridad del sol surgiendo a su espalda como un pájaro dorado y terrible que se hubiera posado sobre su hombro.

Me dejé caer en la silla y rodé hasta el computador. Arrastré el ratón sobre la madera del escritorio y el puntero revoloteó por encima de las carpetas que copaban la pantalla. Eran las carpetas de nuestra nueva cartera de cobranzas, que habían comenzado a colarse desordenadamente en los computadores conectados en red conforme Boris y yo las íbamos ingresando en el sistema. Nadie sabía por qué o cómo las carpetas reales se habían transformado en esos dibujitos cuadriculados de apariencia amigable. Al final habíamos tenido que suspender la tarea, al menos hasta que Osorio regresara y nos diera una mano. Hice clic sobre una de ellas manteniendo el botón presionado y la arrastré hasta meterla en una carpeta vecina. Repetí la operación seis o siete veces y contemplé mi obra, satisfecho.

Entre las apretadas columnas de carpetas amarillas me topé con el archivo de texto que contenía la historia de Octavio Rivadeneira. Se había borrado por completo de mi memoria y por un momento me sentí transportado a mis días de tomar el bus a Talagante todos los miércoles. En un comienzo, Rosa se había conformado con mi explicación inicial sobre estar recopilando información acerca de un caso de desaparición forzada reabierto recientemente. Sin embargo, con el correr de las semanas, había empezado a hacerme preguntas. Yo le había dicho que la persona a la que estaba buscando se llamaba Octavio Fernández y más tarde que era tipógrafo y la semana siguiente que había nacido en San Fernando. Cada vez que salía de la casa de Rosa después de una de nuestras entrevistas, me apresuraba a sacar mi libreta azul y garrapateaba a toda prisa lo que fuera que me hubiese visto obligado a inventar durante la conversación. Así nació Octavio Rivadeneira. Más adelante, cuando los datos se volvieron demasiado abundantes (y en ocasiones contradictorios, como el apellido, que tuve que cambiar), decidí ponerlo todo por escrito y guardarlo en aquel archivo de texto. No tenía idea de dónde había sacado el nombre Octavio, no conocía a ningún Octavio. En cuanto al apellido, supongo que era una deformación involuntaria del segundo apellido de Carranza (Rivas). O quizá la actriz chilena tuviese algo que ver en el asunto. Como fuera, a partir de ese momento Octavio Rivadeneira pasó a tener una suerte de vida propia, en mis

conversaciones con Rosa y en ese archivo conformado por nombres, fechas y lugares sacados un poco de todas partes.

Rivadeneira había sido detenido en casa de su padre en San Fernando por un tal Aldunate, Humberto Aldunate, oficial de Ejército, el 13 de octubre de 1973. Habían presenciado la detención su hijo César y su madre Andrea Lorca (sí, César y Andrea). El primer *habeas corpus* en su favor había salido de la máquina de escribir de Anselmo Correa y había sido presentado el 5 de febrero de 1974. Declararon en el caso: su hijo, su madre y el jefe de Rivadeneira, Boris Gómez. Según el testimonio de este último, dos sujetos vestidos de civil se habían presentado en las oficinas regionales del periódico *La Opinión*, donde trabajaba Rivadeneira, preguntando por él un día antes del arresto.

Las medidas judiciales en su favor se sucedieron según el esquema habitual. El recurso de amparo fue rechazado en San Fernando para ser repuesto y rechazado de nuevo dos años más tarde. Un testimonio aislado (de un tal Drago Acuña, empleado de ferrocarriles) vinculaba a Rivadeneira con el oscuramente célebre Vagón 66, un vagón de carga que, enganchado al convoy de pasajeros que cubría la ruta Santiago-Talca, se utilizó entre 1973 y 1974 para el traslado de detenidos.

Transcurrida una década, en 1983, el estudiante de Odontología de la Universidad de Concepción Efraín Sanhueza se enteró de que debía conseguir un cráneo humano para el ramo de Anatomía dictado por el profesor Federico Beckerman. Tras hablar con sus compañeros de los niveles superiores, decidió seguir el procedimiento habitual: pagar a un panteonero para que le consiguiera un cráneo de la fosa común. La noche en que Sanhueza se presentó en el cementerio de Concepción, el panteonero era un tipo viejo, con todas las características propias de un guardián de cementerio: pálido, nervudo, de ojos verdes o azules, quizá solo grises, voz aguda, chillona, vestido con ropa gruesa a pesar de la estación cálida, como si tuviera que protegerse de una clase particular de frío, más crudo y penetrante. Según el testimonio de Sanhueza, tras pagar la suma convenida por teléfono días antes, recibió el paquete de las manos del sepulturero, un objeto envuelto en un trozo de tela. Contenía un cráneo humano en perfecto estado, con la quijada metida bajo la mandíbula superior como una delicada

gaveta de marfil. Pero no tenía dientes. Se lo hizo ver al panteonero, que ya lo miraba con el ceño fruncido.

—Estudio Odontología. Necesito los dientes.

El panteonero (posteriormente identificado como Calixto Ortega Chandía) le dijo que podía conseguirle un cráneo con dientes, pero que, desde luego, iba a costarle más caro. Discutieron el precio, que a Sanhueza le pareció aceptable, y entraron en las calles interiores del cementerio y luego en sus senderos más estrechos, hasta alcanzar el muro que señalaba el límite sur del camposanto. Ortega se agachó para pasar por la abertura que dejaba un panel de concreto ausente, seguido por Sanhueza, y ambos se irguieron bajo la noche de Concepción. Caminaron entre la maleza subiendo una colina. Ortega se detuvo junto a un montón de tierra suelta. Bajo la tenue luz de la luna, el terreno aparecía surcado por huellas de ruedas y orugas de maquinaria. Aparentemente, estaban preparando el lugar para acoger una ampliación.

—Ayúdeme —dijo Ortega.

Sanhueza se acercó y escarbó con las manos. A poco andar, apareció un hueso. Era una fíbula, alargada y esbelta. Siguieron removiendo la tierra húmeda. Ortega giraba la cabeza para espiar en todas direcciones. Los dedos de Sanhueza se toparon con otro hueso que asomaba entre el barro. Parecía una parte de un coxis. Al extraerlo notó que estaba enganchado. Algo, tal vez la raíz de una planta, le impedía sacarlo. Tiró con más fuerza y lo que fuera que retenía el trozo de coxis cedió a tirones. Sanhueza se quedó con el hueso en la mano. De él colgaba una floja y ondulante sección de alambre de púas que iba a hundirse en el barro. El alambre estaba retorcido y de las púas pendían terrones unidos por pelos. Ortega miró a Sanhueza un segundo, y ambos siguieron removiendo la tierra, ahora más deprisa. Afloraron más huesos. Sanhueza reconoció las señales de impactos de bala en varios de ellos, incluso encontró un proyectil incrustado en la cabeza de un fémur, con el clásico giro descrito en los manuales de medicina forense. La parte trasera de la bala se había hundido en el hueso, mientras que la punta asomaba hacia afuera como un colmillo metálico. Miró a Ortega.

—No se preocupe. El cráneo está entero.

Sacaron otros huesos astillados y unidos por trozos de alambre, hasta dar con el cráneo. Como había dicho Ortega, estaba en perfectas condiciones, con todos sus dientes, aunque la mandíbula inferior parecía atascada. Nada que no pudiera arreglarse. Regresaron caminando a través de la hierba, cruzaron el muro, anduvieron por los senderos y calles del cementerio, cada vez más luminosos, con el cráneo envuelto en un trozo de tela, y al llegar a la puerta se despidieron con un rápido apretón de manos.

En 1992 Sanhueza reveló, a través de un artículo periodístico publicado en el diario *La Época*, que cinco años antes había cotejado los restos de tres cráneos obtenidos en el cementerio de Concepción y posteriormente donados a la Facultad de Medicina (el suyo y los de dos de sus compañeros) con los registros dentales de por lo menos quince personas detenidas entre 1973 y 1976 en Santiago, San Fernando, Curicó y Talcahuano, cuyo rastro se había perdido. Los análisis señalaron dos coincidencias. Cuando se solicitó a las autoridades universitarias que entregaran los restos, aún guardados en los laboratorios universitarios, estos no se hallaron. Habían sido destruidos en 1988, cuando la universidad aún se encontraba bajo el control militar. De acuerdo con los registros de la Facultad de Medicina, «debido a que ya habían cumplido su ciclo de vida útil y se encontraban en un avanzado estado de deterioro». Los análisis de Sanhueza no tenían validez legal, puesto que no era un experto forense y los había realizado siendo todavía un estudiante.

La historia abundaba en detalles y continuaba, extendiéndose pantalla tras pantalla en el computador. Pero lo cierto era que ningún Octavio Rivadeneira había sido detenido en San Fernando ni había trabajado en el periódico *La Opinión* de la misma ciudad (cerrado en 1969), ni había viajado en el célebre Vagón 66 entre 1973 y 1974 (existían testimonios solo respecto a dos personas, ambas mujeres), ni sus restos habían sido identificados por el estudiante de Odontología Efraín Sanhueza como parte de las osamentas exhumadas ilegalmente en el cementerio de Concepción en 1983 (ninguna de ellas coincidente con personas detenidas en San Fernando), las que tampoco habían

sido utilizadas por los estudiantes de Odontología y Medicina hasta su destrucción por órdenes de las autoridades universitarias en 1988. Octavio Rivadeneira nunca había existido. La única persona real cuya historia podría haber coincidido, de forma aproximada, con la suya era una profesora de Castellano de Curicó que seguía desaparecida. Octavio Rivadeneira no era más que un personaje que yo había inventado y archivado en ese largo pastiche judicial, ahora inútil.

En el ventanal empezaba a oscurecer. Con la mano aún posada en el ratón, pensé en la página web del Ministerio de Justicia en la que me había registrado el día anterior para descargar unos formularios y en la que había usado el nombre y el apellido de Octavio Rivadeneira. Durante los últimos meses, había estado utilizando su nombre, pero sobre todo el de Esteban Carranza (y, a veces, combinaciones y variaciones de ambos), para registrarme en los sitios que solicitaban alguna identificación (sitios de compras, un blog de cocina mediterránea, un portal de tecnología e incluso una casilla de correo, creada para recibir todo el correo basura).

Cuando cerré el archivo, la pantalla había vuelto a llenarse de brillantes carpetas con los nombres de nuestra cartera de cobranzas. Me encogí de hombros. Arrastré el archivo con la historia de Octavio Rivadeneira hasta la papelera de reciclaje y apagué el computador.

5

Esa noche, estaba sentado en el estudio cavilando sobre nada en particular cuando una sombra atravesó el living. Había dejado la puerta abierta y los tubos fluorescentes proyectaban una alargada franja luminosa sobre la alfombra de la habitación contigua, por lo demás sumida en la penumbra. Un gato apareció en el umbral de la puerta.

Era un gato de pelaje blanco con manchas pardas y un irregular antifaz negro sobre los ojos. Dio un par de vueltas, estirando y recogiendo las patas, antes de sentarse y clavarme la mirada.

Que yo supiera, solo uno de mis vecinos, el viejo verde del cuarto

piso, tenía un gato. Un gato gordo y gris que apenas se dejaba ver por el edificio. Pero este no era el gato del vecino. Además del pelaje blanco manchado, tenía un aspecto más joven y despierto. Debía de haberse colado por alguna ventana abierta, probablemente la del cuarto de al fondo, que mi acueducto casero, mi solución transitoria a las goteras, me obligaba a mantener entornada. O tal vez la del baño.

Los ojos del animal estaban fijos en mí.

Seguí sentado ante mis papeles y al cabo de un rato me harté. Me puse de pie y me acerqué a la puerta con paso amenazante. El gato me miraba como si nada. A mitad de camino cambié de plan. Me quedé quieto y luego anduve hacia atrás. Pensé que sería lo más extraño que un gato podía llegar a ver: un ser humano caminando de espaldas. Quería asustarlo, joderle la cabeza. Pero el animal no mostró la menor sorpresa. Siguió sentado en el mismo lugar, en medio de la silueta de luz que arrojaban los tubos fluorescentes, como si ese espacio le hubiera pertenecido desde siempre. Se había convertido en una esponjosa bola de pelo, la cabeza hundida en el espeso pelaje y las patas delanteras asomando por debajo del telón blanco de su pecho como dos mullidos alfileteros.

Dormitaba bajo el resplandor vibrante. De pronto, ya no me pareció tan inofensivo.

Pensé en los gatos de mi abuelo. En la gata y los tres gatitos que vivían en el patio del departamento y que habían desaparecido poco después de mi llegada. Se habían ido dejando abandonados entre las macetas rotas los tiestos de plástico que mi abuelo usaba para darles de comer. La gata tenía el pelaje blanco. Si este era uno de sus gatitos, no había manera de saberlo.

Pasé frente al animal apagando la luz del estudio y entré en el dormitorio cerrando la puerta. Más tarde, al despertar de una pesadilla, me pareció que aún lo oía ronronear.

6

Mi abuelo murió a causa de las complicaciones de una diabetes que

arrastraba desde hacía décadas. Durante sus últimos años se volvió hosco y tiránico. Estaba postrado y lo cuidaba una enfermera pagada por su hermana y mi madre. No quería ser acompañado ni visitado. La última vez que lo vi, dos años antes de su muerte, me sermoneó por mi incapacidad para encontrar «un trabajo decente» (ironía o no, meses más tarde yo comenzaría a trabajar de manera formal en Mate & Lancaster, después de un largo período de prueba). Hacía más de dos décadas que se había separado de su segunda esposa (la copropietaria del departamento), tras un matrimonio breve y sin hijos, aunque legalmente seguían casados. Era alto y delgado y siempre había usado el pelo canoso peinado hacia atrás y engominado, formando una especie de casco de plata.

Nunca le oí hablar de sus ideas políticas, si es que las tenía, salvo por una historia que contó una vez, sobre una asamblea o debate público que terminó con uno de los oradores desgarrándose la pechera de la camisa y con su contrincante arrojándole un tintero que se estrelló contra su cabeza manchándole la ropa con tinta verde y dejándolo inconsciente. Supongo que esto ocurriría en alguna era remota.

Partió como dibujante técnico, haciendo croquis de antiguas rejas de hierro forjado en La Serena y de palacios decimonónicos del centro de Santiago —ignoro con qué fin— y más tarde llegó a ser funcionario del Ministerio de Obras Públicas durante los gobiernos de Jorge Alessandri Rodríguez y Eduardo Frei Montalva. Se acercaban los años sesenta. En la facultad de Arquitectura donde hacía clases, los estudiantes sacaron de la biblioteca las plantillas grecorromanas, inabarcables y apolillados pliegos de papel de arroz que se empleaban como modelos para dibujar columnas y capiteles siguiendo los estilos clásicos —*jónico*, *dórico y corintio*—, y las quemaron en el centro del patio. Las escuelas públicas y nuevas urbanizaciones no tendrían columnas ni capiteles grecorromanos.

Mi abuela había muerto en un accidente automovilístico y mi abuelo había vuelto a casarse.

Entonces lo atacó la diabetes. Existían antecedentes médicos en la familia, aunque los doctores dijeron que el brote había tenido un

componente nervioso (la versión familiar deslizaba la idea de que el principal detonante de la enfermedad, aparte de la muerte de mi abuela, había sido la situación del país, sin aclarar si con ello se refería al golpe militar, a los años inmediatamente anteriores al golpe o al período completo). Le dieron dos años. En realidad, no pensaron que fuera capaz de obedecer el estricto régimen de vida necesario para contrarrestar la enfermedad (ya entonces era un tipo porfiado). Por esa época pocos diabéticos lo lograban. Pero mi abuelo siguió las instrucciones al pie de la letra, compró un montón de libros y revistas médicas, los estudió a conciencia y al cabo de un año tenía la enfermedad bajo control (ya postrado, despotricaba contra los médicos: «¿Cómo pueden saber algo sobre mi enfermedad? Solo me ven cada tres meses. ¡Yo me veo todos los días!»). Nunca le oí decir nada en contra de Pinochet, a pesar de que el golpe lo había dejado sin trabajo (la oficina del ministerio en la que trabajaba dejó de existir) y décadas más tarde se vería obligado a pasar por un montón de papeleo para que sus años de servicio como funcionario público le fueran reconocidos en su jubilación. Realizó los trámites con total discreción y creo que con cierto pudor.

Abandonó el dibujo y siguió trabajando como tasador de bienes raíces hasta jubilarse.

Siempre fue un tipo serio y muy ocupado, pero en ocasiones demostraba un humor cáustico que cuando niño me causaba mucha confusión. Durante los almuerzos con mi madre, tras comentar alguna noticia aparecida en los diarios, por lo general noticias terribles que habían causado gran conmoción, sonreía encogiéndose de hombros y decía: «El mundo está al revés». Luego cambiaba de tema o seguía comiendo en silencio.

Me intrigaba esa frase. No creo que apuntara a que la realidad estuviese adulterada o que la humanidad marchase hacia la decadencia y la ruina inevitable. Por el tono que usaba, era como si estuviera sugiriendo que, por más que el mundo, torcido como estaba, fuera puesto de cabeza y devuelto a su posición original… seguiría estando al revés. Quizá era una forma de decir que nada importaba, pensaba yo, aunque sabía que mi abuelo estaba lejos de ser un tonto.

Con sus libros y su mesa de dibujo, probablemente era la persona más instruida que yo hubiera conocido. Tal vez era por eso que la frase y su oscura sabiduría me cautivaban de esa forma. Después de darle vueltas al asunto por un rato, me convencía de que en realidad no tenía importancia. Entonces mi abuelo se encogía de hombros y volvía a decir: «El mundo está al revés» y de alguna forma acertaba de nuevo.

Luego de su muerte, cuando la gata y los gatitos ya habían desaparecido, mi madre me preguntó si no había sentido ruidos extraños. Era su única hija y tras el funeral no había querido volver al departamento. Por mi parte, estaba muy mal de plata y mudarme a un lugar donde la luz, el agua y el gas eran los únicos gastos fue una especie de salvación. Ahora a menudo me preguntaba qué habría sido de mí los últimos meses, embarcado en mi caso fantasmal y viviendo de los trabajitos que lograba escamotearle a César, si mis gastos hubiesen sido los de una persona normal. De seguro habría puesto algo más de empeño en divorciar matrimonios y en despojar a perfectos desconocidos de sus tostadores eléctricos o de lo que fuera necesario. Otra cosa que me preguntaba era qué habría pensado mi abuelo de la fotografía de Carranza que colgaba en su mesa de dibujo, de Carranza mismo y del caso Mina Amarilla, y de mi ambiguo papel en todo el asunto. ¿Habría podido descartarlo con uno de sus despreocupados gestos de «El mundo está al revés»?

También recordé algo que mi madre me había dicho muchos años antes, una noche en que acabábamos de ver una película de terror en la que los muertos regresaban para perseguir a los protagonistas. Me dijo que no tenía por qué temer, que las únicas personas que podrían habernos visitado desde el más allá eran su madre, su tío y quizá ese primo lejano suyo que había muerto de una enfermedad. O sea, personas conocidas, parientes, seres queridos. ¿Y ellos por qué iban a querer hacernos algún daño?

7

Era pasado el mediodía cuando entré en el despacho común. Resultó que César tenía algo para mí. Un sobre que sacó de un frío cajón de su escritorio y que contenía un delgado manojo de billetes hirsutos y rugosos, como si se hubieran quedado en el bolsillo de un pantalón durante el lavado.

—Es la primera parte —dijo.

Era la plata de los contratos.

Y luego, con una sonrisa de misterio:

—Gracias por trabajar con nosotros.

Hice un recorrido rápido. Pagué el gas, el teléfono, la luz. Almorcé. Con las últimas monedas compré cigarrillos. Me senté en un banco y encendí uno. Había pasado una mala noche, pero el día había resultado provechoso pese a todo.

Más tarde, tomé el control remoto y me dejé caer en el sofá del living. Me había vuelto adicto a las series que transmitían pasada la medianoche. Detectives, expertos forenses, ejércitos de abogados esclarecían casos policiales gracias a una huella de zapato dejada en el barro o un cabello caído sobre la alfombra. Algunos casos databan de décadas. Eran tipos sagaces y disponían de la más alta tecnología, pero de vez en cuando se veían obligados a utilizar la fuerza bruta. Entonces echaban mano a sus pistolas o usaban sus puños. Me gustaban esas series. Tenía toda la noche para leer sobre crímenes que no se resolvían.

Las lluvias más intensas habían quedado atrás, pero yo había seguido, pese a todo, con mis lecturas. Un par de artículos publicados en revistas viejas que compré en calle San Diego me hicieron recordar la historia que César me había contado sobre el general Tomás Vera y la oficina encargada de regularizar la situación legal de los detenidos desaparecidos impulsada por este a principios de los ochenta.

En abril de 1978, Sergio Fernández asumió como ministro del Interior. Su primera medida fue la promulgación del decreto de ley 2191/1978, que establecía la amnistía general para los crímenes políticos cometidos antes del 10 de marzo del mismo año. Meses más tarde, anunció un nuevo decreto, que les permitiría a los familiares de

los detenidos desaparecidos invocar la figura legal de «muerte presunta» para solucionar sus problemas patrimoniales. Ninguna de las familias lo utilizó.

El año siguiente, Herman Brady, entonces ministro de Defensa, insistió en el aspecto patrimonial de la cuestión. Entrevistado por Elizabeth Subercaseaux para la revista *Rostros* de agosto de 1979, declaró:

«Yo comprendo la situación en que se encuentran los familiares de algunas de las personas que no están, y aun cuando tengo claro que las razones de estas desapariciones no son necesariamente las que se invocan, no puede dejar de inquietarme el drama que todo esto constituye. Hay muchos casos que son patéticos, y hay que arreglarlos. No se puede reparar totalmente el daño, porque las personas no aparecen, pero al menos habrá que mitigar el dolor de sus familiares dándole al problema una solución jurídica. No se han podido hacer posesiones efectivas de propiedades, no se han podido impetrar pensiones. Hay algunas personas que no se han podido casar o que no han podido retirar dinero del banco, porque si no se ha declarado la muerte presunta, tiene que ser el girador de la cuenta quien haga estas cosas. Por eso pensamos que tiene que haber una solución».

A partir de 1980, el régimen abandonó todo esfuerzo en la materia, al menos en términos oficiales.

Los únicos documentos existentes sobre la OREP, la Oficina de Regularización Patrimonial impulsada por el general Tomás Vera alrededor de 1981, se encontraban en la Biblioteca del Congreso Nacional, en la misma colección que albergaba los primeros borradores de la Constitución de 1980. Consistían en partidas presupuestarias para la contratación de personal (un abogado y dos asistentes sociales del Ejército), entre otros gastos, además de órdenes de compra de artículos de escritorio sin montos ni fecha. En el detalle de una de estas últimas, uno de los pocos documentos que contenía alguna información concreta, se podía leer: «A PEDIDO DE SERGIO BAEZA». El nombre de la oficina cambiaba de documento en documento, apareciendo alternativamente como Oficina de Regularización Patrimonial (en su sigla: OREP), Oficina de

Normalización Patrimonial (ONP) y Oficina de Regulación y Previsión (OREP). Sobre el tal Sergio Baeza no se sabía casi nada, salvo que no era empleado de la oficina (no aparecía en las listas de candidatos) y con toda probabilidad no pertenecía ni había pertenecido a las Fuerzas Armadas.

8

Salí de la cama, crucé a tientas el dormitorio sumido en la oscuridad y abrí la puerta que daba al patio. La claridad me cegó. Era mediodía, tal vez más tarde, y el sol caía a plomo sobre las macetas y el suelo de baldosas. Me hice visera con una mano.

Había un libro en el suelo.

Estaba tirado en el medio del patio, con las páginas hacia arriba, abierto más o menos por la mitad, como una biblia o una partitura. Lo observé un momento. No estaba simplemente tirado. Era como si alguien lo hubiera depositado allí a propósito, a pleno sol, justo en el centro del patio y frente a la puerta. Como si alguien hubiese querido enviarme un mensaje.

Mi primer pensamiento fue: alguien me está tomando el pelo. Y el siguiente: estoy siendo observado. Eran pensamientos terribles, sobre todo a esa hora del día, recién levantado y sin haber comido nada. Era como pensar que Benavente y Téllez (o tal vez solo Benavente) habían contratado a un investigador privado para asegurarse de que yo hiciera mi trabajo rastreando al intruso que se había colado en sus casas. ¿Qué pensaría de mí? ¿Qué pensarían de mí Benavente y Téllez (o quizá solo Benavente)? ¿Y si por casualidad ese investigador privado resultaba ser también un ex agente de la CNI? ¿Y si me había seguido en mis viajes a Talagante? Pensé en Octavio Rivadeneira, el detenido desaparecido ficticio que yo mismo había creado y luego destruido o creído destruir, quizá solo para otorgarle una forma de existencia diferente, una vida de mensajero o acarreador nocturno en eterno deambular. Yo había pasado del *dossier* al expediente y luego a mi propio *dossier*, pero no había podido dejarlo hasta ahí, había tenido

que agregar algo de mi propia cosecha. Imaginé a Rivadeneira como un Frankenstein jurídico, un golem alimentado con fragmentos de expedientes (cientos de tomos repletos de crímenes atroces y deslumbrantes) cuyo único y final mensaje sería el mutismo asesino de su boca abierta y llena de papel. Pero no me dejaría intimidar. Carranza me había enseñado una cosa: cualquiera lo suficientemente astuto como para vigilarte, para perseguirte, aunque solo fuera un fantasma, merecía tu respeto.

De pronto, reconocí el libro. La autora era una periodista chilena. Trataba de los vínculos de la CNI con el tráfico de drogas. Lo había sacado de la biblioteca municipal hacía una semana. De hecho, lo había estado hojeando la noche anterior.

El viento sopló agitando las páginas y noté un destello rojizo. Entonces lo recordé de golpe.

A eso de las tres de la mañana, tras devorar media docena de capítulos de mi serie favorita, *La Ley y el Orden: Unidad de Víctimas Especiales* (había encontrado una web con todas las temporadas; nombre de usuario: *Carranza666*), me había servido un vaso de vino y me había puesto a leer. En un momento de descuido, había volteado el vaso sobre el escritorio, empapando el libro. Ya medio borracho (no era el primer vaso de la noche), había tomado el libro, alzándolo con las puntas de los dedos, había salido al patio y lo había depositado en el suelo de baldosas, en medio de las macetas, según yo, para que se secara. Luego me había ido a la cama.

Allí estaba, sin duda seco. Y un poco más allá el vaso. Por alguna razón, me había parecido apropiado dejarlo ahí también, con dos buenos dedos de vino en el fondo.

Crucé el patio con las baldosas quemándome los pies y recogí aquel desecho de tapas crispadas. Las manchas de vino habían palidecido y los ángulos de las páginas lucían ahora un brillante rosa anaranjado. Acerqué la nariz sintiendo el olor tibio y dulce, y aparté la cara. Unos mosquitos salieron volando. El plazo de devolución estampado en la última página, roja como jugo de granada, había expirado. Descompuesto, descolgué la toalla del tendedero de un tirón y regresé al sombreado interior del departamento.

Decidí trasladar mi centro de operaciones a la oficina privada de César, después de devolver el libro, bien cerrado y rociado con desodorante, y salir a toda prisa de la biblioteca. Acomodé una mesita y una silla en un rincón, junto a la puerta que comunicaba con Mate & Lancaster, y pasé allí la semana siguiente. Empecé trabajando por las tardes, pero con el paso de los días mi horario fue desplazándose poco a poco hacia el ocaso. Por las noches bajaba al subterráneo y escuchaba el zumbido de la gran máquina mientras recorría los pasillos del archivo. Releí partes del expediente. En comparación con esos folios amarillentos, las páginas de mi libreta azul parecían muy blancas, luminosamente blancas. El trabajo embrutecía, de eso no había duda. Pero más allá del embrutecimiento absoluto había una zona clara, parecida a las noches que había pasado en el estudio de mi abuelo y que ahora pasaba en el despacho de César. En cierto modo, revisar esos documentos viejos… tenía algo de excitante. Era como internarse en callejones cada vez más sombríos y estrechos, a la espera de que algo saltara sobre ti y entonces matar o morir. Repasé las declaraciones de Benavente (la coartada del submarino me parecía ahora sorprendentemente sólida) y especulé sobre la muerte de O'Ryan, que en su momento no me había provocado la menor sospecha. O'Ryan había muerto de un ataque cardíaco tras electrocutarse en el baño de su departamento. Pero ¿y si había sido el ataque el causante de la electrocución? ¿Y si O'Ryan había sido envenenado con alguna sustancia, digamos, una sustancia como las que Berríos y Townley fabricaban en Colonia Dignidad? Quizá su miedo a los gérmenes no fuera tan exagerado después de todo. Pero ¿por qué ocurriría algo así? No existía ninguna conexión entre O'Ryan y Colonia Dignidad (como tampoco existía ni nunca había existido, ya que estamos, ninguna conexión comprobable entre Carranza y la colonia). La fenciclidina, o PCP, el conocido estimulante usado con fines recreativos que hacía que las personas se acaloraran y se quitaran la ropa en los festivales de música electrónica, estaba entre los fármacos utilizados en Colonia Dignidad. Tanto el general Lutz como el ex presidente Frei Montalva habían muerto después de arrancarse la ropa y las sondas, aunque puede que solo se tratara de

una reacción automática del organismo. Por lo demás, ¿por qué darles PCP? Ambos habían muerto a causa de dudosas infecciones bacterianas. Y, por supuesto, estaba Neruda, cuyo cuerpo (como el de Frei Montalva) es exhumado cada tanto para practicarle exámenes en busca de rastros de toxinas y químicos sospechosos. De pronto, me había llenado de preguntas y suposiciones incompletas cada vez más desorbitadas y altisonantes.

Una noche estaba sentado a oscuras en el despacho de César, revisando algo en el computador, cuando la puerta se abrió y se asomó un guardia. Me apuntó con la linterna. Luego se marchó. Algo había cambiado; yo había cambiado. Tal vez había alcanzado algún tipo de sabiduría profunda sobre la existencia. Con el alba volvía al departamento a pie. Se sentía bien caminar a esa hora, estirar las piernas, comprobar la propia resistencia al frío. A veces, estando ya acostado, me parecía escuchar ruidos, extraños crujidos provenientes del cuarto de al fondo. Me incorporaba apoyándome en un codo y gritaba y maldecía pensando que el gato, aquel gato confiado e intruso había vuelto a colarse por la ventana abierta o por algún agujero desconocido, y luego me levantaba y echaba un vistazo al cuarto silencioso y quieto. Entonces regresaba a la cama y trataba de dormir.

Hasta que una mañana me fue imposible conciliar el sueño. Me sentía débil. Pasé las primeras horas del amanecer merodeando por las habitaciones. Mirando mapas en internet, descubrí que el cruce del camino a Mina Amarilla distaba solo diecisiete kilómetros del límite norte de Colonia Dignidad. Por un momento me pareció un hallazgo importante, pero las propiedades de la colonia eran inmensas y casi cualquier cosa ubicada cerca de la cordillera del Maule terminaba, por angas o por mangas, limitando con ellas. Cerré el notebook y seguí andando. Me preocupaba mi futuro. ¿Qué tipo de proyecciones profesionales tenía lo que estaba haciendo? ¿Cómo podría todo eso beneficiar mi carrera como abogado? Eran preguntas difíciles, sobre todo porque nadie, incluido yo mismo, sabía con exactitud en qué me había metido. Había oído a otras personas plantearse estas interrogantes, de forma muy seria. Tal vez tenían razón. Al final decidí que todo se solucionaría si César me pagaba la plata que me debía, la

segunda parte de los contratos. No era que de verdad la necesitara, pero mientras me paseaba por las habitaciones me pareció que sería un buen comienzo. El problema era que hacía días que no veía a César. Nuestros horarios de trabajo habían dejado de coincidir. Deambulé mirando la hora y entreabriendo las cortinas para ver si ya había amanecido. Revisé mi teléfono en busca de algún mensaje o señal de César, pero las aplicaciones llevaban no sé cuánto tiempo desactualizadas y ya no funcionaban. Al fin, marqué su número.

Sonó la consabida grabación:

—Nuestro cliente tiene su teléfono apagado o se encuentra temporalmente fuera del área de servicio.

¿Temporalmente? ¿Cómo sabían? ¿Cómo podían asegurar que César regresaría al área de servicio? ¿Y si se quedaba fuera del área de servicio para siempre? ¿Y si no regresaba más? Me duché, me cambié de ropa y salí rumbo a la oficina.

9

En el despacho común, Boris tecleaba de espaldas a la puerta, con ambos dedos índices, como si un hormiguero hubiera invadido el teclado y estuviese aplastando a las hormigas una por una. Cuando me acerqué, giró la cabeza y pegó un salto.

—Mierda, me asustaste —dijo con una mano en el pecho.

—¿Has visto a César?

—Casi me matas del susto. No puedes andar por ahí como un fantasma.

Echó un vistazo al escritorio de César.

—No ha llegado. —Apoyó la espalda en el respaldo de la silla—. Ahora que lo mencionas, tampoco vino ayer. Un tipo estuvo llamando. Creo que era uno de sus clientes.

Bajé en el ascensor y pregunté por César en el mesón del primer piso. Volví a subir, me asomé a su despacho privado.

—César…

Luego a la cocina:

—¡César!

Y a la escalera de incendios, junto al cenicero de pie y la pared manchada de huellas de zapato:

—¿César…?

Regresé y me dejé caer en mi butaca. Me sentía como si mi cuerpo hubiera sido licuado y vaciado. Boris y Drago se inclinaban bajo las lámparas de sus escritorios. Era una visión sedante. De pronto, la ausencia de César ya no me parecía tan grave. Yo había cumplido, discurrí con lógica menguante. Había vigilado todo el tiempo del que había sido capaz. Ahora que Boris y Drago habían tomado el relevo, quizá podría descansar un poco.

Cuando desperté, hundido en la butaca y con las manos metidas en los bolsillos, Boris tenía su teléfono contra la oreja. Lo apartó y lo observó un momento.

—César está en su departamento —dijo mirando el aparato, cuya pantalla se había oscurecido—. Borracho.

Y luego:

—Constanza lo dejó.

Así que a la hora de salida ordenamos nuestras cosas y fuimos todos al departamento de César a decirle que Constanza era una bruja, etcétera. Lo encontramos sentado en la alfombra con un vaso de pisco. Me quedé de pie junto a la puerta mientras los demás lo saludaban y le daban el pésame. Una de las paredes del comedor estaba cubierta de cajas de cartón apiladas unas sobre otras.

Miré a mi alrededor.

—¿Dónde están las sillas?

César señaló las cajas con el dedo.

Traje un piso de la cocina, me senté y me hice un trago. Sobre la mesa había un reloj digital. Sonaba música de la radio.

César llevaba horas tomando, tal vez días. El alcohol, junto con lo que fuera que se hubiera metido, recetado o no, se había sedimentado en su sangre dando paso a una tranquila y lúgubre borrachera. Se limitaba a sonreír y a mirar a su alrededor con ojos vidriosos. Por la mañana Constanza había pasado por el departamento y había

embalado sus cosas y algunas de las cosas que habían comprado juntos y varias de las cosas de César y las había metido en esas cajas. Se las llevaría por la mañana.

Boris se acercó a las cajas y empezó a revisarlas.

—¿Vas a dejar que se lleve los parlantes?

César soltó una risita.

—Esta armónica te la regaló ella. ¿Vas a dejar que se la lleve?

César soltó otra risita.

—El cuadro de tu amigo pintor. ¿En serio vas a dejar que se lo lleve?

La risita volvió a brotar, desganada. Y se extinguió.

Nos sentamos a la mesa, César, Boris, Drago y yo, además de un amigo de una oficina vecina que se nos había unido en el camino, llamado José. Era una mesa semicircular y estaba pegada a la pared, como si le faltara una mitad. Quizá la otra mitad de la cubierta estuviera abatida o guardada en un clóset. Decidí no preguntar.

De pronto César empezó a hablar.

—Ayer me inscribí en un gimnasio. Antes de ser aceptado tienes que pasar un examen físico, te hacen correr y saltar, luego te toman el pulso y te miden la presión sanguínea y otras cosas. Hice todo el examen. Luego vino el tipo que estaba a cargo y me dijo: Mira, tu condición física es pésima, ha pasado media hora y tu corazón sigue alterado por el ejercicio, también acabo de ver que tienes un ligero sobrepeso, lo malo es que la mayor parte del sobrepeso es grasa, hay muy poco músculo, si fuera solo por el músculo estarías bajo de peso, pero no te preocupes, voy a diseñar un plan de entrenamiento especial para ti, vamos a tomarnos las cosas con calma.

Luego, tal como había abierto la boca, volvió a cerrarla.

Boris se puso de pie y se acercó a una caja que estaba en el suelo. Apartó las aletas de cartón y extrajo un objeto grande y oscuro.

—¡El chanchito! —dijo alzando el cacharro en el aire.

Era una alcancía de greda. Boris la sopesó, balanceándola entre las manos.

—Está pesada —dijo.

La agitó. Apenas se oyeron unas pocas monedas. Intentó mirar por

la ranura y luego bajo la cola rizada, a través del agujero del culo. Los ojos se le abrieron como platos.

—Está llena… pero de *billetes* —dijo.

Se puso la alcancía debajo del brazo y miró a César.

—No puedes dejar que se la lleve. Estos billetes los pusiste tú.

—No es problema tuyo —dijo José.

—¿No ves que en su estado actual está incapacitado para defenderse? —dijo Boris señalando a César con el brazo extendido.

—Devuelve esa mierda a la caja —dijo José.

—No —dijo Boris.

—Devuélvela a la caja. Lo único que vas a hacer es crear más problemas.

—No, señor.

José se paró. Boris se llevó la alcancía a la espalda. Hizo un par de fintas con las piernas, pero José ya avanzaba hacia él. Empezaron a forcejear.

—¡No, no!

Boris rodó por el piso, abrazando la alcancía con ambos brazos. José respiraba con dificultad, flaqueaba. En ese momento Drago se puso de pie. Lo vi en sus ojos. Era presa de un ataque de furor legalista. Se agachó junto a Boris y empezó a hacerle cosquillas.

Me incliné hacia César.

—He estado trabajando en tu despacho privado. Espero que no te moleste.

César no dijo nada.

—Boris me dijo que un tipo había estado llamando, preguntando por ti. Parece que era un cliente. Yo también quería hablar contigo, tú sabes, por la segunda parte del pago. En realidad… olvídalo, no es nada urgente. —Examiné los ojos de César, quietos y transparentes—. Bueno, a menos que tengas la plata…

José y Drago se apoderaron de la alcancía. Drago la dejó encima de una caja, despeinado y triunfante, y él y José volvieron a sus puestos. Boris yacía en el suelo con los brazos y las piernas extendidos, resoplando mientras su torso completo subía y bajaba. Se arrastró hacia su piso y trepó hasta la mesa.

—¿Hay más hielo?

—En la cocina —dijo César.

Boris entró en la cocina y miró a su alrededor, desorientado. Reparó en una nevera de plástico azul que había en el suelo, junto a la puerta. Levantó la tapa y lo vi sacar una chorreante bolsa de hielo derretido y mirarnos a través del umbral, arrugando la cara bajo la luz cruda, y gemir:

—¡Esto es un *ultraje!*

Hicimos desaparecer un par de botellas de pisco. Boris había encontrado un marcador rojo y había rayado las cajas con garabatos y obscenidades. Al cabo de un rato, su cara también exhibía dibujos y letras trazados con la misma tinta roja.

—Bueno, me voy —dijo José poniéndose de pie.

Drago terminó su vaso y se paró. Miré por entre el ondulante cristal de los vasos y botellas que repletaban la mesa envueltos en densas columnas de humo. Aún quedaba una de pisco entera.

José se puso la chaqueta y sacó las llaves de su auto. Abrazó a César y le dio un beso en la mejilla, un áspero beso de camaradería masculina. Drago se despidió con un apretón de manos.

—¿Me llevan? —preguntó Boris.

—Vamos —dijo José.

Él y Drago salieron, dejando la puerta abierta hacia el pasillo oscuro y resonante. Boris terminó su vaso y se puso de pie.

—Nos vemos —dijo estrechando la mano de César y luego la mía. A continuación agarró la alcancía de greda y salió cerrando la puerta.

Escuchamos el ruido de un motor alejándose. La música de la radio sonaba en la habitación. Los rojos y parpadeantes números del reloj digital anunciaban una hora nula y perpetua: 00:00, 00:00, 00:00. En algún momento, después del segundo o tercer relleno, me incliné hacia César, que me miraba con ojos hundidos y borroneados.

—Lo encontré —dije.

César me sostuvo la mirada.

—Lo encontré —repetí.

No dijo nada. Pero me pareció que una última y temblorosa llama de lucidez brillaba en el fondo de sus pupilas.

Al cabo de un rato se puso de pie.

—Me voy a la cama —dijo y desapareció por el pasillo.

Me había quedado solo.

¿Saben dónde se entierra a los sobrevivientes de un avión estrellado en la frontera entre Chile y Argentina?

En Monte Maravilla.

10

Habíamos ideado una especie de plan de contingencia para camuflar la ausencia de César mientras este se conseguía un certificado de demencia temporal o algo parecido. Pero a la mañana siguiente, cuando Boris abrió la puerta del despacho común, se encontró con que César ya estaba ahí, de pie junto al ventanal, como el tipo de esa película que se creía antena parabólica.

Como solía hacer, había llegado muy temprano (casi tanto como Drago, aunque Drago era siempre el primero en llegar), arrastrado por la costumbre diaria de levantarse de la cama y comparecer en aquella oficina, a pesar de la resaca y el alcohol y el aturdimiento de esa mañana, por no hablar de todo lo demás. Lo malo era que seguía en ese estado de semicatatonia. De alguna forma nos había puesto las cosas mucho más difíciles, a nosotros y a nuestro endeble y casi inexistente plan.

O quizá esa mañana Constanza había terminado por llevarse también los pisos y la mitad restante de la mesa y eso lo había conducido, como guiado por un piloto automático, a buscar otro lugar donde estar.

Drago trabajaba en su escritorio. Boris y yo dimos vueltas alrededor de César, tratando de ver alguna reacción, luego Boris regresó a su escritorio para atender una llamada. Más allá del ventanal, el sol estaba a punto de estallar entre los espejos de todos los edificios. El rostro de César era una roca lunar.

—… jers… —murmuró de pronto.

—¡Silencio! —dije volviéndome hacia el despacho—. Parece que

está tratando de decir algo.

Boris me acalló con un gesto y siguió hablando por teléfono.

—A ver. —Arrimé una oreja a la boca de César—. Repite lo que dijiste.

Tragó saliva. Un montón de saliva, como si llevara horas acumulándola.

—Las mujeres —dijo.

—Qué pasa con ellas.

—Son esas personas que huelen a frutas.

—Claro…

—Llevan muy poco tiempo usando pantalones. No saben lo que es caminar por la calle con las manos en los bolsillos vacíos.

Me volví hacia los demás:

—Oigan, César se volvió loco.

Boris había cubierto el auricular con una mano. Giró sobre la silla dándome la espalda y siguió con su conferencia. Drago me miró, miró a César. Meneó la cabeza y volvió a sus asuntos.

Así que allí estaba yo, camisa blanca, rostro gris, cigarrillo colgando de la comisura de los labios, sentado frente al computador en el despacho de César, cubriéndolo. En mis días buenos podía teclear hasta setenta palabras por minuto. Cualquier secretaria que se preciara de tal debía ser capaz de teclear entre sesenta y noventa. Drago rondaba las ciento veinte. De modo que me lo tomaba con calma. Por la mañana había hecho la mayor parte del trabajo en terreno, había visitado un par de juzgados. En el Ministerio de Justicia los ascensores fuera de servicio me habían obligado a usar las escaleras, que por alguna razón siempre me causaban un ligero mareo. Imitar la firma de César supuso algunas dificultades, pero nada que un rápido entrenamiento no pudiera solucionar. El secreto estaba en la muñeca, y el brazo, que debía mantenerse firme y flexible, como un tallarín *al dente*. Había atendido personalmente a un cliente, había contestado llamadas. ¿Y César? César se había quedado en su despacho, durmiendo. Ahora yacía acostado en el sofá a mi espalda, cubierto hasta la barbilla con una colcha a cuadros, como un niño con

paperas.

Eran las siete de la tarde y contesté el último de los correos que habían estado acumulándose en la casilla de César durante los pasados tres días. Pulsé el botón de ENVIAR y un instante después se había ido.

Por un tiempo.

El día había terminado y yo había logrado sobrevivir. Giré sobre la silla en un lento carrusel. César tenía los ojos abiertos. Miraba hacia el ventanal. El sol descendía, pero no en el lejano horizonte, sino cerca, casi entre los edificios, como si fuera camino de guardarse en algún garaje del centro. César tenía un semblante blando y reposado, pero sus ojos se mantenían fijos en el ventanal. De pronto volvió la cabeza y me miró.

—Tuve un sueño —dijo con voz apagada.

Encendí un cigarrillo y lo contemplé a través del humo. Su cabeza era lo único que asomaba por encima de la colcha.

—¿Estaba yo?

—Sí —dijo con la misma voz sonámbula—. Aunque no recuerdo bien qué hacías.

—¿Trotaba por las calles del centro?

—No.

—Porque entonces no fue un sueño…

—No —se aclaró la garganta y su voz adquirió un timbre más natural—. Pero estaba Augusto.

—¿Quién?

—Augusto, Augustito. El hijo de Téllez. —Se enderezó en el sofá para hablar más cómodo—. Estaba gritando, desesperado, como esa vez, cuando vino a la oficina y Aldunate me pidió que me quedara y tomara nota. Estábamos en una casa en un pueblo, afuera había sol. Unos tipos estaban asolando el pueblo. Tipos a caballo, con sombreros campesinos y mantas sobre los hombros, como en una de esas películas mexicanas. Galopaban por las calles incendiando las casas con antorchas. Iban a matarnos.

La muerte, pensé. La gran resaca final de la que no vuelves a

levantarte.

—Los jinetes estaban todos sudorosos. O más que eso. Chorreaban agua.Los caballos también.Cada cierto rato,uno de los tipos asomaba la cabeza por la ventana y nos miraba. Iban a entrar en cualquier momento. Era como si estuvieran guardándonos para el final o como si no supieran quiénes éramos. Como si todavía no se hubieran dado cuenta de que Augustito y yo también estábamos en su lista.

César volvió la cabeza hacia el ventanal.

—Las víctimas del caso Mina Amarilla, ¿qué edad tenían en el momento de ser detenidas?

—No sé —dije—. Veintitrés, veinticinco años.

—¿Qué edad tendrían ahora? ¿Sesenta? ¿Setenta?

—Sí, algo así.

—Piensa en las alarmas —dijo César—. Augustito… —Se incorporó hasta quedar sentado en el sofá—. Augustito dijo que habían evadido las alarmas. Que las habían desactivado y luego las habían vuelto a activar. ¿Por qué no desactivarlas y dejarlas así? ¿Para qué correr un riesgo innecesario? Y lo mismo con Benavente.

—¿Qué quieres decir?

—No… nada. —Pestañeó y desvió la mirada hacia la alfombra—. Nada en particular. Solo que quizás nadie desactivó y activó las alarmas. Las alarmas estaban activadas, solo que no detectaron a nadie. —Entonces volvió a mirarme y por un segundo sus ojos adquirieron una fijeza desconocida—: No detectaron nada.

En el computador sonó la señal de NUEVO CORREO RECIBIDO. César se quitó la colcha de encima y se puso de pie con un gruñido de cansancio. Se acercó al escritorio poniéndose los lentes y escrutó la pantalla.

—Permiso —dijo pasándome la colcha—. Tengo que trabajar. —De pronto, había vuelto a ser el mismo de siempre.

11

Me despertó un ruido. Estaba en la oficina, acurrucado en el sofá de la

recepción, medio tapado con la chaqueta. Me incorporé lentamente, sintiendo el cinturón y las costuras de la camisa adheridos y marcados contra la piel. Parecía de día.

La mampara se abrió y apareció Boris. Llevaba un montón de carpetas. Aprisionados bajo sus brazos, pliegos de papel enrollados en largos cilindros sobresalían apuntando en todas direcciones. Fue directo al despacho común, sin verme, y cerró la puerta.

Me puse de pie, sacudí y estiré la chaqueta. Me dolía la espalda. Me pareció oír un rumor proveniente del despacho común. Boris había puesto música.

De pronto la mampara volvió a abrirse. Era Aldunate.

—Buenos días, Alfaro. Llega temprano —dijo y siguió de largo.

En el baño me lavé la cara, carraspeé y escupí en el lavamanos. Luego mojé una peineta y me peiné. Hacía ya un par de días que había abandonado por completo mis lecturas. Había alcanzado una extraña frontera. Quizá era el momento de aclarar las cosas, de volver al principio. Después de mucho pensar en ello, había llegado a la conclusión de que solo había una forma de hacerlo.

Probé a decir un par de palabras frente al espejo.

—Señor, tengo que hablar con usted…

—Señor, es sobre el caso fantasma…

Terminé de peinarme y contemplé mi reflejo en el cristal. Estaba listo para informar a Aldunate de mis progresos.

Fui hasta su oficina y llamé a la puerta. Luego giré la perilla y me asomé. Aldunate estaba de pie detrás de su escritorio, ordenando unos papeles.

—¿Señor?

—Ahora no, Alfaro.

Clavó la mirada en el teléfono y siguió ordenando sus papeles.

—Señor, si tiene un minuto…

Alzó la mirada hacia mí.

—¿Sabe usar la radio?

Eché un vistazo al estante de libros. El viejo equipo con tocadiscos de Aldunate estaba apagado. Por lo visto, todo el mundo se había levantado de humor musical. Pero Aldunate no quería escuchar

música.

—Hágame un favor y ponga las noticias —dijo.

Sus ojos volvieron a detenerse en el teléfono, las luces parpadeando remolonamente, y regresaron a los papeles.

Fui hasta el estante y encendí el aparato. Estaba sintonizada una emisora de música clásica. Giré la perilla y la aguja se desplazó a lo largo del dial iluminado. Pasé un par de emisoras hasta dar con una voz masculina.

—¡Ahí! —dijo Aldunate—. ¡Suba el volumen!

El locutor leía las noticias de la mañana. Puntos de mayor congestión vehicular, accidentes.

Me retorcí las manos, sin saber cómo o por dónde empezar. Conforme mi cuero cabelludo se secaba, rebeldes mechones de pelo se erguían aquí y allá. Me rasqué.

—Señor, quería… —Tenía la garganta adolorida y el volumen de la radio me obligaba a levantar la voz más de lo normal—. Quería hablar con usted sobre el caso… o sea, sobre las diligencias que me encargó hace tiempo.

Aldunate metía los papeles en carpetas.

—Después de un exhaustivo análisis de diversas fuentes, creo que he llegado a una conclusión preliminar, que usted podrá evaluar en detalle cuando le entregue mi informe…

Estúpido, pensé. Nadie habló de ningún informe. Ahora vas a tener que escribirlo. Vacilé y continué:

—… creo que son resultados más bien humildes… Humildes y un poco especulativos. Pero la verdad es que ha sido un proceso difícil. Por decirlo de alguna forma, una investigación no muy sistemática. Hubo ciertos… obstáculos y tuve que tomar algunas decisiones, digamos, no muy apegadas a la ética profesional. En resumen, ha sido una investigación un poco heterodoxa… Señor Aldunate —dije sorprendido por el tono sensacionalista que adoptaba mi voz—: es posible que Esteban Carranza, una de las víctimas del caso Mina Amarilla, esté vivo.

Aldunate me miró. Sus manos estaban quietas, su mandíbula desencajada, sus ojos abiertos como platos. Pero había algo raro en su

mirada. Era como si me mirara sin verme.

—¿Señor? —pregunté.

—¡Chsst!

Rodeó el escritorio y se deslizó hasta el estante. Estiró la mano y giró la perilla del volumen. La voz del locutor llenó la habitación.

—ASÍ ES. ACABAMOS DE RECIBIR CONFIRMACIÓN DEL HECHO. EL BLACK QUEEN ESTÁ HACIENDO AGUA Y HA COMENZADO A ESCORARSE.

Aldunate se estremeció como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Su boca se deformó en una mueca de llanto. Corrió de vuelta al escritorio, tropezando y dando patinazos, y empezó a meter carpetas en su maletín.

—Señor, no sé si escuchó lo que acabo de decirle.

—¡EL BLACK QUEEN SE HUNDE! —gimió.

—¿Black Queen?

—¡NUESTRO BARCO!

La puerta se abrió de par en par y Boris apareció en el umbral.

—¡SEÑOR! —gritó abriendo los brazos.

Se contemplaron mutuamente. Por un momento pensé que correrían hasta el centro de la oficina para caer uno en brazos del otro. El locutor seguía hablando, su voz redoblada por el sonido que entraba por la puerta abierta y desde el despacho común, donde Boris también había puesto el volumen al máximo.

—… UN EXHAUSTIVO REGISTRO DE LA NAVE HA CONFIRMADO QUE NO HAY TRIPULANTES A BORDO. REPETIMOS: NO HAY TRIPULANTES A BORDO. EN CUANTO AL CONTENIDO DE LAS BODEGAS…

Aldunate sacudió la cabeza como si despertara de un embrujo.

—¡No se quede ahí parado! ¡Ayúdeme!

Boris se abalanzó sobre el escritorio y empezó a arrumar papeles con ambos brazos. Los amontonaba contra su cuerpo, como si fueran el codiciado tesoro salido de una piñata. Los papeles se escurrían por todas partes e iban a parar a la alfombra.

—¡Al ascensor! ¡Corra! —gritó Aldunate.

Ambos se precipitaron por la puerta cargados con carpetas y

maletines, dejando tras de sí un rastro de hojas sueltas.

12

El informe sobre el Black Queen dio paso al reporte del tiempo y este dio paso a la sección musical. Y la mañana dio paso a la tarde y ese día dio paso al siguiente. Había quedado relegado a la última línea, aislado de las noticias del frente. Solo en Mate & Lancaster, me paseé por las oficinas vigilando los teléfonos mudos. Boris no contestaba el suyo y no me atrevía a llamar a Aldunate. Supongo que seguía en una especie de estado de shock. A veces la realidad no era más que una historia absurda y a veces las historias absurdas terminaban siendo verdaderas. Al parecer, eso era justo lo que había pasado con el barco noruego, que de un momento a otro había empezado a hacer agua. Como fuera, tenía la sensación de haber perdido el sentido de lo real, no sabía muy bien cuándo. Me temía que hacía mucho. En mi mente solo se repetía la imagen de Aldunate y Boris arrumando papeles, moviendo los brazos como si fueran palas mecánicas, como si el Black Queen fuera su barco, el barco que estaban a punto de perder, y esos papeles fueran su equipaje. Me reía solo. Luego seguía vigilando los teléfonos.

Estaba sentado en el sofá de la recepción hojeando un número viejo de *Versos Universales*, creo que el *Cantar de mio Cid*. Había dormido en la oficina de César. Las puertas del ascensor se abrieron y un tipo se acercó por el pasillo. Era bajo, algo barrigón. Tenía esa apariencia un poco estúpida, un poco impoluta de muchos clientes, pero había algo diferente. Confianza. Cuando estuvo más cerca noté que llevaba sandalias de cuero y una camisa con estampado tropical. Empujó la mampara y me quedó mirando a través de unos anteojos gatunos de marcos rojos. Los cristales eran verdes o amarillos.

Pensé que Andrea tendría algo que decir sobre esos anteojos. Se veían caros.

—¿Usted trabaja aquí? —me preguntó.

—Sí, señor —dije poniéndome de pie.

Seguía confundido. De alguna forma había dejado de ser un abogado; era y no era un ser pensante, una persona. Quizá volviera a ser alguna de esas cosas dentro de poco. Quizá no.

Me fijé en su barba. Un fino y parejo arco que recorría su mandíbula desde las patillas hasta el mentón, donde formaba una especie de arabesco. Me vino a la memoria una de las fotografías que colgaban en la oficina de Aldunate, la que mostraba a un sujeto en particular. Un tipo bajo, gordinflón, con el aspecto chato de un abogado de mediana edad. Felipe Mate Ureta.

Mate.

El Mate de Mate & Lancaster.

—Regresó —murmuré.

—¿Qué quiere decir con eso?

Mate me observaba con impaciencia.

—Usted —dije—. Regresó.

—Bueno, ¡claro que…! —Se interrumpió, atragantado.

Su mirada recorrió la oficina. Las páginas sueltas regadas por la recepción, el tapiz del sofá arrugado y revuelto, la puerta de Aldunate abierta de par en par, de una forma un tanto obscena, y su escritorio, cubierto de papeles maltratados. El grifo de la cocina goteaba sobre una pila de tazas sucias. De fondo, sonaba la música de la radio. Había olvidado apagarla.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Dónde está Aldunate? —dijo volviendo la mirada sobre mí.

—Es el barco, señor. El barco de los noruegos. Creo que se está hundiendo.

Mate de Mate & Lancaster me observó un momento.

—¿Está seguro de que usted trabaja aquí?

Los faldones de mi camisa se habían aflojado y colgaban por fuera del pantalón en dilatadas bolsas.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Pablo Alfaro.

—Bueno, Alfaro, ¿sería tan amable de decirme dónde está todo el mundo?

—Boris salió con Aldunate, ayer. Por lo del barco.

—¿Y Zapata?

—César, sí. César está enfermo… más o menos.

—¿Más o menos?

—Está pasando por una situación muy difícil.

—¿Y se podría saber qué clase de situación es esa?

—Su novia lo dejó, señor.

—Así que su novia.

—Constanza.

—¿Cómo dice?

—Así se llama su novia. Constanza. Se llamaba.

—Ya, ya.

—Y una cosa más, señor.

—Claro, dígame.

—Drago, señor. No sé dónde está.

—¿Drago?

—El otro empleado. Está siempre en su escritorio, pero ahora no sé dónde se metió. De hecho, no me había dado cuenta hasta este momento. Es muy extraño. —La comprobación me llenó de un pesar punzante. Era como una pesadilla. El barco se hundía. Mate había vuelto a Chile. Y encima Drago había desaparecido. Sentí que estaba a punto de llorar.

Mate de Mate & Lancaster escrutó mi rostro. Caminó hasta el centro de la recepción, respirando pesadamente. Se cubrió la boca con una mano, aplanándose el bigote, y se quedó así, con la otra mano en la cadera y el peso apoyado en una pierna.

—No sé qué mierda pasa —dijo para sí. Soltó una risita un poco lunática, encogiéndose de hombros—. No. Sé. No sé.

—¿El señor Aldunate no le ha dicho nada?

Se volvió con brusquedad.

—Hace meses que no sé nada de esta oficina. Le escribí a Lancaster. Tampoco sabe nada. Tuve que adelantar mi regreso.

—Ha sido un año un poco difícil, señor. Justo ayer le estaba informando al señor Aldunate de mis progresos cuando…

—Hágame un favor —me cortó—. No vuelva a mencionar ese barco.

¡No quiero escuchar ninguna historia de barcos!

—Como usted diga.

—Muy bien. Usted ha estado haciendo progresos —dijo, no supe si con resignación o con cierta ironía. Creo que en el fondo intentaba calmarse—. Háble me de sus progresos.

—Bueno, ahora mismo no sabría por dónde empezar. Creo que todo partió con el tipo del abrigo negro que amenazó a Téllez.

—¿Téllez?

—Téllez, el soldado Téllez. Pintó unos mensajes en las paredes. Pensamos que era un hecho aislado, usted sabe, una de las locuras de Téllez. Pero entonces pasó de nuevo, en la casa de Benavente. ¿O quizás fue al revés, primero Benavente y después Téllez…? Después vino lo del barco… Yo sé que usted no quiere escuchar ninguna historia de barcos, pero este barco varó o encalló, en realidad no conozco la jerga técnica. El problema es que todo esto ocurría en aguas internacionales, ¿se fija?, como en el chiste del avión que se estrella en la frontera entre Chile y Argentina y hay que enterrar a los sobrevivientes. Hice algunas averiguaciones por mi cuenta, sobre un tal Esteban Carranza. Visité a su mujer, viuda, entre comillas, que ahora vive con su hermano… Me refiero al hermano de Carranza, no al de la mujer, su hermano mayor. Como sea, al final las cosas no salieron como yo esperaba y tuve que hacer un par de trabajitos para ella, nada del otro mundo… Pero, que quede claro —dije levantando un dedo—, no cobré ni un peso.

Mate sacó un paquete de chicles del bolsillo, se echó uno a la boca, triturándolo lentamente con los dientes. Lo escupió en una papelera cercana, sacó un cigarrillo y lo encendió. No sonó ninguna alarma. Bueno, en el fondo era su oficina.

—Se suponía que Carranza estaba muerto, pero resultó que había regresado o al menos eso me dijo su mujer. Luego hablé con un colono… usted sabe, de Colonia Dignidad… en una fiesta en la casa del senador Torres, no sé si le suena. En realidad, no saqué mucho en limpio, no eran las mejores condiciones para una pesquisa legal. Para empezar, mi intérprete estaba borracho… Tuve que llevar uno. Mi alemán no es muy bueno, con suerte sé decir *Ja* y *Blitzkrieg*. Pensé que

había dado con algo, una señal del pasado que había estado escondida, esperándome… En algún momento recibimos una nueva cartera de clientes, una cartera de cobranzas, y ahora el barco se está hundiendo, supongo que ya está bajo el agua, no sé cuánto se demora un barco en hundirse, lo dijeron en las noticias de la radio y cabe la posibilidad de que Carranza esté vivo, de que haya regresado, usted no me va a creer cómo han estado regresando las cosas este año, es posible que haya *vuelto* a regresar o que otra vez esté *de vuelta* —dije moviendo las manos como si separara dos compartimientos, dos porciones de aire que para mí eran muy distintas—, ¿desde dónde?, no me pregunte porque no tengo idea, no digo que de la muerte, ¿se imagina?, pero quizás de la desaparición, así que… Mire, aquí viene Drago.

Drago empujó la mampara. Traía la alcancía de César, esa gorda y oscura figura porcina. Me la puso en las manos sin decir nada. Miró a Mate, de arriba abajo, luego a mí. Se encogió de hombros y siguió su camino hacia el despacho común. La puerta se cerró.

El cigarrillo de Mate, el Mate de Mate & Lancaster, se había consumido dejando solo el filtro, un fino cilindro blanco. Lo echó a la papelera con un movimiento rápido y mortífero. Miraba la alcancía, me pareció que con repugnancia. Entonces pareció meditar sobre algo.

—¿No es Esteban Carranza una de las víctimas del caso Mina Amarilla?

—Claro, el mismo —dije alegremente.

Mate me miraba. Pensé en la foto que colgaba en la oficina de Aldunate, esa vieja fotografía de Mate quieto y asfixiado por el nudo de la corbata, de alguna forma acabado para siempre antes de tiempo. Mate había salido del clóset, se había liberado de las ataduras. Eso era bueno. Era un ejemplo para las nuevas generaciones. Pero en ese momento su mirada no mostraba el menor rastro de solidaridad recíproca.

Un tipo apareció en el pasillo. Un tipo joven, atlético, con una camisa colorida parecida a la de Mate. Se deslizaba sobre las baldosas con aire distraído, como si usara patines, mientras percutía con ambos pulgares en su teléfono. Alzó la cabeza e hizo un gesto impaciente en

nuestra dirección señalándose la muñeca. Mate le respondió con un ademán airado. Me dedicó una última mirada glacial, apretando las mandíbulas. Luego dio media vuelta y salió por la mampara.

13

Transcurrieron dos semanas. *Versos Universales* trajo *La vida es sueño* y *Hojas de hierba*. Luego dejó de llegar. Habían cancelado la suscripción al diario. Se sucedieron entrevistas a puertas cerradas. Mate había regresado al extranjero y Lancaster había designado a un representante, un tipo de unos cuarenta años con pinta de piloto de aerolínea, que inició una especie de auditoría. Un día vimos a Aldunate entrar y salir de su propia oficina, que ahora ocupaba el piloto. Llevaba tirantes púrpuras. Le siguieron César y luego Boris. Circulaban rumores. Al parecer alguien había estado jugando con la máquina del subterráneo y había olvidado apagarla. El viejo montacargas se había desatascado y los papeles acumulados durante décadas en el conducto que recorría el edificio desde el último piso habían invadido el archivo en sucesivos aludes de páginas desmochadas. Habían salido a la luz papeles comprometedores, nadie sabía exactamente respecto a qué, mientras que otros documentos importantes se habían extraviado. Se hablaba de agujeros financieros, de gastos profesionales excesivos, de bancarrota. Le pregunté a César si el piloto lo había interrogado sobre mí. Me dijo que no. Le había preguntado por las instrucciones que Aldunate le había dado respecto a distintos casos. Luego le había preguntado su opinión sobre esas instrucciones.

Esperé a que llegara mi turno de hablar con él. Una mañana me lo encontré en el hall. Entramos juntos en el ascensor y las puertas se cerraron. El tipo tenía el pelo canoso y corto y mientras el aparato subía no quitó la mirada del tablero de botones. Pensé en hablarle, al menos decirle hola, pero cuando las puertas se abrieron noté que tenía la frente cubierta de sudor. Me dirigió una mirada nerviosa, como si temiese que yo fuera a agredirlo.

Boris encontró trabajo en el Ministerio de Justicia o al menos eso fue lo que nos contó. Supimos que Drago había estado en la oficina una tarde, había reunido sus cosas y se había marchado en silencio. César y yo trabajábamos en su despacho privado, cuyo arriendo pagaba por separado y de su bolsillo. Una mañana, al llegar a la oficina, nos encontramos con que unos tipos estaban desarmando los escritorios del despacho común. Trabajaban para la misma empresa que contratamos para retirar los refrigeradores, microondas y reproductores de DVD embargados de nuestra cartera de cobranzas. Junto con los muebles y computadores, también desaparecieron las pilas de carpetas.

César y yo seguimos trabajando en su despacho. La puerta que comunicaba con Mate & Lancaster seguía allí y más allá estaba la oficina. Salvo que ya no había oficina. Solo una enorme extensión de alfombra soleada. Cualquiera habría pensado que después de ver tantas empresas y oficinas de todas las clases surgir y desmoronarse, un panorama como ese nos dejaría indiferentes. Al fin y al cabo, ¿quién conocía mejor la corriente subterránea de papeles que sostenía toda la parafernalia de mesones, mostradores y salas de espera que conformaban el mundo? Pero ahí estaba esa alfombra descolorida y esos recodos y muros desnudos y saqueados. De vez en cuando oíamos ruidos provenientes de la cocina. Murmullos y risas chillonas. Ahora otros abogados calentaban allí sus cafés, abogados de otras oficinas, en sus apestosos tazones con logotipos universitarios y frases ingeniosas. *Si ser sexy es un crimen, me declaro culpable*. El tío de César ya debía de haber encontrado otro lugar al que dirigirse, con su gastada indumentaria de albañil, para observar el recipiente con su almuerzo dar vueltas en el microondas.

Mi fantasía de formar una oficina de abogados con César se había hecho realidad, aunque no de la manera que yo había esperado. Todo había sucedido demasiado rápido. El fin de la relación de César, el hundimiento del barco y el regreso de Mate desde el extranjero. Todo en apenas un puñado de días. Dos semanas después, las cosas parecían haber cambiado para siempre.

Esperé a que el tipo me llamara y una tarde entré en la oficina de

Aldunate y comprobé lo que ya sabía. Ya no habría más casos ficticios ni más cenas de estímulo en Doña Dominga al comenzar el año judicial. Era cierto. Durante el último tiempo, y desde el inicio de mis indagaciones en torno a los incidentes de Benavente y Téllez, el comportamiento de Aldunate me había parecido un poco errático, un poco excéntrico. Pero ¿no me lo había parecido desde antes, con sus aviones estrellados y sus barcos naufragados y sus chillones tirantes de colores? ¿No me lo había parecido desde siempre? Recorrí la oficina de Aldunate haciendo retumbar el piso alfombrado, de ida y de vuelta, hasta detenerme frente a la pared en la que solían colgar sus fotografías. Como el resto de Mate & Lancaster, no era más que un cascarón vacío.

De vuelta en el despacho de César, ocupé mi puesto en el rincón. Reparé en mi libreta azul, que reposaba cerrada junto al teclado. Colonia Dignidad estaba muy lejos. Carranza había desaparecido hacía mucho.

CUARTA PARTE

Pablo Alfaro

1

Pasaron varias semanas. En el baño del departamento la gotera del grifo del agua fría había cesado. Eran cosas curiosas las goteras. En una ocasión un gásfiter que habíamos contratado como perito en un caso me dijo que a veces las filtraciones de cañerías se solucionaban por sí solas. Después de cierto tiempo los sedimentos que flotan en el agua se acomodaban de tal forma que obstruían la filtración. Tenían su propio ciclo, por así decir. Algo similar había ocurrido en todo el departamento. El congelador congelaba otra vez. Los tubos fluorescentes del estudio habían dejado de parpadear como locos cuando accionaba el interruptor. Pequeños desperfectos domésticos se habían resuelto sin intervención alguna.

Apagué las luces del estudio y volví a encenderlas, aún sorprendido por su buen funcionamiento. La mesa de dibujo de mi abuelo parecía más arrinconada. La había tapado con una sábana vieja. Paseé la mirada por los papeles que repletaban el escritorio. Eran los mismos folletos, libros y revistas añejas que había estado leyendo durante los últimos meses, solo que ahora los cubría una fina capa de polvo. Tomé un libro que reposaba sobre los demás, una *Historia del régimen militar*, sorprendentemente delgada, y volví a dejarlo en su lugar. Toda la habitación tenía ahora una atmósfera fría y ajena. Apagué las luces y salí cerrando la puerta.

Hacía tiempo que no andaba por la calle un sábado o eso me pareció. Las tiendas que solía ver abiertas lucían sus cortinas cerradas. Otros negocios que durante la semana pasaban desapercibidos de pronto mostraban gran actividad. Sentada en estrechas terrazas, la gente comía pasteles y compartía copas de helado. Entré en un supermercado nuevo. Había pasado un tiempo desde la última vez que había abastecido la despensa. Bueno, había pasado un tiempo desde la última vez que había hecho un montón de cosas. Pensé que quizá debería buscarme una novia o encontrar algún pasatiempo. Tal vez

telefonear a Andrea. No tenía ahorros, mis ingresos se habían reducido de forma considerable y todo a mi alrededor me parecía amenazadoramente caro. Estuve buscando en los refrigeradores del pasillo de las bebidas. No había cerveza helada. La única disponible estaba apilada en altas torres de latas, a temperatura ambiente.

Al llegar a la caja abrí mi billetera y allí estaba. La tarjeta verde que había encontrado encima de mi escritorio y que había utilizado para mis gastos profesionales durante los últimos meses de Mate & Lancaster. La sostuve bajo los focos del supermercado y me devolvió un brillo incierto.

Cuando la deslicé por la ranura del aparato sonó una señal y un mensaje apareció en la pantalla. Había sido inhabilitada.

Pagué en efectivo y salí.

En el camino de regreso pasé por el edificio de Andrea y toqué el timbre de su departamento. Esperé en los escalones de la entrada tomando mi lata de cerveza tibia. Nadie contestó. Me eché la bolsa con mis compras a la espalda y seguí andando.

2

Avanzaba a través de aposentos desconocidos y mal iluminados, rodeado por ellas. A lo largo de los años las había visto en los mapas que colgaban en las paredes de las empresas inmobiliarias y en las oficinas de abogados, marcadas en rojo o cercadas por brillantes alfileres de colores, acumulándose en núcleos y llenando cuadrantes completos. *Propiedades quemadas*. Así las llamaba la gente de las corredoras de propiedades y empresas inmobiliarias, y los abogados de bienes raíces. Terrenos, casas, departamentos, edificios completos empantanados en disputas legales, con deudas tributarias o divididos por herencias familiares desde hacía décadas, cubriendo manzanas enteras, barrios enteros, como si la ciudad hubiera sido bombardeada y aquellas propiedades hubiesen sido de hecho arrasadas por las llamas. Me detuve para examinar más de cerca el lienzo medio descolgado que cubría una pared, como un trozo de papel mural roto

y desprendido, sin saber dónde estaba, con una inexplicable sensación de jocosidad y la difusa impresión de estar soñando, y seguí adelante. Las empresas inmobiliarias interesadas en edificar ofrecían grandes sumas, pero el costo de regularizar su situación legal era impagable en dinero, aun en los barrios donde el valor del suelo aseguraba la rentabilidad de casi cualquier inversión. Y entonces solo quedaba esperar. Esperar a que uno de los herederos muriera para volver a arremeter con nuevas ofertas. Los mismos abogados de bienes raíces envejecían y morían esperando, estudiando los ajados mapas extendidos sobre las paredes, como hacía yo ahora (aunque yo no buscaba una oportunidad de inversión, o eso me parecía, sino una propiedad en particular, una *propiedad quemada*), con aquellas zonas rojas demarcadas por alfileres donde el dinero se licuaba y dejaba de tener valor y lo único que quedaba era el tiempo, ese viejo terco y solitario. ¿Buscaba el departamento de mi abuelo? Pero ¿no era justamente el pasillo que llevaba al cuarto de al fondo, estrecho y oscuro, el que recorría ahora en sueños? Notaba un hormigueo luminoso a mi alrededor, bajo los mapas desgarrados por su propio peso. Las llamas empezaban a consumir el interior de los tabiques.

3

La puerta se entreabrió. Desde donde me encontraba acostado vi que una cabeza se asomaba y exploraba la habitación sumida en la semipenumbra.

—Ah, eras tú —dijo César.

—¿Quién iba a ser? —gruñí.

—Una de las recepcionistas me dijo que había un tipo durmiendo en mi oficina.

Me enderecé en el sofá.

—¿Qué hora es?

—Las seis de la tarde.

Me puse de pie tambaleándome, tropecé con un hervidor de agua y me arrimé al borde de la mesa. Estaba cubierta de papeles con marcas

de tazones y ceniceros desbordados de colillas. Miré mis pies envueltos en calcetines fofos. No tenía zapatos. Busqué mis zapatos.

—Tranquilo —dijo César cruzando la habitación y abriendo las persianas—. Solo vine a buscar un libro.

Giré alrededor de la mesa agachándome fatigosamente y mirando debajo.

—Oye, felicitaciones por el trabajo de la semana. Hablé con Soto y me dijo que sus títulos de propiedad ya estaban al día. Parece que es un nuevo récord.

La información tardó una fracción de segundo en asentarse en mi cabeza. Claro, era viernes. Había pasado la semana encerrado en la oficina de César trabajando para uno de sus clientes, el tal Soto. Por la mañana había enviado los papeles con un mensajero y me había echado a dormir. La oficina era un caos de archivadores y tazas sucias. Sin contar el carro estacionado en un rincón, cargado con el expediente completo del caso Mina Amarilla. Más bien, parecía como si alguien lo hubiera lanzado contra ese rincón a toda velocidad y los papeles hubieran salido disparados en todas direcciones.

—He estado practicando —dije.

—¿Cuándo piensas deshacerte de eso?

César miraba el carro. Sobre los archivadores ya se acumulaban el polvo y las pelusas.

—No sé dónde se supone que tengo que devolverlo, o a quién. El archivo está clausurado. Ni siquiera sé si sigue siendo propiedad de Mate & Lancaster… o de sus representantes.

—¿El expediente o el archivo?

Resoplé.

—Los dos.

Me quité una nota autoadhesiva verde limón que tenía en el hombro. César asintió con indiferencia. Abrió el libro que había sacado del estante y pasó unas páginas.

—¿Sabes con quién me topé en los tribunales hace un rato?

—Ni idea —respondí agachándome otra vez para mirar debajo de la mesa.

—Macarena Altamirano.

El nombre entró en mi cabeza como un objeto arrojado a una habitación oscura.

—Iba saliendo con un enjambre de periodistas. Otro caso ganado, me imagino. Cruzó la calle y se escapó por una galería comercial. Siempre tan bajo perfil…

Me incorporé. Macarena Altamirano, la abogada de derechos humanos. Habíamos sido compañeros en la universidad, aunque ella era algo mayor; habíamos compartido asignaturas y nos habíamos encontrado un par de veces a lo largo de los años, antes del acto conmemorativo al que Rosa me había invitado. Recordé la forma en que el público la había aplaudido y la seguridad con la que había hablado desde el podio. Me di cuenta de que tal vez era la única experta en casos de atropellos a los derechos humanos que habría accedido a hablar conmigo, a responder una pregunta formulada por mí, por estúpida o absurda que fuera…

—¿Has soñado alguna vez con propiedades? —dije mirando hacia el ventanal.

Me volví hacia César.

—¿Cuándo fue la última vez que fuimos a Doña Dominga?

Me miró con una sonrisa perpleja.

—No sé. A principios de año, creo… ¿Despertaste con hambre?

Solo guardaba un recuerdo impreciso de aquel último Pollo Presidencial. Sabía que César y yo habíamos apostado sobre algo, aunque no recordaba qué. Pero mientras observaba la luz de la calle tuve la sensación de que había llegado mi turno de dirimir algo, de zanjar una disputa, aunque fuera el desenlace de una apuesta diferente o de un juego de reglas no declaradas.

Me palpé el estómago a través de la camisa.

—No —dije.

César me observó caminar hasta el carro con los papeles del expediente. Había divisado uno de mis zapatos, semienterrado bajo un montón de páginas sueltas. Me lo puse y miré a mi alrededor en busca del otro. Revisé la hora en mi teléfono. Eran las seis y cuarto. La oficina donde trabajaba Macarena Altamirano estaba cerca. Si me daba prisa…

Volví al sofá cojeando a causa del pie descalzo y empecé a voltear los cojines. César seguía parloteando:

—A la salida me encontré con Pascual Donoso. Conoce a los relatores y a las secretarias, y según él es amigo de los jueces. Me estuvo contando unas historias, obviamente inventadas. Después me dijo que tenía algo que notificarme. Según él, han estado pasando cosas en los tribunales. Cosas relacionadas con el caso Mina Amarilla. Le dije que fuera a notificárselo a alguien a quien le importara. A Donoso le gusta el suspenso. Tuve que mamarme un par de chistes repetidos, hasta que lo soltó. El asunto es que, según Donoso, el fallo se va a dar a conocer el lunes.

4

La oficina de Macarena estaba en el quinto piso de un discreto edificio en el centro de Santiago. Se había quedado trabajando hasta tarde y su ventana era la única iluminada ese viernes pasadas las siete. La encontré sentada tras su escritorio, frente a un notebook que en su momento debía de haber sido caro y potente, pero que el persistente uso había transformado en un cacharro viejo. A su alrededor, pegados a las paredes, se alzaban los usuales estantes con libros y, delante de los lomos, decenas de fotografías enmarcadas, dispuestas en distintos ángulos formando un abigarrado collage. Los paisajes y personajes retratados sugerían que habían sido tomadas en diversos lugares de Chile y el mundo a lo largo de varios años. Los familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos miraban a la cámara en grandes grupos sonrientes, brazos y manos rodeando hombros y cinturas, con Macarena siempre en medio, cada vez con un peinado diferente.

Intenté imaginarme cómo sería sentarse cada mañana en medio de toda esa gratitud acristalada, y ponerse a teclear.

Macarena me miraba con una sonrisa divertida. El aire de escucha atenta que había adoptado se había roto por lo breve y abrupto de mi pregunta.

—¿La Oficina de Regularización Patrimonial? —repitió desde el otro

lado del escritorio—. Mira, no sé qué habrás estado leyendo o con quién habrás estado hablando, pero… —Sacudió la cabeza—. Esa oficina fue solo una farsa. Nunca llegó a funcionar.

Fijó la mirada en el lápiz que balanceaba entre las manos y su voz adquirió un tono más moderado:

—Puede que las intenciones del general Vera fueran honestas, dentro de su particular y distorsionada visión de las cosas, quién sabe, pero nunca llegaron a materializarse. Cuando Pinochet supo de la idea, autorizó la creación de la oficina y dispuso los fondos necesarios. Iba estar supeditada al ODEPLAN, la Oficina de Planificación Nacional, aunque no la instalaron en sus dependencias centrales, en calle Ahumada, sino en un sótano, en un anexo del Ministerio del Interior. El verdadero objetivo de la oficina no era regularizar nada ni ayudar a nadie, sino mantener vigilado a Vera. Así que llevaron unos escritorios y los llenaron con media docena de agentes de la CNI. Iban todas las mañanas y ocupaban sus puestos y fingían ante Vera no conocerse y de vez en cuando le dejaban sentir en el hombro el peso de una mano invisible. Estamos hablando del último escalafón, no de asesinos ni torturadores. Eran simples hampones, estafadores, merodeadores nocturnos, salteadores de caminos.

—¿A qué te refieres?

Macarena desvió la mirada hacia el techo y volvió a posarla sobre mí.

—¿Recuerdas tus tiempos de universitario?

—Un poco, sí.

—Entonces recordarás las manifestaciones y la palabra AUTOFINANCIAMIENTO. Se podía leer en todos los lienzos, estaba en todas las consignas, en todos los petitorios: FIN AL AUTOFINANCIAMIENTO. Bueno, las políticas de autofinanciamiento de las universidades datan de 1978. Ese año la dictadura privatizó un montón de empresas estatales y decretó el fin de los fondos públicos en muchos ámbitos, no solo el universitario. Incluyendo, parapapam… los servicios de seguridad. A partir de ese momento, la recién creada CNI iba a tener que generar sus propios recursos. ¿De qué manera se hizo? De muchas. Las galerías del centro se llenaron de locales de

compraventa de oro y joyas, se instalaron tiendas de artículos de caza y pesca y uno que otro restaurante. Dicen que nóminas completas de personal se financiaron durante años gracias al tráfico de cocaína y la venta ilegal de armas, aunque hasta ahora nadie ha podido probarlo.

»En 1983, cuatro tipos asaltaron un banco en Arica. Tras una persecución por el centro de la ciudad, la policía logró capturarlos. Resultó que eran todos agentes de la CNI en servicio activo. Años más tarde ocurrió otro atraco, ahora en Antofagasta. Los dos asaltantes, ambos ex miembros de las Fuerzas Armadas vinculados a secuestros y desapariciones durante los setenta, escaparon llevándose como rehenes a dos empleados del banco. Una vez en el desierto, los mataron y dinamitaron los cuerpos. ¿Dónde crees tú que habían aprendido esos métodos? Solo se encontraron pequeños fragmentos, muy difíciles de identificar, y los fiscales tuvieron un montón de problemas para probar la culpabilidad. Diez años antes, otros uniformados, o puede que incluso los mismos, habían sido ascendidos y condecorados por hacer lo mismo. Fue uno de los últimos casos en que se aplicó la pena de muerte.

»Bueno —continuó Macarena—, esa fue la clase de personal que terminó en esta supuesta oficina. Tipos capaces de utilizar cédulas de identidad de detenidos desaparecidos para pedir créditos y realizar fraudes tributarios o para inscribir propiedades que luego vendían. Eran propiedades adquiridas ilegalmente, usurpadas a partidos políticos o a personas exiliadas o asesinadas. Puede que supieran falsificar cheques o triangular fondos, pero de regularizar, nada. A finales de los ochenta estaban todos tratando de salvar el pellejo y acumular toda la plata posible antes de irse fuera del país, enredados en una maraña de negocios fraudulentos y empresas fantasmas.

—Como Cerro Florido —dije.

Macarena balanceó la cabeza.

—Eso era distinto. Estaban metidos los alemanes, había plata de verdad y era manejada de forma mucho más cuidadosa. ¿Sabías que Gonzalo Madrid, uno de los socios de Cerro Florido, fue asesor del Ministerio del Interior durante los ochenta y apoyó la creación de la Oficina de Regularización Patrimonial? Décadas más tarde se dedicó a

comprar viejas casonas en el centro de Santiago. Las demolió y construyó edificios de departamentos. Dos de esas casas habían servido como centros de detención y tortura, una en el barrio República y la otra en el barrio Yungay. Eran construcciones antiguas, de gran valor patrimonial e histórico. No quedó nada.

Recordé aquella frase: *Los alemanes encontraron la forma de borrar todas las huellas*.

Macarena esbozó una sonrisa soñadora, casi nostálgica.

—Es curioso. Todas esas sociedades fantasmas, con esos nombres de fantasía. Recuerdo cuando lo escuché por primera vez: *Cerro Florido*. Sonaba como un lugar bonito, como un parque de diversiones con carruseles y una montaña rusa.

Igual que Monte Maravilla, pensé.

—¿Sabes algo de un tal Sergio Baeza? —pregunté.

—No, no mucho. Aparece en declaraciones de ex uniformados. A lo largo de los años han tratado de involucrarlo en casos de secuestro y tortura. Trabaja como guardia de seguridad en un restaurante en avenida San Pablo, un antro de militares en retiro aficionados al tango.

Macarena bajó la mirada y su sonrisa se tornó amarga.

—¿Sabes una cosa? Ayudar a las familias de los detenidos desaparecidos a seguir con sus vidas en los aspectos más elementales, patrimoniales, financieros, etcétera, no fue una tarea fácil. Lo fundamental era que se hiciera justicia con sus familiares, pero para eso… tenían que seguir vivos. Muchos eran campesinos, algunos analfabetos, en muchos casos pobres, y los viajes a Santiago para atender los recursos legales casi los habían desangrado. Y estoy hablando de una situación que se prolongó mucho más allá de los setenta, hasta bien entrados los noventa. Recuerdo las historias que nos contaba Anselmo Correa. Regularizar la situación legal de las familias, en todos los ámbitos, significaba partir de cero, como si los papeles existentes no valieran nada.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre que pudo, Correa obtuvo papeles nuevos, a través de figuras legales alternativas. Solo lo mínimo para que las familias

pudieran continuar con sus vidas. Como te decía, no fue nada fácil. Además… —Sonrió apartando la mirada—. Esto te va a parecer gracioso, pero Correa tenía una veta supersticiosa. Trabajar con esos papeles, los viejos, reescribirlos… siempre le dio mala espina.

Giró en el sillón mirando a su alrededor, hacia las fotografías enmarcadas que poblaban los estantes. Al completar el giro se volvió y dijo:

—Decía que era como si ellos siguieran desapareciendo.

—*¿Ellos?*

—Los desaparecidos.

Ya me disponía a salir cuando Macarena me habló desde el escritorio.

—¿Sabes a quién deberías preguntarle sobre esa supuesta oficina, si es que de verdad te interesa?

Me volví.

—A tu amigo, el valiente soldado.

Me quedé en el vano de la puerta sosteniendo el pomo con la mano.

—Javier Téllez —dijo Macarena con una sonrisa—. Hasta finales de los ochenta fue el contacto de la inteligencia militar en el Ministerio del Interior.

5

Media hora más tarde entraba en mi departamento y cerraba la puerta tras de mí. Encendí la luz y me quedé inmóvil. El living estaba patas arriba. Un ondulante rastro de papeles surgía del estudio y reptaba sobre la alfombra. La pila de libros que solía reposar en una esquina de la habitación yacía ahora derrumbada y extendida hacia un lado, como una baraja de naipes. Divisé uno de los cojines del sofá, destripado y tirado en un rincón. El relleno asomaba por entre la funda rota como escarcha sucia.

En el centro de la habitación, mis pies se toparon con un pedazo de papel, una servilleta retorcida con una mancha de bordes irregulares y acuosos, de color rojo vivo.

Sangre.

El corazón me aleteaba en la garganta. Instintivamente, alcé la mirada hacia el techo y los muros, esperando ver, quizá, un mensaje garabateado sobre las grietas de la pintura, escrito con la misma sustancia roja que había visto en el suelo (¿podía ser sangre?) o tal vez con la tinta china que mi abuelo guardaba en grandes frascos sin marcar. Dos o tres palabras escritas con chorreantes y alargados trazos verticales, como una amenaza o una invocación.

En el baño descubrí pequeñas huellas grises, como motas de ceniza aplastadas por dedos minúsculos, repartidas por toda la tina, el lavamanos y en los azulejos de los muros. Las más frescas y oscuras trepaban por la pared hasta la ventana abierta y hacia el patio.

El gato había vuelto a colarse en el departamento.

Volví a living. El papel manchado resultó ser una servilleta salpicada con la sangre de una bandeja de carne que el animal había sacado del basurero de la cocina. Revisé el cuarto de al fondo, que en comparación con las demás habitaciones parecía limpio y ordenado, como si el animal no hubiera necesitado marcarlo como su territorio.

6

Pasé una noche breve y una larga mañana de sueño interrumpido, y a eso de las diez me senté en el estudio, tomé el teléfono y marqué el número de Rosa.

Contestó una voz que reconocí de inmediato.

Recordé el disfraz que llevaba la última vez que nos habíamos visto. Chaqueta gris oscuro y pantalones del mismo color, anchos en los muslos, rematados por altas y relucientes botas de charol. Como un antiguo general de caballería. Y fijados a la pechera de la chaqueta, a modo de condecoraciones, pequeños prendedores con figuras y logotipos de todas las clases y colores. Una botella de Coca-Cola, una señal de ceda el paso, un signo de riesgo biológico, otro de reciclaje, un conejo Playboy…

Una de las chapitas lucía la inscripción:

—Nicolás, hola —dije.

—¿Quién habla?

—Soy Pablo Alfaro, de… —iba a agregar «de Mate & Lancaster»—. Pablo Alfaro.

No hubo respuesta, pero no había colgado. Era mi turno otra vez.

—¿Está tu mamá?

—No. En este momento no. Además, Rosa no quiere hablar contigo.

Y a continuación:

—Y la verdad es que yo tampoco.

—Entiendo. Yo tampoco quiero seguir molestando a tu familia. Solo necesito hacerle un par de preguntas.

—Lo veo difícil, ahora último está muy ocupada…

—¿Puedo dejarle un recado por si ella quiere devolverme la llamada?

Nicolás accedió.

—Espera —dijo—. ¿Tiene algo que ver con mi tío Esteban?

—No —dije. Luego rectifiqué—: No directamente.

Hice una pausa mientras escogía bien las palabras. Parpadeé con el auricular pegado a la oreja. Había recorrido el callejón, mientras este se volvía cada vez más oscuro y estrecho, lo había recorrido hasta el fondo y ahora estaba más allá del fondo y del callejón.

—Rosa, tu mamá, me habló de un tipo… —Noté mi voz aguda—.Un abogado que la visitó durante los ochenta.Según ella, lo habían enviado de la municipalidad y le ayudó a regularizar unos papeles, asuntos de la familia de tu tío Esteban.

Tuve una imagen pasajera de los estrechos y huesudos hombros de Nicolás, envueltos en el abrigo negro, y de las desiguales y tétricas letras blancas bordadas en la espalda: «RULFO».

—Necesito saber si ese abogado pudo tener algo que ver con un tal… —Pasé las páginas del reverso de mi libreta azul arrugándolas y torciéndolas, hasta dar con la indicada. Aunque lo recordaba bien, era el único nombre asociado a la Oficina de Regularización Patrimonial («A PEDIDO DE…»), la única pista real que tenía, y no quería equivocarme—: Sergio Baeza.

—¿Dijiste Sergio Baeza?

—¿Te suena de alguna parte? —dije casi subiéndome al escritorio.

—Para nada. Estoy anotando.

Volví a sentarme. Nicolás repitió el nombre murmurando y alargando las vocales. Luego dijo:

—¿Algo más?

—Sí, bueno… pregúntale si recuerda algún otro detalle, cualquier cosa. Y dile que me llame.

—Voy a tratar de darle el recado antes de mañana…

—Gracias, Nicolás.

Colgué y volví a levantar el auricular. Me demoré mientras marcaba el código de Cauquenes y luego el número de Berta Domínguez.

Contestó ella misma.

—¡Qué gusto escucharlo! —dijo cuando le dije mi nombre.

—Igualmente —dije rascándome el cuello con un dedo sudoroso.

—¿Cómo está? ¿Cómo le ha ido con sus averiguaciones?

—Bien… Bien —tartamudeé.

La versión desenvuelta de mí mismo se había estropeado, le había entrado agua en el mecanismo.

—Muy bien —agregué. Y enseguida—: Señora Berta, la llamo precisamente a propósito de mis averiguaciones.

—¿Encontró la información que necesitaba?

—Más o menos. El asunto es que necesito hacerle una pregunta más. Una última pregunta.

—Claro. Dígame.

—Se trata de las propiedades de su hermano Andrés, si es que tenía alguna propiedad en el momento de su detención, o alguna herencia.

Berta dudó un momento.

—Sí, claro…, claro. La casa de mis padres. Nos correspondía como herencia. Los abogados de la Vicaría de la Solidaridad nos ayudaron con eso. Para que yo pudiera disponer de ella.

—¿Por causalidad recibió usted algún otro tipo de ayuda o asesoría legal con la casa de sus padres o con otras propiedades?

—¿Usted quiere decir aparte de…?

Se produjo un silencio sólido, como si el cable telefónico hubiera

sido arrancado de un tirón.

—Pero no la acepté —dijo la voz de Berta.

—¿Recuerda en qué año fue?

—No sé. Debe haber sido 1983… Vino un hombre joven, más o menos de su edad, dijo que era abogado. Y me preguntó… lo mismo que usted me acaba de preguntar. Si no era cierto que a mi hermano le correspondía una parte de una herencia familiar, una propiedad que había pertenecido a mi padre. Me entregó un papel, un documento con sellos y firmas. Me preguntó si conocía la notaría de Alejandro Azócar. Claro, le dije, todo el mundo conoce esa notaría. Alejandro Azócar era hermano de un marino retirado de la zona. Me dijo que fuera al día siguiente, que llevara el papel y que ahí le pondrían todas las firmas y sellos y yo podría disponer de la propiedad. Después se fue. Estábamos en pleno trámite de apelación por el recurso de amparo de mi hermano y el asunto me dio mala espina. Así que no fui.

—¿Le contó esto a alguien?

—No.

—¿Conserva el documento?

—No. Lo rompí. Lo hice pedazos.

Hubo un largo silencio. Pensé en Braulio Arenas, el Despertador Humano, seguido por una manada de perros sarnosos, anunciando la hora por las calles de Cauquenes como un pregonero demente.

—¿Usted cree que pueda haber algún problema? —dijo Berta, sacándome de mis pensamientos.

—No… *¿Por qué?* ¿Qué problema va a haber?

—Por el certificado de defunción…

Escuché en silencio con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el auricular.

—El mes pasado llegaron los resultados de las pruebas de ADN que encargamos a principios de año. Las muestras provenían de la ladera de un cerro y de un mechón de mi pelo. Resultaron positivas. Fue poco después de su visita. Recibí el certificado de defunción y los vecinos vinieron a darme el pésame por la muerte de mi hermano.

Hubo una pausa antes de que Berta agregara:

—¿Usted cree que pueda haber algún problema?

7

Pasé la tarde esperando a que Rosa me devolviera la llamada, y a la mañana siguiente me dirigí al terminal de buses. Cuando me bajé de la máquina en el cruce de la carretera, había empezado a caer un chaparrón. Goterones pesados reventaban contra el suelo polvoriento como granos de uva madura. La cordillera tenía un aspecto opaco y lejano.

Crucé el pueblo caminando justo por el centro de la calle principal, avanzando bajo la lluvia como un forastero, con los perros callejeros acosándome desde las veredas. La gente se guarecía bajo los aleros de las construcciones. Una niña rubia y descalza me siguió con la mirada desde un portal, como si custodiara la entrada de su casa, mientras pasaba enfundado en el abrigo negro de mi abuelo.

Esa mañana de domingo pasé frente a la ferretería Fénix y al llegar a la casa de Rosa no tuve que tocar el timbre ni llamar a la puerta. Solo me paré en la vereda de enfrente y leí el cartel («SE VENDE») que colgaba en una de las ventanas de la fachada, el mismo que había visto en la ferretería y en uno de los terrenos agrícolas de Rosa, todas propiedades que yo mismo había regularizado para ella, con el logotipo de una corredora de propiedades impreso en una esquina. Una montaña gris rodeada de cerros más pequeños y coronada por un resplandor anaranjado y, más abajo, el nombre de la empresa inmobiliaria.

BLUMBERG.

Tomé el bus a Talagante para, desde allí, regresar a Santiago. El camino, largo y sinuoso, discurría entre huertos e invernaderos, con suaves colinas que en otros tiempos me habían arrullado hasta hacerme dormir. Nicolás me había dicho que trataría de darle mi mensaje a Rosa «antes de mañana». Había llegado demasiado tarde. Carranza desaparecía, como le había oído decir a Macarena Altamirano, seguía desapareciendo. Al cabo de unos minutos me había sumido en un vapuleado sueño, la cabeza apoyada contra el vibrante

cristal de la ventanilla. Una sacudida especialmente brusca me hizo entreabrir los ojos. Por encima de los árboles que bordeaban el camino, divisé una estructura, la parte superior de una deteriorada construcción de concreto y metal alzándose fugazmente a lo lejos. A juzgar por su altura, y por la distancia a la que parecía encontrarse, debía de ser colosal. Hangares, pensé. Hangares gigantescos y abandonados. O tal vez uno de esos galpones que albergan cementerios de autos. Cuando por fin abrí los ojos, se había ido. Me incorporé en el asiento intentando dar con el ángulo correcto para volver a divisarla, fuera lo que fuera, pero el camino se internó en un caserío rodeado viejos y frondosos álamos. No fue sino hasta que estuve de vuelta en mi departamento, esa tarde, y pude revisar las anotaciones del reverso de mi libreta, que supe de qué se trataba. Era el Complejo Químico-Industrial del Ejército, ubicado en Lo Aguirre, sobre el que Mathias Koller había escrito en sus memorias a propósito del médico Todtwald y Colonia Dignidad. Estaba en las afueras de Talagante.

8

Echado en el sofá del living, con el teléfono sobre el suelo y el cable extendido a través de la alfombra, sabía que Rosa no iba a llamar. Pero había telefoneado al único club de tango ubicado en avenida San Pablo y había conseguido el número de Sergio Baeza. Lo anoté en mi libreta azul, que ahora descansaba sobre mi estómago, en una página perdida entre el derecho y el revés. En la misma página, había escrito: MONTE MARAVILLA e inmediatamente debajo: MINA AMARILLA. Había contado las letras que formaban la primera y la segunda palabra de cada uno de los nombres (cinco y cuatro, nueve y ocho). Luego había tachado las letras que se repetían en ambos. Todas las letras del segundo (MINA AMARILLA) aparecían en el primero (MONTE MARAVILLA), al que le sobraban una «o», una «t», una «e» y una «v». Incliné la libreta hacia un lado y luego hacia el otro, tratando de descubrir algún patrón en las letras sobrantes o en las demás, mientras

mordisqueaba el extremo del lápiz.

En eso sonó el timbre.

—¡Hola, soy yo! —Era la voz de Andrea que salía del anticuado parlante de la cocina.

Dejé abierta la puerta principal y volví al sofá y al instante siguiente el bolso negro de Andrea apareció junto a mi oreja balanceándose y produciendo un tintineo de broches y hebillas.

—¿Cómo estás? —dijo desde arriba.

Se sentó en uno de los brazos del sillón que había junto a la puerta del estudio y miró a su alrededor con aire ocioso.

—Esa lámpara. Me gusta.

—¿Quieres un vaso de jugo?

—No, gracias —dijo agitando una botella de agua mineral semivacía.

—Pasé por tu departamento el otro día —dije volviendo a mi libreta. La abrí por una página al azar y leí: «ODLANIER». Y más abajo: «REINALDO»—. El sábado pasado.

—¿A qué hora?

—Como a las siete.

—Salí con tu amigo abogado. Pobrecito, lo dejó su novia.

Por un momento, no supe a quién se refería.

—Ah, *César*… Claro… —dije divertido—. ¿Cómo está?

—Te estoy diciendo que lo dejó su novia. —La voz de Andrea se suavizó—: Me contó lo de la oficina. Parece que cagó todo.

—Sí, bueno…

—¿Tú le diste mi teléfono o él te lo pidió?

Traté de pensar, pero me distraje pasando páginas en mi libreta.

—¿Qué son todas estas cosas?

La voz de Andrea sonó lejana. Cuando torcí la cabeza, la botella de agua mineral reposaba sobre la mesita del teléfono. El bolso de Andrea estaba en el sillón.

Alcé la cabeza y miré por el pasillo. Andrea estaba asomada al cuarto de al fondo. No solo había entrado en el departamento —lo que solía evitar—, sino que lo había cruzado hasta la otra esquina.

—Son las cosas de mi abuelo —dije volviendo a acomodarme en el

sofá con la libreta abierta. Se escuchó un ruido sordo en el fondo del pasillo.

—¿Alguna de estas cosas tiene valor sentimental?

—No. Esas ya se las llevaron. —Encontré la página en la que había estado trabajando y releí mis anotaciones: improvisados y monomaníacos crucigramas sin sentido alguno.

—¿Y en todo este tiempo no las has tirado a la basura?

Oí pasos aproximándose. Andrea apareció en el centro de la habitación. Hojeaba una de las carpetas de mi abuelo.

—¿Y qué guardaba en estas carpetas?

—Son los casos en los que trabajó —dije mirándola y volviendo a la libreta.

—¿Que no era dibujante?

—Sí, dibujante técnico. Pero trabajaba como tasador de propiedades. Tenía un archivo con los casos en los que había trabajado.

—Son miles.

De pronto, la página que tenía ante mí desapareció con un crujido de papel. De hecho, la libreta entera se esfumó y me quedé mirando mis manos vacías.

—Deja de hacer pucheros —dijo Andrea mirándome desde arriba.

Se alejó y dejó la carpeta en el sillón. En la otra mano tenía mi libreta.

—El próximo fin de semana… —empezó a decir con voz lenta y sentenciosa.

—No —dije, presintiendo adónde se dirigía.

—Vamos a hacer un aseo profundo…

—Andrea…

—Me voy a poner mis zapatillas y mi ropa de gimnasio y…

Le prometí que limpiaríamos el cuarto de al fondo el fin de semana siguiente, si es que para entonces no lo había hecho yo, a cambio de que me dejara en paz. De todas maneras, insistió en contarme una historia. Una especie de leyenda urbana o fábula que en la mente de Andrea debía de guardar alguna relación con la higiene del hogar (o eso deduje), sobre una mujer, una amiga de una amiga que al volver

del trabajo entró en su dormitorio en busca de ropa limpia para ponerse después de la ducha y, al abrir el cajón de los calzones y meter la mano, se encontró con tres bultos tibios y viscosos, que, descubrió con repugnancia, eran gatitos recién nacidos. Una gata se había colado por una ventana mal cerrada y había parido ahí mismo, entre su ropa interior. De momento no había señales de la gata. En cuanto a los gatitos, dos de ellos parecían muertos. El tercero tenía la cabeza medio devorada.

Andrea se marchó y marqué el número de Baeza.

Contestó una voz masculina.

—Buenas tardes. ¿Podría hablar con Sergio Baeza?

—¿De parte de quién?

—Pablo Alfaro.

Por una vez no tenía nada que agregar a mi nombre, ninguna carta de presentación.

—Habla Sergio Baeza.

Hubo una pausa.

—¿Pablo Alfaro de Mate & Lancaster, los abogados de Odlanier Benavente y Javier Téllez?

—Ya no… Quiero decir, Mate & Lancaster sigue representando a Benavente y Téllez, hasta donde sé. Solo que yo ya no trabajo para ellos… ¿Nosotros nos conocemos?

—Nos hemos visto un par de veces —dijo con tono despreocupado, como diciendo «Ahora que lo menciona…»

—Y a Benavente y Téllez supongo que también los conoce.

—Nos conocemos, claro. Nos conocimos hace mucho… A todo esto, dicen que mañana se va publicar el fallo. Pero, bueno, eso usted ya debe saberlo… ¿Puedo preguntarle cómo consiguió mi número?

—El restaurante de avenida San Pablo.

—Ah. No fue muy difícil.

Se quedó en silencio.

—Bueno, Alfaro, dígame qué puedo hacer por usted.

Dudé un segundo.

—Pero antes… —dijo—. Tengo que decirle que ha hecho un trabajo

excelente.

—¿Al dar con usted?

—No, no. Me refiero a los papeles. Los títulos de propiedad.

—Borrar todas las huellas —dije.

—Es una forma un poco dura de ponerlo… pero sí. *Borrar las huellas* —dijo con tono reflexivo—. ¿Sabe qué? Me he estado preguntando por qué se tomó la molestia. Supongo que le debo una.

Aferré el auricular con ambas manos:

—¿Por qué no me habla un poco de la operación Tricolor, Colonia Dignidad, la Oficina de Regularización Patrimonial?

La voz guardó un largo silencio, no supe si pensativo o apabullado.

—Bueno… —dijo—. Fue con ellos que empezó todo, ¿no? Con Benavente, Téllez y O'Ryan. Y con sus *visitas*. Las visitas que recibieron. Se podría decir que a mí también me ha tocado mi parte.

Pensé en el gato que había vuelto a meterse en el departamento un par de días atrás. La voz continuó:

—Muchas. Cuando la gente muere se lleva a la tumba todos sus recuerdos, experiencias, conversaciones. Todo eso. O para decirlo en términos más técnicos, *información*.

Calló un momento antes de continuar.

—¿Sabe qué es lo más terrible de los fantasmas, lo que de verdad asusta a los vivos? Que siempre saben más que ellos. Cosas que nadie debería saber. ¡A veces saben más sobre uno que uno mismo! Eso es lo que de verdad asusta. Un auténtico fantasma siempre sabe más de lo que cualquier persona viviente debería saber.

Carraspeó.

—Hay una muy buena razón para dar por muertas a las personas que mueren, asesinadas o no, y es que no regresen para decirnos que la historia no es como la contamos, como la estamos contando. Su historia, la historia de uno, cualquier historia. Cuando alguien muere pasa un tiempo y uno sigue discutiendo con uno mismo si el muerto fue una buena persona, un mal padre, un amigo fiel, un hijo de puta o lo que sea. Pero luego uno dice, qué carajo, era un buen tipo y ahora está muerto. Y da por cerrado el asunto. ¿Se da cuenta? Esa historia no se puede cambiar…

La voz se extinguió con un gruñido bajo y fibroso y luego volvió:

—A menos que el muerto regrese para decirte que la historia no es como la estás contando.

—¿Y cuánto sabe su… visitante?

Un hastiado suspiro de resignación chocó contra el micrófono al otro lado de la línea.

—Todo. Sobre sus preguntas —continuó tras una pausa—, creo que lo mejor sería que recurriera a las partes involucradas. O'Ryan está muerto, claro, eso usted ya lo sabe. No creo que pueda hablar con Benavente. Pero quizás Téllez pueda ayudarlo, si es que lo pilla en un momento de lucidez.

Nos despedimos y escuché el silencio de una habitación bullir en el otro extremo de la línea, y luego cerrarse y eclipsarse al ser colgado el auricular.

9

La casa se alzaba en la cima de una suave colina, como la última vez, rodeada por un extenso prado ahora húmedo y brillante bajo la luz de los focos nocturnos. Pero Téllez ya no vivía allí. Según la empleada que me recibió, días atrás Téllez hijo había arreglado su traslado a un asilo de ancianos, una discreta clínica privada en el sector oriente de la ciudad. Acababan de llevárselo esa misma tarde. Pensé en la enfermera que me había recibido en mi visita anterior («Parece que el pajarito que me gusta está de nuevo en el jardín. Es ese que dice: *¿Has visto a mi tío Agustín?*»), seguramente despedida.

Después de algunas negociaciones, la mujer accedió a darme la dirección de la clínica privada. Mientras la anotaba en mi libreta azul, reparé en mis uñas. Seguían sucias por el polvo del cuarto de al fondo.

—Estuve haciendo un poco de aseo —me disculpé tratando de sonreír.

Bajé en el último tren del metro que iba al centro. Era un silencioso barrio residencial. Polillas enormes revoloteaban pesadamente bajo la luz de los faroles. Los pájaros empezaban a gorjear. Supuse que pronto

se darían un festín.

Adentro del edificio crucé el hall deslizando miradas. La empleada me había dicho que, después del incidente de los mensajes garabateados en las paredes, Téllez hijo había cancelado el contrato con la empresa de seguridad que había resguardado a su padre durante los últimos años, y que desde entonces buscaban una nueva. Tanto el hall como la sala de espera contigua estaban desiertos.

Me acerqué al mesón y al tipo que estaba sentado detrás, un tipo grueso, de cabeza calva y brillante, con uniforme de enfermero.

—Buenas noches. Vengo a ver a Javier Téllez —dije poniendo mi maletín sobre el mesón.

—Lo siento. No es horario de visitas.

—Me doy cuenta, pero es un asunto importante. Se trata de su legado.

—¿Su legado?

—Su testamento, su última voluntad. Mañana es una fecha especial para el señor Téllez. Lo van a declarar culpable o inocente en un proceso judicial y me llamó para discutir cuestiones relacionadas con su testamento. Soy su abogado.

Saqué una de mis viejas tarjetas de visita de Mate & Lancaster y la deslicé sobre el mesón. Y entonces ejecuté un acto de magia. Magia real. Moviendo ambos pulgares, hice saltar los cierres metálicos del maletín y extraje una copia del testamento de Téllez, su testamento legítimo. La puse junto a la tarjeta.

El enfermero miró los papeles, sin particular interés, y luego a mí.

—Habitación 109. —Me alargó un formulario—. Deje la hora en blanco.

Mientras rellenaba el formulario, eché un vistazo al comedor. Tampoco había nadie.

—Está con él —dijo el enfermero.

Dejé de escribir y lo miré fijamente.

—¿Quién?

—El guardia personal. Baeza. Está con él en la habitación.

Le entregué el formulario, agarré mis cosas y eché a andar por el pasillo verificando los números en cada puerta. Escuché la voz del

enfermero resonando a mi espalda, como una broma escolar:

—¡Bonito abrigo!

Al girar el pomo y empujar la puerta, noté un olor sulfuroso, a combustión impregnada, como si acabara de entrar en un estacionamiento subterráneo. Téllez yacía acostado en una estrecha cama individual, incorporado y despierto, y a los pies de la cama había un tipo de pie. Un tipo alto, corpulento, de pelo canoso, enfundado en un largo abrigo negro.

Carranza no se parecía en nada a Carranza.

La delgadez de su juventud se había esfumado, al igual que su pelo alborotado y abundante, que ahora llevaba corto. Solo sus ojos guardaban una lejana semejanza con la fotografía que colgaba en la mesa de dibujo de mi abuelo, cubierta por una sábana vieja. En medio de ellos, un poco por encima del entrecejo, comenzaba una larga cicatriz que cruzaba por encima del tabique nasal y alcanzaba el labio superior en una especie de brote rosado. La cicatriz de la que me había hablado Rosa.

Téllez tenía un brazo alzado y lo señalaba con el dedo.

—Yo fé quién ef ufted —decía—. Ufted debería eftar muerto.

El tipo de la cicatriz me miró encogiéndose de hombros y gesticulando con las manos, como si se disculpara por Téllez. Luego se volvió hacia él.

—*Sí* —dijo alargando las vocales, como si le hablara a un niño pequeño—. Debería. Pero resulta que no. Los *demás* están muertos, pero yo *no*.

Era la misma voz que había oído por teléfono hacía solo algunas horas. La voz de Baeza.

Entonces Téllez reparó en mí. Me miró de arriba abajo. Su brazo, que seguía alzado, giró como la pluma de una grúa, y esta vez señaló en mi dirección.

—Yo fé quién ef ufted. Ufted deb…

Nos miró alternativamente al tipo de la cicatriz y a mí, confundido. Luego se cruzó de brazos con expresión taimada. El tipo de la cicatriz me abarcó con la mirada. Sonrió.

—Bonito abrigo.

Le dio una última calada al cigarrillo que sostenía entre los dedos y lo aplastó en el cenicero que reposaba en la bandeja a los pies de la camilla. El cenicero rebosaba de colillas. El olor que impregnaba la atmósfera no era más que el residuo del humo de cigarrillo exhalado y enfriado en el aire de la habitación durante horas. Una pura esencia de pólvora y azufre sin rastro de tabaco. Era un olor que conocía. Durante algunas noches, el estudio de mi abuelo y la oficina de César habían llegado a oler así.

—Finalmente nos conocemos, Alfaro —dijo el tipo de la cicatriz y el abrigo negro.

Me fijé en aquella voz y en aquella cicatriz y en aquel abrigo.Baeza era Carranza, Carranza era Baeza.Téllez pensaba que yo era Carranza. Que cualquiera que usara un abrigo negro y largo *podía* ser Carranza y en consecuencia debería estar muerto. Pero el verdadero Carranza estaba ahí, parado a los pies de su cama. Y estaba vivo.

Dejé el maletín a un lado y cerré la puerta tras de mí.

—Bueno, supongo que no es ningún guardia personal —dije.

—No, ya no —dijo Carranza—. Pero alguna vez lo fui.

Extrajo un gafete y me lo mostró. En su interior había una credencial muy gastada, con su fotografía. Era la misma empresa que hasta hacía poco había estado a cargo de la seguridad de Téllez. No alcancé a leer el nombre en la credencial, pero supuse que no sería «Esteban Carranza».

—Cuando hablamos hace un rato pensé que ya tenía resuelto todo el asunto.

—*Tú me detuviste, tú me trasladaste…*

—Sí, sí.

—Está acreditado en el proceso —no pude evitar decir, como un papagayo.

—Correcto.

—Pero si usted está aquí…

—Aquí estoy.

—… entonces supongo que fue O'Ryan el que no cumplió con su parte.

—Ah, sí. Sí cumplió, se lo puedo demostrar. Hasta el más mínimo

detalle. Pero las cosas no siempre salen como uno espera.

En la camilla, Téllez soltó un gruñido malhumorado.

Carranza se arremangó el abrigo y la camisa blanca que llevaba debajo, descubriendo un poderoso antebrazo. La piel mostraba manchas irregulares, subyacentes, de un verde azulado y en algunas zonas casi purpúreas. Le salpicaban todo el brazo.

—Tengo una buena cantidad de estas, repartidas por el pecho y en este brazo —dijo abriendo y cerrando la mano mientras los inusuales dibujos ondulaban bajo la piel.

Era el brazo izquierdo.

—O'Ryan cumplió con su parte, hasta donde supo. Téllez nos sacó de la Escuela de Artillería de Linares, a mí y a los otros cuatro, nos trasladó en un camión hasta el cruce del camino a Mina Amarilla y esa noche, la noche del 3 de septiembre de 1976, O'Ryan nos hizo formar y nos disparó uno por uno. Cuando llegó mi turno, escuché un estallido terrible y vi un fogonazo y un enjambre de chispas que salían silbando en todas direcciones, como fuegos artificiales. Sentí un golpe tremendo, plano, como si hubiera chocado de frente contra una pared, y caí al suelo. Cuando desperté, estaba en una habitación de hospital, acostado en una camilla, cubierto de vendajes y con una bolsa de suero conectada al dorso de la mano. Una enfermera descorrió unas cortinas y se acercó, una enfermera rubia, alta, se inclinó sobre mí y dijo, con un extraño acento extranjero: *terorista*. Estaba en Colonia Dignidad.

Carranza estiró el puño de la camisa y la manga del abrigo, volviendo a cubrir el brazo tatuado.

—Algo pasó con el arma, supongo que la bala se encasquilló y se partió en mil pedazos, porque lo único que recibí fue una granizada de metal —dijo terminando de abotonarse el puño de la camisa—. Sobre cómo llegué a la colonia…

Hizo una pausa para encender un cigarrillo, esbozando una media sonrisa, como si recordara una anécdota sabrosa.

—¿Alguna vez ha escondido un objeto tan bien que después, al tratar encontrarlo, no ha podido dar con él? Es una sensación curiosa, cuando uno lo encuentra, pensar que ha estado todo el rato ahí, al

alcance de la mano. Uno llega a pensar que no ha sido uno el que lo ha encontrado, sino que ha sido el objeto el que ha saltado de su escondite para encontrarlo a uno.

Soltó una bocanada de humo.

—O'Ryan cumplió con su parte. Los que no cumplieron con la suya, mire usted, fueron los alemanes. O'Ryan tenía un secreto. Un secreto que Benavente y Téllez ignoraban.

Téllez miró a Carranza, ceñudo.

—O'Ryan tenía un viejo amigo en la colonia, Wilhelm Sachs. Habían llegado a un acuerdo para que Sachs se deshiciera de los cuerpos. No era nada nuevo. O'Ryan y Sachs ya lo habían hecho antes. Un par de oficiales de la Fuerza Aérea que O'Ryan detuvo como agente de la DIFA. Lanzaron sus cadáveres desde un avión, directo a la colonia. Nada muy elegante. Un último salto al vacío sin paracaídas. Una vez dentro de los límites de la colonia los cuerpos eran asunto de Sachs. Era como si se los tragara un agujero negro, igual que arrojarlos al mar. Dicen que algunos cuerpos los lanzaron demasiado alto en la cordillera y se perdieron en los hielos eternos.

Recordé el relato de Helga Stein: el tipo al que habían encontrado sepultado en la nieve endurecida como una momia glacial.

—El acuerdo de esa noche era que O'Ryan los liquidaría y Sachs enviaría una patrulla de colonos a recoger los cuerpos. Luego se desharían de ellos de acuerdo con sus propios métodos. Y así fue. Salvo que cuando llegaron al lugar acordado a la hora acordada se encontraron con que uno de los supuestos cadáveres no era, al menos por el momento, un cadáver. Como sea, entrar en la colonia en esa época, vivo o muerto, significaba desaparecer. Era un mundo aparte, con sus propias reglas y sus propias disputas. No me pregunte cómo o por qué decidieron dejarme con vida, porque no lo sé. Lo único que le puedo decir es que alrededor de esa época Paul Schäfer regresó de un viaje a Europa. Había estado en varios países consiguiendo donaciones para afianzar la existencia de la colonia en Chile. Por entonces no era el gran caudillo que todo el mundo recuerda, no todavía. Dos o tres personajes le disputaban ese puesto y entre ellos estaba Sachs.

—Sachs murió en 1976 —dije.

—Murió de un ataque cardíaco y fue enterrado en el cementerio de la colonia, donde su tumba permanece hasta el día de hoy. Días después, el hijo de Sachs, un tipo medio loco al que le gustaba andar por ahí con una gorra de aviador y al que llamaban Ernstel, su único hijo, corrió la misma suerte. Murió de un ataque cardíaco en su casa en Alemania, a donde había huido por órdenes de su padre. Todo obra de Schäfer y sus pócimas letales. Se dice que Schäfer recibió ayuda del Departamento Exterior de la DINA para el asesinato de Sachs hijo. Ignoro si fue Schäfer quien tomó la decisión de dejarme vivir, ni siquiera sé si tal decisión existió, si alguna vez supo realmente quién era yo y cómo había llegado hasta allí. Quizás lo supiera. No me cuesta imaginármelo disfrutando con la posibilidad de perdonar una vida. Era un tipo obsesionado con el poder. El poder sobre los colonos, sobre los niños de los que abusaba, sobre las autoridades locales e incluso sobre la DINA y la Junta Militar. Quizás me considerara algo así como una prenda de negociación. Después de todo, yo era una suerte de evidencia en contra de O'Ryan y la DINA. Schäfer era un estratega nato, un pillo profesional. A veces se mostraba flexible, pero jamás habría desperdiciado la oportunidad de contar con una ventaja sobre sus socios o sus adversarios, por pequeña que fuera. Por supuesto, todo esto lo investigué mucho después. Por esos días yo seguía en el hospital recuperándome de mis heridas en calidad de prisionero de guerra, de *Swein*, de *terorista*, y como tal fui trasladado a los calabozos junto con los demás detenidos una vez que estuve un poco mejor.

»Fui interrogado, torturado, me fueron administrados fármacos y sustancias alucinógenas, fui hipnotizado y exorcizado y electrocutado según el minucioso método alemán, con una máscara de cuero para evitar que las mandíbulas se trabaran por los espasmos. Recuerdo a una mujer alemana que estaba encargada de llevarme comida. Una tarde entró en mi celda y dejó el pocillo junto a la puerta, como hacía todos los días. De pronto se acercó y cayó de rodillas. Empezó a mascullar algo. Yo no hablaba alemán, pero me di cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba rezando. Estuvo toda la noche temblando y rezando a mi lado. Siguió haciendo lo mismo noche tras noche y

entonces, una madrugada, metió la mano bajo las mantas. Esto se repitió varias noches. Recuerdo haber pensado que quizá fuera una especie de cura concebida por la mente lunática de los colonos. Metía la mano bajo las mantas y empezaba a sollozar y a decir, *Mein Gott! Mein Gott!* Mis primera palabras las aprendí de esa pobre mujer. Años más tarde se lanzó al paso de una segadora de trigo.

»Como el de ella, el trato que nos daban los demás colonos era cambiante y antojadizo, como si estuviéramos poseídos por un demonio que de vez en cuando abandonaba nuestras almas o nuestros cuerpos y entonces volvíamos a ser buenos. En algún momento, en medio de los fármacos y las sesiones de tortura de los primeros meses, me largué de allí, me fui muy lejos. Estaba en otra parte. Entonces nos pusieron a trabajar en los almacenes. Mezclábamos líquidos en piscinas y ensamblábamos piezas. Debíamos ser menos que al principio, hombres y mujeres. Estábamos todos narcotizados, llorosos y sonrientes sin saber por qué.

Los ojos de Carranza me miraron, uno a cada lado de la cicatriz que bajaba por su rostro.

—Sí, esto no me lo hice friendo un bistec.

»Nos sacaron al exterior. La cordillera era muy distinta a la de la zona central. Los cerros eran verdes casi todo el año, sinuosos y de menor altura. Los grandes macizos secos y rocosos solo eran visibles más arriba y más atrás, picachos terrosos nevados en verano que el sol iluminaba al mirar hacia atrás antes de esconderse en el oeste. Los soldados que visitaban la colonia habían cambiado. Afuera, la DINA había dado paso a la CNI. Éramos todavía menos. Una mañana aparecieron varios. Tipos jóvenes. Recuerdo la cara que pusieron al vernos. Una cara de horror y negación, como si acabaran de ver un fantasma. Debían haber escuchado historias. Traían un auto. Un Renault grande y narigón, de color azul oscuro. Lo dejaron estacionado junto a uno de los almacenes y se fueron. Ya habíamos refaccionado automóviles y camionetas. Les cambiábamos los motores y otras piezas y los repintábamos, siempre de un color distinto al original. Varios de estos vehículos eran usados en la colonia, algunos por el mismo Schäfer. Nos dieron nuestras instrucciones. Teníamos

que desarmar el auto. Desarmarlo hasta el último resorte y tornillo. A esas alturas, ya ni siquiera tratábamos de comprender las órdenes que nos daban. Solo hacíamos lo que nos decían. A nuestros ojos, los colonos habían llegado a convertirse en titanes desorbitados. Armados con su disciplina, su tosco ingenio campesino y el poder de la maquinaria, no había nada que se interpusiera en su camino. Los había visto levantar embarcaderos en lugares imposibles y nivelar colinas completas solo para construir una cerca. Tardamos tres días. Cuando el automóvil estuvo desmontado hasta la última pieza, llevamos los asientos y la tapicería a una escombrera cercana y los quemamos con napalm. También quemamos los neumáticos. Las piezas pequeñas se guardaron en una bodega. En cuanto al motor, la carrocería y los ejes, cavamos un foso y los enterramos allí. Esa noche, después de que nos mojaran con una manguera para sacarnos la suciedad, me llevé a los dormitorios un estuche de plástico que había encontrado en la guantera del auto y que me había metido bajo la camisa. Fue mi primer acto de desobediencia. En realidad, no sé muy bien por qué lo hice. No era más que un estuche olvidado en una guantera, lleno de chucherías. Un cortaúñas, una peineta, una máquina de afeitar desechable que examiné de cerca, antes de devolverlo todo al estuche. Creo que fue la primera vez que me pregunté quiénes serían los dueños de todos esos vehículos.

Carranza se quedó pensativo un momento y enseguida me miró.

—A propósito —dijo estrechando los ojos—, ¿ha oído hablar de Monte Maravilla?

—¿Momte Marafilla? —dijo Téllez desde su lecho—. Hmf… Nop, nop. —Meneó la cabeza.

—Alrededor de 1982 se organizó una expedición de caza al cerro Tres Picas. Se formó un grupo de hombres armados con rifles y metralletas. Iban a cazar pumas. Se llevaron a varios *teroristas*, comunistas, *Pulono* con ellos, se suponía que como asistentes. Si había buen tiempo y se portaban bien, darían un paseo por el cerro Monte Maravilla, que estaba en la misma dirección y, según se decía, presentaba un espectáculo magnífico al atardecer, cuando el sol miraba hacia atrás e iluminaba las cumbres más altas. La expedición

regresó sin ningún puma. Tampoco volvió ningún *Pulono*, comunista, *Swein*. Lo único que nos dijeron fue que se habían ido a Monte Maravilla, que se habían quedado allá, como si estuvieran hablando de un refugio o centro invernal, solo que con una inflexión extraña en la voz, como si nos hubieran dicho: *se quedaron arriba, en el refugio, para siempre*. Se sucedieron varias de estas expediciones.

»Décadas más tarde, Hans Krueger, a quien visité en Argentina, me habló de la ejecución de Héctor Zambrano. Alfred Miller se lo llevó una mañana, con el pretexto de reparar las alambradas de un valle lejano por donde se estaba escapando el ganado. El valle estaba al pie del cerro Monte Maravilla y si tenían suerte podrían verlo al atardecer antes de iniciar el descenso. Eran tres, Krueger, Zambrano y Miller. Cuando llegaron al valle, una hondonada circular rodeada de cerros bajos y oscuros, las nubes aún cubrían las cimas más altas. El momento justo para presenciar el espectáculo de los cerros incendiados por el resplandor rojo estaba cerca. Miller repartió pastillas. Zambrano empezó a preguntar dónde estaba el cerro Monte Maravilla y Miller le dijo que aparecería entre las nubes en cualquier momento. De pronto, el sol se ocultó y las nubes se dispersaron. Sobre las cumbres de los cerros cercanos no había cimas más altas. Miller levantó el brazo y señaló un punto impreciso en dirección a la cordillera. ¡Allá!, dijo. Esa luz… ¡Monte Maravilla! Cuando Zambrano se volvió para mirar, con rostro ilusionado y la boca abierta, Miller sacó una pistola y le disparó en la nuca. ¡Ya lo veo…!, alcanzó a decir Zambrano, antes de que la detonación resonara en el valle ensombrecido. Krueger me dijo que en ese momento, mientras el eco del disparo aún se propagaba por las laderas cercanas, un último rayo de luz solar atravesó el valle desde el remoto horizonte costero y un enorme macizo rocoso, con la punta nevada, asomó por entre las nubes y por encima de los cerros, la nieve roja, inflamada por las luces del crepúsculo. Quiso preguntarle a Miller si ese era el cerro Monte Maravilla, pero Alfred ya se alejaba arrastrando el cadáver de Zambrano hacia una laguna cercana. Nunca supo si lo que había visto ese día, esa ladera de granito y nieve incandescente, encendida de rojo, era real o había sido una alucinación producida por las pastillas.

Tal vez Monte Maravilla fuera un cerro cualquiera, cualquier cerro. Quizá Monte Maravilla no fuera más que luz reflejándose en la cara rocosa de una montaña, un montón de luz, desde luego, pero solo luz. ¿Y qué es la luz cuando no toca ningún objeto? Blancura muda y vacía; nada.

»Esto que le estoy contando debió ocurrir alrededor de 1984. Zambrano fue uno de los últimos *Pulono* en irse para siempre. Krueger nunca había pensado que Monte Maravilla existiera de verdad. Era una más de las historias que había escuchado desde niño, una más de las historias de los adultos. Más bien, siempre había supuesto que ese nombre, Monte Maravilla, se refería a los galpones y sótanos donde vivíamos y trabajábamos los detenidos. También había considerado esta posibilidad, fíjese: que nosotros, los *teroristas*, comunistas, *Swein*, *Pulono*, nosotros mismos, de alguna forma, éramos Monte Maravilla.

—Momte Marafilla… —repitió Téllez en un suspiro soñador—: ¡Marafillofo!

Carranza descartó la acotación con un gesto resignado y siguió con su relato.

—Un día apareció un agente de la CNI. Al principio no lo reconocí. Habían pasado los años, se había dejado bigotes y llevaba lentes oscuros. Era uno de los tipos jóvenes que habían traído el Renault azul años atrás y que nos habían mirado como si fuéramos fantasmas. Salvo que esta vez había venido solo. No sé si alguien más lo reconoció. Su nombre era Daniel Espinoza; sí, el mismo que iba a aparecer en los noticiarios tiempo después. Creo que en la colonia planeaban deshacerse de mí. Paul Schäfer estaba otra vez fuera de Chile y poco antes me habían puesto a trabajar en un túnel subterráneo, solo, ordenando unas cajas mohosas. Más tarde supe que esas cajas contenían explosivos añejos que podrían haber estallado en cualquier momento. Espinoza pretendía formar agentes para que se infiltraran en grupos de izquierda. Es muy probable que Espinoza también planeara deshacerse de mí después de que le fuera útil, como en efecto se hizo con algunas personas: sorprenderme de noche en una casa anónima, junto con una célula de algún grupo opositor, y barrer el lugar con ráfagas de ametralladora. Aunque, como verá, tengo

razones para pensar que ese no era su verdadero plan. Como sea, iba a tener nueva identidad. Por supuesto que yo no quería nada de eso. En realidad, no sabía lo que quería. Supongo que no deseaba salir de la colonia. Estaba trastornado, desorientado por los fármacos, presa de un miedo patológico e indiferenciado. En algún momento me había ido muy lejos, mi mente se había fugado y creo que había estado a punto de no regresar más. Yo no era más que un *Pulono*, comunista, *terorista*, y ahora hombre bomba y señuelo humano. Viajaríamos a Santiago. Acepté con la condición de que me permitieran ver por última vez a una persona. Desde luego, esta persona era Rosa.

»Recuerdo que esperamos en un auto estacionado en la esquina de la casa hasta que anocheció. Fue una conversación muy extraña. Rosa estaba con mi hermano. No recuerdo mucho de lo que hablamos, pero sé que al entrar en la casa me fijé en lo deteriorada que estaba y en los corrales de las aves, que se veían abandonados. Horas antes, mientras dábamos vueltas por el pueblo, había visto la ferretería, la ferretería Fénix, con la cortina cerrada. Rosa y Sergio estaban muy mal. Ya en Santiago, le pregunté a Espinoza si podía hacer algo para regularizar las propiedades que compartía con Rosa, de tal forma que ella pudiera venderlas. Me dijo que se encargaría personalmente. Luego, una mañana, me dijo que todo estaba arreglado. Acto seguido, me entregó los documentos con mi nueva identidad. Ahora mi nombre era Sergio Baeza.

»Se suponía que yo iba a colaborar en la cacería de comunistas, como les decía Espinoza. La verdad es que nunca llegué a hacer nada de eso. En cambio, pasé un año mudándome de una casa de seguridad a otra, casi siempre solo. Me dejaban encerrado y de vez en cuando Espinoza me llevaba comida y cigarros. Me había vuelto adicto a los calmantes y fármacos que consumí por años en la colonia (hace muy poco que logré desintoxicarme: ¡tengo el hígado y los riñones hechos papilla!). Si pasaba un par de días sin mis pastillas empezaba a sentir náuseas, no podía comer, me venían accesos de vértigo y otros achaques. Las paredes se estrechaban y el techo se cernía sobre mi cabeza; no podía caminar por pendientes o escaleras, sentía como si el suelo cediera bajo mis pies. Espinoza también se encargaba de eso. En

las escasas ocasiones en que salíamos a la calle, la mayor parte de las veces para comer, me mantenía muy atento al estuche de cuero que llevaba en la guantera del auto y que se colgaba de la muñeca para caminar. Ahí tenía las pastillas.

Carranza arrugó la nariz, como si quisiera rascarse la fea marca que le cruzaba la cara.

—¿Sabe qué? Nunca llegué a sentir ninguna empatía por Espinoza, ni durante esa época ni después. Las pastillas eran una especie de moneda de cambio. Teníamos una relación comercial. Aunque ninguno de los dos tuviera claro cuál era el negocio del otro, hacíamos negocios. Supongo que el mío era sobrevivir o algo parecido o en cualquier caso incluía las pastillas. Creo que en el fondo de mi mente yo sabía que Espinoza no era más que un idiota con una pistola. Hasta que un día me dijo que por fin iba a entrar en acción. Planeaba formar una célula clandestina, una emboscada. Le había escuchado decir lo mismo tantas veces que ya no le creía. Como me esperaba, en el último instante todo se canceló. Según Espinoza, yo era muy viejo. Y muy feo. Me miró y dijo: Vas a asustar a los niños.

»Finalmente, me trasladaron a un departamento en un último piso, en las torres de San Borja, frente al edificio Diego Portales. Era un departamento grande, con piso de parqué y una decoración con un toque oriental. En el centro del living había una chimenea cúbica con las cuatro caras laterales cubiertas de azulejos cuadrados. Cientos de azulejos artesanales, cada uno con un diseño distinto: el de acá con un sombrero de paja, el de más allá con un pájaro y el siguiente también con un pájaro… pero diferente, siempre con alguna variación en la forma de las alas o el color de las plumas. No sé cuántas horas pasé dando vueltas alrededor de esa chimenea siempre apagada, presa de temblores y vahídos, buscando dos azulejos iguales. No sé por qué, pero tenía que haber dos iguales.

»Llegaba un montón de correspondencia, por lo menos un sobre por día: avisos judiciales o de la municipalidad, ofertas de tiendas, revistas de armamento, de caza y pesca, catálogos de alfombras, de revestimientos para muros. Y cuentas. Todos los meses llegaban tres o cuatro cuentas de luz, cada una con un destinatario distinto, nombres

masculinos y femeninos, o de empresas, todos diferentes, igual que el resto de la correspondencia. Espinoza me había dicho que no me preocupara, así que iba echando los sobres a un clóset a medida que llegaban. Le había oído decir que el dueño del departamento era un antiguo dirigente del gobierno de la Unidad Popular, muerto o exiliado.

»Había un tipo delgado, de delantal azul, que me llevaba comida. Lo veía tan seguido que al principio pensé que vivía en el mismo edificio. Se llamaba Esteban, como yo, pero Espinoza le decía Nanito. A través de la mirilla de la puerta podía ver el pasillo del piso, siempre desierto y con las puertas de los departamentos cerradas. Nunca vi a nadie en ese pasillo, quiero decir, a ningún vecino. Un día Nanito olvidó cerrar la puerta con llave al salir. Se me habían acabado las pastillas y Espinoza llevaba varios días sin aparecer. El cuerpo me temblaba y tenía la impresión de haber perdido la sensibilidad de la lengua. Estuve toda la noche espiando por la mirilla, hacia ese pasadizo alfombrado y tachonado de luces, con las puertas como remaches hundidos en la tapicería de un sofá, y al llegar la mañana vi que un tipo dejaba un objeto en el limpiapiés de la puerta de enfrente. Los temblores empeoraron. Me fui a la cama y después de un rato volví a la puerta. Era un diario. Estaba pulcramente doblado y envuelto en una bolsa de plástico transparente. Abrí la puerta y salí. Mientras recogía el diario y me lo metía bajo el brazo, cometí el error de levantar la cabeza y mirar por el pasillo. Supongo que fue la curiosidad. Había empezado a preguntarme qué pasaría si un día decidía ponerme a gritar y aporrear la puerta. ¿Saldría alguien?, ¿un vecino, quizás? En el fondo del pasillo, a unos cinco metros de distancia, había un espejo enorme ocupando toda la pared. Reflejaba el pasillo completo, hundiéndose hasta la otra punta, donde se alzaba otro espejo igual de grande. Me quedé paralizado, perdido en ese abismo de puertas y luces, cada vez más apretado y confuso, y en medio del cual estaba yo, recortado y multiplicado, como un monigote de papel. De pronto sentí una corriente de aire y la puerta empezó a cerrarse. Metí el pie en el quicio en el último instante y volví al departamento. Cuando abrí el diario, encerrado con pestillo en el

cuarto de lavado, no entendí nada. Puede que a esas alturas tuviera la mente demasiado trastocada como para captar algo, como me pasaba con las cartas que llegaban y con los pocos titulares de diario que alcanzaba a leer en los quioscos durante mis paseos con Espinoza. Me costaba unir las palabras e infundirles sentido. O quizás fuera la agitación provocada por la aventura que acababa de tener en el pasillo. Recorrí las páginas varias veces, hacia delante y hacia atrás. No sé qué esperaba encontrar. Noticias terribles, tal vez. Bandos militares. Algo así. Quemé el diario en la cocina y eché las cenizas por la taza del baño vaciando la cisterna después de cada puñado. Después limpié el baño baldosa por baldosa.

»Una noche estaba haciendo mi ronda alrededor de la chimenea cuando llamaron a la puerta. Me paré en seco. No era el timbre del portero eléctrico, que Espinoza tocaba antes de subir, y Nanito se limitaba a meter la llave en la cerradura y entrar. Volvieron a llamar, ahora más fuerte. Me acerqué a la puerta y pegué un ojo a la mirilla. No había nada, salvo por el pasillo iluminado y vacío. Moví la cabeza para abarcar todos los ángulos de visión y entonces la vi: una caja de cartón, allá abajo, sobre la alfombra, lejos por efecto de la lente, pero en realidad muy cerca, justo frente a la puerta. Las rodillas se me doblaron y pensé, hasta aquí llegó todo. Espinoza me había hablado de agentes y colaboradores de la CNI asesinados por grupos armados. Las historias de Espinoza me eran más bien indiferentes. Tenía la impresión de que Espinoza me estaba protegiendo, como a él mismo le gustaba decir, aunque no precisamente de los adversarios del régimen. ¿De quién, entonces? Nadie tenía cómo saber quién era yo; a veces tenía la sensación de que ni siquiera Espinoza lo tenía claro. Retrocedí medio caminando, medio cayéndome hasta apartarme unos metros de la puerta. Hubo tres golpes más, sonoros, espaciados, PAM… PAM… PAM…, y después una voz: ¿Baeza? Abrí la puerta. Era Espinoza. No te quedes ahí parado, me dijo. Me asomé al pasillo. Alineadas a lo largo de la pared había veinte, treinta cajas, como la que reposaba frente a la puerta, llenas de papeles. Cajas de cartón como las que se utilizan en las oficinas, descubiertas, con sacados redondeados en dos caras opuestas como agarraderas. Seguí a Espinoza sintiendo que ojos

invisibles me observaban a través de las mirillas de las puertas, pensando que en cualquier momento alguien se asomaría para preguntar por qué tanto escándalo. Llegamos al ascensor. Había otra caja, también repleta de papeles, manteniendo la puerta abierta y adentro otra docena. ¿Y estos papeles?, pregunté. Espinoza no dijo nada. Llevamos las cajas al departamento. Cuando entré acarreando la última y cerrando la puerta, Espinoza había apilado las demás junto a la chimenea. Tenemos que deshacernos de estos papeles, dijo. Luego agarró un puñado de hojas de una caja, lo arrugó y lo echó a la chimenea. Juntó un montón de papel arrugado y le prendió fuego con un encendedor. Echamos más hojas. De repente, Espinoza se incorporó palpando los costados de la chimenea cubiertos de azulejos que yo había estudiado con tanto detalle. La chimenea no tiraba bien. Espinoza movió el regulador, después trajo una escoba de la cocina y trató de meter el palo por el tubo, pero las llamas estaban demasiado altas y se quemó las manos. Nos enderezamos y miramos a nuestro alrededor. Una nube de humo que nos llegaba a la altura del pecho flotaba en al aire del departamento. Espinoza me miró. Abre las ventanas, me dijo. Ábrelas todas.

»En algún momento, Espinoza me dijo que trajera una tenaza de la cocina para remover las cenizas y avivar el fuego. Al pasar junto a la puerta de entrada eché un vistazo rápido por la mirilla. La misma densa y compacta humareda flotaba en el pasillo; las puertas seguían quietas como tumbas. Cuando volví con la tenaza, Espinoza sostenía una hoja de papel carbón. Las habíamos ido dejando a un lado porque echaban un humo blanco y tóxico. La levantó hacia la lámpara del techo y trató de leer a contraluz. ¿Crees que se pueda sacar algo de esto? No sé, le dije. Bueno, tú deshazte de ellas después. Seguimos acuclillados junto a la chimenea mal encendida en medio del viento helado que entraba por los ventanales, quemando papeles, hasta que amaneció.

»Espinoza se fue a eso de las nueve. Me metí una dosis extra de pastillas y traté de quemar los papeles que quedaban con un paquete de cera para pisos que encontré en la cocina. Al intentar abrirlo con un cuchillo, reventó. Un chorro de cera roja salió disparado y mojó la

pila de cenizas y papeles a medio quemar. Salió una llamarada y el living se llenó de humo. Me acerqué al ventanal y saqué medio cuerpo en busca de aire. Había amanecido y empezaba a notarse movimiento en las calles. La vista desde el ventanal abarcaba hasta avenida Santa Rosa, más cerca el cerro Santa Lucía, el río Mapocho y al frente y al fondo la bruma gris azulada del cerro San Cristóbal. Era una mañana fresca. Vi un par de vehículos con banderas flameando al viento. Un microbús dobló una esquina. Iba repleto de gente y por las ventanillas también asomaban esas curiosas banderitas. Grupos de personas empezaban a formarse en las esquinas. La gente caminaba hacia la Plaza Italia en un lento éxodo. Me vino a la memoria algo que había leído al pasar en el diario que le había robado al vecino de enfrente. Algo sobre un *plebiscito*.

»Tenía las manos negras de hollín y los ojos me ardían. Encendí un cigarro. En las calles empezaba a congregarse más gente. Frente a la Universidad Católica habían cortado el tránsito y un grupo caminaba por la calzada de la Alameda. Llevaba un lienzo muy largo, sostenido entre varios pares de manos, con otros tantos pares de pies asomando por debajo. Me pregunté si Rosa estaría celebrando, como la gente de allá abajo, el resultado de la votación o lo que fuera. El lienzo tenía pintado un arcoiris y dos letras negras achatadas que formaban una sola palabra: *NO*. Me eché otra pastilla a la boca y seguí asomado a la ventana mientras los últimos rastros del humo de los papeles se disolvían en el aire de la mañana.

»Pasó una semana hasta la siguiente visita de Espinoza. Llegó sonriente. Vamos a dar un paseo, me dijo. Era una mañana soleada y subimos a su auto. Mientras circulábamos, Espinoza empezó a hacerme una serie de preguntas. ¿Cuáles eran mis opiniones en materia de políticas económicas? ¿Podía Chile aspirar a ser un país desarrollado? ¿Consideraba yo que el matrimonio era un vínculo para toda la vida? ¿Cuál era mi posición frente al aborto? ¿Quién era peor, Hitler o Stalin? ¿Había un solo dios o había varios? Confundido, le contesté lo mejor que pude. Espinoza asintió y siguió manejando en silencio. Cuando le pregunté a qué venían todas esas preguntas, chasqueó la lengua. Nada, dijo sin mirarme, solo quería saber cómo

funciona la mente de un comunista.

»Entramos en un estacionamiento. Era un conjunto de edificios de departamentos de cuatro pisos rodeados de jardines. Espinoza detuvo el automóvil y me dijo que lo esperara. Solo tenía que cumplir con un encargo y luego iríamos a almorzar. Como si me hubiera leído la mente, abrió la guantera y sacó el estuche de cuero con las pastillas. Luego bajó del auto. Mientras se alejaba, volteó la cabeza y agitó el estuche en el aire, sonriente. En ese momento lo alcanzó la primera bala. Una de sus piernas se encogió como si hubiera pisado una espina, y cayó al suelo. Una camioneta Chevrolet verde chocó contra la malla lateral del estacionamiento, se la llevó por delante, y dos sujetos bajaron armados con fusiles. Me hundí en mi puesto. Por un segundo me invadió la idea de que no era la primera vez que veía esa camioneta. Ya la había visto. *La había enterrado en Colonia Dignidad*. ¿Era posible que hubiera regresado? Después de todo, *yo* había regresado. Hubo más disparos. Un par de ráfagas cortas y luego todo quedó en calma. Me quedé ovillado en el suelo del automóvil. Oí un ruido, muy cerca. El sonido grave y redondo de una mano apoyándose en la carrocería del auto de Espinoza. Cerré los ojos. Sentí un rumor, un aleteo aéreo, y algo me rozó la mejilla. Cuando abrí los ojos, un enjambre de papel picado flotaba en la cabina, revoloteando y formando remolinos en el aire. Eran panfletos. Los habían lanzado por la ventanilla y ahora caían cubriendo los asientos y las alfombrillas de goma. Estiré la mano y tomé uno. Había una fotografía, un retrato de Espinoza, y debajo: DANIEL “EL LOCO” ESPINOZA. TORTURADOR Y ASESINO. Más abajo había otras fotos más pequeñas; rostros de hombres y mujeres. Escuché el motor de la camioneta que aceleraba y se alejaba. Salí arrastrándome del auto. Espinoza yacía boca abajo. Miré a mi alrededor. Todavía nadie se asomaba a los balcones y los jardines parecían soleados y pacíficos. Gateé por un islote de flores, hasta un sendero pavimentado y me puse de pie. A unos quince metros de distancia vi la salida del conjunto de edificios. Con paso ligero, retrocedí hasta el lugar donde yacía Espinoza, me agaché y agarré el estuche de cuero. Camino de la puerta, me crucé con una mujer que había salido al pasillo. Sostenía una escoba contra el suelo,

con los nudillos blancos, como si fuera lo único que la mantenía en posición vertical. Me preguntó si estaba bien. Hice un gesto mudo en dirección al cuerpo de Espinoza y salí a la calle.

»Esa noche la casa de veraneo de Espinoza en Papudo se quemó en un incendio. Lo único que quedó en pie fue un refrigerador, tiznado y desguarnecido en medio de los cimientos humeantes.

»Pasé la tarde dando vueltas por las calles hacia el norte, y al caer la noche había encontrado el camino de regreso al centro y a las torres de San Borja. En el estuche de Espinoza encontré su pistola, un cargador adicional con diez balas, una peineta, un manual de bolsillo para aprender inglés, algo de plata y un frasco con pastillas. Además de un pesado manojo de llaves, entre las que estaban las del departamento. Sentado en el sofá del living, desenrosqué la tapa del frasco y distribuí las pastillas sobre la mesita de centro. Calculé que me durarían una semana. Decidí racionarlas. Traje un cuchillo de la cocina y fui cortándolas en mitades, una a una. Cuando terminé, me eché una de las mitades a la boca, devolví el resto al frasco y lo cerré apretando bien la tapa.

»Pasaron los días. Seguían llegando cartas y sobres con diferentes destinatarios, que echaba indistintamente al clóset. Una noche, un tipo empezó a aporrear la puerta del departamento. Creo que estaba borracho. Estuvo media hora o algo así golpeando la puerta con los puños y gritando: ¡Conozco a la policía!, ¡conozco a la policía! Luego se fue. Corté las mitades en cuartos y los cuartos en octavos y pronto no quedó nada que cortar.

»Nanito no tenía idea de lo que había pasado. Cuando se lo conté, en su siguiente visita, se quedó en silencio. La cara se le dilató de una forma extraña mientras miraba el vacío. Ahora estamos solos, dijo. Años más tarde me enteré de que Espinoza estaba juntando plata para irse fuera del país, y de que parte importante de esa plata pensaba obtenerla chantajeando a los jerarcas de Colonia Dignidad. A través de un contacto, les había comunicado que tenía un informante de confianza, alguien que había vivido en la colonia, que había presenciado todo tipo de atrocidades y estaba dispuesto a declarar. Por entonces, la colonia pasaba por un mal momento. La dictadura

había sido derrotada y habían perdido a su principal aliado. Como le decía, dudo mucho que Espinoza tuviera una idea clara sobre mi verdadera identidad, pero estoy seguro de que ese informante era yo. Quizás lo tenía todo planeado desde antes: sacarme de la colonia con el pretexto de enrolarme en sus filas, mantenerme como rehén para luego hacerme pasar por alguien que *sabía demasiado* y devolverme a los alemanes. Espinoza ignoraba qué o cuánto sabía yo, y por desgracia sabía bastante, pero ¿qué importaba? Él me había visto la primera vez en la colonia, había oído o notado algo y había olfateado una oportunidad. Como sea, de no haber sido asesinado ese día en el estacionamiento, lo más probable es que me hubiese entregado a los alemanes, de vuelta a los alemanes, a cambio de una bonita suma. Esto, claro, en caso de que ellos no lo hubieran encontrado primero. Y a mí con él.

»A la mañana siguiente, Nanito apareció en el departamento con unos documentos de aspecto oficial a nombre de Sergio Baeza. Eran certificaciones entregadas por el Ejército. Según los papeles, yo había aprobado los cursos de tiro, primeros auxilios y manejo de emergencias. No me dijo cómo los había obtenido, aunque no creo que fuera nada muy difícil. Me contó que trabajaba en una empresa de seguridad y que podía conseguirme un puesto. También me dijo que podía dejar de llamarlo Nanito.

»Era una empresa en apariencia modesta, aunque nunca llegué a hacerme una idea exacta de la cantidad de empleados. Las oficinas estaban en Providencia, en una casa de calle Doctor Carlos Charlin, en la ribera del río Mapocho. Empecé como guardia de seguridad en la Compañía de Teléfonos. En mi primer día, un colega y yo entramos en un ascensor junto con un montón de telefonistas y secretarias. De pronto, una de las mujeres se desmayó. Mi colega hizo que el aparato se detuviera en el piso siguiente y, cuando la puerta se abrió, sacamos a la mujer del ascensor, la acostamos en el suelo y tratamos de reanimarla. Creo que él sabía tanto de primeros auxilios como yo. Finalmente, la mujer despertó. En cuanto vio a mi colega, una lágrima le resbaló por la mejilla. Se apartó apuntándolo con el dedo, y dijo: Ese hombre me torturó en Villa Grimaldi.

»Por esa época empecé a leer sobre los días posteriores al golpe de Estado, la Caravana de la Muerte, Pisagua, Lonquén. Devoré un montón de libros publicados durante los ochenta y otros más recientes. De alguna forma, me costaba creer que alguien pudiera hablar sobre esos temas así, abiertamente. Dígame una cosa: ¿alguna vez ha sentido que el libro que está leyendo está dirigido a usted, solo a usted y a nadie más que usted? Hasta que llegó el día en que di con un libro en donde se mencionaba el caso Mina Amarilla. No era nada nuevo: cinco tipos fusilados en un lugar lejano y entre ellos un tal Esteban Carranza, detenido desaparecido. Creo que por primera vez después de mucho tiempo, quizás desde la noche de los fusilamientos, volví a sentirme un poco cuerdo.

»Entretanto, me habían destinado al Ministerio de Relaciones Exteriores, junto con Hugo Díaz. Hugo Díaz había sido carabinero y dormía sentado. Temía que una noche cualquiera alguien fuese a estrangularlo durante el sueño. Se lo dijo al psicólogo que lo atendía en el Hospital de Carabineros. El terapeuta era un tipo joven, es decir, mitad inteligente y mitad tonto, y después de escucharlo le preguntó por qué pensaba que alguien podía estrangularlo mientras dormía. Por qué no arrollarlo con un auto mientras caminaba por la calle, por ejemplo. O dispararle con un revólver. Quería mostrarle lo absurdo que era su miedo. Pero Hugo Díaz nunca había sabido controlar sus impulsos violentos, mucho menos durante sus tiempos como agente de la DIPOLCAR, y sabía muy bien por qué temía que lo estrangularan, precisamente que lo estrangularan hasta la muerte. Siguió durmiendo sentado y tiempo después saltó a las vías del metro.

»Por la misma época, la familia de Armando Irarrázaval, desaparecido desde 1974, recibió información sobre el paradero de su cuerpo de una fuente anónima. Esa fuente anónima era Eugenio Gutiérrez, ex coronel de Ejército, y la información no fue gratuita. Se pagó una buena suma por ella. Era una familia rica y yo actué como intermediario en la transacción. Desde luego, en la familia pensaban que yo era otro chacal, como Gutiérrez, quizás de menor rango. Junto al cuerpo de Irarrázaval, cerca de Tocopilla, se encontraron los restos de otros tres detenidos desaparecidos, cuyas familias eran pobres y

jamás habrían podido pagar un peso.

Carranza hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Entregué la plata y la información, según lo acordado con la familia. —Expulsó el humo y agregó—: También hice otros arreglos por mi cuenta.

Entonces me dirigió esa mirada. Era el tipo de mirada que muy poca gente afuera del mundo de los abogados llegaba a ver y que entre estos pocos verían alguna vez. Eugenio Gutiérrez había sido hallado en un puente en los alrededores de Cañete, muerto de un disparo en el corazón.

—¡Pum, pum! —dijo Téllez y estalló en una carcajada entusiasta.

Carranza vio que yo apartaba los ojos. Continuó:

»Ascendí en la empresa. No era que hiciera muy bien mi trabajo ni que le cayera muy bien a nadie. Al contrario. Yo era el tipo misterioso, sobre el que nadie sabía nada. Lo único que se sabía de mí, y esto no eran más que rumores, era que venía del sur y que había aparecido en Santiago hacía poco. Lo que pasó fue que, de pronto, mis colegas empezaron a esfumarse. Unos salieron del país y otros simplemente desaparecieron. Pero me habían dejado un regalito. Como no tardé en enterarme, muchos de ellos enfrentaban acusaciones judiciales por casos que iban desde estafas de poca monta hasta asesinatos coordinados y planificados hasta el último detalle. Como no sabían nada de mí, habían supuesto que yo era uno de ellos, uno más de la pandilla de ex agentes en proceso de desmovilización. Trataron de involucrarme en sus tropelías. Yo era perfecto. Antes de mi llegada a Santiago, podía haber estado en cualquier lugar del país, en cualquier momento. Aparecí, bajo el nombre de Sergio Baeza, en declaraciones judiciales y en una lista de ex agentes que circuló en medios de prensa. Más tarde, supe que uno de los subordinados de O'Ryan, un tipejo con el que me crucé un par de veces en la empresa, había tratado de implicarme en la operación Tricolor. ¿Se imagina? Yo arrestándome a mí mismo. Trasladándome a mí mismo en un camión, disparándome en el cruce del camino a Mina Amarilla. Es como para reírse. O volverse loco. Pero yo ya había fracasado como *terorista* y como colaborador y tampoco me fue bien como ex agente cómplice de

asesinato.

»Llegué a trabajar en el equipo de avanzada del presidente. Sí señor, el Presidente de la República. Nos desplazábamos hasta los lugares que visitaría el presidente y revisábamos la seguridad de los edificios y los alrededores. Se hablaba de terroristas, de grupos armados que podían atentar contra la máxima autoridad. Miré bajo miles de sillas, sillones y butacas, en salones de eventos y anfiteatros a lo largo y ancho del país, en busca de artefactos explosivos, armas o sustancias peligrosas. ¿Sabe qué? Nunca encontré ninguno. Nada de nada. Ni siquiera un alfiler o una tachuela puesta boca arriba en una silla. No me extraña. Las personas más peligrosas de las que yo hubiera sabido eran mis propios colegas, con los que llevaba años trabajando. Más tarde, la seguridad del presidente fue sometida a concurso público, políticas de transparencia, usted sabe, y perdí el puesto. Volví a las cenas de gala de las señoras del Ejército y al patrullaje de barrios en roñosas empresas de seguridad privada. Y llegó el día, después de muchas lecturas y muchos trabajos, en que me tocó patrullar la casa de este señor.

Ambos miramos a Téllez.

—Jafier Téllef, mufo gufto —dijo este con dos breves reverencias.

—Bueno, usted ya conoce el resto de la historia —dijo Carranza—. Al principio, tanto Téllez como Benavente y O'Ryan negaron cualquier participación en la desaparición de las cinco víctimas. Luego, cuando O'Ryan murió, Téllez y Benavente cambiaron sus versiones de los hechos. O'Ryan ya no podía defenderse y le cargaron el muerto.

—¿Qué muerto? —pregunté.

Carranza me dirigió una mirada expresiva.

Me sentía mareado y confundido. La historia parecía haber llegado a su fin. Tenía esa sensación que se experimenta cuando un testigo ha terminado su declaración, un respiro que se prolonga y se vuelve más definitivo con cada segundo que pasa. Miré a Téllez, que se había acurrucado y empezaba a cabecear mientras se quedaba dormido.

—Veo que estuvo haciendo un poco de trabajo duro, digamos, aparte de sus tareas de oficina —dijo Carranza.

Sin darme cuenta, había empezado a mirarme las manos y a

escarbarme la mugre de las uñas.

—Sí —dije—. Estuve haciendo un poco de aseo.

—Un aseo profundo —dijo sonriendo.

—El departamento donde vivo era de mi abuelo. Me mudé después de su muerte —dije sacándome una larga medialuna de tierra de debajo de la uña del pulgar—. Era dibujante técnico y se dedicaba a la tasación de propiedades. Acumulaba recortes de diario con información sobre el negocio inmobiliario: valor del suelo, materiales de construcción, obras públicas, etcétera. Además, tenía un archivo con todos los casos en los que había trabajado. Después de mudarme, tiré la mayoría de sus cosas a la basura y trasladé el resto a un cuarto que hay al fondo del pasillo… Salvo por la mesa de dibujo.

—Esas cosas pesan una barbaridad.

—Así es —dije, animado por el comentario de Carranza—. Hace un rato me visitó una amiga. Después de ver toda la basura del cuarto de al fondo me preguntó por qué no lo limpiaba. Cuando se fue, me puse a dar vueltas por el pasillo. Creo que necesitaba despejarme un poco. Acababa de hablar con usted por teléfono y aún no decidía si visitar a Téllez o no. Ahí estaban las carpetas y archivadores que había apilado hace tiempo y en medio encontré un sobre de color mostaza; un sobre corriente, sin rotular, pero no viejo ni gastado. Me había topado con él en el estudio de mi abuelo después de mudarme, entre un montón de papeles sin importancia, lo había guardado en el cuarto de al fondo y me había olvidado. Adentro había dos juegos de recortes de diario. El primero eran portadas de diarios de principios de los noventa, quince o veinte, con grandes titulares en letras rojas. *DOCE CUERPOS HALLADOS EN ANTOFAGASTA*. *OSAMENTAS Y RESTOS DE ROPA ENCONTRADOS EN PISAGUA*. *FOSA COMÚN ESCONDÍA NUEVE CADÁVERES*. Las portadas cubrían dos o tres semanas seguidas, con los mismos titulares, día tras día. Era como si de pronto alguien hubiera descubierto una veta de un mineral venenoso y desconocido, que se extendía por todo Chile. El segundo juego de recortes era de los días posteriores al golpe militar. Notas secundarias, columnas en los márgenes. *CAPTURADOS 12 PELIGROSOS EXTREMISTAS*. *5 DETENIDOS EN PAINE POR PLAN TERRORISTA*. *¡PLANEABAN*

DINAMITAR EMBALSE DE AGUA! Los recortes de los setenta y los noventa se entrelazaban, encajaban unos con otros, como en una especie de juego de correspondencias.

—¿Y por qué los habrá guardado su abuelo?

—No sé. Probablemente guardó los diarios de los días posteriores al golpe por tratarse de un hecho histórico, de relevancia internacional. No era un hombre de derecha, ni mucho menos un pinochetista. Era un caballero a la antigua, un poco mal genio, quizás… Aunque supongo que se puede decir lo mismo de mucha gente.

—Pero entonces por qué conservarlos, y por tanto tiempo —dijo Carranza.

—Me imagino que durante las décadas siguientes seguramente leyó o escuchó de sucesos similares o relacionados, asesinatos políticos, ejecuciones, desaparición de personas, aunque no guardó nada de eso.

Hice una pausa antes de continuar.

—¿Sabe qué creo? Que sencillamente se negó a creer que algo así fuera posible, que algo así pudiera estar pasando.

—A mí también me costó creerlo —dijo Carranza.

—Y entonces vinieron los titulares en letras rojas.

Guardamos silencio. En el jardín, un pájaro lanzó un gorjeo interrogativo. Téllez se removió en la camilla.

—Bueno, al menos hay algo que sí sabemos —dijo Carranza esbozando una sonrisa rara—. Dijo que al mudarse se deshizo de la mayoría de las cosas de su abuelo, ¿no?

—Sí… —dije sin saber adónde se dirigía.

—Pero no se deshizo del sobre color mostaza. —La sonrisa se amplió—: Usted también lo guardó. Como su abuelo a lo largo de todos esos años, durante el largo intervalo entre ambos juegos de recortes de diario, usted albergó una duda. Lo que nos trae de vuelta aquí.

Carranza se desplazó por la habitación con paso distraído.

—Debería agradecerle a esa amiga suya —le dijo a la habitación.

Tenía razón. Además de contactarme con su hermano Claudio, había sido Andrea quien me había conducido de vuelta al sobre color mostaza; por supuesto, sin proponérselo (es decir, más o menos de la

misma forma en que yo había llegado a Carranza). A su manera, limpiar el cuarto de al fondo no dejaba de ser una buena idea, una sugerencia práctica y bienintencionada, como Andrea misma.

Carranza apartó los faldones del abrigo y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No parece muy impresionado por lo que acabo de contarle. —Se detuvo escrutándome con la mirada, medio sonriendo—: O quizá usted es más duro de lo que yo pensaba.

Claro que estaba impresionado. Pero una parte de mí no podía dejar de pensar en la operación Tricolor, Colonia Dignidad, Cerro Florido, Monte Maravilla… En algún momento había llegado a pensar que podía existir una conexión secreta, una red que atrapara y uniera todas esas cosas. Ahora todo se había vuelto incierto, ilusorio, irreal.

—¿Qué me dice de esa oficina, la Oficina de Regularización Patrimonial del general Vera? Seguramente Espinoza la utilizó para regularizar los papeles de la ferretería sin que nadie se enterara, los que años más tarde yo actualicé. Evitó usar su propio nombre en la solicitud y en cambio puso el de Sergio Baeza, sobre quien de todas formas no existía ningún antecedente. Una operación limpia.

—Es posible —dijo Carranza—. Aunque en realidad nunca la había oído nombrar… hasta que usted la mencionó hoy por teléfono.

—Hablé con Berta Domínguez. Ella también recibió la visita de un abogado durante los ochenta. Le ofreció regularizar una herencia familiar que compartía con su hermano mayor, desaparecido desde 1974. Encontraron sus restos hace poco.

—¿Berta cuánto…?

—Y Macarena Altamirano —continué—, la abogada de derechos humanos… Me dijo que durante los ochenta Téllez fue el contacto de la inteligencia militar en el Ministerio del Interior, que podía saber algo sobre la oficina de Vera.

—Bueno… —dijo Carranza, apabullado—. Me imagino que son todas cosas que valdría la pena investigar. Quizás debería partir por preguntarle al mismo Téllez.

Miramos simultáneamente a Téllez, que se había puesto a roncar.

Me sentía exhausto. Caminé hasta el ventanal. Necesitaba pensar.

Afuera los pájaros empezaban a intercambiar trinos. Los pájaros se comerían a las polillas y los gatos se comerían a los pájaros. De pronto, quise volver atrás, hasta el comienzo de todo. Mis indagaciones habían sido antojadizas, superficiales, caóticas. No podía recordar casi nada sobre la vida de Carranza y apenas unos datos vagos sobre Benavente y O'Ryan. Acerca del propio Téllez, al que me habían conducido Macarena Altamirano y el propio Carranza (a través de Baeza, su doble telefónico), no sabía casi nada. De seguro había pasado por alto más de algún detalle importante. ¿Qué era el caso Mina Amarilla? ¿Quiénes eran Benavente, Téllez y O'Ryan? Por supuesto, jamás me habría imaginado que las cosas podrían terminar así, que llegaría a Carranza o que él llegaría a mí… o comoquiera que fuese. De alguna forma, seguía habiendo cabos sueltos, zonas oscuras alrededor de todo el asunto, como las había en un millar de casos similares. Había venido en busca de Téllez y ahora Téllez roncaba a mi lado y Carranza estaba parado un poco más allá, con la pinta de un tipo más bien corriente, y el pasado parecía lleno de vacíos y lagunas insalvables. Quizá, si releyera el expediente, esta vez poniendo más atención… De repente, me di cuenta de que eso era lo único que había hecho en realidad: me había sentado a leer. Había leído desordenadamente un montón de información desordenada, había leído fragmentariamente una pila de fragmentos, tentando a la suerte, como si fuera la única manera de salvar los fosos, de circundar las porciones perdidas, y aunque volviera a hacerlo cien veces, al final siempre sería demasiado tarde.

Me volví hacia Carranza.

—¿Qué había en las piscinas? ¿Qué fabricaban en los sótanos?

Carranza esbozó una sonrisa. Dejó pasar un par de segundos. Luego dijo:

—Escuche bien, porque solo le voy a decir esto. Una tarde, a finales de 1984, hubo una explosión en uno de los almacenes que estaban encima de los sótanos donde trabajábamos. A la mañana siguiente, un arriero de la zona subió hasta la laguna Amargo en busca de su rebaño de ovejas. Allí estaban, las ochenta o cien ovejas, cubriendo una extensa playa, todas muertas. Creo que ese día, si el viento hubiera

estado soplando en la dirección opuesta, Parral podría haber recibido una buena dosis de lo que sea que mató a esas ovejas. Y sepa una cosa, Alfaro, tarde o temprano el viento siempre cambia de dirección.

Sentí el impulso de decirle algo que aliviara en alguna medida la situación. Quizá, que Rosa también había dudado. Rosa había dudado y había seguido dudando, por décadas, incluso después de recibir la visita de su marido desaparecido. Se había rehusado a regularizar las propiedades. O al menos hasta hace muy poco (hasta mi aparición, ni más ni menos). Pero Carranza parecía haber pensado ya en todas estas cosas. Había tenido tiempo (si algo había tenido, era eso: tiempo en cantidades descomunales) para considerar todo esto dos veces, y más.

—¿Entonces por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué regresar?

—Regresé hace mucho. Lo que pasa que he estado dando vueltas por ahí.

—Usted sabe a qué me refiero.

—Claro que sí —dijo con cansancio.

Meditó un instante.

—Por joder —dijo encogiéndose de hombros.

—*¿Por joder?*

Caminó hasta la puerta y volvió.

—Alfaro, ¿nunca le han dado ganas de pasar a decir hola a una fiesta a la que no ha sido invitado?

Su mirada se endureció.

—Creo que esta fiesta fue mía desde el principio.

—¿Y por qué justo ahora?

—Tenía algunos asuntos que atender. Y a propósito de eso…

Extrajo un papel del bolsillo interior del abrigo y me lo alargó por encima de la camilla. Noté que le faltaba la tercera falange del dedo anular. El pequeño muñón estaba envuelto en un vendaje de aspecto reciente.

—Es una broma —dije tras echar una ojeada al contenido del papel —. Los archivos judiciales están repletos de mapas, coordenadas…

—¿Ah sí?

—Pero las cosas no son tan fáciles —dije sonriendo con nerviosismo —. Los casos se construyen, hay que comprobar las fuentes, validar la evidencia… —Me quedé sin más que decir—. Cosas de abogados.

—*¿Cosas de abogados?*

—Sí… y otras cosas. Cosas incompletas, *ausentes*. Esto es como… Como empezar de cero.

—En eso tiene razón —dijo con tono amigable.

Me observó un momento.

—Pero usted me encontró a mí, ¿no?

—Eso es diferente… —me quejé.

—¿Diferente? Me llevaron hasta un camino remoto en medio de la noche con el fin de asesinarme de un tiro y hacer desaparecer mi cadáver. Dijeron que nunca había sido detenido, después que no existía. Ya ni siquiera tengo mi nombre. Nada de eso le impidió dar conmigo. Ni siquiera la *verdad*.

—¿La verdad?

—La verdad aceptada, la verdad aparente… llámela como quiera.

—¿Está queriendo decir que la verdad aparente podría… no ser verdadera?

—¡Todo lo contrario! —dijo y se largó a reír.

Pensé que Carranza tenía un sentido del humor un poco extraño. Empezó a abotonarse el abrigo.

—No creo que encuentren más que fragmentos —dijo fijando la mirada en el papel que sostenía entre mis manos—, pero supongo que con eso basta.

—¿Y qué, ahora se va? ¿Se vuelve a esfumar?

—Voy a andar por ahí.

—¿Nos vamos a ver de nuevo?

—Puede ser… y puede que no.

Volví a notar la porción de dedo ausente. Quizá fueran dos falanges las que le faltaban. También pensé que ese era el dedo en donde Carranza debía de llevar su anillo de matrimonio, también ausente. Carranza se dio cuenta de que lo observaba. Terminó de abotonarse el abrigo, sin prisa, metió ambas manos en los bolsillos y me miró.

—Mañana se va a dar a conocer el fallo.

—Así es.

—Los van a declarar inocentes o les van a dar penas bajas.

—Es lo más probable.

—Y usted va a haber ganado.

—Sí, se puede ver de esa forma.

—¿Le puedo dar un último consejo, Alfaro? Cuídese de los ganadores. Los he visto llegar más de una vez, sonriendo y ondeando sus banderas. Cuando los vea acercarse, corra. Corra y escóndase.

Quise replicar, pero de pronto noté que el papel se había escurrido de mis manos. Me palpé los bolsillos y miré bajo la camilla. Luego registré la cubierta del velador. Hasta que di con él. Se había deslizado entre los pliegues de las sábanas de Téllez. Sentí una corriente de aire, una oleada fría y muda al cerrarse la puerta de la habitación. Cuando volví a mirar, Carranza se había ido.

Desdoblé otra vez el papel. Había un mapa de Colonia Dignidad y una lista con nombres.

EUGENIO ANDRÉS SILVA CARREÑO
GLORIA ALEJANDRA AVENDAÑO ROSS
ARMANDO QUIJADA TREJO
JUAN MARTÍN SCHMITT URIBE
ROBINSON JAVIER ANDRADE CHAMORRO
ANA XIMENA VALENZUELA JARAMILLO
ESTEBAN ANDRÉS CARRANZA RIVAS

Salvo por el último, me eran por completo desconocidos. O eso me pareció. Releí la lista contando los nombres con el dedo. El número no cuadraba con las víctimas del caso Mina Amarilla. Sencillamente, se trataba de otras personas. En cuanto al último nombre, supuse que *era posible* que, de dirigirse alguien a alguno de los puntos señalados en el mapa, encontraría al menos una pequeña parte de Carranza. La falange de un dedo anular, con toda probabilidad, colocada allí por él mismo, como un último trozo de Monte Maravilla. Doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo.

Me había quedado a solas con Téllez, que se había sumido en un sueño agitado. Se retorcía en la camilla murmurando y gimoteando. Pensé, Téllez está soñando y este es su sueño. O su pesadilla. Empezaba a amanecer. En el jardín, los pájaros cantaban. El alegre

trino interrogativo de uno de ellos se elevó por encima de los demás.

¿Has visto a mi tío Agustín?

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2017, Miguel Lafferte
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-9766-43-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl